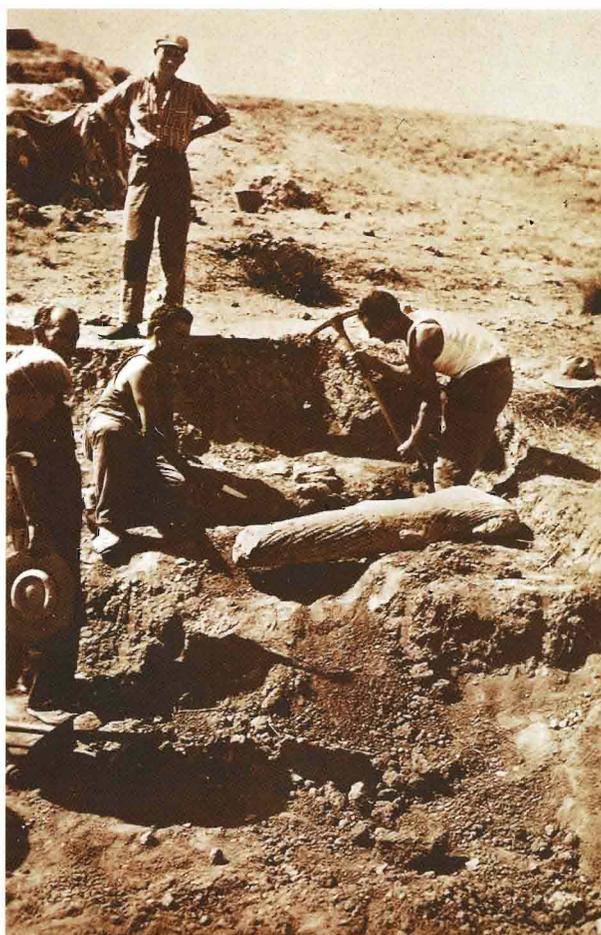


MARÍA LUISA SÁNCHEZ GÓMEZ

**EL SANTUARIO DE
EL CERRO DE LOS SANTOS
(Montealegre del Castillo, Albacete).
NUEVAS APORTACIONES
ARQUEOLÓGICAS**



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES
"DON JUAN MANUEL"
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE

MARÍA LUISA SÁNCHEZ GÓMEZ

**EL SANTUARIO DE
EL CERRO DE LOS SANTOS
(Montealegre del Castillo, Albacete).
NUEVAS APORTACIONES
ARQUEOLÓGICAS**



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES
"DON JUAN MANUEL"
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE
Serie I - Estudios - Núm. 136
Albacete 2002

Cubierta: Excavaciones en la Ladera Norte de El Cerro de los Santos.
Campaña de 1962. © Legado Fernández de Avilés (U.A.M.).

SÁNCHEZ GÓMEZ, María Luisa

El Santuario del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete): nuevas aportaciones arqueológicas/ María Luisa Sánchez Gómez. -- Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel", 2002

316 p.: il. ; 24 cm. -- (Serie I-Estudios; 136)

Bibliografía.

ISBN 84-95394-33-2

1. Cerro de los Santos (Albacete) – Restos Arqueológicos Ibéricos
I. Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel".
II. Título. III. Serie.

904(460.288):7.032

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES "DON JUAN MANUEL"
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE.
ADSCRITO A LA CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES. CSIC

Las opiniones, hechos o datos consignados en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores.

I.S.B.N. 84-95394-33-2

D.L. AB-71/2002

Maquetación y Fotomecánica:

Tipo y Trama, S. L.

Camino de la Virgen, 16 - bajo

Telf. y Fax 967 550 019

E-mail: tipoytrama@ono.com

02005 Albacete

Impreso en Gráficas Ruiz, S. L.

Juan de Toledo, 44

Telf. 967 217 261

2005 Albacete

A mis padres, que siempre me animaron a seguir mis ilusiones

A David, su presencia ha sido un apoyo constante

Este trabajo ha obtenido, compartido con otros dos,
el premio de Arqueología “Joaquín Sánchez Jiménez”. 2000.

ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
PRÓLOGO	13
I. INTRODUCCIÓN	19
II. FERNÁNDEZ DE AVILÉS Y EL CERRO DE LOS SANTOS	27
II.1. Datos biográficos	29
II.2. Su labor investigadora: trabajos de campo	31
II.3. Su labor investigadora: publicaciones y trabajos en preparación	33
II.4. Sus investigaciones sobre cultura ibérica: Fernández de Avilés y El Cerro de los Santos	36
II.5. Los Diarios de Excavación: El Cerro de los Santos 1962-63	38
II.5.1. Descripción del documento	38
II.5.2. Transcripción de los Diarios	39
III. El Cerro de los Santos: Historia del Yacimiento	55
III.1. Localización y descripción	57
III.1.1. Breve caracterización geográfica de la comarca ..	58
III.1.2. Ubicación y descripción de El Cerro de los Santos .	58
III.1.3. Relación del santuario con las vías de comunicación	59
III.2. Los trabajos en el Cerro. De las primeras rebuscas a las excavaciones científicas	60
III.2.1. Los primeros momentos	61
III.2.2. Comienzo de las excavaciones	62
III.2.3. El “olvido” del yacimiento en la primera mitad del s. XX	65
III.2.4. Los trabajos de Fernández de Avilés	66
III.2.5. Las últimas intervenciones en el santuario	67
III.3. Problemática arqueológica: El santuario y sus esculturas tras cerca de 140 años de investigación	69
III.3.1. ¿Una filiación altomedieval para las esculturas? ..	70
III.3.2. Las tesis orientalistas	71
III.3.3. Principios del s. XX. Hacia una definición de lo ibérico	74
III.3.4. Las corrientes filohelénicas	75
III.3.5. ¿Arte ibérico o arte iberorromano?	76

III.3.6. Nuevos estudios dedicados a las esculturas	78
III.3.7. Últimas aportaciones: Una datación republicana para el templo	80
III.4. Conclusiones: estado actual del conocimiento	81
III.4.1. El edificio de culto	82
III.4.2. El conjunto escultórico	84
III.4.3. Los materiales “olvidados”	88
III.4.4. Problemas planteados: ¿qué puede aportarnos aún El Cerro de los Santos?	91
IV. LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS	93
IV.1. Conclusiones a la cultura material: Una lectura crítica de los Diarios	95
IV.1.1. La campaña de excavación de 1962	95
IV.1.2. La campaña de excavación de 1963	98
IV.1.3. Conclusiones: una lectura crítica de los Diarios . . .	101
IV.2. Metodología de estudio de materiales	103
IV.2.1. Fuentes documentales	103
IV.2.2. Objetivos del estudio	105
IV.3. Los materiales cerámicos	106
IV.3.1. La cerámica gris	106
IV.3.1.1. El punto de partida	106
IV.3.1.2. Breve repaso a la historia de las investigaciones	107
IV.3.1.3. Las formas	109
A. Vasitos caliciformes	109
B. Botellas	116
C. Tinajillas grises en El Cerro de los Santos . .	121
D. Platos	124
E. Contenedores	128
F. Tapaderas	131
IV.3.1.4. Conclusiones a la Cerámica Gris de El Cerro de los Santos	132
IV.3.2. La Cerámica Ibérica Común: Sin Decoración y Pintada	136
IV.3.2.1. El punto de partida	136
IV.3.2.2. Breve repaso a la historia de las investigaciones Las cerámicas toscas o de “Clase B”	140
IV.3.2.3. Las formas	141

A. Vasitos caliciformes	141
B. Botellas	143
C. Tinajas y tinajillas	145
D. Contenedores	150
E. <i>Kalathoi</i>	154
F. Platos	159
G. Ánforas	166
H. Tapaderas	169
I. Morteros	171
J. Vasos calados	172
K. <i>Oenochoai</i>	176
IV.3.2.4. Formas presentes en el yacimiento no documentadas en 1962-63	177
A. Embudos	177
IV.3.2.5. Las decoraciones	178
IV.3.2.5.1. Decoración pintada	178
A. Motivos geométricos	179
B. Motivos fitomorfos o vegetales	181
C. Motivos figurados: zoomorfos y antropomorfos	182
D. Ejemplos singulares de decoración pintada	185
IV.3.2.5.2. Decoración impresa	186
IV.3.2.5.3. Decoración incisa	189
IV.3.2.5.4. Conclusiones a la cerámica decorada de El Cerro de los Santos	189
IV.3.2.6. Conclusiones a la cerámica ibérica común y pintada	192
IV.3.2.6.1. Cerámica fina o de "Clase A"	192
IV.3.2.6.2. Cerámica tosca o de "Clase B"	196
IV.3.3. La cerámica a mano	198
A. Platos o cuencos de tendencia semiesférica	199
B. <i>Pithoi</i> o grandes vasos de almacenaje	199
C. "Platillos".	199
IV.3.4. La cerámica de importación	200
IV.3.4.1. Producciones Áticas	201
IV.3.4.1.1. Breve Historia de las Investigaciones	201
IV.3.4.1.2. Producciones áticas en El Cerro de los Santos. Campañas 1962-63	201

Producciones de Figuras Rojas	202
Producciones de Barniz Negro	202
IV.3.4.1.3. Otras formas documentadas en el yacimiento	206
IV.3.4.1.4. Consideraciones en torno a la cerámica ática del Cerro	206
IV.3.4.2. Producciones de Época Romana	208
IV.3.4.2.1. Las Cerámicas Campanienses	208
IV.3.4.2.1.1. Breve historia de las investigaciones .	208
IV.3.4.2.1.2. Producciones campanienses de El Cerro de los Santos. Campañas 1962-63	209
Campaniense A	209
Campaniense B y B-oide	210
IV.3.4.2.1.3. Otras formas de campaniense halladas en el yacimiento	211
IV.3.4.2.1.4. Consideraciones en torno a la cerámica campaniense del Cerro	212
IV.3.4.2.2. La <i>Terra Sigillata</i>	213
IV.3.4.2.2.1. <i>Terra Sigillata</i> Gálica (T.S.G.)	213
IV.3.4.2.2.2. <i>Terra Sigillata</i> Hispánica (T.S.H.) . .	215
IV.3.4.2.2.3. <i>Terra Sigillata</i> Africana (T.S.A.)	219
IV.3.4.2.2.4. Consideraciones en torno a la <i>terra</i> <i>sigillata</i> de El Cerro de los Santos . .	220
IV.3.4.2.3. Las ánforas	221
IV.3.4.2.4. Las lucernas	226
IV.3.4.3. Conclusiones en torno a la cerámica importada	228
IV.4. Los “otros” materiales	230
IV.4.1. Materiales constructivos no pétreos	230
IV.4.1.1. Ladrillos romboidales	230
IV.4.1.2. Otros elementos cerámicos: ladrillos y tejas . .	233
IV.4.1.3. Grapas de plomo	235
IV.4.2. Materiales votivos	236
IV.4.2.1. Piezas cerámicas: Fusayolas, <i>Pondera</i> y Terracotas	236
IV.4.2.1.1. Fusayolas	236
IV.4.2.1.2. <i>Pondera</i>	237
IV.4.2.1.3. Terracotas	239
IV.4.2.2. Objetos metálicos	240

IV.4.2.2.1. Anillos	240
IV.4.2.2.2. Brazaletes y pulseras	241
IV.4.2.2.3. Fíbulas	242
IV.4.2.2.4. Monedas	246
IV.4.2.2.5. Armas	247
IV.4.2.2.6. Otros objetos metálicos	249
IV.4.2.3. Otros materiales	250
IV.4.2.4. Conclusiones a los materiales votivos de El Cerro de los Santos	251
V. CONCLUSIONES GENERALES:	
NUEVAS APORTACIONES ARQUEOLÓGICAS A EL CERRO DE LOS SANTOS	253
V.1. En torno a la cronología de El Cerro de los Santos	255
V.1.1. Conclusiones cronológicas a los materiales de Fernández de Avilés	255
A. Cronología del lugar de culto. Análisis de los materiales de la ladera norte	256
B. Cronología de las edificaciones de la Cañada de Yecla. Análisis de sus materiales	258
V.1.2. Matizaciones cronológicas aportadas por T. Chapa	259
V.1.3. Matizaciones cronológicas aportadas por los materiales del s. XIX	260
V.1.4. Conclusiones cronológicas a El Cerro de los Santos: El lugar de culto y las construcciones de la Cañada	261
V.2. En torno a la interpretación de El Cerro de los Santos	265
V.2.1. Interpretación del lugar de culto de El Cerro de los Santos	266
V.2.2. Interpretación de las edificaciones de la Cañada de Yecla	273
VI. Bibliografía	277
VII. Parte Gráfica: Láminas	307

PRÓLOGO

Al curioso lector que tiene este libro en sus manos podrá parecerle ocioso el que, en los inicios del siglo XXI, se haya publicado un nuevo estudio sobre el, tan traído y llevado, santuario ibérico de El Cerro de los Santos situado, como por todos es sabido, en las albaceteñas tierras de Montealegre del Castillo.

Recuperada la memoria de su existencia, allá por 1860, numerosos investigadores, cuando no aficionados y curiosos, visitaron el *Cerro* acicatados, desde un principio, por la atracción que suponía la aparición de tan abundantes esculturas. La España de finales del s. XIX no podía menos que cristianizar aquellas imágenes que, por el simple hecho de serlo, debían ser propias de vírgenes o santos... y de estos últimos tomaría su nombre el yacimiento. Tampoco fue casual que el primer estudio científico se deba a la figura del escolapio Carlos Lasalde (1841-1906) a la sazón director del Colegio y Seminario de Yecla, todo un hombre ilustrado para su época. Todavía hoy, en la biblioteca de los Padres Escolapios de Madrid se guarda una ilustración manuscrita, copia de la planta del templo levantada por Savirón en 1871, en la que de su puño y letra se lee *planta del adoratorio*.

Muchos han sido los avatares sufridos por el yacimiento, hasta el punto que tan sólo un obelisco levantado en 1941 –por cierto, construido en parte con los escasos sillares que todavía entonces rodaban por el cerro– indica hoy al viajero dónde estuvo enclavado uno de los santuarios más importantes de la Baja Época ibérica. Muchos también han sido los vaivenes de sus materiales: Museo de Yecla; Museo de Albacete; Museo Arqueológico de Madrid... así como de las teorías interpretativas en torno a su santuario pero, aun con todo, las investigaciones acometidas en este yacimiento, junto con hallazgos como la dama de Elche, entre otros, supusieron la definitiva configuración de los estudios ibéricos.

De la Rada y Delgado, Pierre Paris, Engel, Mérida, Zuazo... durante toda la primera mitad del s. XX estudiaron el yacimiento con diferente fortuna, pero fueron siempre sus esculturas el foco de atracción de la investigación pues, no en balde, durante décadas aquéllas constituyeron el más importante y representativo conjunto conocido de la estatuaria ibérica. Pero, también por ello, el resto de los materiales aparecidos quedaron, en cierto modo, relegados en los fondos de los museos. De hecho, importantes Tesis Doctorales sobre distintos aspectos de las esculturas han sido realizadas en las dos últimas décadas.

Con todo, la historia de la investigación en torno al *Cerro* de los Santos tiene un antes y un después a raíz de las investigaciones llevadas a cabo por Augusto Fernández de Avilés y Álvarez-Ossorio. De esmerada formación metodológica, muy por encima de su época, y especialista del mundo ibérico –su Tesis Doctoral versó sobre su escultura– defendió siempre la importancia de poder establecer una estratigrafía arqueológica que aportara precisiones cronológicas y contextos definidos a los materiales del *Cerro* como mejor manera de poder llegar a comprender el verdadero significado cultural de aquel santuario. Su temprana muerte, en 1968, le impidió estudiar en profundidad los materiales procedentes de sendas campañas de excavación por él dirigidas (1962 y 1963), objeto ahora del presente estudio.

Posteriores estudios llevados a cabo en el *Cerro* y, sobre todo, en el santuario ibérico de La Encarnación (Caravaca, Murcia) posibilitaron un giro notabilísimo en el modo de ver y entender nuestro santuario albacetense, sin embargo la mayor parte de aquellos materiales permanecieron inéditos hasta finales de los años 90 en que la actual Directora del Museo de Albacete, Dra. Rubí Sanz, generosamente nos invitó a estudiarlos. Comenzó, así, otra nueva página en la historia del *Cerro* no exenta, como tantas otras anteriores, de sorpresas imprevistas. La minuciosidad en el trabajo científico de Fernández de Avilés había generado unas detalladas etiquetas que, todavía hoy, acompañaban a las bolsas de materiales depositadas en el museo albacetense. Ello, indudablemente, ponía de manifiesto la existencia de un *Diario de Excavación* que, en caso de encontrarlo, permitiría estudiar los materiales de manera diferenciada por cuadrículas y estratos.

Prácticamente nos llevó año y medio el encontrarlo y acceder a su consulta, prácticamente una tozuda investigación, sólo que de otro corte; pero el esfuerzo mereció la pena. Encontramos los *Diarios*...11 cajas de documentación, en su mayoría inédita, y lo que fue tan importante o más, conocimos a su viuda, Dña. Asunción

Delgado, que con minuciosidad propia de archivera que ha sido y sensibilidad de poetisa, que sigue siéndolo a sus 81 años, guardaba celosamente tan importante conjunto documental para ella lleno de recuerdos. Su generosidad, unida a la de su familia, nos permitió, no sólo la consulta del codiciado Diario sino también la donación de toda la documentación a la Universidad Autónoma de Madrid como *Legado Permanente* (1998). Todo ello ha servido de arranque a la investigación llevada a cabo por Dña. M.^a Luisa Sánchez Gómez, terminada primero como Memoria de Licenciatura, luego como investigación ganadora del Premio de Arqueología *Joaquín Sánchez Jiménez* del Instituto de Estudios Albacetenses y que ahora, editada, el lector tiene en sus manos.

De este modo, la investigación llevada adelante por M.^a Luisa Sánchez y, consecuencia de la misma, las conclusiones a las que ha llegado están sólidamente argumentadas por los materiales arqueológicos obtenidos en las, con seguridad, dos más intensas y metodológicas excavaciones llevadas a cabo en el yacimiento hasta entonces. De hecho, su denominada *Zanja 1*, ubicada en la ladera inmediata al templo, tuvo una longitud de 50 m. y su excavación llegó hasta la roca virgen contemplando, por fin, conceptos básicos de la arqueología actual como la estratigrafía y los contextos. Todo ello ha servido de apoyo a la autora a la hora de interpretar históricamente el santuario ibérico de El Cerro de los Santos.

Por todo ello, estas nuevas aportaciones son del mayor interés. Su investigación ha concretado, pensamos que de manera definitiva, la cronología del yacimiento; ha podido profundizar en el conocimiento de los ritos y cultos allí celebrados gracias al estudio funcional de las cerámicas y, no se olvide, armas aparecidas; ha marcado una periodización interna en la propia vida del santuario, así como aclarado su definitiva diferenciación con respecto al hábitat tardío que, a finales del s. I a.C., se extendió por la vega una vez cruzada la Cañada de Yecla, también conocida como la rambla del Agua Salada.

Pero sus importantes aportaciones, no acaban aquí. Aunque de modo consciente el estudio de M.^a Luisa Sánchez no ha incluido los conjuntos escultóricos, éstos, a partir de ahora, hay que pasar a considerarlos como producciones que, en ningún caso, se remontan más allá de finales del s. IV a.C. sino mayoritariamente al s. III a.C. y posteriores. Se ratifican así, algunas antiguas propuestas nuestras acerca del carácter conservador de la escultura ibérica, acentuado por el ámbito sacral en el que siempre se encuadró, que vienen a dificultar al máximo el estudio estilístico de la cultura ibérica a la hora de querer establecer una cronología para las mismas.

Para terminar hay una última cuestión que, tras la lectura de este libro, no querría que pudiera pasar desapercibida. Los resultados de la investigación que el lector tiene en sus manos no han sido sólo consecuencia de horas de honesto trabajo de campo y laboratorio –que lo han sido– también la calidad humana, ánimo e ilusión de la autora seguro que le han ayudado a llevar a buen término el trabajo y, en lo que a nosotros se refiere, convertir la dirección del mismo en un verdadero deleite. Una honda satisfacción que, en el deseo de compartirla, me obliga a invitarles al inicio de su lectura.

JUAN BLÁNQUEZ PÉREZ
Prof. Titular de Arqueología
Universidad Autónoma de Madrid

I. INTRODUCCIÓN

Corría el año de 1860 cuando se dieron a conocer las primeras noticias sobre los descubrimientos en El Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete). A partir de aquel momento la historia del yacimiento quedaría irremediabilmente ligada a la de los inicios del iberismo y la arqueología en nuestro país. El escaso conocimiento que en aquellos años se tenía de las culturas protohistóricas peninsulares hizo que los primeros pasos en su investigación fueran balbuceantes. Como veremos, las cerca de 400 esculturas halladas así como los restos de un edificio han protagonizado innumerables estudios a lo largo de los 140 años transcurridos. Comprobaremos cómo el yacimiento ha supuesto una destacada fuente de información para numerosos aspectos del estudio del mundo ibérico, como la escultura o la religiosidad, de igual modo que ha significado uno de los mejores ejemplos para entender el cambio cultural que supuso la incorporación del SE meseteño a la órbita romana.

No obstante, es necesario subrayar lo imprescindible de un buen conocimiento del yacimiento en todas sus dimensiones. Si bien las esculturas han protagonizado abundantes estudios (últimamente: Ruano, 1987; Ruiz Bremón, 1989 y Noguera, 1994) y el edificio de culto ha motivado asimismo recientes interpretaciones (Ramallo *et al.*, 1998; Ramallo y Brotons, 1999) existen aun importantes incógnitas en el conocimiento del santuario que creemos justifican un nuevo acercamiento. La falta de un estudio analítico minucioso del resto de los materiales hallados y, de modo especial, los cerámicos, ha imposibilitado hasta el momento una visión completa de aspectos básicos para la correcta valoración del santuario. En primer lugar, carecemos de unos límites cronológicos precisos, datos imprescindibles en toda aproximación histórica. De igual modo, la inexistencia de un estudio en profundidad de los materiales no escultóricos ha limitado notablemente las propuestas de acercamiento a la vida en el lugar.

así como a los rituales allí desarrollados. El intento de llenar estas lagunas constituye el principal objetivo de nuestro trabajo.

Como se ha señalado con frecuencia (Cerrillo, 1990; Chapa y Martínez, 1990; Prados, 1994) el estudio de los santuarios pre y protohistóricos cuenta con dificultades interpretativas notables. Lo complicado del acercamiento a las creencias de las sociedades antiguas contando únicamente con restos materiales imperecederos se ha hecho patente desde los inicios de la ciencia arqueológica. No obstante, el análisis de la religiosidad resulta de gran interés de cara al conocimiento de los pueblos, ya que ésta desempeña un destacado papel dentro de las estructuras sociales y económicas de cada sociedad. La investigación de estas estructuras ideológicas y rituales es un hecho hasta hace pocos años escasamente tratado por la historiografía y que se ha bautizado como Arqueología de Culto (Renfrew, 1985).

En el caso concreto de los santuarios ibéricos, junto a la problemática inherente a toda investigación arqueológica, a su estudio se une la falta, o en el mejor de los casos escasez, de información adicional relativa a creencias y rituales. Además, en la mayoría de las ocasiones los estudios se ven limitados por la temprana fecha de las primeras intervenciones arqueológicas, lo que propició la pérdida de gran cantidad de información que, en la actualidad, hubiera aportado datos de mayor alcance. Resulta evidente cómo sin esta información todo acercamiento al conocimiento de un santuario será forzosamente parcial. Sin embargo, pueden, y deben, llevarse a cabo intentos de aproximación a las creencias y rituales de los antiguos habitantes peninsulares, entendiendo siempre éstos en el seno de la estructura social que los originó. Estos deben ser, por tanto, algunos de los objetivos principales en todo estudio sobre lugares sagrados, lejanos ya los días en los que la búsqueda de objetos artísticos constituía el acicate principal para las “rebuscas”.

Una vez definido el ritual, siquiera de forma somera ya que sólo ciertas actividades dejan huellas materiales, el siguiente paso en la escalera del conocimiento sería la interpretación de su significado. Este hecho resulta notablemente más complicado ya que, lejos de resultar una lectura crítica de las evidencias arqueológicas, supone adentrarnos en la vida, costumbres y creencias de los iberos para llenar de significación las ceremonias y rituales sugeridos por los restos arqueológicos. En el primero de los pasos propuestos, el reconocimiento del ritual, creemos ser capaces de ofrecer datos de interés para El Cerro de los Santos. El análisis de los abundantes materiales no escultóricos recuperados posibilita un acercamiento notable a estos aspectos. En cuanto al segundo de ellos, las creen-

cias que subyacen tras los ritos, nuestras aportaciones resultarán, lógicamente, más limitadas.

Si bien el interés de la aproximación a los rituales desarrollados en el santuario era evidente, sólo una serie de circunstancias especiales confluieron desencadenando la consecución de su estudio. A principios de los años sesenta Fernández de Avilés llevó a cabo dos ambiciosas campañas de excavación en el yacimiento, explorando con exhaustividad la vertiente norte del Cerro así como algunos puntos de especial interés en la cercana vega, la Cañada de Yecla. A excepción de una breve *Memoria* centrada en la primera campaña (Fernández de Avilés, 1966a), la mayor parte de los datos aportados por aquellos trabajos quedó inédita tras el fallecimiento del investigador. Aunque con posterioridad se han desarrollado nuevas excavaciones (Chapa, 1984) la importante superficie excavada por Fernández de Avilés, así como su interesante exploración del área de la Cañada, hacían aconsejable una revisión de aquellos materiales. Su conservación en el Museo de Albacete hacía posible esta labor que significaba el estudio de la que fuera primera secuencia estratigráfica obtenida en el yacimiento.

Sin embargo, la falta de documentación complementaria a los propios materiales arqueológicos imposibilitó durante décadas una labor tan obvia como necesaria: la ubicación de los diferentes objetos en el espacio del yacimiento y el entendimiento del registro estratigráfico evidenciado en el etiquetado de las bolsas donde se conservaba. Así, los materiales hallados durante las excavaciones de 1962-63 sólo podrían ser convenientemente interpretados a través de unos *Diarios de Excavación* que los explicasen. Durante años esta información se consideró perdida.

Siguiendo los pasos de los *Diarios*, el Dr. Blánquez (Universidad Autónoma de Madrid) pudo contactar con la viuda de Fernández de Avilés, Dña. Asunción Delgado. Archivera jubilada, había conservado cuidadosamente ordenados no sólo los buscados *Diarios* sino toda la documentación generada por su marido durante una fructífera vida dedicada a la investigación. La idea de creación de un Proyecto Oficial para la catalogación y estudio del *Legado Fernández de Avilés* animó pronto a la viuda del arqueólogo, apoyada por sus hijos, a donar la documentación existente a la Universidad Autónoma de Madrid. La firma oficial de su donación tuvo lugar el 23 de abril de 1998.

Toda la información del *Legado*, compuesto inicialmente por más de 11 cajas de documentación escrita y gráfica, quedó depositada de modo provisional en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la U.A.M., donde se encuentra en la actualidad para su catalogación y estu-

dio. Con este fin se constituyó un Proyecto Oficial de Investigación, dirigido por el Dr. Blánquez (Blánquez y Sánchez, 1999), uno de cuyos primeros frutos ha sido la exposición *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo* (Blánquez y Roldán, 1999a y b). Una vez concluido el primer estadio del Proyecto, el *Legado* quedará localizado definitivamente en la Biblioteca de Humanidades de la U.A.M., para su utilización por parte de la comunidad científica.

En lo que se refiere al yacimiento que nos ocupa, el *Legado* conservaba abundante documentación sin la cual la realización de nuestro estudio no habría sido posible. En primer lugar, los *Diarios de Excavación* de las dos campañas desarrolladas por Fernández de Avilés nos facilitaron la comprensión e interpretación de los materiales recuperados, así como posibilitaron el entendimiento de las motivaciones e incidencias de los trabajos. Los ejemplares originales de la Tesis Doctoral de Fernández de Avilés y la documentación preparatoria de la misma nos acercaron, asimismo, a la metodología de trabajo y planteamientos interpretativos del investigador. De igual modo, la correspondencia con colegas, las anotaciones personales... facilitaron la comprensión de sus trabajos y el acercamiento a interesantes aspectos de su personalidad. Por último, de forma especialmente significativa, constituían un núcleo destacado dentro del *Legado* las fotografías de ambas campañas. Las instantáneas reflejan los trabajos en los dos puntos sondeados, ilustrando la aparición de piezas escultóricas y permitiendo precisar los puntos concretos de su hallazgo.

Por todo lo expuesto, podemos concluir diciendo cómo nuestro trabajo se ha centrado esencialmente en el análisis de dos fuentes documentales. Por un lado, la clasificación y estudio de los materiales hallados en 1962-63, depositados en el Museo de Albacete; por otro, la incorporación de la información procedente del *Legado Fernández de Avilés*. No obstante, asimismo hemos tenido la posibilidad de contar con información complementaria. La revisión de los materiales hallados durante las campañas de excavación de finales del s. XIX (conservados en el M.A.N.); los Libros de Inventario y de Entrada de materiales del Museo de Albacete y el M.A.N., respectivamente, así como la información conservada en los Archivos de ambos museos han resultado de gran importancia para la contrastación de los datos.

Todo ello nos ha llevado a considerar de notable interés la información aportada por las dos campañas de excavación de Fernández de Avilés, a pesar de las limitaciones propias de unos trabajos llevados a cabo hace cerca de cuatro décadas. La exhaustividad de sus intervenciones, cen-

tradas en dos puntos bien distintos y alcanzando, en ambos casos, niveles estériles, motiva el que éstas sigan constituyendo en la actualidad hitos incuestionables en la historia del yacimiento. De forma paralela, en todo momento hemos contrastado los datos obtenidos con los aportados por las demás excavaciones en el yacimiento, tanto las desarrolladas a fines del s. XIX como las de Chapa, entre 1977 y 1981. Con todo, no nos hemos limitado a ofrecer un estudio tipológico de los materiales, sino que hemos intentado llegar más allá en la valoración histórica del yacimiento. Como argumentaremos, las matizaciones cronológicas e interpretativas que se desprenden del análisis del material arqueológico refuerzan el destacado papel ejercido por el santuario en el SE peninsular en un momento avanzado del periodo ibérico y evidencian su importancia como núcleo de implantación precoz de las gentes itálicas llegadas a nuestro territorio a finales del s. III a.C. Intentaremos con ello llenar una página más de la, hasta el momento, escasamente conocida Baja Época Ibérica.

No querría concluir estas líneas introductorias sin dejar constancia de mi agradecimiento a todas aquellas personas e instituciones que, en mayor o menor medida, han contribuido a la realización de este trabajo. Soy consciente que, sin ellas, mi esfuerzo no habría llegado a buen puerto. En primer lugar debo citar a la familia Fernández de Avilés y, de modo especial, a Dña. Asunción Delgado. La generosa donación del *Legado* documental de su marido a la Universidad Autónoma ha sido, como hemos señalado, el principal desencadenante de este estudio.

En segundo lugar, querría destacar el papel del Museo de Albacete, personificado de forma especial en su directora, Dña. Rubí Sanz. Su colaboración ha ido más allá de sus deberes al frente de una institución pública. A ella y a todo el personal del museo agradezco profundamente su colaboración y apoyo en las largas horas que invertí en sus fondos, revisando, dibujando y fotografiando la mayor parte del material arqueológico objeto de este trabajo.

Al Museo Arqueológico Nacional, especialmente a Dña. Esperanza Manso (Departamento de Protohistoria) y Dña. Pilar Martín (Archivo) agradezco también su colaboración. Los Dres. Mar Zarzalejos Prieto (Consejería de Cultura de Castilla-La Mancha), Darío Bernal Casasola (Universidad de Cádiz) y Ángel Morillo Cerdán (Universidad de León) me aconsejaron en el estudio de las piezas romanas. Los Dres. Manuel Bendala Galán y Fernando Quesada Sanz (Universidad Autónoma de Madrid), miembros del tribunal de la Memoria de Licenciatura que constituye el núcleo de este trabajo, me propusieron interesantes sugerencias que he procurado incorporar al texto definitivo.

A Dña. Ana Luján, quien años atrás iniciara el estudio de los materiales inéditos de El Cerro de los Santos, debo parte del material gráfico que acompaña el estudio. Muchas otras personas han contribuido a que este trabajo se viera concluido. Sus consejos y, especialmente, apoyo y compañía en los momentos más difíciles han resultado de valor inestimable. Susana González, Mercedes Planas, Raúl Maqueda, Ana Vico, Mayra Valenciano, Carmen Chíncoa, Carlos Comas..., a todos, muchas gracias.

Finalmente, quiero mostrar mi gratitud hacia el Dr. Juan Blánquez Pérez, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid y director de este estudio, quien me ha brindado la posibilidad de colaborar en distintos e interesantes proyectos y con quien he compartido intensos días de trabajo. Sus consejos han resultado de inestimable valor, enriqueciendo notablemente el texto.

II. FERNÁNDEZ DE AVILÉS Y EL CERRO DE LOS SANTOS

II.1. DATOS BIOGRÁFICOS

D. Augusto Fernández de Avilés y Álvarez-Ossorio nació en octubre de 1908 en Madrid, en el seno de una familia con gran tradición en el mundo de los Archivos y Museos. En 1930 se licenció en Filosofía y Letras, sección de Historia, por la Universidad Central de Madrid. En la misma se doctoraría años después, en 1949, obteniendo la máxima calificación y Premio Extraordinario. Su Tesis Doctoral, realizada bajo la dirección de García y Bellido, versó sobre el santuario de El Cerro de los Santos, centrándose esencialmente en su conjunto escultórico (Fernández de Avilés, 1949a). El amplio estudio de materiales recogido en este trabajo incluía también los restos procedentes del cercano Llano de la Consolación (Láms. 1 y 2)¹. En 1931 entró por oposición al *Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*, al que quedaría vinculado de por vida.

En 1932 fue nombrado Director del Museo Arqueológico de Murcia, ciudad en la que residiría durante 9 años. Durante el tiempo en el que estuvo al cargo de dicho Museo, Fernández de Avilés se integró de forma notable en el ambiente de la provincia, vinculándose especialmente al estudio y preservación de su patrimonio histórico-artístico. En estos años llevó a cabo numerosas intervenciones arqueológicas en la región, tanto prospecciones como excavaciones (García Cano, 1999a, 76), llegando a ocupar el cargo de Comisario Provincial de Excavaciones entre 1939-41. En el Museo de Murcia llevó a cabo una intensa labor administrativa

¹ Durante largos años el material procedente de ambos yacimientos se ha estudiado de forma conjunta. Un estudio reciente (Valenciano Prieto, 2000) ha confirmado la clara separación cronológica y funcional de ambos yacimientos.

organizando una institución que contaba con pocos medios en aquellos difíciles años treinta. Se inició también en la docencia universitaria, labor que, de forma discontinua, ocuparía importantes periodos de su vida. A su mano debemos el primer catálogo de los fondos del Museo Arqueológico de Murcia (Fernández de Avilés, 1942a).

Se trasladó a Madrid en 1941 para ocupar la plaza de Jefe de la *Sección Primera* del M.A.N., obtenida por concurso. Allí trabajaría hasta su fallecimiento, ocupando primero una plaza de Conservador para finalmente pasar a desempeñar el cargo de Director Provisional. En el museo desarrolló gran parte de su actividad profesional y en él llevó a cabo una de sus más decididas vocaciones: la divulgación del patrimonio histórico-artístico.

Definitivamente establecido en Madrid, se incorporó en 1942 al *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, más concretamente al *Instituto Español de Arqueología*, institución a la que también quedaría vinculado hasta su desaparición. En un primer momento ocupó el puesto de Becario del Instituto “Diego Velázquez” de Arte, pasando luego a ser colaborador del organismo. Desde 1946 fue también Secretario de su prestigiosa revista *Archivo Español de Arqueología*, cargo que ocuparía hasta su muerte. A partir de 1952, pasó a ser Jefe de Sección del recién creado Instituto “Rodrigo Caro” de Arqueología. Al mismo tiempo, continuó una labor docente que ya había iniciado en Murcia, impartiendo clases como Profesor Ayudante en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid en los años cuarenta. Tampoco abandonó su dedicación al *Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*, en el que también impartió docencia. Paralelamente, evidenció a lo largo de toda su vida un especial interés por los problemas de conservación y museografía, muy ligados a los diversos ámbitos de su actividad profesional.

Fue destinatario de una beca en el *Institute of Fine Arts* de Nueva York (1951). Asimismo, fue Miembro de Honor en instituciones de prestigio internacional como la *Associação dos Arqueólogos Portugueses* de Lisboa o el *Deutsches Arqueologisches Institut* de Berlín.

La última etapa de su vida la pasó fuertemente vinculado al M.A.N. Ocupó el cargo de Director Provisional en abril de 1967 a propuesta del Dtor. Gral. de Bellas Artes, G. Nieto, tras la excedencia del anterior director y el traslado a la Biblioteca Nacional del subdirector. Su interinidad en el puesto se prolongó durante un año, hasta su muerte en abril de 1968, a pesar de que el Ministerio había convocado un concurso especial para la provisión de la plaza en julio de 1967. La última gran labor de Fernández de Avilés al frente del Museo fue la “Exposición Sainz de la Cuesta” en torno a antigüedades púnicas (1967).

Creemos necesario cerrar este apartado con una valoración humana de la figura de Fernández de Avilés. Las noticias que de su forma de ser conservamos apuntan a una personalidad brillante, trabajadora, minuciosa y científicamente rigurosa. Esta meticulosidad en el trabajo se evidencia especialmente en toda la documentación conservada en su *Legado*, al encontrarse toda la información acumulada a lo largo de su intensa carrera profesional escrupulosamente ordenada por materias y fechas. Sus estudios también reflejan una forma de ser metódica, ya que todos responden a planes de trabajo perfectamente diseñados y acometidos con rigurosidad. Su capacidad de trabajo y entrega a la investigación fue algo también ampliamente reconocido por sus colegas (García y Bellido, 1968, 4; González Serrano, 1999).

La importancia de su obra –que puede, y debe, ser proyectada en investigaciones presentes y futuras– ha quedado evidenciada en la riqueza de su legado documental. El *Legado Fernández de Avilés*, compuesto por documentos de muy diversa índole, ha podido conocerse gracias a la generosidad de su viuda, Dña. A. Delgado, que decidió donar a toda la comunidad científica los frutos de más de cuarenta años de dedicación a la investigación (Blánquez y Sánchez, 1999). Esta donación hará posible un mejor conocimiento de la personalidad científica y humana del investigador, así como facilitará el reestudio de temas científicos por él analizados y en absoluto agotados en sí mismos.

II.2. SU LABOR INVESTIGADORA: TRABAJOS DE CAMPO

Fernández de Avilés desarrolló una intensa labor en el ámbito de la arqueología de campo. En este sentido, llevó a cabo intervenciones en diferentes regiones de nuestra geografía, trabajos que abarcaron, de igual manera, un amplio espectro cronológico. Durante su etapa murciana, practicó excavaciones y prospecciones en numerosos enclaves (García Cano, 1999a, 76). Entre ellas, cabe destacar sus intervenciones en las necrópolis ibéricas de Cabezo del Tío Pío (Fernández de Avilés, 1943b) y del Cabecico del Tesoro, esta vez en colaboración con Mergelina. También en el término de Verdolay excavó en el poblado ibérico del Monte de Santa Catalina. De igual modo, prospectó numerosos enclaves de interés arqueológico en Fortuna, Yecla, Jumilla, Mula o Cehegín (Prospecciones, *Legado Fernández de Avilés*, U.A.M.).

Con posterioridad, la mayor parte de sus excavaciones tuvieron lugar en la mitad septentrional de la Península. En 1942 codirigió, junto

con Taracena, las excavaciones en el castro prerromano de Arrola (Vizcaya) (Fernández de Avilés, 1942b; Taracena y Fernández de Avilés, 1945). En 1945 llevó a cabo dos campañas en el poblado fortificado bajoimperial de Monte Cantabria (La Rioja); la primera de ellas codirigida por Taracena y la segunda por Gil Farrés (Fernández de Avilés, 1956). En ese mismo año dirigió también excavaciones en El Redal (La Rioja), poblado celtibérico posteriormente romanizado (Fernández de Avilés, 1956 y 1959). En 1946 dirigió excavaciones en la Cueva de Forúa (Vizcaya), enclave con ocupación tardorromana cuya publicación no llegó a ver la luz.

Sus trabajos como arqueólogo de campo quedaron abandonados durante cerca de una década, retomando las excavaciones a partir de 1953. En 1953-56, formó parte del equipo de investigadores que, bajo la dirección de García y Bellido, estudió la ciudad romana de *Iuliobriga* (Cantabria) (García y Bellido *et al.*, 1957). Nuevamente bajo los auspicios del C.S.I.C. y dirección de García y Bellido, participó en las investigaciones llevadas a cabo en Herrera del Pisuerga y Velilla del Río Carrión (Palencia). Entre 1960 y 1962 se acometieron campañas de prospección y excavación, destinadas a localizar los manantiales intermitentes de agua a los que Plinio se refería en su *Naturalis Historia*, conocidos como *Fontes Tamarici* (Fernández de Avilés, 1961 y 1964b; García y Bellido y Fernández de Avilés, 1964; García y Bellido *et al.*, 1962).

Pero, sin duda, fue El Cerro de los Santos el yacimiento al que más esfuerzos dedicó a lo largo de su vida. Además de los intensos estudios que el investigador dedicó a sus esculturas, Fernández de Avilés llegó a realizar en el mismo dos campañas de excavación, en 1962 y 1963. La de 1962 permitió por vez primera obtener indicios cronológicos del santuario apoyados en argumentos arqueológicos (Fernández de Avilés, 1966a). La campaña de 1963 presentó igualmente interesantes novedades (Fernández de Avilés, 1965).

Del análisis de sus trabajos de campo podemos deducir que, aunque profundamente vinculado a los museos e instituciones, Fernández de Avilés no renunció a otras labores más típicas de la profesión arqueológica, las excavaciones y prospecciones. Aunque de forma discontinua y, con frecuencia, bajo la dirección de sus más inmediatos superiores, acometió numerosas intervenciones a lo largo de su carrera, centradas de modo especial en los periodos ibérico y romano.

II.3. SU LABOR INVESTIGADORA: PUBLICACIONES Y TRABAJOS EN PREPARACIÓN

Junto a sus trabajos de campo, ya aludidos, y sus actividades en el seno de los museos, tuvo también una destacada labor de investigación en bibliotecas, ejercida en el marco del *Instituto Español de Arqueología* del C.S.I.C. Su inquietud investigadora le impulsaba a acometer diversas tareas de modo simultáneo, de forma que su desaparición interrumpió numerosos trabajos que llevaba elaborando largo tiempo y que constituían destacados proyectos dentro de su carrera.

Durante su etapa murciana la mayor parte de sus publicaciones se centraron en temas relacionados con la región, tanto relativos a sus investigaciones en la misma como aquellos otros directamente vinculados con el Museo. De aquellos años destacaríamos sus estudios sobre temas protohistóricos, al tratarse éste de un periodo en el que el SE de la Península alcanzó un especial grado de desarrollo y complejidad. Podemos considerar estos años los momentos en los que empezaron a forjarse las inclinaciones científicas del arqueólogo hacia el mundo ibérico y que se verían concretados con la elección de su tema de Tesis Doctoral.

También son a destacar sus primeros trabajos relacionados con el mundo romano. Este periodo histórico sería, junto con el ibérico, la época en cuyo estudio se centraría en los años siguientes. En aquellos momentos aun no se encontraban claramente definidas las “fronteras” entre las etapas ibérica y romana en la Península, por lo que se empleaban términos quizás algo confusos y ambiguos –hispanico, iberorromano o hispanorromano– para designar a distintas manifestaciones culturales de periodo tanto ibérico como romano. Entre todos los trabajos dedicados al periodo “iberorromano”, destacaríamos –por su repercusión posterior–, el estudio sobre los llamados relieves del “domador de caballos” (Fernández de Avilés, 1942c). Asimismo habría que destacar en aquellos primeros años de carrera los trabajos dedicados al Museo de Murcia, en los que detallaba y ordenaba los fondos del Museo dando a conocer, por vez primera, la mayor parte de sus piezas.

Tras su traslado a Madrid, el ingreso en el M.A.N. y en el *Instituto Español de Arqueología* posibilitó a Fernández de Avilés seguir trabajando en las líneas esbozadas anteriormente, profundizando en el estudio de temas ibéricos, romanos y museísticos. Como se verá, es éste el momento en que inició su Tesis Doctoral y, con ello, sus estudios en profundidad sobre la escultura ibérica. Desde entonces también se vinculó profundamente a los estudios clásicos, bajo la dirección de García y Bellido en el

Consejo. Pasó, así, a formar parte de una de las generaciones más prolíficas y brillantes nacidas al amparo de aquella institución compuesta, entre otros, por Blanco Freijeiro y Balil. En los años que siguieron su actividad investigadora tocó muy diversos temas publicando desde las *Memorias* de excavación y prospección de yacimientos estudiados años atrás, hasta trabajos particulares sobre escultura ibérica (1943a) y romana (1947b; 1948b).

Fernández de Avilés fue decantándose de forma paulatina por el estudio de temas concretos. Algunos llegaron a publicarse, caso de sus estudios sobre las esculturas de El Cerro de los Santos, pasariendas y otros bronce de carro romanos (1958) o sobre cuestiones museológicas (1954). Las largas horas a ellos dedicadas tienen hoy reflejo en la gran cantidad de información que, en torno a estos temas, conserva su *Legado*: fichas de materiales, descripciones, bibliografía, dibujos, fotografías...

En los últimos años de su vida, su actividad científica siguió centrada esencialmente en el estudio del mundo ibérico y romano, aunque dedicó también algunos trabajos al estudio de materiales fenicio-púnicos y helenísticos en la Península. Asimismo en estos años estuvo especialmente activo en la publicación de los trabajos de campo realizados en la década de los cincuenta y principios de los sesenta (Fernández de Avilés, 1959; 1961; 1964a; 1964b...).

De cara a conocer en profundidad el perfil investigador de Fernández de Avilés, no se pueden olvidar sus obras inéditas. Algunos de estos trabajos quedaron prácticamente acabados a su muerte y constituyen hoy verdaderos catálogos manuscritos de temas diversos, caso de los “molinos giratorios de mano”; “terracotas prerromanas e hispanorromanas”; “muñecas antiguas en España” y “orfebrería pre y protohistórica”. No obstante, los estudios a los que más trabajo dedicó a lo largo de su carrera, hasta el punto de constituir verdaderas “obras de una vida”, fueron el *Corpus de Escultura Ibérica* y el *Corpus de Mosaicos Romanos en España y Portugal*.

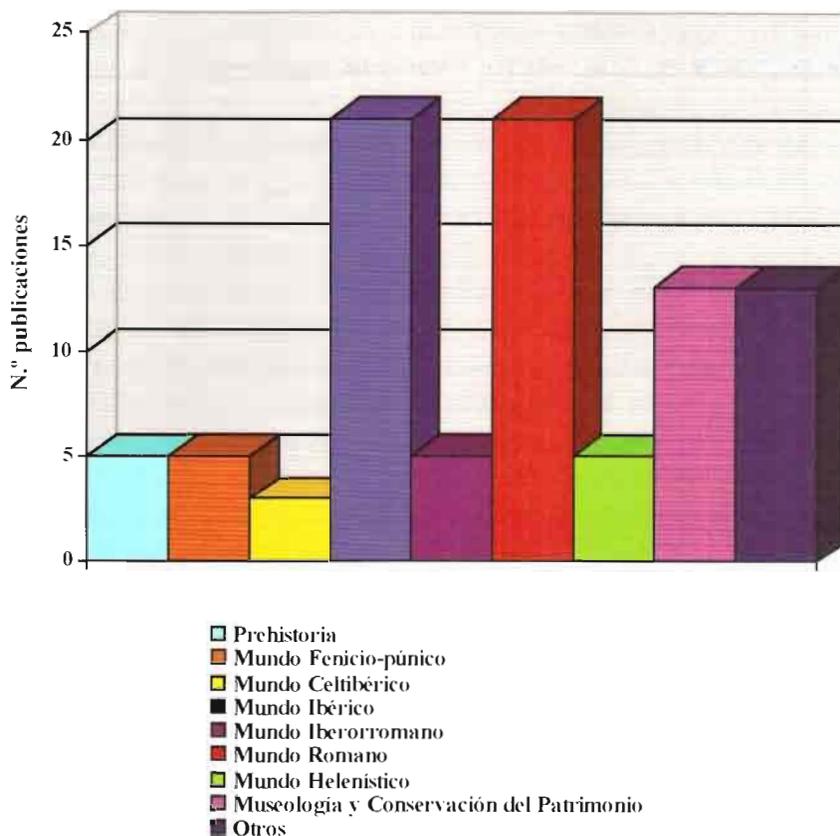


Gráfico I. Publicaciones de Fernández de Avilés.

Con todo lo anotado podemos concluir que el trabajo científico de Fernández de Avilés se centró en temas concretos, si bien su amplia formación le hizo publicar colaboraciones sobre temática muy diversa. Los periodos que ocuparon la mayor parte de su labor investigadora fueron el ibérico y romano (Gráfico I). En sus estudios trataba de aunar el punto de vista puramente arqueológico con la perspectiva de la historia del arte, aspectos profundamente relacionados y tratados siempre de forma conjunta en sus obras. Podemos considerar esta visión globalizadora fruto de su aprendizaje en la “escuela” de García y Bellido. Se vio también profundamente ligado la conservación y divulgación del patrimonio, interés despertado desde los primeros momentos de su larga vinculación al mundo de los museos. A estos menesteres dedicó también numerosas publicaciones en las que tenía planteamientos muy modernos en cuanto al concepto de museo y sus técnicas expositivas.

II.4. SUS INVESTIGACIONES SOBRE CULTURA IBÉRICA. FERNÁNDEZ DE AVILÉS Y EL CERRO DE LOS SANTOS

Desde los inicios de su carrera, Fernández de Avilés se vio fuertemente vinculado a los estudios ibéricos. Su cargo al frente del Museo de Murcia impulsó esta inclinación, favorecida por la riqueza arqueológica de la región así como por la larga tradición de los estudios sobre iberismo en la zona (García Cano, 1999a). La catalogación y exposición de los fondos del museo le pusieron en contacto directo con materiales ibéricos del SE peninsular. Junto a ello, sus intensas labores de prospección y excavación en la provincia –entre las que destacan sus intervenciones en el Cabecico del Tesoro– hicieron que se vinculara con más profundidad a los estudios sobre la protohistoria del Levante español.

Tras su definitivo traslado a Madrid, entró pronto en contacto con las importantes colecciones del M.A.N. Allí se encontraba depositada la más importante colección de esculturas procedentes de El Cerro de los Santos, conjunto que, desde los primeros momentos, acaparó su atención. A partir de estos momentos consideró la idea de realizar su Tesis, animado por García y Bellido, quien sería su director. A partir de entonces, centró sus estudios en los materiales procedentes de Montealegre, tanto de El Cerro de los Santos como del Llano de la Consolación, dedicándoles sendos estudios historiográficos exhaustivos (Fernández de Avilés, 1949b y 1953).

En los años siguientes se dedicó de modo especial al estudio de las distintas colecciones del Cerro en los Museos españoles (Fernández de Avilés, 1943a, 1947a, 1948a, 1962). Consideraba como único medio para el verdadero conocimiento de la colección escultórica la previa publicación y reproducción gráfica de todas las tallas. El destacado conjunto del yacimiento, junto con las piezas procedentes del Llano de la Consolación, constituyó el núcleo de su Tesis Doctoral (Fernández de Avilés, 1949a). Ésta incluía la historia detallada de ambos yacimientos así como un catálogo de todas las esculturas procedentes de Montealegre. El ejemplar encuadernado original² incluía también una completa colección de pequeñas fotografías que recogía todas las piezas. Esta es la primera, y única, obra que contiene material gráfico de la totalidad de las esculturas de Montealegre, con lo que su valor documental es incuestionable.

Pero, junto al análisis de las esculturas, no dejó de lado el estudio de materiales menos espectaculares aunque, sin duda, esenciales para la

² Depositado hoy en el *Legado Fernández de Avilés*, U.A.M.

comprensión global del enclave. Nos referimos a los restos cerámicos o metálicos que habían sido recuperados durante las campañas decimonónicas. En este sentido, es destacable el interés manifestado por Fernández de Avilés por estos materiales no escultóricos, sobre todo teniendo en cuenta el escaso eco que éstos habían tenido en publicaciones anteriores. Este enfoque metodológico no resultaba nada común en aquellos años y le hace, en cierto modo, un investigador con una visión de la interpretación arqueológica bastante adelantada a su época.

Tras el estudio de las distintas colecciones, su Tesis incluía una serie de consideraciones a la estatuaria del Cerro, algunas de las cuales se verían matizadas años después tras sus intervenciones directas sobre el terreno. Desde un punto de vista técnico, consideraba innegable el origen “xoánico” de la escultura ibérica. Esta hipótesis fue compartida en las mismas fechas por García y Bellido. En lo que a aspectos estilísticos se refiere, desde sus primeros trabajos le había llamado la atención la “presencia de elementos contradictorios desde el punto de vista artístico y técnico, o sea, de interpretación y ejecución”, pudiéndose apreciar la presencia de “manos magistrales y manos inexpertas” (1943a, 382), cuestión que había resultado llamativa para todos los estudiosos. Para Fernández de Avilés estaríamos ante un arte “pseudoarcaico, formulario, mezcla extraña de clásico y bárbaro” (1943a, 367), lo que hace que participe de características tan dispares en cuanto a perfección de formas y técnicas. Estas especiales características le acercaron a los presupuestos sugeridos por su maestro en cuanto a la filiación iberorromana, más que propiamente ibérica, de las esculturas del Cerro. Así, incluyó el conjunto escultórico dentro de la “escuela bastetana” definida por García y Bellido (1943c), concluyendo la época tardía de gran parte de las tallas (Fernández de Avilés, 1949a, 5).

Sin embargo, no llegó a apuntar en su Tesis, ni en los trabajos preliminares a la misma, unos límites cronológicos concretos para la vida del santuario, como tampoco una seriación de sus exvotos pétreos. Sus primeras aportaciones cronológicas concretas no llegarían hasta la consecución de las excavaciones en el yacimiento, que modificarían sensiblemente sus iniciales conclusiones. Así, en las dos campañas de excavación por primera vez en la historia de las investigaciones del yacimiento se recogieron cuidadosamente todo tipo de restos. De igual modo, y también por vez primera, se estudiaron conjuntamente los materiales escultóricos con los restos cerámicos y metálicos (Fernández de Avilés, 1966a). Ello posibilitó el ofrecimiento de datos fundamentados arqueológicamente sobre la controvertida datación del santuario.

Con el establecimiento de unos límites cronológicos más precisos de los mantenidos hasta el momento Fernández de Avilés se desvinculó, parcialmente, de las teorías por él mismo sostenidas con anterioridad, datando el yacimiento entre los s. IV a.C. y IV d.C. Sus excavaciones no le hicieron, sin embargo, completar totalmente sus trabajos anteriores. Nunca llegó a poner por escrito su valoración personal del santuario ni su explicación de algunas de las más destacadas incógnitas planteadas por el mismo: ubicación en la región, dedicación del edificio, rituales desarrollados, procedencia de los fieles, momento de máximo esplendor...

II.5. LOS DIARIOS DE EXCAVACIÓN: EL CERRO DE LOS SANTOS 1962-63

II.5.1. DESCRIPCIÓN DEL DOCUMENTO

Uno de los elementos que han posibilitado el presente estudio, además de los propios materiales arqueológicos, es el *Diario de las Excavaciones* llevadas a cabo por Fernández de Avilés en 1962 y 1963 (Lám. 3). En el estudio que acometemos, el trabajo con el *Diario* ha proporcionado varios puntos de interés. En primer lugar, y teniendo en cuenta que una de las dos campañas de excavación (1963) era inédita, nos hemos encontrado con datos significativos sólo parcialmente conocidos por la comunidad científica (Fernández de Avilés, 1965). Junto a ello, la posibilidad de analizar los datos tomados por el propio arqueólogo en el campo facilitan un acceso directo a la información, eliminando cualquier "contaminación" posterior de la misma. Por último, además de la información puramente arqueológica, podemos obtener de estos documentos datos de interés antropológico, que permiten un mejor conocimiento de la época estudiada y de sus protagonistas.

El *Diario* de las campañas de 1962-63 fue redactado por el propio Fernández de Avilés. En él anotó las principales novedades de los distintos días de campaña, la ubicación concreta de cada una de las catas y sondeos practicados, la justificación de los distintos puntos elegidos... Asimismo, se realizaron numerosos croquis de situación de hallazgos así como de estratigrafías. Todo ello nos ha permitido hoy retomar el estudio de los materiales recuperados, pudiendo interpretar y ubicar fácilmente las etiquetas escritas en las bolsas y cajas conservadas en el Museo de Albacete. Además, el documento incluye abundantes dibujos de los materiales aparecidos, especialmente esculturas. Junto a la información directamente redactada en el momento de la excavación, han quedado también recogidas las puntualizaciones hechas por su autor *a posteriori*.

En la transcripción de los *Diarios* hemos procurado ser completamente fieles al documento original. Se ha recogido toda la información que éstos ofrecían respetando, en la medida de lo posible, el orden de narración del texto. De igual modo, hemos transcrito todas las palabras del *Diario* tal y cómo aparecen en él, por lo que se encontrarán abundantes abreviaturas, subrayados... Hemos recogido el texto original en caracteres cursivos, por lo que todas las palabras que aparezcan en caracteres normales deben ser interpretados como añadidos nuestros. Las palabras que aparecen en cursiva y negrita corresponden a anotaciones hechas a lápiz, probablemente fruto de una revisión del documento una vez finalizada la excavación. En los casos en los que la transcripción de alguna palabra es dudosa, hemos incluido tras la misma una interrogación entre paréntesis. Finalmente, hemos diferenciado la separación entre páginas con la abreviatura P/P (paso de página). En cuanto a la documentación gráfica incluida en la transcripción, hemos de señalar que los croquis, tanto espaciales como de materiales arqueológicos, son muy abundantes en el documento, por lo que nos hemos limitado a recoger aquí las imágenes que consideramos de mayor interés o que recogen piezas representativas.

II.5.2. TRANSCRIPCIÓN DE LOS *DIARIOS*³

–Campaña de 1963–

SEPTIEMBRE

23 lunes

Entrego al secretario el oficio. Papel estaño, cuadernos, etc. Albacete = D. Julio me dice que escribió el Presidente al Instituto concediendo el coche. Vemos al Ingeniero Director, D. Domingo Méndez Núñez. A las 8 estará mañana en el Hotel. No están ni Juan Pepe ni Samuel. Separo remanente (4.500) y pongo al día cuentas, mientras. Con J. Pepe vemos a Samuel = No irá al Cerro. La máquina, estropeada, el fotóm. prestado. Me presta trípode. Entrega fotos originales y texto de mi artículo. Le doy fotos de la pasada.

³ Debido a la extensión original de los *Diarios* consideramos oportuno incluir aquí únicamente algunos de sus fragmentos más representativos, correspondientes a la Campaña de 1963, dado el carácter inédito de la misma.

24 martes

Hotel = 55 pts. Salida p^a Montealegre. Alcalde. Beatriz dice que no podemos alojarnos Cortijo: domingo 6 boda Sergio-Rosa.

P/P (paso de página)

Alojamiento fonda de Milagros = 17 duros. Yecla = Foto de 5 fragmentos inéditos. Medida y dibujo de todos. Faltan dos piezas de la antigua colección. c/c (25.000). Propina Salvador (50 pts.). Montealegre = el chofer pide 80 pts. por scio. Ida y vuelta al Cerro (16 km.!). Hay que alojarse en otro caserío: Nicanor, amigos de la madre de Salvador, Casas de Almansa (Dioscórides), donde hay restos calzada (foto) y se halló lápida del Museo, candil etc.

25 miércoles

CERRO Zanja 1^a

Se limpia el corte, para levantar la capa echadiza y seguir luego con el nivel arqueológico, por capas. Junto al testigo, Jesús recoge el fragmento escultórico 1, con friso de bellotas, pequeño.

[Dibujo fragmento escultórico 1] 0'098 x 0'055

Destruído lo demás. ¿Adorno de tocado de dama? Piedra amarillenta fina

Seis obreros y el niño: Matías, Jesús, Isidro Conejero (niño rubio hijo de Matías), Gabriel Martínez "Vizacaíno" (viejo nuevo), Gabriel (su hijo), Fco. Vizcaíno ("Cascabel") y Luisito y Miguelín.

P/P

Entre la tierra de la limpieza un anillito cintiforme muy bien conservado [Dibujo]. Otro igual, también [Dibujo] en la capa superficial. Otro mayor roto [Dibujo], un fragmento de pulsera en alambre muy fino [Dibujo] y un trozo que parece extremo de brazalete serpentiforme, con cabeza de ofidio [Dibujo] o más bien una pata de animal, con deditos.

[Dibujo fragmento escultórico 2] 0'10 x 0'065

fragm^o decorat^o pequeño. **Piedra grano ligero, roja y amarilla (vetas). Roto lo no visible**

[Dibujo fragmento escultórico 3] *Id. en superficie. Otro parecido. Inútil*

Otros dos anillos completos iguales [Dibujo]. Varios más hasta 12.

[Dibujo fragmento escultórico 4] 0'09 x 0'06

nivel 1. **destr^o detrás. Blancuzca. Piedra deleznable fina, amarillenta.**

Fragmento figurita femenina, lado derecho. (Jesús)

[Dibujo torito] (Gabriel hijo) [Dibujo hierro] Hierro

[Dibujo fragmento escultórico 5] 0'035 x 0'068 **Amarillenta fina**

[Dibujo fragmento escultórico 6] 0'105 x 0'18 *mano copa grande, izqda.*

Piedra amarillenta muy deleznable. Pegado un trozo, destruido lo invisible

P/P

[Dibujo fragmento escultórico 7] *pie con abarca*

Fusayola de barro [Dibujo] *Restos de Thymiaterion (2)* [Dibujos]

Tarde = En el carro de Millán se llevan a Casa Nicanor los cajones con cajas vacías y de lebrillos-bombonas que quedaban, con los cuatro largueros y el cajón de estacas, en el Cortijo de los Santos. Salen, al cribar (?) las tierras un alambre retorcido y anudado, de un brazalete, y dos anillos corrientes, grandes.

[Dibujos del alambre y anillos] [Dibujo de fusayola] *una fusayola cónica aplastada.* [Dibujo fíbula] *Fíbula (Matías)*

Para sacar la tierra caída del nivel superior, se quitan las dos grandes piedras, caídas de la izquierda de la zanja o sector más oriental de este lado.

[Dibujo] *Barro* [Dibujo] *Figurita, parte infor.?*

[Dibujo] *0'15 x 0'077 Brazo? Dorso casi plano (desprendido (?) no exento?)*

[Dibujo] *0'147 Base: 0'09 x 0'09 x 0'07. liso. Roto arriba y abajo.*

P/P

CASA DE J. MILLÁN (Extras)

25. Carrito = Subida Cortijo p^a comer.

Bajada obreros de la criba grande etc.

“ todo lo que queda

26 Id id. bidón agua, y a diario p^a los trabajadores, quedando con el carrito junto al sombrero. El cubo de plástico es de Ramón, el mulero.

29 domingo = 2 subidas moto p^a cartas.

30 lunes = Cuba de agua en vez de bidón.

PREMIOS

25 =	<i>Gabriel (hijo)</i>	<i>Torito bronce</i>	10
	<i>Matías</i>	<i>Fíbula La Tène (garbilla)</i>	20
	<i>Jesús</i>	<i>Frag. Dama n.º 3</i>	20
30	<i>Vizcaíno</i>	<i>Figurita bronce y estampilla</i>	20
1-X	<i>Vizcaíno (hijo)- Isidro</i>	<i>Figurita fem^a, en 2 trozos</i>	10
	<i>Cascabel</i>	<i>Fíbula anular completa</i>	
		<i>Brazalete de alambre aplastado, completo</i>	20
			100

[Gaspar (sic) Mz. (a) "Vizcaíno" hijo, es el que rompió la cabeza de la estatua fem^a n.º 12, y se jactó en casa de Nicanor: Isidro es tonto. El "Vizcaíno" padre habla mucho]

P/P

(sigue día 25)

Por la mañana. José y yo hemos recorrido la Cañada, aguas abajo, bordeando Cerro. Sitio cenizal, donde apareció ánfora romana de casa de d. Joaquín. Tiestos sigillata, ibérica, de ánfora... Gran quicialera de puerta, con restos de hierro en el orificio. Tambor columna, sillares y sillarejo. Restos de esculturas en el montón, de allí salió el craneo llevado al Museo, destrozándose. Cerca de la carretera, donde blanquea el terreno, había restos de casas cuadradas.

[Dibujo fragmento escultórico 8] **Dorso redondº**

[Dibujo fragmento escultórico 9] **Pie**

[Dibujo fragmento escultórico 10] 0'195 x 0'19 **dorso destrozado. Hombro con pliegues?**

[Dibujos fragmento escultórico 11] **Torso de guerrero. Montón del sombrero, procedente de la Cañada. Dorso labrado casi plano, con algunos pliegues verticales. Alt. 0'113 m. Anch. 0'110. Piedra parduzca deleznable. Destruído lado izqº**

[Dibujo fragmento indeterminado] 0'15 x 0'50 x 0'42

P/P

26 jueves

Traslado residencia Montealegre (casa de Milagros a 80 pts) a Casa Nicanor, frente al Cerro. Decido llevar allí todos los objetos hallados. Pago chofer.

CERRO, sector N. Zanja 1ª

Mañana = Se perfilan los dos cortes de la excavación y se limpian para fotografiarlos, dando sombra en los dos niveles (2 t. a 4). Se prepara para lavar tiestos: bidón en el C. Santos y lebrillos de Nicanor. Instalado.

CAÑADA. Cata 1

Sondeo en el cenizal al E del Cerro: Cruz de 8 m. Sale tierra, a veces negra, y fondo de piedra, que veremos al profundizar.

[Dibujo pondus] Pondus de 2 agujeros.

Un trozo de falcata?

Cerám. ibér. pintada (etc).

“ sigillata (2 frag.)

“ gris con surcos (celta)

Restos ánforas.

En los 8 m. de zanja en cruz, sólo en la intersección sale, a 0'45 m., mucha tierra negra y piedras manchadas de negro. En el resto, aflora la roca en seguida. Se tapa, para explorar sólo ese punto. Pero la roca del subsuelo, en lasajapas aparece como en los demás sectores de la cata, por lo que se abandona.

P/P

Tarde = CERRO N. nivel 2º

Se empieza a excavar ese nivel, que es el de arrastre primitivo y en el que salieron el año pasado las estatuas. A partir del extremo más oriental empieza a desmontarse, sin bajar más que hasta el nivel virgen de tierra. Sólo aparecen escasos restos de cerámica ibérica y romana vulgar; [Dibujoladrillito] cuatro ladrillitos y fragº de otro "hueco". Por ello no se excava totalmente, sino que se deja visible el escalón del nivel virgen y no se toca el extremo occidental de la zanja. [Dibujolanillo] El último anillo, por Matías, al cribar la tierra, con fragº campaniense. Debe ser caído del 1º.

27 viernes

Se colocan tres largueros en los puntos de la Cañada que serán objeto de sondeo, por referencias de hallazgos de José.

CERRO N. 2ª

Se abre nueva zanja paralela a la n.º 1, pero dejando un testigo de 4 m. de ancho. Se inicia desde la Cañada, al otro lado del arroyo, pues es de suponer que las esculturas pudieron rodar hasta allí, surcar antiguamente el declive del Cerro más largo. En el arranque se cala el terreno para ver donde empieza el firme. Visita de Zuaño y de un grupo de Murcia-Yecla: Jorge Aragoneses, Sz Meseguer, Matilde? del Semº de la Univ., etc.,

P/P

*al día siguiente habló Radio Nal. de que el Dr. del Museo de Murcia y otras personalidades visitaron las excavaciones. A última hora de la tarde, en el mismo cauce, a 0'30 de profundidad, la estatuilla femenina n.º 12. [Dibujofragmento escultórico 12] 0'477 x 0'155 **Piedra fina amarilla** Apareció primero la cara, que tan destruida no me lo pareció, pero guardé. Luego, ampliado, Gabriel Mz (hijo del "Vizcaíno") le dió con la azada en el pecho. Se (?) la tierra y recogen varios trocitos. Se tapa con dos cestos y al día siguiente se separan. Salió tendida boca arriba, en el lecho del arroyo; A primera hora de la tarde, un trocito de mosaico de unas 20 teselas.*

CASA NICANOR (extras)

2 Comidas: Zuazo y vino a los de Murcia el viernes 27 de sepbre.

Trajo de Montealegre queso, salchichón y dos días pan.

-merienda (jamón, vino, uvas) a los de Albacete.

-id. " " " mil) Gobernador, Pte. y chofer.

28 sábado

Se fotografían los cuatro puntos de la Cañada en donde

P/P

se van a hacer sondeos. La víspera estuvo la G. Civil y hoy viene el cabo para tomar datos p^a su información. Como no le dijo nada al Alcalde, su retraso quiere compensarlo diciendo que empezamos el día 25.

Se levanta, después de fotografiada (9 m., pleno sol, 16, 1/50. El suelo, donde ha dejado impronta, parece el primitivo del Cerro, duro, con cascajo. Pero no, pues al seguir rebajando por la parte inicial de la zanja, para llegar al firme, el terreno es muy suelto, húmedo, con tiestos, ladrillos

P/P

romboidales, muchos fragmentos de anillos y brazaletes y fragmentos de esculturas pequeñas:

13- dos de figurita masculina acéfala muy fina, con abult^o falcata

14- Caballito, parte delantera.

*[Dibujo frags. escultóricos 13] 0'138 x 0'08 blanca fina. **Dorso red^o con borde manto etc.***

[Dibujo fragmento escultórico 14]

[Esquema de la estratigrafía, con colocación de las piezas 12, 13 y 14]

Paga obreros: 25 miércoles a 28 sábado, 4 días.

7 obreros, a 100 pts. = 700 diarias

700 x 4 = 2.800 pts.

P/P

29 domingo

Carta de Cernuda, que no ha recibido el permiso, que escriba a Nieto y a Pilar: lo hago. Carta a D. Vicente Yravedra y a D. Rafael del Río. Estudio con Nicanor mapa y fotografías aéreas, que no valen!

30 lunes

Mañana = 5 obreros. Matías, su hijo Isidro, Gabriel Mz "Vizcaíno", Gabriel su hijo y los dos niños. Falta "Cascabel". Se sigue profundizan-

do, p^o el corte estratigráfico, en la zanja 2 del sector N.

[Esquema de la estratigrafía]

P/P

[Dibujo figurita de bronce]

A primera hora, al excavar en la capa de aluvión que creíamos virgen, por lo compacta, aparece, a unos 65-70 cm. más profundo que la estatua n.º 12 y a distancia de 2'60 m. en dirección a la Cañada, una figurita humana de bronce, de guerrero, muy resquebrajada. El terreno, en esta zona distinto del nivel duro (nivel 2º, esculturas), aparece en capas superpuestas producidas por los aluviones, alternando el "tarquín" o sedimento negruzco muy compacto con la arena arrastrada por las aguas. En el "tarquín" es dónde apareció la figurita de bronce, a 1'40 de la sup. de la Cañada.

Tarde CAÑADA, Cata n.º 2 [es la de la foto de José, cerca de la alcantarilla] Vizcaino recoge en superficie medio vasito de T.S. reconstruible, y un fondo completo de T.S: sin marca.

Cata 2ª nivel esculturas: Se inicia la excavación de este, (?) la tierra. Sale hacia la altura de la figurita partida 12, una cabecita de guerrero, destruido el lado izquierdo. También muchos frags. de brazaletes (uno apareció dentro de la base de un vaso), un anillo completo, otro roto, una fusayolita.

[Dibujo del fragmento escultórico 15] 0'079

Blanca fina. Destruído el otro lado. Borrada faz.

P/P

Cañada, n.º 2

Matías, en el extremo de la zanja 4 m. NE-SW, encuentra a los 30 cm. un terreno muy duro, negro y compacto, como de pavimento, con algo de cerámica. Ensanche p^a buscar borde.

"Vizcaino", al extremo NE de la misma, encuentra terreno blandísimo, negruzco, con T.S., gris, de ánfora, etc. Y huesos humanos! a 1 m. de profundidad.

1 de octubre, martes

Los mismos obreros.

- CERRO, sector N, cata 2..

Se sigue desmontando el nivel 2º, pero se aprecia que sólo aparecen objetos en la mitad superior, con cascajo y piedras mayores; pero no en la mitad inferior de tierra rojiza. Por ello, se hace escalón y sólo se excava

en dicha mitad superior; con las esculturas que siguen, una fusayola plana [Dibujo de la fusayola], una fíbula hispánica aplastada pero completa [Dibujo de la fíbula], con la aguja desprendida; otra mayor rota reconstruible; [Dibujo de anillo] dos anillos y muchos fragmentos de alambre de pulsera, etc. También algunos huesos.

P/P

[Dibujo fragmento escultórico 16] *0'144 x 0'055 Blanca fina. Dorso redondo liso*

[Dibujo fragmento escultórico 17]

[Dibujo fragmento escultórico 18] *0'07 x 0'10 Blanca fina. Dorso bien*

[Dibujo fragmento escultórico 19]

[Dibujo fragmento escultórico 20] *0'067 x 0'093 Blancuzca. Parte delantera caballo. Bien ambos lados*

P/P

[Dibujo 2 fragmentos escultóricos 21] *0'05 x 0'95*

Cerro, zanja 2. Nivel II. Parte trasera caballo (izqda.) y delantera (dcha).

¿Del mismo?

[Dibujo fragmento escultórico 22] *Pecho de caballo.*

[Dibujo fragmento escultórico 23] *Caballo mediano.*

[Dibujo fragmento escultórico 24] *0'072 x 0'085*

Blancuzca fina. Destruído lo invisible. Grupa de caballo enjaezado.

P/P

[Dibujo fragmento escultórico 25] *Cabeza de caballo.*

[Dibujo fragmento escultórico 26] *0'06 x 0'073 Blancuzca dura.*

[Dibujo fragmento escultórico 27] *0'165 x 0'09*

[Aparecieron juntas] Lado derecho borrado a sin labrar. Dorso redond°. Blanca fina.

[Dibujo fragmento escultórico 28] *Tronco fem° (perfil)*

P/P

Tarde (cata 2 del Cerro)

[Dibujo fragmento escultórico 29]

[Dibujo fragmento escultórico 30] *0'15 x 0'115*

Dorso plano liso. Falta ángulo inf. dcho reciente. Roja y amarilla a vetas grano grueso.

CAÑADA. Cata 2ª

Muro de mampostería a 0'30 de la superficie, dirección NE-SW partido por Vizcaíno, debajo de él tierra quemada. Se ha descubierto más de un metro hacia SW., donde termina. Allí aparece casi adherido a un conglomerado de muro de varias hiladas de altura y sigue hacia el W.

En el ángulo de ambos una base de T.S. con la estampilla.

P/P

2 miércoles. Mañana.

CAÑADA. El gran muro se descubre hasta la base, a ... de la superficie. Tiene, pues, m. de altura. Se ve que el primeramente descubierto es posterior e insignificante, pues no tiene más que una hilada, al nivel de la superficie del grande, y por debajo hay tierra removida. Sobre ese murete hay una capa de tierra apisonada, muy dura, especie de pavimento, que se estudiará (cojo muestra). Se limpia mi recuadro para ver la organización de los muros y explorar un hueco o boquete que ha aparecido en él, o cerca, del ángulo de ambos muros. Resulta ser una madriguera de conejos.

ZANJA II.

Nivel 2. Entre la tierra, las siguientes esculturas pequeñas:

[Dibujo del fragmento escultórico 31]

0'17 x 0'095

Blancuzca. Dorso algo redondº liso

[Dibujo fragmentos escultóricos 32]

Figurita oferente (1/2 inf.)

[Dibujo fragmento escultórico 33] *Fragº figurita*

[Dibujo fragmento relieve] *0'055 x 0'065*

Grupa caballo relieve

[Dibujo fragmento relieve] *0'04 x 0'035*

Pata delantera. Dorso destº

Roto reciente. Amarilla grano grueso

[Dibujo fragmento escultórico 34] *0'278 x 0'13*

Piedra blancuzca fina.

Doble borde detrás, abajo.

[Dibujo anillo] *Anillo con chatón*

En este mismo nivel de derrumbes del Santuario, con los fragmentos escultóricos y ...(?) tiestos ibéricos pintados o no, un fragmento de asa? negra, ática, y una aguja de bronce bien conservada, completa.

[Dibujo fragmento asa] [Dibujo aguja bronce]

[Dibujo fragmento escultórico 35] *0'92 x 0'07*



Busto damita. Pegado los dos trozos. Blanca deleznable. Dorso liso plano.

P/P

[Dibujo fragmento escultórico 36] 0'215 x 0'23 (Dos trozos grandes, sin pegar, y varios pequeños, pegados) **Pegado, lado izqdo. con espalda. Piedra blanca fina. Otros trozos. Torso masculino con fíbula en T al hombro. 2 frags. grandes. 1 mediano y pequeño.**

En el corte de este nivel queda aflorando por arriba y un costado una figurita masculina de mediano tamaño o más bien grande, vuelta de espaldas. Es masculina, con el típico abultamiento en la cadera producido por la punta de la falcata bajo el manto; acéfala y sin la parte inferior. Se deja, para tratar de fotografiarla con las demás que aparezcan al avanzar la excavación, por capas, de ese nivel.

Cerámica (lavada)

[Dibujo fragmento cerámico con representación de pez] *según los niños, del Cerro, cata 1ª.*

Ibérico. Pez pintado de rojo y grabado.

P/P

[Dibujo fragmento cerámico con grafito] *Negra, sin barnizar, a torno. Grafito a punzón.*

[Dibujo base campaniense] *Campaniense con palmeta. Cerro, cata 2ª. Nivel 1º.*

[Dibujo fragmento cerámico] *negra. Pixis parduzca amoratada mate (cañada)*

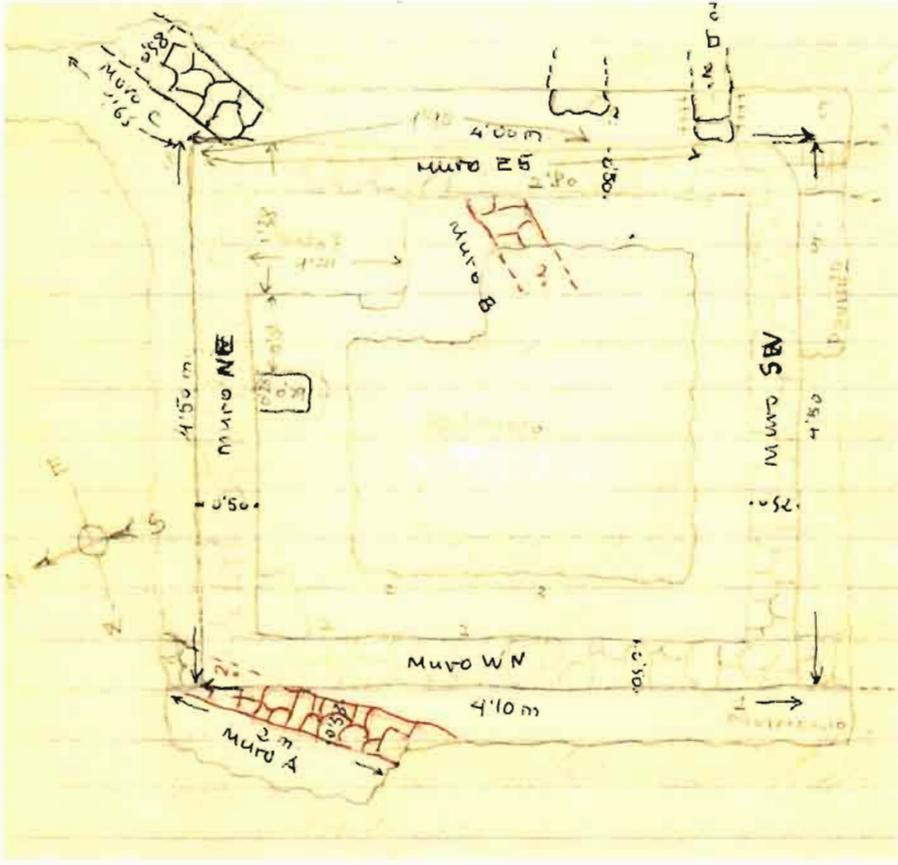
CAÑADA, sondeo n.º 2

Se siguen descarnando los muros y resulta una habitación sensiblemente cuadrada, con pavimento de tierra apisonada. En el ángulo NW, sale gran cantidad de cenizas. Hay una gran piedra caída, pero otra parece bien asentada, junto al muro E-W. La cerámica, bastante abundante, es romana (ánforas) e ibérica. Al lavar, ha aparecido un pie de vaso que parece campaniense, pardo, mate, o griego. Tarde: Visita de Samuel de los Santos con D. Julio Collado y

P/P

el Secretario de la Diputación, D. Luis.....cuñado de Jesús Bermúdez Plata (Granada).

El sábado termina la excavación y el jueves a las tres nos vamos con el camión a Albacete.



[Croquis con orientación y medidas de la habitación aparecida en la Cañada]

- 1 Tiesto tipo Elche, abajo.
- 2 Cenizas
- 3 Estampilla, abajo casi
- 4 fi pie plato ibérico, id.
- 5 Tiestecillo t.s., casi arriba.

Muro A: dif. nivel (sup.) con ángulo $0^{\circ}24'$ (¡están piedras!)

Rojo: muro inferior.

Azul: “ de una hilada, a nivel de la superf del pral.

Alt. muro SW: $0^{\circ}73$ m. (por dentro.)

NE $0^{\circ}70$ (“ fuera)

C $0^{\circ}20$ (ambos lados, 1 hilada, a la misma alt. q. habit.)

P/P

3 jueves

CERRO. Zanja II. Nivel 2º.

-Fragº con mano izqda con copa.

Un dedo con anillo.

-Mitad inferior dama.

[Dibujo fragmento escultórico 37]

[Dibujo fragmento escultórico 38]

[Dibujo fragmento escultórico 39]

-Figura varón acéfala muy desproporcionada.

(Foto in situ) Apareció tendida de espaldas

Superficie del Cerro:

[Dibujo fragmento cerámico o escultórico? 40]

Fragº copa. Cerro.

[Dibujo objeto barro] Barro. Cañada.

[Dibujo ladrillito] Barro. Cerro.

P/P



[Dibujo fragmento escultórico 42] 0'155 x 0'120

Mitad inf. dama con manto. Dorso destruido. **Piedra rojiza, grano grueso deleznable.**

[Dibujo fragmento escultórico 41] 0'12 x 0'07 **Lados, abajo y dorso destrº. Blanca fina.** Tronco dama. Dorso redondeado

[Dibujo fragmento escultórico 43] 0'056 x 0'105 **blancuzca blanda con vetas rosa. Patas delants Caballito.** Al otro lado destruido, salvo otra pata delntº

[Dibujo fragmento escultórico 44]

Dorso plano ¿Relieve frontón?

P/P

4 viernes

CAÑADA (muros)

Se terminan de descubrir los muros, viéndose que se prolongan más allá del cuadrado de la habitación, con pavimento análogo al suyo en la habitación que debe haber al lado S (véase croquis). Zuazo autorizado para no cubrirla, así como las tres indicaciones, con montones de piedras, de los puntos que han de explorarse el año próximo.

CERRO (zanja n.º 2).

Se levanta la escultura grande, que es de algunos caracteres nuevos en su desproporción (rechoncha), e indicación de los puntos de los pies y abertura del manto para sacar el brazo dcho. Pero no se comprende la actitud

de los brazos, pues hubieran tenido que ir exentos, ya que sólo en el centro del pecho se ven huellas de mutilación.

Se continua la limpieza de tiestos de Cañada, separándose los ibéricos pintados, campanienses y t. sigillata.

Entrego a Matías cheque p^a pagar mañana jornales, premios, etc.

P/P

5 sábado.

Visita de la G. Civil, que suben además a Casa Nicanor, y anuncian visita del Alcalde. Postal a Juan Pepe, p^a que tenga dos hombres p^a descargar camión el jueves 10.

-Cerro, zanja n.º 2.

Se sigue desmontando el nivel 2.

Zanja n.º 1:

Se acaba de desmontar el nivel 2, que había pensado no tocar en vista de lo infecundo de su extremo E. Sale un fragmento de terracotta (¿busto con ropaje?). También un tiesto rojo con palmetas estampadas, tres anillitos cobre, uno completo muy pequeño.

[Dibujo de terracota] [Dibujo fragmento cerámico estampillado] [Dibujo anillo]

P/P

Cerámica de la Cañada (muros).

1) Marca de T.S. y otra marca: ...F.T.L... y 12 fragmentos más sin marca.

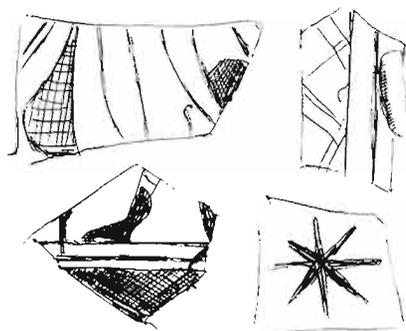
[Dibujo fragmento base cerámica]

2) 4 frags. de campaniense.

3) Asa ...(?) romana? [Dibujo asa]

4) Ibérica selecta

P/P



[Dibujo fragmento cerámico] *ceram ibér.*

Cañada (Muros) Llave? Hierro

P/P

De superficie del Cerro (ladera N)

[Dibujo fragmento escultórico 45] *0'21 x 0'13 Dorso algo redondº liso como los lados. Amarillenta. fi damita*

[Dibujo fragmento escultórico 46] *Plinto femº con pie.*

[Dibujo fragmento escultórico 47] *Plinto con pie*

Cañada, lado E del Cerro

[Dibujo fragmento escultórico s/n] **Fragº cabeza femª**

Cañada, id.

[Dibujo fragmento cerámico] *ave? t.s.*

P/P

Tarde.

Cuando estaba seleccionando la cerámica con los dos niños, llegan el Gobernador y el P. de la Diputación. Visitan el terreno (Cerro y Cañada) y suben a Casa Nicanor a ver los objetos. Merienda. Se marchan de noche. A poco de subir, llega un grupo de jóvenes de Yecla con el Sr.... gran aficionado que estuvo el año pasado y dice que en los Torrejones salen esculturas ibéricas, además de romanas, árabes y prehistóricas, pero que lo están destrozando con el tractor. (El mosaico que está en la Casa de la Cultura, de los Torrejones, lo levantó en tiempo de Mergelina, Jorge ...(?), según Salvador).

Como había dejado a Matías con el importe del 2º cheque (7000) pª pagar a los obreros, le dije que me esperara. Cuando bajé, de noche, allí estaba y le dije que se marchara y que mañana en Montealegre me lo diera, después de haberles pagado.

Domingo 6

Boda de Sergio. Comida con Zuazos, Cura D. José Mª, Cabo, Alcalde, etc. Regreso a las 5 con Zuazos, que suben a ver los objetos.

P/P

Lunes 7

Limpieza y ordenación -embalaje de los montones de tiestos colocados en el monumento. Pago a los dos niños.

Martes 8

Se termina el embalaje tiestos. Medidas de los muros (croquis).

– *Muro A: Parece a nivel inferior que el de la habitación, pero es que le faltarán piedras de sus hiladas superiores, como se ve en alguna mella de la superior. Y de base, lo mismo: a la misma profundidad. El muro A, pues, es igual que el de la habitación, aunque indudablemente responda a una rectificación del trazado. Su prolongación hacia NE, indica que la habitación adyacente no estaba a escuadra. El extremo opuesto continua bajo el bancal no excavado.*

– *Muro C: Sólo conserva la hilada de arriba, probablemente las demás*

fueron arrancadas por el tractor. En un extremo adyacente al ángulo NE de la habitación no falta ninguna piedra. Es aparejo de piedras sin trabajar, con barro. Su nivel ha sido reconstruido, como el del muro D. Aparejo menudo.

– *Muro? D= del que se arrancó, y repuso, la piedra grande, única, adyacente al muro pral. Otra se ve en el corte.*

P/P

– *Muro B. Una sola hilada, de dos piedras tabulares. Al parecer estaba debajo del pavimento, cortado p^a descubrirlas.*

– *(Croquis)*

– *Muro E-S= Aparejo en 4 hiladas, al menos; la superior en general destruida. La central lleva dos grandes, o tres, piedras careadas de 0,52 x 0,27 y 0,59 x 0,28.*

– *(Croquis)*

Pavimento junto al muro B = 0,23 gr.

Tierra apisonada = 0,13

Cenizas = 0,10

El muro NE, a 0,45 m. de prof. del bancal, por eso no podía el tractor.

Miércoles 9

Levantamiento del plano de las zanjas 1 y 2 y situación de la cata n.º 2 (muros).

III. EL CERRO DE LOS SANTOS: HISTORIA DEL YACIMIENTO

III.1. LOCALIZACIÓN Y DESCRIPCIÓN

No pretendemos ofrecer una detallada descripción geográfica del territorio en que se encuentra el Cerro (Sánchez Sánchez, 1982; Ponce, 1989), aunque sí queremos acercarnos a determinados aspectos concretos de su geografía cuya exposición facilitará la comprensión de algunas importantes cuestiones. El Cerro de los Santos (Lám. 4) está situado en el término municipal de Montealegre del Castillo, en el sector este de la provincia de Albacete. Está ubicado en la actual comarca del Corredor de Almansa y aparece localizado en la hoja 818-IV del Mapa Topográfico Nacional (E: 1/25.000) con las coordenadas geográficas 38° 44' latitud norte y 1° 16' longitud oeste.

La provincia de Albacete es un territorio muy diverso desde el punto de vista geomorfológico, ya que se ubica en un punto de transición entre la Meseta y el Levante. Todo ello condiciona algunas de sus características geográficas más significativas. Nos encontramos ante una geografía plural, con grandes contrastes entre las diferentes comarcas de la provincia. A grandes rasgos, la mitad norte del territorio entraría dentro del dominio de la Meseta, dominado por llanuras y una altitud elevada. En la parte más meridional predominan pequeñas sierras, evidencias de las estribaciones de los Sistemas Béticos hacia el norte (Sánchez Sánchez, 1982, 24). Esto hace aconsejable acometer el estudio del territorio de forma parcelada, de modo que nos centraremos en las características del Corredor o Altiplano de Almansa.

III.1.1. BREVE CARACTERIZACIÓN GEOGRÁFICA DE LA COMARCA

Montealegre del Castillo se encuentra ubicado en el extremo este de la provincia de Albacete, cercano ya a los límites con Valencia, Alicante y Murcia. Se engloba dentro del Corredor de Almansa, comarca que evidencia una compleja diversidad geográfica. El sector en el que se encuentra ubicado el Cerro resulta ser una complicada combinación de fallas y plegamientos (Ponce, 1989, 22). El clima de la zona es de tipo *Mediterráneo Frío*. La pluviometría no se aparta de la de toda la submeseta sur: lluvias escasas y concentradas en época otoñal. Las altas temperaturas del periodo estival y las escasas precipitaciones provocan aridez, factor clave en las limitaciones agrícolas (Ponce, 1989, 22-25). Las tierras del Corredor sólo se ven cruzadas por ramblas estacionales. En general, la comarca acusa una importante “limitación de los recursos hidráulicos” (Sánchez Sánchez, 1982, 81).

Todos estos factores y, en especial, la acción antrópica condicionan la edafología de la comarca. Entre los suelos predominan los formados a partir de rocas calizas y, en general, presentan una importante degradación, que ha contribuido a limitar la cubierta vegetal. Todo ello implica la escasa capacidad de uso del mismo. La vegetación, muy degradada, presenta formaciones de matorrales con manchas residuales de pinares y encinares. En lo que a recursos naturales se refiere, no existen en la actualidad explotaciones mineras ni “indicios que aconsejen una investigación”, lo que nos hace suponer que tampoco en la antigüedad la comarca tendría especial relevancia desde esta perspectiva (Gállego *et al*, 1984, 41-2).

III.1.2. UBICACIÓN Y DESCRIPCIÓN DE EL CERRO DE LOS SANTOS

El yacimiento ocupa un pequeño promontorio en la margen derecha de la actual vía Montealegre-Yecla (Carretera comarcal 3209) (Lám. 4). Ésta sigue el curso de la Cañada de Yecla, que discurre justo al norte de la elevación. La altura máxima del montículo alcanza los 736 m., aunque el punto en el que se construyó el edificio de culto no se situó en el lugar más alto, sino en una zona de cota aproximada 716 m.¹ En contra de

¹ Según el plano taquimétrico (E: 1/500) levantado por la Subdirección General de Arqueología (Dirección General de Bellas Artes. Ministerio de Cultura) en 1980, con motivo de las excavaciones de Chapa.

lo afirmado por algunos autores (Rada, 1875a, 23; Zuazo, 1919, 54)², la elevación del Cerro con respecto a sus alrededores es escasa, unos 25-30 m., lo que no le conferiría una especial situación estratégica. El montículo se extiende unos 200 m. en dirección N-S, siendo el extremo norte el punto elegido para la construcción del edificio. Desde allí, la pendiente desciende algo en el sur del templo para luego volver a elevarse en el extremo meridional de la colina, desde donde se prolonga hacia el oeste.

Según los Padres Escolapios y Saviron la zona estuvo cubierta por una espesa vegetación que habría persistido hasta 1830 (Lasalde *et al.*, 1871, 9; Saviron, 1875, 128). Estudios más recientes realizados en yacimientos cercanos avalan la teoría de que el territorio circundante estuvo cubierto por una densa masa arbórea (Broncano, 1989, 44ss; Blánquez, 1992b, 103). La tala completa del manto vegetal del Cerro en 1830, unida a las duras condiciones climáticas, facilitaron la pronta erosión del montículo. Con ello, la superficie del Cerro quedó prácticamente desprovista de vegetación. En algunos puntos del promontorio aflora hoy la roca madre, mientras que el resto de la superficie permanece cubierto por una delgada capa de tierra vegetal. El arrasamiento de la elevación contrasta fuertemente con la Cañada. Dicha rambla recoge en periodos de fuertes precipitaciones las escorrentías de la zona, lo que provoca con relativa frecuencia la inundación de su curso (Fernández de Avilés, 1966a, 11 y lám. IV) (Lám. 5). Ello ha motivado una fuerte sedimentación que ha permitido preservar algunos vestigios de construcciones (Lám. 6).

III.1.3. RELACIÓN DEL SANTUARIO CON LAS VÍAS DE COMUNICACIÓN

La zona donde se encuentra ubicado el Cerro es un punto natural de paso entre la Meseta-Alta Andalucía y la costa levantina, lo que ha motivado que desde época antigua la comarca tuviera especial importancia en la red de comunicaciones del sureste. Así, la *Vía Heraclea* –posteriormente *Vía Augusta*³–, más concretamente el tramo conocido como

² Estos autores afirmaban que el Cerro se elevaría sobre el paisaje circundante a modo de las acrópolis griegas, contando a su alrededor con potentes defensas naturales que le permitirían controlar el territorio.

³ Los trazados de ambas vías no son exactamente coincidentes. La *Vía Augusta* significaría una revitalización del viejo camino prerromano que, en época de Augusto, modificaría en algunos tramos el trazado anterior (Sillières, 1977 y 1990; Blánquez, 1990b, 1999 y 2000).

Camino de Aníbal, discurría por tierras albacetenses (Blánquez, 1990b). El trascendental papel desempeñado por esta vía en los llanos albacetenses como medio de transmisión de ideas y materiales se ve evidenciado por los ricos yacimientos que jalonaron la misma en momentos prerromanos (Blánquez, 1990a, 66, cuadro I).

Quizás pueda explicarse la ubicación de El Cerro de los Santos por su cercanía a la *Vía Heraclea*. Ya Fernández Guerra (1875) creyó localizar en el Cerro *Pale*, una de las *mansiones* de la *Vía Augusta* citadas en los Vasos de Vicarello. Retomando esta idea y apoyándola con nuevas metodologías (Sillières, 1990a), se ha planteado de nuevo la hipótesis de que en el santuario fuera *Ad Palem* (Sillières, 1976, 1977 y 1990b), proponiendo en este caso una interpretación novedosa del yacimiento, en relación con su propia denominación en época romana (ver capítulo III.3.6).

Finalmente, parece aceptado en la investigación actual (Ruiz Bremón, 1988c, 387; Ruiz y Muñoz, 1988, 68; Blánquez, 1990b, 72; López Precioso *et al.*, 1992, 59) el hecho de que por un lugar muy cercano al Cerro, incluso delante del mismo promontorio, discurriera el *Camino de Aníbal*, vía que habría potenciado desde época antigua el esplendor alcanzado por el yacimiento, aunque esta interpretación no está exenta de problemas (Brotons *et al.*, 1988; Sanz, 1997, 247). Más complicado resulta dilucidar si el santuario surgió aquí para situarse junto a la *Vía* o si, por el contrario, el *Camino* habría sufrido una desviación de su trazado original para pasar por las inmediaciones de tan importante centro (Ruiz Bremón, 1989b, 179). Nos decantamos, sin embargo, por la primera opción, teniendo en cuenta la larga tradición desde momentos cercanos al Bronce Final del llamado *Camino de Aníbal*.

III.2. LOS TRABAJOS EN EL CERRO:

DE LAS PRIMERAS REBUSCAS A LAS EXCAVACIONES CIENTÍFICAS

No es nuestra intención ofrecer un análisis exhaustivo de todo lo hasta el presente publicado en torno al Santuario. Destacados trabajos anteriores recogen estos datos (Paris, 1903-4; Mérida, 1906, Fernández de Avilés, 1949a; Ruano, 1987 y Ruiz Bremón, 1989b). Lo que pretendemos es aislar las principales etapas de la investigación, señalando los trabajos que han constituido hitos en la historiografía, así como analizar las diferentes interpretaciones que se han llevado a cabo a lo largo de 130 años de estudios. Para ello, primero expondremos las diferentes intervenciones que han tenido lugar en el Santuario. A continuación pasaremos a repasar las

principales publicaciones relativas al yacimiento, intentando agrupar, de forma cronológica y conceptual, los trabajos más significativos para facilitar su visión de conjunto.

III.2.1. LOS PRIMEROS MOMENTOS

El nombre de El Cerro de los Santos se usaba ya en el siglo XIV, según unos documentos que pertenecieron al Conde de Montealegre, dueño del terreno en 1871 (Lasalde *et al.*, 1871, 7). Sin embargo, no aparecen referencias al lugar en las *Relaciones* de antigüedades del reino de Felipe II (1575 y 1579), ni en la obra *Bastetania y Contestania del Reyno de Murcia* redactada por el Canónigo Lozano en 1794 (Rada, 1875a, 11-2), con lo que parece probado el olvido del lugar hasta las primeras décadas del s. XIX. En 1830 se produjo la tala completa del bosque que desde antiguo cubría el Cerro (Saviron, 1875, 128), hecho que aceleró los hallazgos de restos. A partir de entonces y hasta la primera intervención arqueológica en el lugar (1870) se sucedieron las visitas de los habitantes de la comarca al yacimiento, del que pronto obtuvieron materia prima para la construcción de cercas y diques.

En 1860 se produjo un hecho clave: la visita de J. D. Aguado y Alarcón, responsable del conocimiento de los hallazgos en círculos oficiales. A su persona debemos las primeras descripciones y dibujos de algunas de las piezas del Cerro (Fernández de Avilés, 1949b, 58-59). El informe por él redactado sobre el edificio y los materiales allí encontrados fue enviado, junto con los dibujos de siete esculturas y un capitel, a la Academia de Bellas Artes de San Fernando, desde donde se informó a la Real Academia de la Historia (Rada, 1875a, 12)⁴. Este informe, lamentablemente perdido, es conocido hoy sólo a través de referencias de otros autores y del propio Aguado en trabajos posteriores (1875, 6). Sin embargo, tiene una importancia clave en la historia de las investigaciones, no sólo por ser la primera referencia escrita a los hallazgos sino porque sirvió de base para la primera publicación sobre el santuario (Amador, 1862-3). Esta publicación no tuvo suficiente difusión como para que los organismos oficiales intervinieran. Las rebuscas continuaron de forma incontrolada

⁴ En la Real Academia de la Historia se conserva la Minuta de Oficio agradeciendo a la Real Academia de BB.AA. de San Fernando la remisión del informe: CAAB/9/7944/3(2) (Maier, 1999, 26, fig. 4).

durante una década (Fernández de Avilés, 1949b, 63) lo que provocó la dispersión de numerosas piezas y la pérdida de gran cantidad de información sobre el terreno.

III.2.2. COMIENZO DE LAS EXCAVACIONES

Las primeras intervenciones autorizadas tuvieron lugar de manos de V. Juan y Amat vecino de Yecla. Este polifacético personaje sería años después reflejado para siempre en la *Leyenda Negra* de la arqueología española con el nombre del Relojero de Yecla (Engel, 1892, 190), quedando inevitablemente unido a uno de los capítulos más lamentables de la historia de nuestra disciplina, el problema de las falsificaciones. Fue a finales de 1870 cuando el notario de Yecla, quien conocía el interés de Amat por las antigüedades, le informó sobre la existencia de restos antiguos en el paraje del *Cerro y Hoya de los Santos*. Una vez autorizado por el dueño de la finca, el relojero comenzó a practicar las que habían de ser primeras "excavaciones" autorizadas (Lasalde, 1880-81, 467-8)⁵. Pocos días después Amat se vio desposeído del permiso de excavaciones, al ser evidente el excesivo entusiasmo que el anticuario mostraba en relación con sus descubrimientos.

A partir de este momento, el relojero se afanó en adquirir objetos procedentes de El Cerro de los Santos que estaban en manos de vecinos de la zona. También realizó excavaciones en otros lugares de la comarca y viajó a diversos puntos de la geografía peninsular en busca de nuevas piezas de características similares a las del Cerro (Lasalde, 1880-81, 468). Según Fernández de Avilés (1949b, 64-65) y Ruiz Bremón (1989b, 36) ésta sería también la fecha en la que el relojero comenzó a esculpir sus propias obras. Todo ello le hizo reunir, junto a los "dos ó tres carros de estatuas i pedazos" que realmente había extraído del Cerro (Lasalde, 1880-1, 467) un importante conjunto de piezas de diversa y dudosa procedencia que, en pocos años, le reportaría grandes beneficios al ser progresivamente vendida a representantes del M.A.N.

Sin pretender desviarnos en exceso de la línea de narración, consideramos necesario hacer un inciso para señalar las últimas aportaciones al asunto de las falsificaciones. En los últimos años se han planteado nuevas

⁵ Para una descripción minuciosa de estos primeros momentos ver: López Azorín 1994, 59 ss.

hipótesis acerca del problema (Ruano, 1987; Ruiz Bremón, 1989b). Como ya observaron Paris (1903-4, t.I. 166ss.) y Mérida (1906, 85), existían dos tipos bien diferenciados entre las esculturas catalogadas como falsas: las que imitaban, o retocaban, esculturas auténticas y las que dejaban ver la inmensa imaginación del falsario, cuya iconografía nada tenía que ver con las originales. Basándose en este hecho y en novedosas técnicas de laboratorio⁶, Ruano ha propuesto la existencia de más de un falsificador. Amat sería el autor de la serie “egiptizante” mientras que las esculturas menos innovadoras serían obra de otros artistas. Este segundo grupo estaría constituido por imitaciones, con elementos novedosos, de las esculturas auténticas. Todos los artesanos habrían trabajado en el seno de una posible secta o grupo iniciático cuyos símbolos más característicos –Ave Fénix, serpiente o esfinge– habrían impregnado la mayoría de las obras (Ruano, 1987, II, 68ss.). En esta línea, también Ruiz Bremón ha sugerido la existencia de más de un falsificador (1989a, 137).

Retomando el hilo narrativo, hemos de señalar que las sospechas sobre la autenticidad del conjunto no se suscitarían sino varios años después de los inicios de las falsificaciones. Antes tuvieron lugar otras dos campañas de trabajos en el lugar. Tras la retirada del permiso de excavación a Amat pasaron a ocuparse de los trabajos en el Cerro los hijos del administrador de la finca bajo la supervisión de los PP. Escolapios de Yecla, y de manera especial del Padre C. Lasalde. Aquellos trabajos, realizados a finales del año 1870, tuvieron lugar en la misma zona en la que anteriormente había “indagado” Amat, es decir, la ladera oeste del promontorio (López Azorín, 1994, 66). En febrero de 1871 se publicó la *Memoria* de los trabajos (Lasalde *et al.*, 1871), obra que, al llegar a manos de funcionarios del M.A.N., desencadenó de modo definitivo las intervenciones oficiales en el lugar.

La Primera Comisión oficial se desplazó a Yecla en septiembre de 1871. En aquel viaje no pudieron llevarse a cabo excavaciones pero sí se realizaron importantes compras a Amat (López Azorín 1994, 367ss.). Nada más regresar la primera Comisión a Madrid se iniciaron los trámites para un segundo viaje, cuyo objetivo principal era la realización de excavaciones así como la recolección de cuantos objetos fuese posible (Saviron, 1875, 127). Este segundo desplazamiento tuvo lugar en otoño

⁶ Para el análisis de las piezas incluido en el estudio de Ruano se utilizó la técnica de fluorescencia de rayos ultravioletas, llevada a cabo por M. Sanz (M.A.N.). Las diferentes intensidades lumínicas aportadas por las piezas retocadas en época moderna posibilitaron interesantes aportaciones (Ruano, 1987, II, 74ss.).

del mismo año. En aquellos días se levantó una planimetría que podemos considerar como la única que poseemos en la actualidad de El Cerro de los Santos (Saviron, 1875, lám. I) (Lám.7)⁷. También se practicaron excavaciones. Según cuenta Saviron, en un primer momento se excavó en la parte alta del montículo, descubriendo por completo el templo descrito por los Escolapios. Gracias a ello se pudo llevar a cabo la primera, y única, planta del templo y sus construcciones anejas con la que contamos actualmente (Saviron, 1875, lám. II) (Lám. 8). La posterior desaparición de las ruinas hace de estos datos una documentación fundamental, origen de las múltiples interpretaciones del edificio.

Posteriormente, los trabajos se centraron en las vertientes norte, este y oeste del promontorio. En las tres laderas se siguió el mismo método de trabajo, desde la base del Cerro “empezaron tres operarios el desmonte, en dirección ascendente, removiendo la tierra hasta la roca calcárea” (Saviron, 1875, 162). En estas áreas aparecieron gran cantidad de esculturas, pero también muchos otros materiales: cerámica, armas, elementos de adorno personal, algunas figurillas de bronce, plomo fundido, ladrillos romboidales... Finalmente, se realizaron “catas sobre la cumbre del monte, en dirección al sur”, donde se documentaron restos de antiguas construcciones, lo que para Saviron “claramente indicaba la existencia de viviendas en aquella cima, extendiéndose desde el Adoratorio en dirección al Monte Arabí” (1875, 195).

En este segundo viaje los comisionados también compraron materiales procedentes del Cerro y yacimientos cercanos a particulares, entre los que debemos destacar de nuevo a Amat. Asimismo, el Padre Lasalde donó al Museo gran parte de la colección de piezas que él mismo había conseguido reunir a lo largo de los años. No sería hasta 1875 cuando tuviera lugar la Tercera, y última, Comisión. En ella no se desarrollaron indagaciones sobre el terreno sino que únicamente se realizaron nuevas compras a Amat (Saviron, 1875, 245-8).

El interés por el estudio del Cerro fue en aumento en los años siguientes. Sin embargo, los trabajos de campo quedaron abandonados por parte de los estamentos oficiales hasta muchos años después. Tenemos breves noticias de una intervención en la zona por parte de la Comisión

⁷ Conocemos el levantamiento durante la campaña de excavación de 1962 de un plano topográfico de la zona, pero no hemos conseguido encontrar dicho documento. Asimismo, durante las campañas de Chapa se levantó un plano, pero éste sólo se refería a una de las laderas del Cerro y no puede ser considerado un plano completo de la zona.

Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Albacete en 1879. Las noticias que sobre esta Comisión nos han llegado son escasas (Sanz, 1993, 182). Las únicas referencias de relevancia las aporta el Padre Lasalde (1893, 124) quien cuenta que aquella campaña estuvo dirigida por el arquitecto provincial y el secretario del Instituto de Segunda Enseñanza, y fue llevada a cabo “muy a la ligera, y, por consiguiente, dio poco resultado”. Sobre aquellos trabajos se conserva en la Real Academia de la Historia una carpetilla de documentación*.

Algunos años después se emprendieron nuevas excavaciones, esta vez dirigidas por un estudioso extranjero. En 1891 Engel viajó a Montealegre y Yecla, realizando unas breves excavaciones en el Cerro. El investigador francés había sido enviado a instancias del Ministerio de Instrucción Pública de Francia (Rouillard, 1999, 26) para realizar una “*enquête d’authenticité*”, verificando sobre el terreno la fiabilidad de los anteriores trabajos y la autenticidad de las esculturas. Sus intervenciones se llevaron a cabo sobre el Cerro pero Engel llevó a cabo asimismo un reconocimiento de la Cañada de Yecla, encontrando numerosos restos escultóricos muy deteriorados. Los resultados de los trabajos, junto a las averiguaciones hechas en la comarca acerca de las falsificaciones, fueron publicadas como parte de su *Rapport sur une mission archéologique en Espagne (1891)* (1892). Además de dejar fuera de toda duda la autenticidad de la mayor parte de las esculturas del Cerro, a Engel se debe el mérito de la identificación del falsario en la persona de Juan y Amat (Engel, 1892, 191).

III.2.3. EL “OLVIDO” DEL YACIMIENTO EN LA PRIMERA MITAD DEL S. XX

A partir de aquellos momentos las investigaciones sobre el terreno se detuvieron. La exhaustividad con que habían trabajado los comisionados del M.A.N. y la posterior intervención de Engel daban la impresión de que toda excavación no obtendría ningún fruto. Si bien las publicaciones referidas al Cerro se sucedieron a principios del s. XX (Paris, 1901 y 1903-4; Mérida, 1906; Paris, 1910; Albertini, 1912), las excavaciones cesaron prácticamente hasta los años sesenta. Sólo en 1914 Zuazo y Palacios realizó, gracias a un permiso de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, nuevas excavaciones (Zuazo, 1915, 1916, 1917 y 1919). En

* CAAB/9/7944/3(1), según Maier (1999, 25-6).

el informe redactado con el fin de solicitar los permisos de excavación, Zuazo explicaba que los trabajos tendrían lugar “trazando largas zanjas metódicamente y vaciando el terreno cuando las excavaciones lo precisen”⁹. De los trabajos de Zuazo sólo sabemos que realizó “dos catas circulares” y que éstas estuvieron localizadas en la “parte alta de la ladera occidental” del promontorio, cerca del lugar en el que hoy se encuentra el obelisco conmemorativo que él mismo erigiría en 1929 (Fernández de Avilés, 1966a, 8).

A partir de este momento los trabajos de campo quedaron interrumpidos durante casi medio siglo. Las referencias bibliográficas al santuario y sus esculturas continuaron siendo constantes. Sin embargo, la idea de que el Cerro estaba agotado desde el punto de vista arqueológico evitó que durante décadas se practicaran nuevos reconocimientos sobre el terreno.

III.2.4. LOS TRABAJOS DE FERNÁNDEZ DE AVILÉS

Sería Fernández de Avilés (Lám. 9) quien retomara los trabajos a principios de los sesenta. Como el propio investigador relataría, era necesario acometer en el lugar nuevos “trabajos que se ajustaran a las normas de la investigación”, al haber transcurrido cerca de cien años desde las últimas “excavaciones científicas” llevadas a cabo por Saviron (Fernández de Avilés, 1966a, 6). En 1960, el hallazgo casual de algunas esculturas durante una visita al yacimiento del Director General de Bellas Artes, G. Nieto, desencadenó la continuación de los trabajos. Así, se llevaron a cabo dos intensas campañas de excavación que supusieron, por vez primera, la aplicación de una metodología realmente científica.

De las dos campañas que Fernández de Avilés realizó, la primera de ellas codirigida por Sánchez Jiménez¹⁰, sólo llegó a publicarse la *Memoria* de la primera (Fernández de Avilés, 1966a). De la segunda únicamente se publicó un breve adelanto del trabajo definitivo, que nunca vio a la luz (Fernández de Avilés, 1965) así como dos artículos de prensa que recogían prácticamente la misma información (Sánchez Gómez, 1999a).

⁹ Según carta conservada en el Archivo General de la Administración (A.G.A.), Alcalá de Henares (Legajo 10.147; caja 1034; signatura topográfica 31/33).

¹⁰ D. Joaquín Sánchez Jiménez era director del Museo de Albacete y Delegado Provincial de Excavaciones Arqueológicas. Para más información sobre su labor científica: Blánquez, 1986 y 1990a; Valenciano Prieto, 1999.

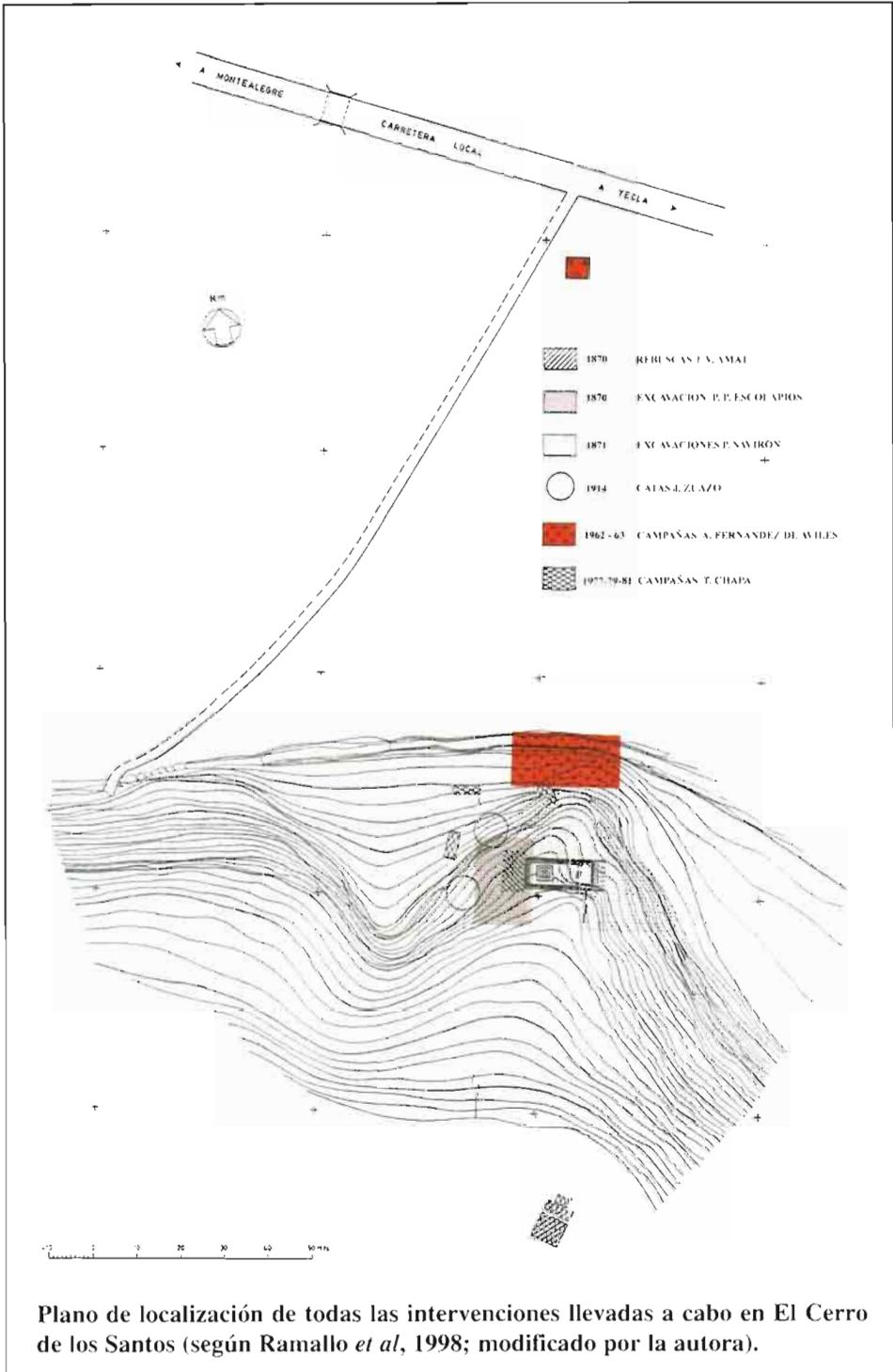
Estas campañas de excavación supusieron un punto de inflexión en la historia de las investigaciones. No haremos aquí un repaso de los trabajos (ver caps. II.5 y IV.1), solamente señalaremos que los mismos tuvieron lugar en la Ladera norte del montículo y en dos puntos de la Cañada de Yecla.

En ambas campañas aparecieron restos escultóricos de importancia (Lám. 13) así como grandes cantidades de materiales no escultóricos (Lams. 14-20), depositados en el Museo de Albacete. Las excavaciones proporcionaron, por vez primera, un marco cronológico a las esculturas. Con el estudio de los materiales cerámicos se pudo establecer dos fechas –s. IV a.C. y s. IV d. C.– como límites inferior y superior de la vida del Santuario (Fernández de Avilés, 1966a, 15). Además, estos trabajos supusieron el hallazgo de restos de edificaciones en la Cañada de Yecla, algo que ya se habían intuido en el s. XIX (Lasalde *et al.*, 1871, 9; Saviron, 1875, 128-9). Los problemas de salud de Fernández de Avilés imposibilitaron que se llevase a cabo una tercera campaña de excavación. De este modo, los trabajos en el Cerro quedaron de nuevo interrumpidos cerca de quince años.

III.2.5. LAS ÚLTIMAS INTERVENCIONES EN EL SANTUARIO

Chapa retomó las investigaciones sobre el terreno con similar objetivo: buscar un contexto a las esculturas así como paliar el gran desequilibrio existente entre el material obtenido en las excavaciones anteriores y la información proporcionada por el yacimiento (Chapa, 1983, 643). Dicha investigadora llevó a cabo tres campañas, en los años 1977, 1979 y 1981 (Chapa, 1980a, 1983, 1984 y 1990). Durante sus trabajos se revisaron áreas anteriormente excavadas, las laderas norte, este y oeste del promontorio, pero también se exploró la zona sur del mismo, a la que sólo Saviron había hecho referencia con anterioridad (1875, 194). Allí consiguió documentar, al igual que el Comisionado, restos de antiguos edificios (Chapa, 1984, lám.2).

En sus trabajos se recuperaron escasos ejemplares escultóricos, resultando mayoritarias las piezas cerámicas y metálicas. No obstante, la gran aportación de estas campañas fue la documentación de un nivel de destrucción *in situ*, único hallado en el yacimiento, en la pendiente que asciende hacia la prolongación del promontorio en su vertiente sur. Recientemente se han ofrecido diversas propuestas de interpretación para estas dependencias. Así, Ramallo (1997) consideró la posibilidad de que



Plano de localización de todas las intervenciones llevadas a cabo en El Cerro de los Santos (según Ramallo *et al*, 1998; modificado por la autora).

se tratara de *thesauroi* al modo griego; de habitaciones del servicio del personal del templo o de tiendas de material votivo. La autora fechó este nivel de destrucción en un contexto ibérico tardío, hacia los siglos II-I a.C. (Chapa, 1983, 648-9). Estos han sido los últimos trabajos oficiales en El Cerro de los Santos. Por desgracia, las actividades clandestinas, ligadas desde antiguo a la historia del yacimiento, han continuado hasta nuestros días.

Con todo lo expuesto queda patente cómo las excavaciones en el Cerro han sido abundantes y dilatadas en el tiempo. Teniendo en cuenta que el yacimiento está completamente arrasado en la actualidad, al menos el promontorio en el que se encontraba el edificio de culto, y que muchos datos se han perdido para siempre, hemos de ser conscientes de que hoy en día sólo contamos con los materiales obtenidos en las diferentes campañas de excavación y los datos aportados por los diversos autores que han estudiado el terreno para tratar de obtener una reconstrucción histórica del Santuario. Atendiendo, pues, a estas limitaciones, debemos plantear nuevas estrategias de acercamiento a las incógnitas aun no resueltas.

III.3. PROBLEMÁTICA ARQUEOLÓGICA: EL SANTUARIO Y SUS ESCULTURAS TRAS CERCA DE 140 AÑOS DE INVESTIGACIÓN

El momento clave para el conocimiento del Cerro en círculos científicos fue la aparición de la *Memoria* de los Escolapios (Lasalde *et al.*, 1871). Desde esta fecha, y hasta la actualidad, las publicaciones sobre el yacimiento se han sucedido de forma ininterrumpida. A lo largo de la prolongada historia de sus investigaciones los problemas que más han llamado la atención han sido el posible origen e influencias de las esculturas, datos clave para concluir acerca del pueblo que las creó y su antigüedad. Trataremos de agrupar las diferentes corrientes interpretativas que han surgido en torno al Santuario y su conjunto escultórico, ideas que, como es lógico, no han quedado al margen de las “modas” en la investigación arqueológica europea en cada momento de los últimos 130 años. No seguiremos para ello un orden estrictamente cronológico sino que trataremos de aunar los diferentes trabajos según sus tesis interpretativas. De igual modo, tampoco pretendemos repasar cada una de las innumerables menciones hechas al yacimiento, sino reflejar aquellas que han tenido mayor trascendencia.

Consideramos imprescindible recordar un aspecto que no por muy repetido es posible omitir, dado que permite en gran medida comprender

algunas de las interpretaciones defendidas en las primeras obras sobre el yacimiento. En las fechas de los primeros hallazgos el conocimiento que de las culturas antiguas peninsulares se tenía era muy escaso. Los datos mejor conocidos eran aquellos que aportaban las fuentes literarias, pero aun los descubrimientos arqueológicos no habían destapado las huellas de la riqueza de nuestros pueblos prerromanos (Sanz, 1999, 65). En este contexto es fácilmente explicable el desconcierto inicial provocado por el conjunto escultórico de Montealegre. Faltos de un marco cronológico y cultural en el que inscribirse, los descubrimientos abrieron un nuevo camino en los estudios del arte antiguo en nuestro país. La Bicha de Balazote, las esfinges de El Salobral, la Dama de Elche...pronto vendrían a sumarse a las esculturas de El Cerro de los Santos y, juntos, comenzarían a plantear el problema de la existencia de un pueblo suficientemente desarrollado como para crear la necesidad de obras del tal envergadura.

III.3.1. ¿UNA FILIACIÓN ALTOMEDIEVAL PARA LAS ESCULTURAS?

El primer estudio centrado en las esculturas fue publicado por Amador de los Ríos (1862-3), quien interpretó las esculturas y el templo como monumentos visigodos. El análisis de las tallas y su iconografía le llevó a considerar la existencia de un *martyrium* hispano-bizantino en el que los fieles depositaban las esculturas de sus “santos”, cuyos atributos reflejaban aquellos que San Isidoro había recogido en sus *Etimologías*. Años después, su hijo insistiría en esta cronología, aunque introduciendo algunos matices fruto del mejor conocimiento que sobre las esculturas poseía en relación a su padre. En este sentido, aceptaba la tradición egipcia u oriental evidenciada en algunas piezas, aunque creía que el momento más importante de la vida del lugar se dio tras la persecución de Teodosio a los cultos gentílicos, cuando el templo fue consagrado “al culto cristiano” instalándose en el lugar un *martyrium* (Amador, 1889, 768).

Autores extranjeros como Henszlemann (1876) y Zaborowsky (1880) insistirían en la datación tardoantigua de los restos, aunque proponiendo una interpretación distinta. Estos autores habían conocido algunos vaciados de las esculturas del Cerro en la Exposición Universal de Viena (1873), muestra que supuso el “bautizo” a escala europea de las tallas (VV.AA., 1873). Henszlemann argumentaba el origen godo de las obras de acuerdo a su parecido con ciertas esculturas funerarias que coronaban las colinas tombales o “kourgans” de la Rusia meridional, fechadas entre los s. V-VIII d.C. Dichas obras, denominadas “kamena babe”, o madres de piedra,

también llamaron la atención de Zaborowsky a la hora de establecer paralelos con los ejemplares del Cerro. Sin embargo, las tesis que defendían la ubicación cronológica de las esculturas albacetenses tras la decadencia del Imperio Romano pronto resultaron insostenibles, de modo que no han vuelto a ser defendidas con posterioridad. La iconografía, técnicas de talla, epigrafía y resto de evidencias materiales documentados en el yacimiento dejaban clara la necesidad de buscar alternativas de muy distinta índole.

III.3.2. LAS TESIS ORIENTALISTAS

En los últimos años del s. XIX la investigación arqueológica europea estaba imbuida de un orientalismo consecuencia de los impresionantes descubrimientos que se llevaban a cabo en Asia Menor o Egipto. Así, la mayoría de los primeros estudios sobre el Cerro buscaron un origen al edificio y sus esculturas en el Oriente. Fenicia, Babilonia o Egipto parecían ser las únicas civilizaciones suficientemente evolucionadas como para traer a la Península un arte de personalidad tan marcada. Junto a este sentimiento de admiración por las antiguas civilizaciones orientales los estudios sobre el Cerro tampoco quedaron aislados de las teorías difusionistas de aquellos años, con lo que el origen foráneo de los restos era escasamente cuestionado.

Ya desde su primer trabajo sobre el yacimiento los PP. Escolapios (Lasalde, Gómez y Sáez, 1871) dejaron ver la importante influencia que los egipcios habían ejercido, a través del comercio, en el pueblo bastitano-olcade creador del “adoratorio”. Dejando fuera de duda el carácter prerromano de los restos, los Escolapios fijaron la etapa de mayor desarrollo de este pueblo “siglos antes de la venida de cartagineses i romanos, de griegos i fenicios”, aunque posteriormente lo consideraron contemporáneo a los fenicios para concluir otorgándole una antigüedad de “treinta i cinco siglos” y un momento de destrucción, a manos de Anibal, hace veintidós centurias. En esta *Memoria...* encontramos también un estudio de materiales cerámicos y metálicos muy completo, sorprendente en el contexto de los primeros trabajos arqueológicos en nuestro país, cuando el “deslumbramiento” producido por las esculturas dejaba con frecuencia de lado el resto de los hallazgos. Como no podía ser menos, dedicaron también numerosas páginas a la descripción de las esculturas, que clasificaron en tres grupos, atendiendo a su mayor o menor perfección formal y técnica. Las estatuas, para los Escolapios representaciones de sacerdotes y magistrados, serían entregadas como “votos” a la divinidad.

Con posterioridad, los Escolapios (1871), y especialmente Lasalde (1871a, 1871b, 1879-80, 1880a, 1880b, 1880-81, 1881, 1882 y 1893) volvieron a ocuparse de la problemática del yacimiento. A lo largo de su vida, Lasalde¹¹ publicó numerosos estudios que, cada vez con mayor ímpetu, le llevaban a asimilar al pueblo autor de los restos con la antigua civilización egipcia. En los años posteriores a las primeras excavaciones, la aparición de nuevas esculturas (debidas ya a las manos de Amat) con iconografía inspirada Oriente y con inscripciones jeroglíficas grabadas, le impulsó a asentar una teoría cuyas ideas principales repetiría en sus numerosos estudios: los *Bastitanos* habrían venido de Egipto en tiempos del Imperio Medio, instalándose en la costa E de la Península y desplazando así a los preexistentes celtas.

En estos primeros años de discusión científica otros eruditos interesados por la historia se unieron al debate. Autores como Domenech (1872) y Dánvila (1874) hicieron sus contribuciones, entregados por lo general a argumentos históricos, filológicos y míticos para concluir acerca de los orígenes orientales, aunque con perduraciones hasta época romana, de los descubrimientos (Sánchez Gómez, 1999).

De la Rada y Delgado (1875a, 1875b y 1876) y Fernández Guerra (1875) se unirían pronto a esta corriente. El *Discurso* de De la Rada, muy influido por el viaje organizado y presidido por él a Oriente en 1871 (VV.AA., 1993, 53-54 y 286ss.), vio en las *antigüedades de Yecla* un arte híbrido greco-egipcio con importantes influencias asirias. Los restos del edificio habrían pertenecido a un templo y observatorio astronómico en el que residía “un colegio de sacerdotes osiriacos e isiacos” conocedores de la ciencia caldea (1875a, 106). Señaló este autor, sin embargo, la perduración del santuario hasta época romana, ubicando su destrucción en época bajoimperial a raíz del Edicto de Teodosio contra los templos gentílicos (1875a, 107). En su *Contestación...*, Fernández Guerra (1875) creyó localizar en el Cerro la *mansio* de *Pale*, citada en los Vasos de Vicarello. Aquel, pues, sería un barrio de *Elo*, que ubicaba en el cercano Monte Arabí. Ahondando en las interpretaciones ofrecidas por De la Rada, Fernández Guerra creyó ver en el edificio un hemeroscopio o colegio sacerdotal, con la función de observatorio diurno, regentado por los *mastianos* o *massianos*, tribu de origen asiático muy influida por los egipcios.

¹¹ Para conocer más detalles sobre este gran erudito: López Azorín, 1993, 1994 y 1999; Delgado, 1999.

Llegado este punto resulta inevitable hacer un pequeño inciso para referirnos, nuevamente, al problema de las falsificaciones, aunque esta vez atendiendo a las primeras menciones al problema en publicaciones científicas. Las sospechas de falsedad de las esculturas se habían extendido tras la publicación del *Discurso* de De la Rada¹². Sería Hübner quien, en 1876, levantara las primeras dudas en ámbito internacional (Mélida, 1906, 31), si bien ya Sáez del Caño, un erudito local, había apuntado algún comentario años antes (1871). Los vaciados de esculturas enviados por el M.A.N. a las Exposiciones Universales de Viena en 1873 (VV.AA., 1873) y París en 1878 (VV.AA., 1878a y b) no contribuyeron a crear una opinión favorable de las piezas en el extranjero. La inclusión de las esculturas en la Sección de “Curiosidades Modernas” de España (Heuzey, 1891, 96) en la Muestra parisina es suficientemente explicativa del desprecio con que algunos investigadores acogieron la selección de obras, selección que, por otra parte, incluía en efecto algunas de las más espectaculares falsificaciones.

La sombra de la sospecha inundó pronto la credibilidad de las piezas, si bien en los círculos eruditos madrileños las dudas estaban también en el ambiente (Mélida, 1888 y 1906, 3). Serían, sin embargo, los mismos investigadores europeos quienes se encargaran de aclarar el asunto. Así, fue el propio Hübner quien admitió por vez primera la autenticidad de la mayor parte del conjunto escultórico (1888, 236ss.) tras una visita al M.A.N. con el objetivo de realizar un estudio minucioso de las esculturas (Mélida, 1906, 39).

Pero es a Heuzey a quien se debió el mayor impulso de cara a su reconocimiento internacional. Tras una visita al Museo para estudiar las obras personalmente, Heuzey (1891) publicó un informe que dejaba fuera de duda la autenticidad de la mayor parte del conjunto y que informaba sobre la pronta realización de una “misión arqueológica” para verificar *in situ* la zona de los hallazgos¹³. Este autor consideró las obras fruto de la fusión de elementos griegos y orientales, con un carácter “*sui generis*”. Sugería la existencia en la Península Ibérica de una “escuela” escultórica propia (Rouillard, 1999, 26). Concluiría Heuzey su trabajo proponiendo una cronología de los s. III-II a.C. para las tres piezas estudiadas por él en profundidad.

¹² Su trabajo incidía de forma especial en las esculturas falsas por ser éstas las más llamativas. No obstante, recientemente se ha planteado la idea de que el propio De la Rada tuviera ya algunas sospechas sobre el origen de ciertas piezas con anterioridad de la lectura del *Discurso*... (Almagro-Gorbea, 1999, 194).

¹³ El enviado para tal fin fue Engel quien, como hemos comentado, se trasladó a nuestro país pocos meses después para llevar a cabo la “investigación sobre el terreno”.

El cambio de siglo trajo consigo nuevos enfoques que vinieron a matizar los estudios precedentes. El descubrimiento en Elche (1897) de un busto excepcional puso de nuevo a las esculturas de Montealegre en el punto de mira. Mas las dudas sobre la autenticidad de las piezas seguían en el ambiente. El yacimiento, que se creía agotado, no ofrecía demasiadas posibilidades para aclarar el asunto. Eran las propias esculturas las que debían aportar la clave.

III.3.3. PRINCIPIOS DEL S. XX: HACIA UNA DEFINICIÓN DE LO IBÉRICO

Paris fue el primer investigador extranjero en acometer un estudio minucioso de los restos. Tras dos viajes a nuestro país (Paris, 1979), dedicó abundantes páginas a escribir sobre el Santuario y sus esculturas (1901, 1903-4 y 1910) llegando incluso a proyectar una monografía que, lamentablemente, nunca vio la luz. Sobre los restos del edificio, que aun alcanzó a reconocer sobre el terreno, opinó que se trataban de una “prodigiosa mezcla de barbarie indígena y refinamiento oriental”, otorgándoles una cronología del s. V-IV a.C. (Paris, 1903-4, I, 46). Para el hispanista, al que debemos una de las dos únicas fotografías¹⁴ conservadas de los restos del edificio (1903-4, I, 48), el templo debió ser *in antis* y de marcada influencia helénica.

Consideró las esculturas fruto de un arte ibérico “bárbaro, rudimentario y anti-artístico” (Paris, 1903-4, I, 55) aunque dejando fuera de duda las influencias orientales y, sobre todo, griegas (I, 264ss.). No llegó a aportar una cronología concreta para las mismas, sus estudios se centraron en la búsqueda de parecidos formales con el arte griego, pero los paralelos propuestos son suficientemente indicativos de una fecha antigua, que no iría más allá del s. V. a.C. A pesar de no tratar explícitamente el problema cronológico, sus aportaciones fueron del mayor interés. La catalogación de las piezas y el templo dentro de un arte indígena, si bien matizado por aportaciones externas, así como la separación de las piezas que consideraba verdaderas de las falsas, hacen del suyo un trabajo de obligada referencia.

¹⁴ La otra fotografía de las ruinas pertenece al *Catálogo Monumental de la Provincia de Albacete*, realizado por R. Amador de los Ríos (1911). El manuscrito original de este Catálogo, que no llegó a publicarse, se conserva en la actualidad en el Departamento de Historia del Arte, Instituto de Historia del C.S.I.C., Madrid.

Poco después, Mélida (1906) publicó una serie de artículos en los que realizaba un sistemático estudio de las esculturas como medio de alcanzar una definitiva separación de piezas verdaderas y falsas. Clasificó las piezas en dos grupos: “pseudoarcaicas” y “de tendencia clásico-realista” (p. 55ss.), atendiendo a su mayor o menor “perfección”, de acuerdo con los cánones marcados por los periodos clásicos grecoitalicos. La definición de los tipos como “amalgama de elementos de procedencias distintas” le llevó a afirmar un gusto oriental –en tocados y adornos–, unido a una influencia griega –en el tratamiento de las formas, simetría y hieratismo–. Todo ello quedaría supeditado a un innegable peso indígena –en la tosquedad interpretativa, rudeza del trabajo, rasgos étnicos...–. Consideró todas las esculturas posteriores a la Dama de Elche, que él mismo fechó en el s. V a. C., creadas en el seno de un taller de inferior calidad al ilicitano cuya vida activa no iría más allá de los comienzos de la dominación romana. Mantendría básicamente estas afirmaciones a lo largo de su vida, concretando más la cronología de las esculturas y el templo entre los s. V-III a C. en trabajos posteriores (Mélida, 1929, 182).

Es justo asignarles a Paris y Mélida el mérito de la separación de las esculturas verdaderas y falsas, de modo que las piezas recobraron su merecido prestigio. En este sentido, ambos llegaron a conclusiones similares, aunque Mélida realizó una lista algo más numerosa de falsificaciones. Asimismo, a ellos se deben las primeras interpretaciones que consideraban seriamente el peso de lo indígena en las piezas. Con ellos empezaron a sentarse las bases de los estudios ibéricos. Comenzaba a intuirse la existencia de un pueblo prerromano de gran personalidad, fuertemente influido en su génesis por pueblos mediterráneos. Sin embargo, ambos investigadores continuaban guiándose por una tradición clásica cuyos “lastres” tardarían aun muchos años en desaparecer de los estudios ibéricos. La consideración del arte ibérico como periférico con respecto a los centros artísticos del Mediterráneo no hacía sino equiparar culturas que ni geográfica, ni cultural ni cronológicamente eran comparables. La tipificación de las esculturas de acuerdo a su realismo y perfección no era válida para las tallas del Cerro, como tampoco lo es para el resto de las manifestaciones materiales ibéricas, como hoy día sabemos.

III.3.4. LAS CORRIENTES FILOHELÉNICAS

Los estudios monográficos en profundidad sobre la escultura del Cerro quedaron abandonados durante las décadas siguientes. Durante los

primeros decenios del s. XX se publicaron, no obstante, diversas obras encaminadas a dar a conocer piezas concretas (Albertini, 1912; Cabré, 1923; Sánchez Jiménez, 1942). Paralelamente, la mención de las obras de Montealegre era obligada en todo estudio dedicado al arte ibérico en general o a aspectos particulares del mismo (Melida 1916 y 1929, Cabré, 1934).

Las valoraciones de la estatuaría ibérica en estos primeros decenios del siglo se vieron de nuevo fuertemente influidas por las corrientes historiográficas en boga en aquellos momentos. Por ello, no quedaron al margen del auge que estaban viviendo los estudios sobre el mundo griego. En lo que se refiere a la escultura del Cerro dos autores tienen especial significación en este contexto. El primero de ellos fue Carpenter (1925) con su fundamental trabajo *The Greeks in Spain* en el que se expresaba, ya desde su mismo título, una nueva concepción del arte ibérico. Sin menospreciar el peso de lo indígena el autor no entendía el mismo sin la influencia de lo helénico. Para Carpenter, las piezas del Cerro reflejaban el influjo del arte griego arcaico tardío, perpetuándose éste en el seno de las comunidades ibéricas hasta después de la presencia romana en nuestro territorio.

Inserto también en este ambiente filohelénico, Bosch Gimpera dio la réplica en la historiografía española a los trabajos de Carpenter. En sucesivas publicaciones (Bosch, 1928 y 1932) el arqueólogo catalán daría a conocer sus tesis sobre la formación de la cultura ibérica y las principales influencias que ésta había experimentado en su génesis. El arte ibérico no podía ser explicado sin los influjos que, desde Grecia, se habían recibido a partir del s. VI a.C. Sin obviar los problemas de cronología, por la falta de contexto arqueológico de las piezas conocidas hasta esos momentos, ni tampoco la perduración de los rasgos arcaicos en la plástica ibérica a lo largo del tiempo, aquel investigador era partidario de reconocer en la Península una influencia griega que iría desde el s. VI a.C. hasta tal vez el IV a.C. (Bosch, 1928, 177).

III.3.5. ¿ARTE IBÉRICO O ARTE IBERORROMANO?

Como reacción a estas tesis filogriegas y, tal vez, impulsado por la vuelta a España de la importante colección ibérica que había reunido el Louvre desde finales del s. XIX, García y Bellido personificó en los años cuarenta y cincuenta una *revolución* en las interpretaciones. Apoyándose en la Dama de Elche, las obras de El Cerro de los Santos u Osuna, el eminente investigador expuso sus nuevas tesis acerca de las influencias y cro-

nología del llamado “arte ibérico” (García y Bellido, 1943b, 1943c, 1952 y 1954). Lo que denominaba “pseudoarcaísmo” del arte ibérico le llevó a establecer sus conocidas teorías acerca de la cronología romana del mismo. Los rasgos arcaicos y hieráticos de las esculturas, considerados por la mayoría de los estudiosos influencias orientales, eran propios de un arte en su etapa “primeriza”, no directamente influidos por la Grecia arcaica (1943b, 82-3). Así, consideraba que el “arcaísmo” griego y el “pseudoarcaísmo ibérico” están separados por 4 o 5 siglos. No sería hasta época romana cuando se diera una verdadera ocupación del territorio por gentes foráneas, por lo que concedió a aquel periodo el “papel civilizador” de los pueblos peninsulares (1943c, 299).

Ciñéndonos a sus trabajos en torno a las esculturas y restos constructivos del Cerro, García y Bellido afirmó que “el Cerro de los Santos no contiene nada fechable antes de época romana (...) el grueso de los hallazgos denuncian más la plena época imperial avanzada que la republicana” (1943c, 282-3). A pesar de que en la actualidad sus conclusiones cronológicas se encuentran completamente superadas, debemos reconocer a sus teorías la gran repercusión que tuvieron en aquellos años.

En sus primeros años de investigación sobre las esculturas del Cerro, Fernández de Avilés retomó las ideas de García y Bellido sobre la filiación iberorromana del arte ibérico. En sus obras de catalogación (1943a, 1948a y 1962) y su Tesis (1949a) incidió en los problemas que presentaba el “pseudoarcaísmo” de las piezas, señalando la extraña mezcla de lo clásico y lo bárbaro. Nunca contempló los posibles paralelismos entre las obras albacetenses con el arcaísmo griego, sino que las consideró fruto del arte ibérico, que ubicaba en época romana republicana, e incluso imperial para algunas esculturas. La materialización de sus excavaciones en el yacimiento (1962-3) le llevó a modificar estas concepciones sobre su estatuaría (Fernández de Avilés, 1966a), distanciándose notablemente de las conclusiones culturales y cronológicas expresadas con anterioridad. El estudio minucioso de los materiales no escultóricos procedentes de sus investigaciones sobre el terreno le hizo reconsiderar los límites cronológicos del Santuario y sus esculturas. Ya no se trataba solamente de estudiar las tallas atendiendo a su estilo y técnica sino que contaba con un apoyo arqueológico para argumentar un nuevo ámbito cronológico: del s. IV a.C. al IV d.C.

III.3.6. NUEVOS ESTUDIOS DEDICADOS A LAS ESCULTURAS

Tras los trabajos de Fernández de Avilés, los estudios sobre el Cerro fueron dejados una vez más de lado por la investigación, sin que fueran retomados con fuerza hasta la década de los ochenta. Sin embargo, el santuario y sus esculturas continuaron siendo punto de referencia primordial en cuantas obras generales de arte y religiosidad ibéricas se publicaban (Cuadrado, 1960 y 1962; Blázquez, 1957, 1975 y 1983; Balil, 1960; Arribas, 1965; Blanco, 1981).

A partir de estos momentos las cronologías defendidas por García y Bellido quedaban definitivamente superadas. Las excavaciones en La Alcudia de Elche (Ramos Folqués, 1955 y 1970) o el Cigarralejo (Cuadrado, 1950 y 1987), entre otras, habían contribuido a elevar la cronología de la escultura ibérica a los s. V-IV a.C. Así, en aquellos años las esculturas del Cerro eran datadas por la mayoría de los investigadores hacia el s. V a.C., siguiendo el estímulo de corrientes griegas y fenicias (Cuadrado, 1962, 60; Arribas, 1965, 180; Blázquez, 1983, 97). En cuanto a la fecha de abandono del enclave, era ampliamente aceptada la perduración del culto en el lugar hasta época romana (Balil, 1960). El carácter indígena de las tallas pétreas apenas era ya cuestionado. Sin embargo, el gran peso que aun tenían en la investigación las escuelas clásicas europeas motivó que los estudios del santuario continuaran basándose en la seriación tipológica de las tallas según sus paralelos con el arte heleno, a pesar de haber ya datos puramente arqueológicos que obligaban a rebajar las fechas iniciales hasta el s. IV a.C.

Las excavaciones de Chapa significaron de nuevo una revitalización en los estudios. Esta investigadora matizó sus límites cronológicos (1980a, 1983, 1984 y 1990) fijando la fecha de abandono del lugar hacia el cambio de Era. Los argumentos esgrimidos para ello eran de tipo arqueológico, y no histórico, como habían apuntado la mayoría de los investigadores hasta el momento¹⁵. El hallazgo en estas campañas de nuevos fragmentos áticos hizo a Chapa mantener la teoría, ya apuntada por Fernández de Avilés, acerca de un comienzo de la vida del Santuario en el s. IV a.C. (1980a, 102). En lo que se refiere a las esculturas, Chapa reincidió en el concepto de "pseudoarcaísmo", que consideraba presente en

¹⁵ Generalmente se venía fechando la destrucción del Santuario en época tardoantigua, cuando el Edicto de Teodosio prohibió los cultos paganos en el año 380 de nuestra Era (Ruiz Bremón, 1989b, 180).

todas las producciones ibéricas, y les asignó una datación comprendida entre el s. IV a.C. y época romana (1980b, 158).

En los años ochenta vieron la luz dos importantes trabajos en los que se analizaban en profundidad las esculturas del Cerro y su problemática: las tesis doctorales de M. Ruiz y E. Ruano. La primera de ellas (Ruiz Bremón, 1987a y 1989b) ofreció el primer estudio tipológico, técnico e iconográfico de la globalidad de las esculturas en piedra del yacimiento. Junto a la catalogación, destacaríamos como principal aportación de esta investigadora la nueva valoración del espacio cultural como centro de peregrinación al que los devotos acudirían atraídos por el carácter terapéutico de las aguas de la comarca (1988c, 1987a y 1989b), interpretación que quizás hoy permite matizaciones (Ramallo, 1997, 256). El centro tendría una importante relación con la costa a través del *Camino de Anibal* (Ruiz Bremón, 1988d, 397).

De forma casi simultánea se publicó la tesis de Ruano (1987). En ella las tallas de Montealegre constituían parte esencial. Tras una clasificación de todas las esculturas humanas ibéricas que podríamos denominar "clásica", las distribuye en: Ibérico Antiguo, Pleno y Tardío, ordenándolas según su perfección técnica y formal, Ruano englobó las piezas del Cerro en las dos últimas categorías, entre los s. V-I a.C., atendiendo básicamente a criterios estilísticos para su ubicación cronológica. Esta autora ofreció además una nueva interpretación del yacimiento. Proponía una valoración del enclave como centro geopolítico al que acudirían personajes de alto estatus procedentes de distintos lugares de nuestra geografía con motivo de la ratificación de "pactos, acuerdos, matrimonios o alianzas vinculados a varias comunidades" (Ruano, 1988).

También Sillières ha aportado en los últimos años una nueva hipótesis sobre la significación del santuario (1990b). Ésta no supone grandes novedades desde el punto de vista cronológico, sino desde la perspectiva de la interpretación del culto y la importancia de las vías de comunicación en la génesis y perduración de uso del lugar. Recogiendo ideas apuntadas en trabajos preliminares (Sillières, 1976 y 1977), el investigador galo identificó el Cerro con la *mansio Ad Palem*, en el tramo Castulo-Saitabis de la *Vía Augusta*, retomando una vieja hipótesis (Fernández Guerra, 1875). El culto en el santuario ibérico, cuya vida podría remontarse al s. IV a.C, habría conocido una temprana presencia de los ejércitos romanos, favorecida por su situación privilegiada junto a la vía de penetración hacia el interior desde la costa levantina. La diosa de la fecundidad adorada en el santuario indígena, una Diosa Madre presente en todo el Mediterráneo, se habría sincretizado con la diosa romana Pales, protectora de pastos y reba-

ños, cuyo nombre había dado lugar a la denominación de la estación. El culto temprano a esta diosa en el mundo itálico (s. III-II a.C.), el papel de transmisor de ideas jugado por el ejército romano y la función de los santuarios cercanos a las vías como centros de intercambios entre diferentes comunidades, avalarían la hipótesis (1990b, 272 y 806ss.).

III.3.7. ÚLTIMAS APORTACIONES:

UNA DATACIÓN REPUBLICANA PARA EL TEMPLO

En la última década los estudios sobre el Cerro han vuelto a retomarse. La circunstancia que ha favorecido este reestudio ha sido la excavación en un enclave relativamente cercano, La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia), de un conjunto de templos tardorrepublicanos cuyo origen se remonta a época prerromana. A partir de las campañas de excavación de Ramallo y Brotons se empiezan a entrever nuevas perspectivas de gran interés que afectan, en gran medida, a las interpretaciones de El Cerro de los Santos, dada la gran similitud existente entre ambos yacimientos.

En los trabajos de La Encarnación se ha documentado la existencia de dos edificios de culto (Ramallo, 1991). El Templo A, estudiado por las huellas dejadas por su planta sobre la roca, fue un edificio con planta de tipo itálico de pequeñas dimensiones, orientación E-O y una *cella* construida con grandes sillares. Las propuestas de reconstrucción son varias, tal vez fue una fachada *in antis* o un templo próstilo tetrástilo. Tanto las técnicas edilicias, como los restos de pavimentación y el tipo de fachada nos remiten a ambientes centroitálicos de los s. III-I a.C. (Brontons y Ramallo, 1993, 73; Ramallo y Brotons, 1997, 259). El Templo B presenta una compleja serie de reconstrucciones levantadas sobre un nivel arqueológico que colmata las diaclasas de la roca con materiales de los s. IV-III a.C. Tuvo una primera fase sólo conocida por restos de pavimento y sucedida en el tiempo por una segunda representada por un edificio cuyas características recuerdan mucho a las del templo de El Cerro de los Santos. Se trata de un templo tetrástilo *in antis* con semicolumnas adosadas a las *antae*, pavimento de *opus signinum* y rebanco adosado a los muros laterales de la *cella*. La construcción de esta fase está datada a principios del s. II a.C. (Ramallo *et al.*, 1998, 32). Las terracotas arquitectónicas halladas también remiten a estas fechas y ambientes centroitálicos como origen de las influencias (Ramallo, 1993 y 1999). Posteriormente el edificio sufrió una nueva reestructuración, cuyos caracteres nos interesan menos de cara a su estudio comparativo con el edificio del Cerro.

En su primer trabajo acerca del conjunto de Caravaca, Ramallo (1991) apuntaba como paralelo indiscutible del templo A al edificio de El Cerro de los Santos, idea que sería retomada por Castelo (1993, 86). Posteriormente, se han establecido también importantes paralelos entre la segunda fase del Templo B y el edificio de Montealegre (Ramallo y Brotons, 1997). Las semejanzas planimétricas y constructivas fueron los principales argumentos que llevaron a relacionar ambas edificaciones. La propuesta de una datación tardorrepública para el templo del Cerro se vio pronto respaldada por nuevos estudios centrados en sus materiales escultóricos de “tipo itálico” (togados, cabezas-retrato y *capite velato*) (Noguera, 1994).

Por último, un trabajo más reciente (Ramallo *et al.*, 1998) profundiza en el estudio de algunos materiales, constructivos y votivos, de El Cerro de los Santos estableciendo paralelos con materiales de La Encarnación y otros santuarios ibéricos. Como aportación principal se concluye una monumentalización del templo en época republicana, hacia los s. II-I a.C., siguiendo patrones de tipo itálico, lo que no excluiría la probable preexistencia de un centro cultural indígena, que tal vez pudiera remontarse al s. IV a.C. En este momento prerromano el culto se habría efectuado en un edificio menos monumental, construido con materiales perecederos o, tal vez, al aire libre, frente a algún elemento que simbolizara a la divinidad, como una columna sacra (Ramallo y Brotons, 1999, 172-3). El templo posterior no puede considerarse estrictamente romano, ya que careció de elementos tan característicos como el *temenos* o el *podium*. Estaríamos, más bien, ante una interpretación de los modelos itálicos por parte de las aristocracias indígenas, favorecidas por los recién llegados itálicos (Ramallo *et al.*, 1998, 66-8).

III.4. CONCLUSIONES: ESTADO ACTUAL DEL CONOCIMIENTO

Creemos oportuno pasar a sintetizar brevemente las hipótesis más seguidas en la actualidad en torno a cada uno de los elementos estudiados: el edificio cultural, las esculturas y el resto de los materiales. Asimismo, trataremos de esbozar algunas consideraciones personales que, a la luz del estado actual de la investigación, consideramos interesantes.

III.4.1. EL EDIFICIO DE CULTO

Únicamente conocemos el edificio de culto a través de las descripciones de aquellos que aun alcanzaron a reconocerlo *in situ* (Lasalde *et al.*, 1871; Lasalde, 1871a; Saviron, 1875; Engel, 1891 y Paris, 1903-4). Asimismo, se conservan dos únicas fotografías, una tomada por Paris a finales del s. XIX (Paris, 1903-4, t. I, 48 y 1910, 46, lám. IX) y la otra realizada por Amador de los Ríos (1911). No acometeremos aquí el análisis minucioso de las descripciones antiguas ni tampoco de los diferentes materiales constructivos (Ruiz Bremón, 1989b; Castelo, 1993; Ramallo *et al.*, 1998). Sin embargo, sí consideramos interesante ofrecer una breve descripción del espacio cultural. Se trataba de un recinto rectangular con orientación este-oeste, compuesto por una *cella* antecedida por una pequeña *pronaos*, que pudo ser un pórtico *in antis*, al que se accedía tras ascender por una pequeña escalinata (Ramallo y Brotons, 1999, 169ss.).

El edificio ha suscitado múltiples interpretaciones. Desde los primeros momentos se identificó el recinto como un edificio de culto (Amador, 1862-3), siendo la opinión más generalizada que se trataba de un templo o “adoratorio” (Lasalde *et al.*, 1871; Saviron, 1875; Paris, 1903-4). No faltaron ideas más extravagantes, al considerarlo un observatorio astronómico (Rada, 1875a; Fernández Guerra, 1875). También ha habido quienes, aceptando su función sacra, han identificado el espacio con un edificio al estilo de los *thesauroi* griegos (Blázquez, 1957; Arribas, 1965; Ramallo y Brotons, 1999, 172), es decir, como un recinto sagrado en el que se acumularían los exvotos dedicados a la divinidad y desde donde, periódicamente, se enterrarían en algún tipo de *favissa* o pozo sagrado. En esta teoría se engloban también estudios recientes (Vilà, 1994, y 1997) al considerar que la palabra “templo” sólo debería ser aplicada en el Mediterráneo antiguo al lugar donde habita la divinidad, debiendo tener además estos edificios una arquitectura monumental y carácter urbano¹⁶. Siguiendo estos argumentos, Vilà se inclina a considerar el edificio como un “almacén de exvotos” de carácter sagrado, teoría que según la investigadora se vería respaldada por el gran número de ofrendas descubiertas, por el tamaño del edificio y por los rebancos adosados a las paredes del mismo, así como por la ausencia de una imagen de culto o altar que evidenciaran la adoración a una imagen de la divinidad.

¹⁶ En este caso, por carácter urbano se entiende la localización del edificio en el interior del poblado y no su integración en una organización urbana del territorio, hecho que se documenta en el mundo peninsular desde épocas antiguas (Bendala, 1989 y 2000).

Consideramos básico matizar las hipótesis de esta autora en torno al significado de la palabra “templo” en la Antigüedad. Es necesario considerar que no debemos extrapolar la idea que hoy tenemos de la palabra “templo” aplicada a las antiguas civilizaciones del Mediterráneo con el contenido del término latino *templum*, de significado mucho más amplio. Así, aunque la bibliografía al uso limite el significado de “templo” al edificio sacro que contenía la morada de los dioses, el *templum* era un lugar mucho más abstracto, ligado a aspectos augurales. Según Varrón era la “bóveda del cielo cuatripartita en el punto de cruce de los ejes cósmicos norte-sur y este-oeste”, es decir, se trataba de un lugar sagrado designado por los augures para la interpretación de los “signos celestes” (Almagro y Moneo, 2000, 142). De hecho, los *templa* itálicos más antiguos eran simples espacios desprovistos de construcciones y que habían sido “inaugurados”. Precisamente esta falta de definición estricta de estos espacios fue lo que propició la existencia de edificios de muy distinta naturaleza en la protohistoria mediterránea (Gros, 1996, 122-3).

Por otro lado, creemos necesario señalar que la inexistencia de una imagen divina no debe ser considerada como argumento en contra de la identificación de ciertos edificios con templos. Las imágenes de culto pudieron ser retiradas por los propios fieles en momentos de peligro –como, por otra parte, viene sucediendo hasta la actualidad–, tal y como parecen sugerir espacios sacros como los existentes en la Quéjola o el Cigarralejo (Blánquez, 1996).

Con posterioridad, nuevos estudios (Aranegui, 1994) consideran que no está aun probada la existencia de templos propiamente dichos en la Península en época prerromana¹⁷, si bien las comunidades ibéricas tendrían sus recintos sagrados que, más correctamente, podríamos denominar santuarios, ya durante el Ibérico Pleno. Así, Aranegui acepta la existencia de un lugar de culto en el Cerro desde el s. IV a.C., aunque interpreta el edificio como la monumentalización del viejo santuario ibérico en momentos ya romanos.

En cuanto a la cronología e influencias del edificio, se han barajado hipótesis muy distintas, desde considerarlo un *martiryum* visigodo (Amador, 1862-3); a creerlo *bastitano* de origen egipcio (Lasalde *et al.*, 1871; Lasalde, 1871a); greco-egipcio (Rada, 1875a); fenicio (Rentero,

¹⁷ Sobre el interesante debate suscitado en los últimos años en torno a la terminología de los lugares de culto en época ibérica, consultar: Prados, 1994; Vilà 1994 y 1997; Domínguez, 1995 y 1997; Moneo, 1995; Celestino, 1997; Almagro-Gorbea y Moneo, 2000, todos con abundante bibliografía anterior.

1871a; Domenech, 1872); indígena de origen griego (Paris, 1903-4; Bosch, 1928; Nicolini, 1973) o romano (García y Bellido, 1954). Asimismo, a lo largo de todos estos años se han ofrecido abundantes paralelos formales, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras, al edificio del Cerro (Sanz, 1997, 290-1). En trabajos más recientes, Ruiz Bremón (1989b, 27) consideró que el núcleo principal del Santuario se levantaría hacia el s. IV a.C., aunque éste probablemente sufrió remodelaciones en épocas posteriores. Castelo (1993) y Jaeggi (1995) apuntan una cronología plenamente republicana.

Profundizando en esta idea, la interpretación del edificio con mayor aceptación en la actualidad es la propuesta por Ramallo, Noguera y Brotons (Noguera, 1994; Ramallo y Brotons, 1997; Noguera, 1998; Ramallo *et al*, 1998; Ramallo y Brotons, 1999). Según estos autores, en el Cerro se produjo un fenómeno similar al documentado en Caravaca (Ramallo, 1991 y 1993; Brotons y Ramallo, 1993). Así, en época romana, sobre un lugar con tradición cultual evidenciada desde el s. IV a. C., en El Cerro de los Santos se habría construido un templo helenístico heredero de tradiciones centroitálicas, probablemente jónico, y con fachada *in antis* o tetrástila. De este modo quedaría demostrada una perduración de los ritos en el lugar desde época ibérica plena hasta, al menos, el s. I a. C., documentándose la aceptación y respeto por parte de los recién llegados a las tradiciones indígenas (Ramallo y Brotons, 1997).

Aunque alcanzado un cierto acuerdo en los aspectos referidos, la fecha de abandono del Santuario continúa suscitando polémica. Mientras Chapa (1984, 119) la sitúa hacia el s. I a.C., Ruiz Bremón (1988d, 398) retrasa el abandono del lugar hasta el s. I d.C. y, más recientemente, Noguera (1994, 196, n. 23) propone la posible perduración del culto, tal vez como centro secundario, hasta momentos avanzados del Imperio Romano.

III.4.2. EL CONJUNTO ESCULTÓRICO

Sin duda, han sido las esculturas las piezas que más interpretaciones han suscitado. La gran cantidad de tallas recuperadas, así como su espectacularidad, despertó desde los momentos inmediatos a las primeras apariciones un gran interés. Por ello, nos encontramos hoy día ante una gran cantidad de tesis interpretativas, entre las que trataremos de extraer las más aceptadas.

En lo que se refiere a los aspectos técnicos, toda la estatuaria del Cerro está realizada sobre piedra arenisca de probable origen local, color

blanquecino-amarillento y grano muy suelto (Ruiz Bremón, 1989b, 152), lo que facilitó en gran medida su talla pero favoreció su erosión. Otro de los rasgos técnicos ampliamente aceptados es el origen *xoánico* de la escultura en piedra ibérica y, concretamente, la procedente del Cerro. Esta vieja idea, vagamente apuntada por Paris (1901), ha sido retomada posteriormente por numerosos autores (Sánchez Jiménez, 1942; García y Bellido, 1943b; Fernández de Avilés, 1949a; Bendala, 1994 y 1999; Bendala y Blánquez, 1997). Las huellas dejadas por los instrumentos de labra en la piedra (Blánquez y Roldán, 1994) y las reminiscencias de la forma prismática del bloque pétreo de muchos de los ejemplares avalan la teoría de un primer estadio en el que las obras se realizarían sobre madera.

Centrándonos en su significado y simbología, las esculturas fueron entendidas ya desde los primeros momentos como exvotos. En palabras de Ruiz Bremón (1989b, 83) se trataba de ofrendas a la divinidad protectora del lugar hechas con carácter “permanente, individual y voluntario” y que tendrían como significado último el deseo de curación, inserto en la idea de las propiedades terapéuticas del agua de la zona. Otros autores han considerado más bien que las ofrendas no serían sino evidencias de la afluencia de gentes al lugar con la simple motivación de “transmitir sus oraciones e invocar a su dios tutelar los beneficios y favores (...) que deseaban obtener” (Noguera, 1994, 215).

Más polémico resulta dilucidar a quienes representaban. A pesar de que actualmente son aceptadas como representaciones de los propios fieles, como ya apuntaron Heuzey o Mélida, se han ofrecido diversas alternativas. Algunos investigadores han creído ver en ciertas esculturas representaciones de divinidades, en particular en las tallas femeninas sedentes (Ruano, 1984, 29ss.; Griñó, 1992, 196; Vilà, 1997, 556) mientras que otros han creído reconocer a sacerdotes y magistrados (Lasalde *et al*, 1871, 34; Rada, 1883, 290ss.; Paris, 1910, 64; Ruano, 1987; Sillières, 1990, 272; Griñó, 1992, 203; Chapa y Madrigal, 1997, 195).

Desde el punto de vista iconográfico, los tipos son bien conocidos. Sin pretender extendernos, ya que la mayoría de los trabajos dedicados al Cerro se han centrado en estas cuestiones, trataremos de esbozar algunas líneas generales. Entre las figuras femeninas se distinguen tres tipos principales: oferentes estantes, sedentes y cabezas aisladas. Mayor variedad encontramos entre los exvotos masculinos: oferentes estantes, cabezas aisladas (que probablemente nunca formaron parte de esculturas completas: Aranegui, 1996b, 96), togados y personajes velados (Noguera, 1994). Como tónica general se observa en las esculturas una sencillez compositiva que les confiere un aire calificado por muchos de “infantil o primitivo”,

si bien aparece con frecuencia compensado por la proliferación de detalles ornamentales (Ruiz Bremón, 1989b, 153; León, 1998a, 156). A pesar de la gran cantidad de exvotos recuperados, éstos tienen una cierta uniformidad tipológica que les otorga un indiscutible “aire de escuela”, por lo que muchos autores han considerado el conjunto fruto de un taller escultórico vinculado al santuario (Abad y Bendala, 1989, 88; León, 1998a, 161; en contra: Ruano, 1988, 262). Las esculturas proporcionan además una importantísima fuente de información de tipo etnológico, ya que constituyen el más amplio repertorio de vestimentas, joyas y tocados en el mundo ibérico (Aznar, 1875; Dánvila, 1877; Solanilla, 1977; Bandera, 1977-78).

Las tallas no han quedado al margen de una de las cuestiones más polémicas de la plástica ibérica, la cronología. El debate sobre sus orígenes, influencias y cronología dista mucho de estar zanjado, si bien algunos puntos han sido replanteados en las últimas décadas tras espectaculares descubrimientos que han aportado nueva luz a una discusión científica ya muy “viciada”. Lejano hoy el tiempo en que se rebajaron las dataciones a época romana, pronto comenzaron a elevarse de nuevo las fechas hasta ubicarse a finales del s. VI a.C. algunas conocidas esculturas zoomorfas ibéricas (Chapa, 1985). En la actualidad es aceptado el *nacimiento* de la escultura ibérica entre finales del s. VI y principios del V a. C (Blánquez, 1992a; Blech, 1996). Se califica el arte ibérico como un fenómeno híbrido y ecléctico (León, 1998a) en cuyo surgimiento se contemplan tres factores fundamentales: influencia tecnológica del elemento griego (Blánquez, 1994); sustrato indígena muy desarrollado –que marcaría las pautas reinterpretativas de la iconografía mediterránea– y, por último, influencia oriental, presente en la génesis del propio mundo ibérico a través de los contactos fenicios con ambientes tartésicos (Chapa, 1994; Almagro-Gorbea, 1996; Bendala, 1987b y 2000).

A pesar de la propuesta de fechas altas –s. V a.C.– para las obras más antiguas del Cerro (Blánquez, 1975 y 1983; Ruano, 1987; León, 1998b, 73), no se pueden sostener hoy en día, en función del contexto arqueológico, cronologías tan elevadas. Las obras más antiguas no deben llevarse más allá del s. IV a.C. (Ruiz Bremón, 1989b; Noguera, 1994 y 1998), momento en el que se asistió a una renovación de las formas artísticas, desapareciendo prácticamente la escultura monumental de las necrópolis para trasladarse a santuarios (Aranegui, 1994, 128). A pesar de esta cronología inicial, parece que el momento de mayor auge del santuario tuvo lugar en los s. III-II a. C., a tenor del predominio de esculturas, especialmente masculinas, que nos remiten a ambientes helenísticos (Noguera, 1994; Jaeggi, 1999, 111-22).

La larga “vida” del santuario ha sido aceptada desde antiguo (Rada, 1875a; Mérida, 1906...). La llegada de corrientes iconográficas centroitálicas a partir del s. II a.C. y la perduración de la producción escultórica al menos hasta el s. I d.C. parecen quedar fuera de duda (Noguera, 1994). Con esto no presuponemos una “romanización” del territorio albacetense en el s. II a. C., sino la existencia de una población con un sustrato cultural suficientemente desarrollado como para hacer frente, y asimilar al mismo tiempo, la temprana llegada de influencias foráneas (Sanz, 1997, 299). Serían las oligarquías locales quienes adoptasen primero la nueva iconografía, deseosas de emparentar con la clase dominante recién llegada. Los talleres del Cerro irían adquiriendo paulatinamente los modos de hacer romanos, si bien el “germen” del arte indígena perviviría en las tallas del lugar hasta el fin de sus días (León, 1981, 197-8).

A pesar del “arcaísmo” de las esculturas del Cerro, hoy sabemos estériles las comparaciones lineales entre el arte ibérico y el griego. La calificación de las piezas como bárbaras o primitivas no es más que fruto de una visión helenocéntrica de la plástica ibérica, error secular sobre el que ya se llamó la atención en los años setenta (Llobregat, 1972). Hoy somos conscientes de la propia personalidad del arte ibérico con respecto a sus supuestas fuentes de inspiración; de igual modo, sabemos que no hubo en él una evolución artística paralela a la mayor complejización social¹⁸; las formas se convirtieron en estereotipos en la P. Ibérica y se mantuvieron invariables durante largos periodos (Olmos, 1993).

Partiendo del análisis estilístico de las piezas, diversos autores han abordado el tema de las relaciones entre centros de culto en el mundo ibérico. La similitud entre las obras más “sencillas” del Cerro y los ejemplares antropomorfos del Cigarralejo, así como el evidente parecido entre los exvotos equinos de ambos centros, llevaron a Cuadrado (1950) a proponer una relación directa entre los dos lugares. Para este autor, los fieles del Cigarralejo llevarían a El Cerro de los Santos sus exvotos, generalmente équidos, mientras que los devotos del santuario albacetense aportarían sus esculturas, en este caso representaciones humanas, al centro murciano. Otra opción interpretativa es la propuesta por Ruiz Bremón (1987c, 81),

¹⁸ No obstante, recientemente se ha leído una tesis doctoral en la Universidad de la Sorbona (París) que plantea de nuevo cuestiones de evolución técnica y estilística en las esculturas del Cerro de los Santos (Truszkowski, 2001). No hemos podido consultar personalmente el trabajo, aun no publicado. Conocemos el mismo a través de una conferencia impartida por su autora en el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid (marzo, 2001).

quien aboga por una relación unidireccional entre los citados centros de culto, en la que serían las esculturas del Cigarralejo las artífices de las creaciones de Montealegre. Las relaciones de El Cerro de los Santos con otros santuarios ibéricos, como Collado de los Jardines, Castellar de Santiesteban o la Serreta de Alcoy, parecen también atestiguadas (Ruiz Bremón, 1987c; Ruano, 1988, 262).

Con todo lo expuesto, parece evidente la imposibilidad de obtener una seriación estilística que date las obras. Su estudio estilístico parece abocado a un callejón sin salida, de modo que se hace necesario buscar nuevos métodos de acercamiento a la cronología, rituales y significado del Santuario. Como posible respuesta a ello se encuadra nuestro estudio basado en el análisis del resto de materiales proporcionados por el yacimiento, los materiales “olvidados”.

III.4.3. LOS MATERIALES “OLVIDADOS”

A lo largo de todas las campañas de excavación la aparición junto a las esculturas de un importante conjunto de materiales no escultóricos ha sido constante. Materiales constructivos (pequeños ladrillos romboidales, grapas de plomo para unir sillares), objetos reflejo de actividades productivas (*pondera* y fusayolas), objetos de adorno personal (brazaletes, anillos, fíbulas...) y, sobre todo, recipientes cerámicos han sido los materiales recuperados por todos aquellos que excavaron en el Cerro. Sin embargo, el deslumbramiento producido por las esculturas ha favorecido el olvido de estos materiales, sólo aludidos por la bibliografía de manera parcial y marginal.

Únicamente los materiales arquitectónicos han sido tratados con mayor frecuencia, ya que constituyen uno de los únicos medios de acercamiento a los problemas estilísticos y cronológicos del edificio (Paris, 1903-4, I, 43ss.; García y Bellido, 1943c, 283ss.; Castelo, 1993). Es de común aceptación que la totalidad de los restos constructivos se fechan en época romana republicana, en el momento de monumentalización del antiguo espacio sacro ibérico potenciada por la llegada de gentes itálicas a lo largo del s. II a.C. (Ramallo *et al.*, 1998).

El resto de los objetos, aunque nunca estudiados en profundidad, presenta intermitentes referencias bibliográficas. Ya los PP. Escolapios aludían a la innegable importancia de la cerámica como auxiliar de la historia antigua (Lasalde *et al.*, 1871, 11ss.) e incluían en su estudio uno de los análisis de materiales no escultóricos más completos con los que con-

tamos en la actualidad. Observaron en los vasos, “acaso rituales”, una evolución desde ejemplares de “forma irregular e indeterminada” hasta otros con “elegantísimas formas” realizados en “barro sumamente fino y plástico hábilmente trabajado”. También se ocuparon de los metales, observando su “lastimoso estado (...) de completa disgregación molecular”. Consideraron difícil determinar su forma primitiva aunque observaron que se trataba de armas similares a las descritas en las fuentes griegas y latinas, “tristes trofeos de las antiguas guerras” en que se veían sumidos los pueblos de la antigüedad (Lasalde *et al*, 1871, 19-25).

También Saviron (1875) enumeró los más destacados objetos hallados por él, incorporando en su estudio algunas láminas con las primeras representaciones gráficas de objetos no escultóricos del Cerro. Sin embargo, en trabajos tan decisivos como las obras de Paris (1903-4) o Mérida (1906) apenas se hace mención a la existencia de objetos que no sean pétreos. El propio Paris señalaba cómo “la cerámica del Cerro de los Santos no tiene interés más que porque prueba la larga existencia de este centro arqueológico de primer orden” (1903-4, II, 28). Mérida, por su parte, indicaba la existencia de diferentes materiales junto a las esculturas, dedicándoles una breve reseña (1906, 83-4). Tampoco García y Bellido (1943b, 1943c, 1954...) prestó demasiada atención a la cerámica y metales, limitándose a ofrecer la información recogida por aquellos que habían practicado excavaciones en el lugar.

Sólo contados trabajos hacen alusión a estos materiales. Por ello, Fernández de Avilés vino a significar en este aspecto un punto de inflexión en la historia de las investigaciones. En su Tesis Doctoral (1949a) abordó, por vez primera, el análisis de los objetos no escultóricos hallados en las excavaciones antiguas del Cerro, conservados mayoritariamente en el M.A.N. Aunque sabemos que su estudio probablemente se llevó a cabo, lamentablemente podemos considerar perdida esta información¹⁹. También en la publicación de su primera campaña de excavación, Fernández de Avilés dedicó un capítulo al estudio de la cerámica, metales y resto de los objetos recuperados (1966a, 32-45), siendo estos materiales, y en especial la cerámica, los que le permitieron acotar los límites cronológicos del yacimiento. Las abundantes ilustraciones de esta *Memoria* constituyeron las primeras aproximaciones serias a la documentación gráfica de los

¹⁹ Aunque programados, los capítulos relativos a estos objetos no se encuentran en ninguna de las dos copias de la tesis consultadas (una en la U.C.M. y otra en *el Legado Fernández de Avilés*, U.A.M.).

materiales no escultóricos de Montealegre. Así, Fernández de Avilés abría un camino olvidado en los anteriores estudios: la vía arqueológica, y no tipológica, llamada a ser la única forma de progreso en el conocimiento.

Más recientemente se han llevado a cabo algunos trabajos dirigidos a enfrentarse de forma global a los distintos problemas que aun planteaba el lugar. Así, Chapa continuó la línea apuntada por Fernández de Avilés con la publicación, bastante completa desde el punto de vista de los materiales cerámicos, de su primera campaña de excavación en el lugar (Chapa, 1980a). De igual modo, cabe resaltar el estudio de Hornero (1990) sobre las cerámicas grises.

El estudio de algunos materiales metálicos ha tenido cabida últimamente en el seno de dos trabajos de carácter general dedicados a los bronceos del Museo de Albacete. Uno de ellos se centra en el estudio de las fíbulas (Sanz *et al.*, 1992) y otro en el resto de los objetos (Abascal y Sanz, 1993). En lo que a los materiales numismáticos se refiere, contamos con un breve catálogo de las monedas halladas en los últimos trabajos (Sanz, 1997, 336-7). De ellas sabemos que, curiosamente, no aparecen acuñaciones ibéricas, sino romanas e hispanorromanas, siendo la más antigua un *as* de Calagurris del 12-2 a.C. y la más moderna un *as* de Nerva, de finales del s. I d.C. (Sanz, 1997, 169). De las monedas conservadas en el M.A.N. apenas tenemos conocimiento, si exceptuamos breves menciones de sus descubridores así como de estudiosos posteriores (García y Bellido, 1954). Entre ellas destacaremos dos ejemplares acuñados durante el mandato de Constantino, descubiertas durante los trabajos de Saviron y Engel, respectivamente.

Finalmente, como resultado de la revisión del edificio del Cerro acometido tras las excavaciones en La Encarnación, se ha llevado a cabo una primera recopilación de los materiales arqueológicos proporcionados por el yacimiento (Ramallo *et al.*, 1998). Aunque de modo superficial para los restos no arquitectónicos, los autores ofrecen una visión general de todo el material aparecido en el santuario, paralelizando estos objetos con los procedentes de Caravaca y llegando a la conclusión de la enorme similitud de ambos conjuntos sacros (Ramallo y Brotons, 1997 y 1999).

Tras todo lo expuesto, queremos llamar la atención de algo que, aunque obvio, ha sido descuidado durante más de un siglo de investigaciones. De cara a alcanzar la comprensión global del Santuario consideramos absolutamente necesario el estudio integral y minucioso de todos los materiales aparecidos en el yacimiento, y no sólo los escultóricos. Creemos que ésta es, en la actualidad, la única vía posible para avanzar en el conocimiento de un yacimiento aparentemente tan estudiado pero en cuya interpretación tenemos aun notables lagunas.

III.4.4. PROBLEMAS PLANTEADOS:

¿QUÉ PUEDE APORTARNOS AÚN EL CERRO DE LOS SANTOS?

Es ampliamente reconocido el gran desequilibrio existente entre la enorme cantidad de materiales recuperados en el Cerro y el conocimiento que tenemos en torno a algunos aspectos concretos del Santuario (Chapa, 1983, 643). Si bien los aspectos técnicos, estilísticos y tipológicos de las tallas, así como algunos de los materiales arquitectónicos, han sido estudiados en profundidad, ciertas incógnitas relativas a cuestiones cruciales del santuario perduran. Siguen sin respuesta precisa cuestiones tan básicas como: ¿cuáles fueron las actividades desarrolladas en el lugar, atestigüadas por los miles de fragmentos cerámicos y metálicos recogidos?; ¿qué relaciones tuvo el santuario con otros centros poblacionales o culturales cercanos?; ¿a qué cronología concreta nos remiten los materiales?...

Como hemos podido comprobar, el análisis de las esculturas parece agotado en sí mismo. Las piezas han ofrecido una gran cantidad de información y, aparentemente, pueden aportar ya pocas novedades, a tenor de los estudios exhaustivos realizados en las últimas décadas (Ruano, 1987; Ruiz Bremón, 1989b y Noguera, 1994). La idea, cada vez más aceptada, de la imposibilidad de seriación cronológica de las tallas atendiendo a aspectos artísticos o formales hace en la actualidad poco fructíferos los estudios en esta línea. En cuanto al edificio de culto, también éste se ha prestado a constantes interpretaciones, siendo abundantes sus filiaciones artísticas y cronológicas. En este caso, consideramos que recientes estudios (Ramallo *et al.*, 1998; Ramallo y Brotons, 1999) ofrecen respuestas satisfactorias al problema de su ubicación temporal y las influencias por él recibidas. La monumentalización del santuario ibérico en época republicana, siguiendo patrones centroitálicos, responde coherentemente a lo que en la actualidad conocemos sobre los primeros momentos de la romanización en tierras albacetenses (Sanz, 1997) y, al mismo tiempo, ofrece una evolución cronológica y estilística paralela a la de otros centros próximos (Ramallo, 1997).

En este punto, podría parecer innecesario –por reiterativo– un nuevo acercamiento a El Cerro de los Santos que pretendiera aportar novedades. Sin embargo, creemos posible, y aconsejable, un nuevo análisis del yacimiento abordado desde una perspectiva notablemente distinta. Diversos autores han señalado la necesidad de acometer un estudio exhaustivo de los materiales arqueológicos, ya que éstos resultan testigos inequívocos de las actividades que debieron tener lugar (Chapa y Martínez, 1990; Ramallo *et al.*, 1998). Dicho estudio no se ha llevado a

cabo hasta el momento, a excepción de las cerámicas grises (Hornero, 1990).

Así, de cara al acercamiento global a los numerosos santuarios ibéricos es necesario abordar la cuestión desde planteamientos más innovadores, como se ha puesto de relieve en los últimos años (Chapa y Martínez, 1990; Prados, 1994). Estos autores proponen para ello seguir algunos de los presupuestos contemplados por Renfrew (1985) de cara a acometer un estudio específico de la arqueología de culto. En éste tendría importancia esencial la revisión de los materiales arqueológicos así como las relaciones del yacimiento con su territorio más próximo.

A modo de primer paso a este acercamiento desde una diferente perspectiva, pretendemos realizar un estudio pormenorizado de los materiales arqueológicos desenterrados en el lugar, entre los que los fragmentos cerámicos constituyen un porcentaje muy elevado. Con ello perseguimos delimitar y valorar los tipos cerámicos más comunes, de cara a apuntar una potencial funcionalidad de las formas que nos acerque a las actividades llevadas a cabo. Asimismo creemos que el estudio pormenorizado de los materiales nos llevará a delimitar con precisión los tan debatidos límites cronológicos, así como las relaciones con centros habitacionales cercanos. Esperamos que todo ello hará posible una mejor comprensión de algunas de las principales incógnitas, ya seculares, sobre el yacimiento: ¿qué rituales se llevaban a cabo?; ¿se desarrollaban allí otro tipo de actividades no ligadas directamente al culto?; ¿qué tipo de población acudía al lugar?; ¿desde dónde acudía?... Esperamos que éstas y otras cuestiones puedan quedar resueltas, o al menos contar con una hipótesis de trabajo factible, a lo largo de las siguientes páginas.

IV. LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

IV.1. CONCLUSIONES A LA CULTURA MATERIAL: UNA LECTURA CRÍTICA DE LOS *DIARIOS*

IV.1.1. LA CAMPAÑA DE EXCAVACIÓN DE 1962

Las actuaciones sobre el Cerro habían sido múltiples y de distinta intensidad a lo largo de las últimas décadas del s. XIX. En el s. XX, la idea del agotamiento arqueológico del yacimiento hizo que se abandonasen los trabajos de campo y, a excepción de las exploraciones de Zuazo, no se llevaron a cabo nuevas indagaciones hasta que Fernández de Avilés retomó los estudios sobre el terreno. Como se ha señalado, el desencadenante de estos trabajos fue la visita al lugar en 1960 del entonces Director General de Bellas Artes, G. Nieto. En ella se halló de modo fortuito una estatua masculina acéfala junto a seis fragmentos escultóricos más (Fernández de Avilés, 1966a, 6; Ruiz Bremón, 1984; Nieto, 1986, 32). Tras el inesperado hallazgo, Fernández de Avilés consideró el momento inmejorable para llevar a cabo nuevas excavaciones. Los resultados de estos trabajos le permitirían, por fin, aclarar algunos puntos oscuros en torno a las esculturas e historia del yacimiento, algo que había demorado la publicación de su Tesis, a la espera de la información concluyente que le ofrecería el terreno (Fernández de Avilés, 1966a, 6, n.3).

Así, la primera campaña de excavación tuvo lugar entre los días 6-22 de septiembre de 1962. Los trabajos fueron codirigidos por J. Sánchez Jiménez, director del Museo de Albacete y Delegado Provincial de Excavaciones. En los mismos colaboró también García Cernuda, restaurador del M.A.N. Antes del comienzo de las excavaciones, Fernández de Avilés y Sánchez Jiménez acordaron el levantamiento de un plano del Cerro así como la realización de una fotografía aérea¹.

Durante el primer día de campaña se llevaron a cabo labores preparatorias. En primer lugar, se levantó el citado plano; en segundo lugar, Fernández de Avilés tomó contacto con la geografía del lugar, que no conocía con anterioridad, realizando numerosas fotografías del Cerro y sus alrededores. En lo que a las labores de campo se refiere, Fernández de Avilés realizó primero un reconocimiento del propio Cerro, constatando que del edificio de culto, situado justo en el lugar que ocupaba el obelisco, no quedaban ya restos “por aflorar la roca”. Aun alcanzó a reconocer sobre el terreno las “dos catas circulares” practicadas por Zuazo en 1914 (Fernández de Avilés, 1966a, 8). En las “laderas y parte alta” del Cerro recuperó “tíestos ibéricos (alguno pintado con peine) y romana (alguna *terra sigillata*)” (*Diario 1962*). Al pie de la Ladera norte localizó la zanja natural donde, dos años antes, había sido hallada la estatua masculina conservada en Yecla. Este sería uno de los puntos donde se emprenderían sus trabajos de excavación.

El mismo día exploró también el *Cerro de la Cañada*, situado al sureste del promontorio, lugar en el que Savirón (1875, 195) había encontrados restos antiguos. Sin embargo, Fernández de Avilés consideró esta loma completamente estéril. Visitó asimismo áreas cercanas al yacimiento con restos antiguos: el *Cerro del Cegarrón*, el *Cerro de las Zorreras*, *Casas de Almansa*, la *Sierra de Mediabarba* o el *Monte Arabí*. Por último, llevó a cabo un profundo reconocimiento de la *Cañada de Yecla*, zona de rambla que, por las noticias de los antiguos estudiosos del lugar (Savirón, 1875, 129 y 195; Engel, 1892, 187), prometía contener los vestigios mejor conservados.

El 7 de septiembre comenzó la excavación propiamente dicha. Los trabajos se localizaron en un principio en la zanja natural donde había aparecido la escultura de 1960, con la intención de efectuar un “corte estratigráfico”. Para evitar “dispersarse en catas múltiples” se eligió un único punto de excavación que, en los días siguientes, se vería ampliado (Fernández de Avilés, 1966a, 11). El segundo día de campaña se descubrió, al borde de la zanja natural, un muro de mampostería que se pensó pudiera ser de contención del terraplén. Por ello, se abrió en esta zona un segundo corte destinado a descubrir su origen. La existencia de abundante material arqueológico entre la tierra que lo cubría hizo a los arqueólo-

¹ Hoy podemos considerar perdidos ambos documentos. Sabemos que el plano llegó a levantarse pero no hemos podido localizarlo. En cuanto a la fotografía aérea, ésta también se llevó a cabo pero, por un error de vuelo, no se fotografió el punto deseado (*Diario 1962*).

gos considerar la posibilidad de que se tratara de un muro antiguo. Pocos días después se confirmaría su factura moderna.

Al buscar la continuación del muro hacia el oeste, esta cata quedó unida con el corte estratigráfico que se había practicado en el lugar donde apareció la escultura de 1960, con lo que la excavación resultó ser una larga zanja de 23 m. de longitud que abarcaba toda la parte baja de la Ladera norte del Cerro (Lams. 10-12). La zanja discurría de oeste a este y, en su lado más occidental, llegaba a alcanzar los 2,5 m. de anchura, ascendiendo algo por la ladera. Este gran corte permitió “observar constantemente los niveles: delante, en sentido horizontal, y al lado, oblicuos, siguiendo el declive del monte”. Se decidió dejar “un gran ‘testigo’ radial, desde la cañada a la cima del Cerro” para poder efectuar futuras excavaciones (Fernández de Avilés, 1966a, 12).

Los trabajos revelaron una estratigrafía sencilla y unitaria a lo largo de la gran zanja: un primer nivel de tierra vegetal de un grosor aproximado de 0,35-0,40 m.; un segundo nivel, el propiamente arqueológico, con un espesor de 0,30 m. y, bajo éste, un nivel de una potencia de 0,90 m., de tierra roja de aluvión y estéril, directamente encima de otro de tierra roja, esta vez sin remover. En el nivel arqueológico aparecieron la mayor parte de los materiales, así como la totalidad de los restos escultóricos. Fernández de Avilés consideró todos aquellos objetos “caídos desde la cima del montículo del templo, por lo que no acusan diferencias estratigráficas”. El estado en que se encontraron la mayor parte de los restos le hizo reafirmarse en su impresión de una “destrucción despiadada” del enclave, algunas de cuyas esculturas presentaban hasta 5 fracturas antiguas (Fernández de Avilés, 1966a, 12-3). Sin embargo, a pesar de estar ante una estratigrafía sencilla, en un principio su estructura no fue tan evidente. Hacia la mitad del nivel arqueológico se descubrieron unos ladrillitos de pavimentación en conexión, lo hizo suponer a Fernández de Avilés la posibilidad de estar ante un “pavimento y por tanto nivel”. No obstante, pronto concluyó que estas asociaciones de materiales eran “puramente fortuitas” (1966a, 14).

Aunque hubo hallazgos en distintos puntos de la zanja, la mayor parte de las esculturas aparecieron en el sector oeste de la misma, todas ellas a una profundidad similar de, aproximadamente, 60 cm. En el primer nivel se hallaron ocasionalmente restos cerámicos, pero el grueso del material fue descubierto en el segundo nivel. El resultado global de la campaña fue fecundo en elementos escultóricos así como en otros materiales. Entre ellos destacaríamos: anillos de cobre y bronce; un fragmento de *solifereum*, grapas de plomo, clavos, monedas, teselas de mosaico, ladrillos romboidales, *pondera*, una fusayola de vidrio y, sobre todo, abundantísi-

mos restos cerámicos. Todos estos materiales no escultóricos (Fernández de Avilés 1966a, 32-45 y lams. XLIV-LIII) aparecieron en distintas partes de la excavación, tanto en los propios niveles arqueológicos, especialmente el segundo, como en la superficie del Cerro y de la Cañada de Yecla.

Los restos escultóricos (Fernández de Avilés, 1966a, 17-32) fueron recogidos en distintos puntos del terreno. Así, se hallaron esculturas en la Cañada de Yecla, amontonadas por los labradores. Otras fueron localizadas sobre las laderas del Cerro, aunque los destrozos provocados por el arado en sus superficies hicieron a desechar la posibilidad de que siempre hubieran estado ubicadas en esta zona. Sin embargo, la mayoría de las esculturas fueron resultado de la propia excavación, apareciendo a una profundidad media de 40-60 cm. A este último grupo pertenecen las piezas mejor conservadas (Fernández de Avilés, 1966a, Lams. XIII; XIV; XX; XXI; XXVI y XXXII). La campaña de excavación de 1962 llegó a su término con el firme propósito por parte de sus responsables de ser ampliada en el siguiente año. Sin embargo, la muerte de Sánchez Jiménez, en noviembre de 1962, dejó a Fernández de Avilés como único responsable de los trabajos de 1963.

IV.1.2. LA CAMPAÑA DE EXCAVACIÓN DE 1963

La vuelta a los trabajos de excavación tuvo lugar en otoño de 1963. Fernández de Avilés se había desplazado a Albacete durante los últimos días de julio para llevar a cabo los preparativos. Se encargó, asimismo, de finalizar las tareas pendientes tras la campaña de 1962. En aquellos días realizó el lavado, selección, dibujo y fotografía de los materiales obtenidos durante la excavación. Así, a lo largo del verano de 1963 comenzó a tomar forma el único trabajo de relevancia que publicaría sobre sus excavaciones: la *Memoria* de 1962 (Fernández de Avilés, 1966a).

Los trabajos de campo tuvieron lugar entre los días 24 de septiembre y 5 de octubre. Durante los primeros momentos las intervenciones se centraron en acondicionar la zona excavada el año anterior, limpiando el corte “para levantar la capa echadiza y seguir luego con el nivel arqueológico, por capas”. La gran zanja abierta, a la que se denominó Zanja I, no había sido excavada hasta el suelo virgen sino parcialmente, con lo que se procedió primero a finalizar la excavación del Nivel I en algunos puntos y, especialmente, a excavar el Nivel II, “el de arrastre primitivo y en el que salieron el año pasado las estatuas”. Al resultar poco abundantes los materiales en dicho nivel, pronto se decidió abandonar la excavación en este

punto “dejando visible el escalón del nivel virgen” y sin tocar el extremo occidental de la zanja. Sólo el último día de la campaña, y debido a que prácticamente se había acabado de trabajar en los demás sectores, se decidió completar la exploración de este área.

Tras el momentáneo abandono de la Zanja 1 se procedió a la ampliación de la superficie a excavar. Se decidió intervenir en la Cañada de Yecla. Las referencias dadas por antiguos exploradores del Cerro apuntaban hacia la posible existencia de restos en aquella zona (Savirón, 1875, 129; Engel, 1892, 187). Se eligieron y fotografiaron cinco puntos aunque finalmente sólo se llevaron a cabo sondeos en dos de ellos. La llamada Cata 1 quedó localizada en un cenizal al este del Cerro. Allí pudieron localizarse en superficie “tiestos *sigillata*, ibérica, de ánfora...”. En este punto se excavó una “zanja en cruz” de 8 m., pero pronto en toda la superficie explorada apareció la roca del subsuelo, con lo que la cata quedó abandonada el mismo día de su apertura. De forma simultánea se prosiguieron los trabajos en la Ladera norte del promontorio. Así, se abrió una nueva zanja paralela a la n.º 1, al oeste de la misma, pero dejando un testigo de 4 m. entre ambas. Esta cata era, como la anterior, “radial hacia la cumbre del montículo”, pero se iniciaba más abajo del mismo, en una zona que pertenecía ya a la Cañada (Fernández de Avilés, 1965, 144).

Una vez descartada la fertilidad de la primera cata de la *Cañada* se eligió un nuevo lugar para sondear la rambla. Se trataba de un punto distante del Cerro unos 100 m. en dirección norte, ubicado muy cerca de la carretera comarcal Montealegre-Yecla. Sería éste el lugar donde se hallaran las más destacadas novedades de aquella campaña. Poco después de comenzar la excavación de este sector apareció, a 30 cm. de profundidad, un pequeño muro en dirección NE-SO. Pronto se pudo concluir que esta estructura tenía poca importancia y que había sido realizada con posterioridad a lo que podían considerarse restos principales. Por debajo de la mencionada hilada se descubrió una “habitación sensiblemente cuadrada” —4 x 4,50 m.— con un pavimento de tierra apisonada en el interior que se prolongaba al exterior del recinto, hacia el sur (Lám. 6). Los muros de la estructura quedaron completamente al descubierto, con un grosor medio de 50 cm y una altura conservada de aproximadamente 70 cm².

² Estos datos, tomados del *Diario*, contradicen parcialmente lo publicado por el propio Fernández de Avilés tiempo después (1965, 144). En este trabajo se afirma que el grosor y altura de los muros era de 40 cm.

Una vez completada la excavación del recinto, se pudo comprobar cómo los muros del mismo “se prolongan más allá del cuadrado de la habitación”. Además de los citados muros se descubrieron algunos otros restos de edificaciones de poca importancia, entre los que cabe destacar un murete, hallado bajo el pavimento original de la habitación y, por tanto, anterior a la construcción de la misma. Llegado este punto de la campaña, dada la finalización del periodo de excavación previsto, se decidió no cubrir las estructuras descubiertas para, así, poder continuar la exploración el año siguiente.

Los hallazgos de esta campaña de excavación habían sido, al igual que el año precedente, abundantes. Los materiales más espectaculares, las esculturas, habían aparecido exclusivamente en las zanjas de la Ladera norte del Cerro. En la superficie de la *Cañada* se habían recuperado también algunos fragmentos muy rodados, consecuencia de los arrastres producidos por labores agrícolas. Se puede afirmar que el Nivel II de las zanjas 1 y 2 (Ladera norte del promontorio) resultó ser el “nivel arqueológico” propiamente dicho, apareciendo en él la mayor parte de las esculturas antropomorfas, cerca de 60. Asimismo, se recuperaron numerosos fragmentos de esculturas y relieves equinos semejantes a los adquiridos en el s. XIX por el M.A.N. (Jiménez, 1943).

También se recuperaron en la Ladera norte dos figurillas de bronce: un torito de pequeñas dimensiones³ y una representación masculina⁴ (Blánquez y Martínez, 1983, 73, n.º 150; Abascal y Sanz, 1993, 19⁵), semejantes a las halladas con anterioridad en el yacimiento (Sánchez Jiménez, 1942; Ruiz Bremón, 1989b, 161ss.). Ambas figuras son también muy similares –técnica e iconográficamente– a los millares de figurillas halladas a principios del s. XX en los santuarios de la Alta Andalucía (Prados, 1992 y 1999) y el santuario murciano de La Luz (Lillo, 1991-2) así como a algunos ejemplares en piedra del propio Cerro de los Santos.

En lo que al resto de los materiales se refiere, habría que destacar la gran abundancia de fragmentos cerámicos aparecidos por toda la Ladera norte del montículo, materiales que pasaremos a estudiar a continuación. Además del material cerámico, en la campaña de 1963, al igual que en el

³ N.º Inventario M.P.A.: 5.857.

⁴ N.º Inventario M.P.A.: 5.858.

⁵ Estos autores consideran la pieza procedente de las excavaciones de Chapa, pero gracias al n.º de Inventario y al Libro de Registro del Museo de Albacete hemos podido ratificar que esta pieza es la misma a la que Fernández de Avilés se refiere en el *Diario* de 1963.

año precedente, se recuperaron otros materiales significativos. Las zanjas abiertas en la Ladera norte proporcionaron abundantes restos metálicos: cerca de 20 anillos de bronce, múltiples fragmentos de brazaletes de igual metal, varias fíbulas y algún fragmento, muy deteriorado, de hierro. Asimismo, se hallaron en este sector *pondera*, fusayolas, pequeños ladrillos romboidales y tres fragmentos, únicos el yacimiento, de terracotas figuradas.

Si tenemos en cuenta los materiales, encontramos muy significativa la clara diferenciación de usos sugerida por los recuperados en la Ladera norte del Cerro frente a los de la Cata 2 de la Cañada. Consideramos oportuno señalar aquí la práctica total ausencia de material no cerámico entre los objetos recuperados en la Cañada. No se documentaron allí objetos como los citados ladrillos romboidales, restos metálicos (a excepción de un único anillo de cobre), fusayolas o pequeños crisoles, todos ellos sobradamente representados en el montículo y recogidos tanto en las dos campañas de Fernández de Avilés como en las anteriores y posteriores intervenciones en el lugar. Este hecho no debe pasar desapercibido pues se nos antoja de fundamental importancia a la hora de realizar una valoración funcional y cronológica global del yacimiento. Sobre todo ello volveremos más adelante.

IV.1.3. CONCLUSIONES: UNA LECTURA CRÍTICA DE LOS *DIARIOS*

Los datos aportados por los dos *Diarios* de excavación resultan de importancia clave a la hora de abordar el estudio de los materiales. Ambos documentos nos han permitido conocer los diferentes puntos en los que se intervino en el yacimiento en los años 1962 y 1963 (Zanjas 1 y 2, en la Ladera norte; Catas 1 y 2 en la Cañada de Yecla), así como las motivaciones que impulsaron a excavar en los diferentes lugares. Asimismo, los *Diarios* nos han facilitado la comprensión de la estratigrafía, comprobando las diferencias que ésta presentaba en los diferentes puntos de la excavación. Gracias a ello, hemos sido capaces de localizar en el espacio del yacimiento –y, con ello, diferenciar zonalmente– el conjunto de materiales conservado en el Museo de Albacete. Con todo ello, creemos poder afrontar el estudio de los materiales procedentes del Cerro con garantías de obtener conclusiones interpretativas fiables y novedosas.

A la hora de valorar la metodología con que se llevaron a cabo los trabajos de Fernández de Avilés no hay que olvidar que debemos situarlos, cronológicamente hablando, a principios de los años sesenta. En este con-

texto, la metodología aplicada nos parece bastante cuidada y exhaustiva, algo que, desde luego, se debe a la meticulosidad en el trabajo demostrada por su excavador a lo largo de toda su carreta científica. Así, a pesar de que el método arqueológico no responde por completo a las actuales expectativas de los trabajos de campo, debemos destacar algunos puntos en su consecución que resultan remarcables.

Nos referimos a la cuidada observación de niveles, excavados por capas artificiales, hecho que hizo concluir a Fernández de Avilés la existencia de una estratigrafía sencilla pero bien definida. Señalaba en la *Memoria* de su primera campaña que las asociaciones de materiales en la Ladera norte del Cerro eran “puramente fortuitas”, ya que no aparecían en ningún punto de la superficie excavada niveles arqueológicos intactos que correspondieran a un “nivel de pavimento” (1966a, 14), algo que tampoco pudo localizar en 1963. No obstante, el arqueólogo confiaba en hallar una secuencia intacta en las siguientes campañas de excavación, que no pudieron llevarse a cabo. Sería Chapa (1983) quien recuperara el único punto sin alteración estratigráfica del yacimiento.

A pesar de la cuidadosa observación de estratos no podemos considerar los trabajos exhaustivos, ya que sabemos cómo se priorizaron las intervenciones en niveles fértiles desde el punto de vista escultórico. En el momento en que un nivel o una zona de la excavación no aportaba esculturas, los trabajos en él quedaban momentáneamente abandonados en favor de nuevos puntos para la exploración. Sin embargo, sí debemos destacar el esfuerzo del arqueólogo por ser exhaustivo en su estudio de los materiales, aunque sólo pudo llevar a cabo el análisis de los restos hallados durante la primera de sus campañas (Fernández de Avilés, 1966a). Coherente con esta idea encontramos la publicación de la totalidad de los restos escultóricos y arquitectónicos recuperados en 1962, algunos muy deteriorados.

También consideramos digna de destacar en dicha *Memoria* la recogida, dibujo, fotografía y estudio selectivo de materiales cerámicos y metálicos. Como hemos señalado reiteradas veces, este hecho resultaba completamente novedoso en los trabajos referidos al Cerro y no era común –teniendo en cuenta lo fragmentario de la mayor parte del material– en la publicación de *Memorias* de yacimientos con tan destacado y abundante material “artístico”. Como también hemos destacado, Fernández de Avilés pretendía en sus interpretaciones ir “más allá” del mero estudio formal de los exvotos pétreos. Trataba con sus trabajos de dar un marco cronológico preciso a los mismos y, para ello, resultaba clave el estudio del resto de los materiales recuperados.

Para finalizar, querríamos recoger aquí unas palabras pronunciadas por M. I. Baquedano con motivo de un Homenaje dedicado a J. Cabré en el Ateneo de Madrid (1997), palabras que creemos pueden aplicarse a los trabajos de Fernández de Avilés analizados en las páginas precedentes y que corresponden a nuestro sentir sobre el particular: “Creo que no debemos plantearnos aquí el método utilizado por el homenajeado en todas sus excavaciones, pues, según mi opinión, responde, sin duda alguna, al mejor de los usados en su época”. Con estas palabras queremos concluir el capítulo dedicado al análisis de los trabajos de excavación de Fernández de Avilés en El Cerro de los Santos, trabajos que resultaron muy novedosos en aquellos años sesenta y que sentaron las bases de la investigación posterior en torno al santuario.

IV.2. METODOLOGÍA DE ESTUDIO DE MATERIALES

IV.2.1. FUENTES DOCUMENTALES

Al plantearnos el estudio de los materiales no escultóricos recuperados por Fernández de Avilés nos encontramos con un primer problema extensible a la mayor parte de los yacimientos excavados en época antigua. Las exhaustivas campañas desarrolladas en El Cerro de los Santos en las últimas décadas del s. XIX removieron la práctica totalidad del terreno, llevándose consigo gran cantidad de materiales⁶. Así, en la década de los sesenta el yacimiento se encontraba muy afectado por las excavaciones, en especial la parte alta del promontorio. Ello implicaba que, además de la dificultad de dar con una estratigrafía intacta, el material recogido en las campañas de 1962-63 se encontraba completamente fragmentado y las asociaciones de objetos eran “puramente fortuitas” (Fernández de Avilés, 1966a, 14), al igual que le ocurriría años después a Chapa (1980a y 1983).

Por todo lo expuesto nuestro punto de partida era una ingente cantidad de material, muy fragmentado, depositado en más de 20 cajas en los fondos del Museo de Albacete. La mayor parte de las bolsas en las que se guardaba presentaban etiquetados con referencias concretas a zonas o niveles de la excavación, pero éstos eran datos carentes de significado en

⁶ Los materiales no escultóricos fueron poco valorados en estos primeros trabajos. Algunos se conservan en el M.A.N. aunque la mayor parte puede darse por perdida (Sánchez Gómez, 1999b, 102).

sí mismos, al no contar con un *Diario de Excavación* que los explicara. Sólo una circunstancia providencial vino a resolver el problema de la localización de los materiales en el espacio. La donación del *Legado Fernández de Avilés* a la U.A.M. hizo posible la recuperación del *Diario* de ambas campañas, con el que muchas de nuestras dudas quedarían solucionadas. Así, comenzamos a trabajar en distintos frentes.

Por un lado, procedimos a estudiar detenidamente los materiales recuperados en las dos campañas. Para ello, comenzamos por revisar, clasificar, dibujar y describir detalladamente todos aquellos fragmentos que consideramos oportuno⁷. El material se dibujó a lápiz y, posteriormente, fue redibujado y montado mediante el programa informático *Altus Freehand*⁸.

Los materiales producto de la primera campaña de excavación no precisaron ninguna selección por nuestra parte. Su volumen, muy inferior al de la siguiente campaña, y su mayor calidad nos hacen pensar que el material ya fue seleccionado durante los trabajos de preparación de la *Memoria* de Fernández de Avilés (1966a). En general, el material cerámico de 1962 se encontraba bastante ordenado y presentaba una inicial clasificación en el Museo de Albacete. Ello determinó que nos planteáramos como objeto central el estudio de los materiales descubiertos en 1963. De este modo, teníamos la ventaja de “partir de cero” ya que, *a priori*, pensábamos que, al no haber sido estudiados por su excavador, el material no había sido clasificado ni seleccionado. Esta hipótesis se vio además reforzada por el volumen total del material conservado en el Museo. Si de la campaña de 1962 apenas encontramos cinco cajas, de los materiales recuperados en 1963 existía casi una veintena. Esta diferencia de volumen creemos confirma nuestra idea de que el material procedente de la última excavación de Fernández de Avilés se encontraba intacto.

El fragmentario estado de conservación de las piezas nos hizo establecer unos criterios de selección poco exigentes, que hubieran resultado excesivamente generosos en otros yacimientos. Así, consideramos material selecto todos los bordes y fondos. Asimismo se dibujaron y describieron algunos fragmentos de galbos especialmente significativos. En el caso de la cerámica pintada, entre la enorme cantidad de galbos existente, se decidió seleccionar una muestra de los principales motivos decorativos,

⁷ Las labores de dibujo fueron realizadas por Ana Luján, Gilberto Pedreira y la propia autora.

⁸ Las labores de dibujo informático han sido realizadas por Carlos Comas-Mata.

aunque estos fragmentos, al haber sido incluidos en número arbitrario, no se tendrán en cuenta a la hora de realizar estimaciones estadísticas.

Junto al material depositado en Albacete, y de cara a conseguir una visión global del yacimiento, hemos incluido también en nuestro estudio las piezas procedentes de los trabajos del s. XIX, depositadas en el M.A.N. Como veremos, estos materiales fueron con toda probabilidad seleccionados por los facultativos del museo en el momento de su compra. Asimismo, en todo momento hemos tenido en cuenta el material hallado durante los trabajos de excavación de Chapa, a pesar de que sólo los de su primera campaña han sido publicados por extenso (Chapa, 1980a).

De forma paralela, hemos manejado otras fuentes de información. Como hemos indicado, los *Diarios de Excavación* resultaron de capital importancia. Asimismo hemos consultado diversa documentación inédita del *Legado Fernández de Avilés* (U.A.M.), especialmente la destacada colección de fotografías que documentan los trabajos de ambas campañas y que han posibilitado localizar los puntos concretos de su intervención. Otra fuente de información complementaria ha resultado el *Libro de Inventario* del Museo de Albacete. De igual modo, la documentación conservada en el Archivo del M.A.N. ha proporcionado interesantes datos de cara a reconstruir la llegada de las piezas al museo, así como su procedencia concreta.

IV.2.2. OBJETIVOS DEL ESTUDIO

El grueso de nuestro estudio se centrará en los materiales no escultóricos recuperados en 1963. No obstante, las referencias a materiales de otras campañas ya publicadas (Fernández de Avilés, 1966a; Chapa, 1980a) así como a los conservados en el M.A.N. serán constantes. Hemos considerado imprescindible en el montaje de láminas la diferenciación en la localización espacial del material desenterrado. Con vistas a establecer un potencial uso diferencial de las estructuras conservadas en el promontorio del Cerro y en la Cañada de Yecla, hemos señalado en la parte gráfica los materiales que corresponden a cada una de las zonas excavadas. También hemos querido anotar los materiales cuyo contexto preciso en la excavación desconocemos. A pesar de ello, para facilitar una mejor comprensión global del conjunto cerámico no se han montado los materiales de cada área en láminas separadas. El método usado para diferenciar las distintas áreas de la excavación ha sido la elección de distintas tramas para la sección de los dibujos. Así, para los materiales provenientes de la Ladera

Norte del Cerro se ha optado por una sección de color negro. Para las piezas procedentes de la Cañada se ha elegido una sección de color gris. Y, finalmente, para los materiales sin localizar hemos utilizado una sección rayada. De igual modo, hemos querido diferenciar la cerámica fina, o de “Clase A”, de la tosca, o de “Clase B”, de forma que para este segundo grupo hemos incluido una trama gris sobre las piezas.

Nuestro objetivo principal es tratar de aportar, a través del estudio de estos materiales, nueva luz a la todavía poco conocida vida del santuario. Trataremos de analizar el tipo de actividades que allí se desarrollaban, el ritual e, incluso, de acotar con alguna fiabilidad, siempre apoyándonos en datos puramente arqueológicos, los límites cronológicos del yacimiento. Para alcanzar este tipo de resultados nos planteamos la realización de una tipología cerámica que atendiera primero a lo tecnológico, pero siempre con la vista fija en la morfología y funcionalidad de las piezas. Al hablar de tipología no se pretendía únicamente plasmar un proceso de clasificación, sino un proceso analítico que reflejase la motivación y lógica de las formas cerámicas (González, 1989, 195).

IV.3. LOS MATERIALES CERÁMICOS

IV.3.1. LA CERÁMICA GRIS

IV.3.1.1. EL PUNTO DE PARTIDA

Abordaremos el análisis de la cerámica gris de forma aislada del resto de la cerámica ibérica fina, al contrario de lo que sucede en la mayoría de los trabajos recientes sobre materiales ibéricos. La causa principal de esta separación es la importancia cuantitativa de este tipo dentro del conjunto de material cerámico del Cerro. La gran calidad de esta cerámica, su abundancia y sus formas, claramente diferenciables del resto del repertorio, nos han inclinado a hacerlo así.

A pesar de tratarse de un tipo cerámico muy común en los yacimientos, con frecuencia se ha señalado el tratamiento marginal que han sufrido las cerámicas grises en relación a otros materiales (Vallejo, 1998, 1). La gran heterogeneidad que ofrece dicho tipo en cuanto a dispersión geográfica y cronológica ha contribuido a complicar su estudio y crear confusión acerca de su origen, cronología y evolución. Antes de sistematizar el estado actual de la investigación sobre las cerámicas grises en la Península, consideramos básico establecer una definición concreta del

tipo, evitando ambigüedades. Como ya señalaba Aranegui en 1975, “difícilmente podemos aceptar la denominación de ‘cerámica gris’ como un término unívoco”. La existencia de diferentes tipos de cerámicas grises a lo largo del primer milenio a.C. y en un ámbito geográfico amplio, que comprende desde el SO de la Península Ibérica hasta la costa SE de Francia, ha llevado con frecuencia a englobar tipos cerámicos muy diferentes bajo una misma denominación al atender, únicamente, al hecho de que todos ellos habían sido cocidos en atmósfera reductora.

En el presente estudio consideraremos “cerámica gris” aquella que se ajusta a unas determinadas características técnicas y formales. Siguiendo, básicamente, a Aranegui (1969, 113) en nuestro estudio consideraremos cerámica gris a aquella realizada a torno; de pasta y superficie gris, con una amplia gama de matices; desgrasantes finos o muy finos; cocción reductora y acabado cuidado, generalmente afinado al interior y alisado al exterior, distinguiendo las piezas con estas características de aquellas otras que, a pesar de tener tonalidad similar, poseen desgrasantes gruesos o acabado tosco. Así, encontraremos en nuestro estudio numerosas piezas de color gris que hemos catalogado en el grupo de las cerámicas comunes por no presentar el cuidado tratamiento de pasta y superficie tan característico de esta producción.

IV.3.1.2. BREVE REPASO A LA HISTORIA DE LAS INVESTIGACIONES

A pesar de que la aparición de cerámica gris ha sido constante en los yacimientos ibéricos desde principios del s. XX, hasta varias décadas después no se dedicaron estudios monográficos a la misma (Almagro, 1949). Habría que esperar hasta finales de los sesenta para que empezaran a establecerse las bases concretas para su estudio y clasificación (Almagro-Gorbea, 1969; Aranegui, 1969). Sin pretender analizar la compleja cuestión del origen y cronología de estas cerámicas en suelo peninsular (Aranegui, 1975; Belén, 1976; Roos, 1982) debemos destacar que se pueden distinguir dos grandes grupos de cerámicas grises: por un lado, las llegadas a nuestro territorio como importaciones de comerciantes fenicios y griegos y, por otro, las producidas en el seno de talleres locales, con frecuencia fruto de contactos coloniales pero no siempre explicables dentro de estos contextos.

Aunque en los primeros trabajos todas las cerámicas grises del Mediterráneo Occidental se relacionaron con la presencia focea (Benoit, 1965) pronto se comprobó que los ejemplares más antiguos documentados

en la Península se localizaban en el ámbito de la colonización fenicia y su *hinterland* tartésico, con una cronología superior de finales del s. VIII a.C. (Roos, 1982, 47; Caro, 1989, 192). Estos ejemplares deben distinguirse de aquellos vinculados a la presencia griega en el NE peninsular. Tanto sus características técnicas y formales, como su ubicación espacial y cronológica remiten a ambientes coloniales distintos con producciones cerámicas diferenciables.

Las piezas de tradición fenicia se hicieron frecuentes en el territorio andaluz durante los s. VIII-VI a.C. Sus superficies son siempre lisas, completamente carentes de decoración (Belén, 1976, 385; Caro, 1989). En cuanto a la cerámica de tradición griega, ésta se localiza en la costa catalana y SE de Francia. La mayoría de las piezas presenta una característica decoración incisa de líneas onduladas. Su cronología no puede situarse antes de principios del s. VI a. C., de acuerdo con las fechas de fundación de *Massalia* y Ampurias (Aquilué *et al.*, 2000). Estos primeros ejemplares de origen griego están fuertemente relacionados con las importaciones focesas, aunque no debe descartarse la producción de las mismas en los talleres de ambos emporios (Roos, 1982, 51). Junto a estas producciones coloniales, también en fechas tempranas empezaron a darse producciones locales en el cuadrante NE de la Península (Barberá, 1985). Estas piezas se perpetuarían hasta alcanzar su mayor esplendor en los s. II-I a.C., con la creación de la “cerámica gris ampuritana”, cuya forma más extendida es la jarrita bicónica carenada (Aranegui, 1985 y 1987).

Además de estos dos grandes grupos, de origen foráneo, debemos incluir un tercer grupo dentro de las producciones grises de la Península: la cerámica gris indígena. Fruto de la convergencia entre las tradiciones del substrato local (cuyas raíces se remontan al Bronce Final) y las aportaciones procedentes del Mediterráneo, surgirán en ambientes indígenas producciones grises de calidad. Estos productos, entre los que caben diferenciaciones regionales, aparecieron en en la zona nuclear tartésica entre los s. VIII-VI a.C. (Caro, 1989, 192). Con posterioridad, se extenderían a territorios interiores: la Alta Andalucía, entre los s. VI-III a.C. (Aranegui, 1975, 343-4; Vallejo, 1998, 3) y Extremadura (Lorrio, 1988-9). En Levante y el SE, este tipo se generalizó a partir del s. IV y su uso llegó prácticamente hasta el cambio de Era (Aranegui, 1969, 131).

Por lo general, en las producciones grises ibéricas se encuentran representadas formas atribuibles a la vajilla de mesa y, con frecuencia, imitan prototipos metálicos o producciones foráneas (Mata, 1991, 115). No obstante, su presencia en yacimientos ibéricos no alcanza porcentajes elevados, resultando notablemente menos numerosa que la cerámica coci-

da en ambientes oxidantes. Parece, sin embargo, que esta proporción se invierte cuando nos adentramos en el estudio de los lugares de culto. Como veremos, esta afirmación resulta interesante desde el punto de vista interpretativo, dotando a las piezas de un más que probable significado ritual.

IV.3.1.3. LAS FORMAS

A. VASITOS CALICIFORMES

Clase A, grupo III, tipo 4 de Mata y Bonet (1992).

Se trata de recipientes de pequeño tamaño, abiertos y de profundidad media; y cuello desarrollado, generalmente de tendencia exvasada, sobre un cuerpo globular. El diámetro de la boca es con frecuencia superior al de la panza. Su base presenta distintas variantes: desde plana a compuesta por un pie anular, pasando por el denominado “pie indicado”. De acuerdo con sus diferentes perfiles se han establecido varios subtipos. Seguiremos la clasificación de Mata y Bonet (1992, 132-3) en la que se establecen tres grupos: de cuerpo globular, perfil en “S” y carenados.

Estos recipientes son ampliamente conocidos en todo el mundo mediterráneo a lo largo del I milenio a.C. Como con frecuencia se ha señalado, sus precedentes pueden remontarse al Calcolítico anatolio, aunque en estos primeros ejemplares es común la existencia de un asa. A lo largo del II-I milenios a.C. su aparición es relativamente frecuente en todo el Mediterráneo Oriental, donde los prototipos se realizaban en metales preciosos, con un significado ritual y de prestigio (Shefton, 1971). Así, resulta probable una difusión de las formas desde Asia Menor hacia el Mediterráneo Central y Occidental, donde se documentan a partir del s. VI a.C. (Giry *et al.*, 1967).

Sin embargo, las formas que influyeron directamente en los primeros caliciformes fabricados en nuestra Península deben buscarse en los ámbitos coloniales griego –con la vajilla de barniz negro ática– y fenicio –con los denominados “vasos a chardon”–, concediéndose, por lo general, una mayor relevancia a aquel (Aranegui y Plá, 1981, 81). No obstante, no conviene olvidar la tradición peninsular de cuencos carenados, que entronca directamente con las gentes del Bronce Final e incluso Medio (González Prats, 1983b, 103ss.). Estaríamos, por tanto, ante un típico caso de convergencia en el que las formas locales, realizadas a mano, se con-

solidarían y adoptarían nuevas características con la llegada de los influjos coloniales griegos, en el caso del NE, y fenicios, en el Sur del territorio hispano (Aranegui, 1975, 354 y 366).

Podemos considerar los vasitos caliciformes una forma muy extendida dentro del grupo tipológico de la cerámica gris en ambientes ibéricos. También se han documentado ejemplares cocidos en ambiente oxidante. Esta forma aparece representada en abundantes yacimientos protohistóricos, extendiéndose su presencia desde Cataluña a la Baja Andalucía, tanto en contextos habitacionales, como en necrópolis y, principalmente, en ambientes cultuales. En lo que a poblados se refiere, la presencia de vasos caliciformes grises está ampliamente documentada. Asimismo es una forma que aparece, aunque en porcentajes inferiores, en algunos ajuares de necrópolis.

Pero si hay un contexto en el que esta forma parece ser especialmente significativa es en los lugares de culto. Aparecen en porcentajes muy altos en el ámbito de las llamadas cuevas-santuario levantinas (Tarradell, 1973; Gil-Mascarell, 1975 y 1977; Aparicio, 1976 y 1997; Palomar y Oliver, 1985; Martí, 1990; Martínez, 1992; González Alcalde, 1993), aunque también empiezan a documentarse en zonas limítrofes (Vaquerizo, 1985 y 1997; Vega, 1987). Los caliciformes están presentes también en ambientes de culto doméstico, como el Dpto. 14 del Puntal dels Llops (Bonet *et al.* 1981; Bernabeu *et al.*, 1986; Bonet y Mata, 1997). También se han documentado algunos ejemplares en el santuario de Castellar de Santiesteban (Jaén)⁹.

Su funcionalidad ha sido muy debatida. En ambientes domésticos tendrían un uso diferente al de los aparecidos en necrópolis y lugares de culto, a pesar de que las formas no acusan diferencias apreciables en los diferentes contextos. Así, resulta unánime la opinión sobre el uso de los caliciformes procedentes de poblados como vasos para beber (Mata y Bonet, 1992, 131). En las necrópolis los vasitos aparecen en porcentajes inferiores. Sin embargo, sí se encuentran en número considerable en algunas (Aranegui *et al.*, 1982), en contextos que apuntan actos de libación ofrecidos a los difuntos (Llobregat, 1981, 163-4). En el caso de los ejemplares que forman parte de los ajuares funerarios, se ha propuesto un uso como contenedores de ofrendas a los difuntos (Valenciano, 2000, 229) o como “cajitas” para guardar productos como sal, cremas de tocador, joyas

⁹ Comunicación oral de la Dra. Carmen Rísquez (Universidad de Jaén), a quien agradecemos la información.

o flores; sin descartar una mera utilización como objetos decorativos (Cuadrado, 1972, 149). Excepcionalmente fueron usados como urnas cinerarias (Almagro-Gorbea, 1969, 39 y 50).

Mayores problemas interpretativos plantean los ejemplares hallados en ambientes de culto. Se han ofrecidos diversas posibilidades: pudieron ser ofrendas en sí mismos; contenedores de ofrendas o, por último, ser utilizados como vasos rituales, para realizar actividades concretas ligadas al culto (Aparicio, 1976, 23). También se ha sugerido el uso de los caliciformes como lucernas, ligando las actividades religiosas a la presencia de la llama, como se ha documentado en numerosos ámbitos sacrales del Mediterráneo (Martínez, 1992). Las teorías más aceptadas consideran los caliciformes elementos del ritual, es decir, portadores de ofrendas a la divinidad –agua, leche, vino o hidromiel (Blázquez, 1975, 149)– y recipientes para realizar libaciones (Gil-Mascarell 1975, 320-1; Martí, 1990, 151). En el caso de las piezas halladas en cuevas-santuarios, su función se ha querido relacionar con la significación religiosa de las aguas en los cultos de purificación y fecundidad (González Alcalde, 1993, 72), probablemente con carácter salutarífico (Aparicio, 1976).

Los índices cronológicos que nos proporcionan estos vasos resultan difíciles de encuadrar, al perpetuarse sus tipos a lo largo de varios siglos. Se ha tratado de ver en los distintos perfiles un argumento para establecer una evolución (Aranegui, 1975, 368) aunque en la actualidad parece aceptarse la imposibilidad de hallar una evolución cronológico-formal (Cuadrado y Quesada, 1989, 57). Asimismo, tampoco parecen indicar una evolución cronológica los distintos tipos de bases, a pesar de que para otros ámbitos geográficos se ha visto en esta parte de la pieza el indicador de evolución más fiable (Giry *et al*, 1967, 220).

De este modo, la única forma válida de acercamiento a su cronología está en una valoración de las fechas aportadas por ejemplares bien dados. Entre los ejemplares hallados en poblados contamos con un amplio espectro temporal. Los más antiguos podrían remontarse al s. VI a.C. en Los Molinicos (Lillo, 1981, 130) y Los Villares de Caudete (Mata, 1991, 117 y 192ss.). A lo largo del s. V a.C. aparecen representados también en El Oral (Abad y Sala, 1993, 239) y El Castellón (Soria, 1997, 121, fig. 34). En los s. IV-III la forma se encuentra ya completamente extendida a la mayoría de los poblados levantinos y del SE: La Bastida de les Alcuses (Fletcher *et al*, 1965 y 1969), Coimbra del Barranco Ancho (Molina *et al*, 1976, 97), El Puig y La Serreta de Alcoy (Aranegui, 1975, 362), entre otros. La cronología más baja aparece representada en Puntal dels Llops (Bonet *et al*, 1981, 156) y San Miguel de Liria (Bonet, 1995, 413), resultando un tipo

común hasta mediados del s. II a.C. En las necrópolis encontramos escasos ejemplares de cronología alta. Las más antiguas son las descubiertas en la necrópolis de Bon Joan de Ampurias, de fines del s. VI o principios del V a.C. (Almagro, 1953, 145). También en El Llano de la Consolación encontramos piezas con cronologías antiguas, que pueden remontarse a la 2ª mitad del s. V a.C. (Valenciano, 2000). Durante el s. IV a.C. documentamos algunos ejemplares en La Albufereta (Rubio, 1986, 343ss.); Cabezo Lucero (Aranegui *et al*, 1993, 105); El Cigarralejo (Cuadrado, 1987) y Coimbra del Barranco Ancho (García Cano, 1997, 153-4).

En los ambientes de culto resulta complejo establecer unos límites cronológicos precisos. La mayoría de los yacimientos en los que han aparecido son cuevas de datación imprecisa. En general se aceptan amplios periodos de ocupación de las grutas, entre los s. VI-II a.C. (González Alcalde, 1993, 74; Aparicio, 1997), concretándose en ocasiones momentos uso más reducidos, entre los s. V-III a.C. (Martí, 1990, 160; Martínez, 1992, 269). En los últimos años se han rebajado las cronologías de algunas cuevas al s. II a.C., al relacionar los materiales aparecidos en las mismas con otros hallados en contextos habitacionales (Vaquerizo, 1997, 318). En cuanto a los ambientes de culto doméstico, hemos visto que abundaban los caliciformes grises en los Dptos. 1 y 14 del Puntal dels Llops, con una cronología de mediados del s. III a principios del II a.C. (Bonet *et al*, 1981, 156; Bonet y Mata, 1997, 136-7). El único lugar de culto con caliciformes del que poseemos una cronología precisa es Castellar. La últimas excavaciones llevadas a cabo han proporcionado ejemplares que pueden ser datados gracias a la secuencia estratigráfica del yacimiento, entre mediados del s. V a.C. y principios del III a.C. (Nicolini, 1983, 484-5).

Para concluir, se ha propuesto para los vasos caliciformes de El Cerro de los Santos una cronología de los s. III-II a.C., retardando la fecha de su uso en dos siglos con respecto a sus supuestos precedentes de la costa levantina debido a su localización en tierras interiores (Hornero, 1990, 190). Los argumentos de *retardatio* utilizados en dicha datación no nos parecen suficientemente sólidos, si bien consideramos posible la fecha propuesta.

Parece probado que la cronología presentada por los vasos caliciformes grises en ambientes suntuarios es amplia, entre los s. VI-II a.C., por lo que resulta inviable concretar más en la datación aislada de esta forma. Por todo ello, pensamos que el único modo de acotar algo más los límites temporales de los caliciformes de cada enclave arqueológico será recurrir al estudio del resto de materiales cerámicos recuperados junto a ellos.

LOS CALICIFORMES GRISES EN EL CERRO DE LOS SANTOS (Fig. 1)



Museo Nº Inventario

MPA/CS63/SN/257

Campaña Nº de orden

Aunque ya se ha señalado con anterioridad, consideramos necesario insistir en la enorme fragmentación del conjunto, lo que ha dificultado el trabajo de clasificación en gran medida. Entre las cerámicas grises halladas por Fernández de Avilés sólo contamos con seis caliciformes de perfil completo, todos ellos recogidos en 1963. La descripción de la forma se ha recogido con anterioridad, con lo que únicamente señalaremos que los vasitos del Cerro son de pequeño tamaño. El diámetro de los bordes oscila entre 5-14 cm., registrando la mayoría de los ejemplares medidas entre 8-11 cm. Las bases tienen entre 2,5-6 cm. de diámetro, resultando los más frecuentes los comprendidos entre 3-4,5 cm.

De los trabajos de Fernández de Avilés se conservan un total de 345 fragmentos adscribibles al tipo “caliciforme gris”. De ellos, sólo nueve pertenecen a la primera campaña y 336 a la segunda. Este desequilibrio abismal entre los materiales de ambas campañas, así como la dife-

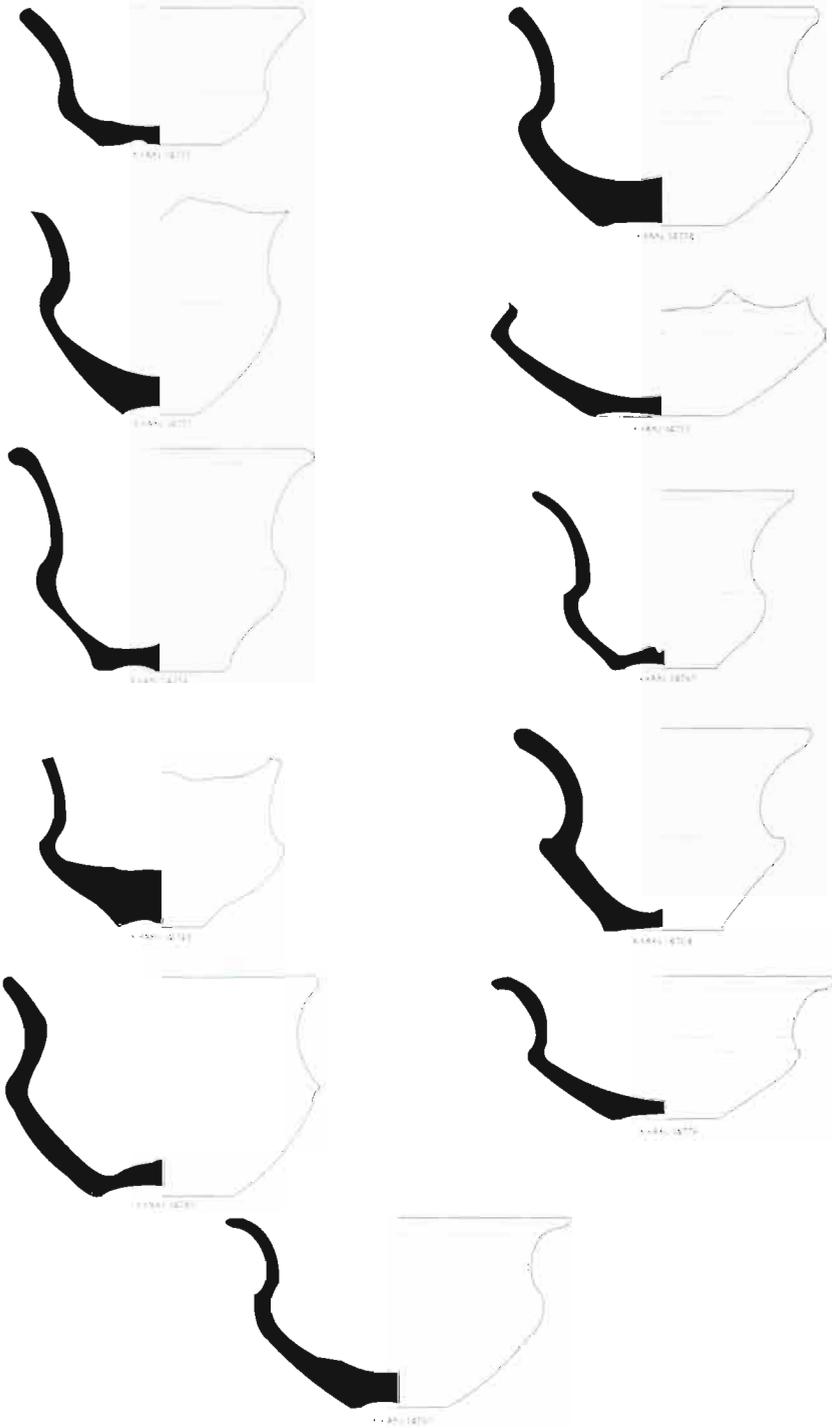


Figura 1.- Cálixiformes grises. Cartojanas de Excavación del s. XVI. MATI

rencia cualitativa entre ambos grupos (los nueve fragmentos de 1962 presentan perfiles casi completos), ratifican nuestra idea de la enorme selección que sufrieron los materiales recuperados en la primera de ellas. Así, se confirma nuestra creencia de que los materiales de 1963 no fueron clasificados ni seleccionados tras los trabajos de campo y, por tanto, ofrecen un ejemplo más fiable de lo que debieron ser los porcentajes, tanto de formas como de tipos cerámicos, durante el periodo de uso del santuario. Por ello, en lo que a porcentajes de materiales se refiere, nos basaremos, salvo que se especifique lo contrario, en el conjunto de fragmentos recuperados en 1963.

Aceptando lo poco rigurosas que resultan las estadísticas basadas únicamente en número de fragmentos, trataremos de ofrecer una cuantificación que consideramos más ilustrativa, la del n.º mínimo de piezas, a pesar de que la empresa resulta notablemente complicada debido al tamaño reducido de la mayor parte de los fragmentos recogidos. Por ello, los estudios estadísticos no resultarán todo lo exactos que sería de desear, aunque sí pueden ser utilizados a modo orientativo. Procedentes de la campaña de 1963 contamos con 336 fragmentos de caliciformes grises, lo que corresponde a un número mínimo de 152 piezas. Suponen un 63,8% del total de la cerámica gris recuperada en aquel año, un 33,4% de la cerámica ibérica y un 31,4% del total del material conservado. De 55 de los fragmentos desconocemos su origen concreto durante la excavación y sólo nueve pueden localizarse en las catas de la Cañada de Yecla. Así, partimos de la evidencia de que el 80,9% del material tratado fue localizado en las dos zanjas de la Ladera norte del promontorio.

Los tres subtipos reconocidos por Mata y Bonet (1992, 157) –de perfil en S, carenados y de cuerpo globular– se encuentran ampliamente representados en el Cerro, sin que se pueda observar un predominio claro de ninguno de ellos. Piezas que pueden catalogarse dentro de este grupo también fueron recuperadas durante las campañas decimonónicas, actualmente conservadas en el Museo Arqueológico Nacional (Fig. 1; Lám. 16). Las características técnicas y métricas de estos ejemplares son paralelizables con los de los fragmentos conservados en Albacete. Sin embargo, las piezas conservadas en el M.A.N. presentan un estado de conservación mucho mejor. A lo largo de las campañas de excavación de Chapa se recuperaron también numerosos fragmentos pertenecientes a caliciformes grises (1980a, fig. 7.2, 3, 17 y 21; fig. 11.4, 5 y 20).

Nos abstendremos de buscar paralelos concretos a los caliciformes del Cerro en otros yacimientos ya que la gran fragmentación de la muestra, así como la relativa homogeneidad de la forma en ámbito ibérico, nos

permite entrever este estadio poco fructífero a la hora de establecer unos parámetros temporales. Como ha quedado expuesto, contamos con índices cronológicos para los caliciformes grises que nos llevan desde finales del s. VI hasta finales del II a.C. Se ha observado que en ciertos ambientes culturales la ocupación de los espacios ha continuado hasta bien entrado el periodo romano (Gil-Mascarell, 1975, 326) por lo que se ha propuesto una continuidad en el uso de los vasitos caliciformes hasta el s. I a.C. e incluso después (González Alcalde, 1993, 74). Sin embargo, creemos problemático aceptar fechas tan tardías, ya que generalmente han sido propuestas para yacimientos sin estratigrafía fiable. Además, es importante destacar que esta forma no aparece en nuestra Península en época romana (Vegas, 1973; Beltrán, 1990). Según recientes estudios, los caliciformes destinados a actividades rituales fueron sustituidos de forma paulatina por un tipo novedoso venido del Mediterráneo Central, la *patera umbilicata* (Aranegui, 1999, 88).

Para concluir, debemos reiterar que los vasitos caliciformes del Cerro no aportan en sí mismos una datación concreta. Su amplia cronología en ámbito ibérico y la práctica total ausencia de piezas en ambientes de culto bien datados imposibilitan la acotación de unos límites precisos. Así, los vasitos del Cerro podrían datarse entre los s. VI-II a.C. Tan sólo el análisis pormenorizado del resto de los materiales del yacimiento ayudará a establecer una datación más exacta.

B. BOTELLAS

Clase A, grupo III, tipo I de Mata y Bonet (1992).

Son recipientes profundos y cerrados, con cuello destacado, boca generalmente más ancha que el cuello y sin asas (Mata y Bonet, 1992, 131). Presentan perfiles variados. Su tamaño medio y cuello estrecho apuntan a un uso relacionado con “productos derramables” líquidos o sólidos (Cuadrado, 1972, 149), formando parte con toda probabilidad del servicio de mesa. Sin embargo, para otros investigadores la escasa estandarización del tipo hace pensar en que tal vez no serían usadas en labores cotidianas (Mata y Bonet, 1992, 132). La forma resulta muy común en yacimientos ibéricos con amplia cronología, desde el s. VI a.C. hasta el periodo iberorromano, sin haberse descrito hasta el momento una evolución cronológico-formal convincente. Existen ejemplares tanto en cerámica gris como en cerámica común, siendo estos últimos más frecuentes.

Aunque se conocen ejemplares, resultan menos abundantes las botellas grises que las de pastas claras. Ejemplares grises en poblado se han hallado, entre otros, en El Oral (Abad y Sala, 1993, 216, fig. 165.U1); Los Villares de Caudete (Mata, 1991, 115, fig. 39.2); Puntal dels Llops (Bonet *et al.*, 1981, 135, fig. 49.404) y San Miguel de Liria (Bonet, 1995, 168, fig. 79 y 412), con dataciones entre el s. V-II a.C. En ambiente funerario se han localizado botellas de pasta gris en Los Villares de Hoya Gonzalo (Blánquez, 1990a, 197, fig. 42.6411) y Cabezo Lucero (Aranegui *et al.*, 1993, 102-3, fig. C.P.63), entre los s. V-IV a.C. De las escasas noticias sobre materiales cerámicos en santuarios, conocemos la presencia en Castellar de dos fragmentos que podrían adscribirse a este grupo (Nicolini, 1983, fig. 15: XXIII C13-38; Nicolini *et al.*, 1985, fig. 7). La cronología de la primera pieza debe situarse entre la 2ª mitad del s. IV y principios del III a.C., mientras que la segunda carece de posición estratigráfica precisa.

Como ha podido comprobarse, el uso de botellas en el mundo ibérico parece plenamente atestiguado desde época antigua hasta el periodo de transición al mundo romano, hecho, por otra parte, lógico debido a la sencillez de la forma y a la buena adaptación de su tipología al uso a que estaba destinada. Parece difícil establecer una clasificación cronológica a la luz de los ejemplares recuperados hasta el momento. De tal modo, podemos deducir un uso prolongado en el tiempo. Sabemos que no se perpetuó en época plenamente romana ya que el mundo itálico tenía sus propios recipientes destinados a contener líquidos. Las botellas realizadas mediante cocción reductora son relativamente frecuentes en los yacimientos, si bien siempre en porcentajes muy inferiores a las de pastas claras. No parece significativo el uso diferencial de ejemplares oxidantes o reductores.

BOTELLAS GRISES EN EL CERRO DE LOS SANTOS (Fig. II)

Siguiendo la tónica general del yacimiento, no se recuperó durante las campañas de Fernández de Avilés ningún ejemplar completo. Únicamente existen fragmentos de bordes que, de acuerdo a su diámetro y, esencialmente, a su perfil podemos clasificar como botellas. Todos presentan un desarrollo destacado del cuello y labios exvasados. Dos de las piezas cuentan con un pequeño baquetón, o moldura, en la parte media del cuello, hecho que no es infrecuente en ejemplares de otros yacimientos (Cuadrado y Quesada, 1989, 55-6). Contamos con siete fragmentos de bordes, recuperados en 1963, que nos remiten a otras tantas piezas diferentes. El diámetro de sus bocas oscila entre 9-13 cm. Estas piezas supo-

nen un 2,9% del total de la cerámica gris recuperada en la campaña de 1963, un 1,5% de la cerámica ibérica y un 1,4% del total del material conservado. Todas fueron recuperadas en la Ladera norte del promontorio. Se observa, por tanto, una clara diferenciación zonal de este tipo de material con respecto a la catas practicadas en la Cañada, fenómeno que también hemos observado en la ubicación de los caliciformes.

Resulta complicado establecer una datación concreta para las botellas grises del Cerro. La amplia cronología con que estas piezas se encuentran representadas en otros yacimientos, el desconocimiento de su evolución formal y la fragmentación de la muestra impiden aventurar una fecha precisa. En cualquier caso, parece evidente su adscripción a época ibérica con una datación posible entre los s. V-II a.C.

C. TINAJAS O TINAJILLAS

Clase A, grupo II, tipos 2, 5 y 6 de Mata y Bonet (1992).

Si bien es cierto que en este grupo hemos incluido formas notablemente diferentes entre sí, con denominaciones variadas según las tipologías consultadas, hemos de reconocer que el estado de gran fragmentación de las piezas ha dificultado la adscripción de cada fragmento a grupos funcionales más concretos. Así, bajo el nombre genérico de tinajas o tinajillas quedan englobadas diferentes formas que, al no estar conservadas más que mínimamente, no pueden darnos más información que la de corresponder a recipientes de tamaño mediano o pequeño, cerradas y de perfil globular, ovoide o bitroncocónico. Es probable que algunas de ellas tuvieran asas en la zona del borde u hombro, aunque no contamos entre nuestras piezas con ningún ejemplar que las conserve. Así, quedan incluidos en este grupo fragmentos que pudieron pertenecer a las formas denominadas por Mata y Bonet tinajillas (con o sin hombro), orzas y lebes. Todas ellas constituyen formas muy comunes dentro del repertorio ibérico.

Resulta complicado establecer una funcionalidad concreta a cada una de las formas señaladas. Además, cada vez parece más evidente el hecho de que debemos aceptar una multifuncionalidad para muchos de los recipientes usados en periodo ibérico. Aun así, pueden ofrecerse hipótesis sobre el uso de muchas de las piezas observando sus perfiles, tipo de labios, abertura de la boca, profundidad, tamaño/capacidad... Las piezas halladas en el Cerro no exceden en ningún caso los 40 cm., por lo que son tinajillas, orzas y lebes de tamaño pequeño o medio. Se ha señalado que dichos tipos tendrían diversas funcionalidades, posiblemente relacionadas con las actividades domésticas o quizá, ocasionalmente, con carácter ritual

(Mata y Bonet, 1992, 127). En necrópolis, muchas de las piezas serían urnas funerarias mientras que otras servirían para contener productos líquidos y sólidos (Cuadrado y Quesada, 1989). Ni su tamaño ni su forma parecen apropiadas para el almacenamiento a largo plazo o para el transporte de productos.

En todo el territorio ibérico encontramos recipientes de estas formas en altos porcentajes, cocidos mayoritariamente en ambientes oxidantes. En gran parte de los casos, las piezas están pintadas. Las formas aparecen realizadas tanto en cerámica fina como en cerámica de "Clase B". Entre los ejemplares de cerámica fina son también conocidas en la bibliografía algunas formas realizadas mediante cocción reductora, aunque resultan claramente minoritarias.

Aunque la presencia de tinajas o tinajillas grises no constituye porcentajes significativos en la mayor parte de los yacimientos, sí aparecen algunos ejemplares en poblados como El Oral (Abad y Sala, 1993, 215-6); El Castellón (Soria, 1997, 123, fig. 34.11); Puntal dels Llops (Bonet *et al.*, 1981, fig. 20); La Bastida de les Alcuses (Fletcher *et al.*, 1965-9) o San Miguel de Liria (Bonet, 1995, fig. 181), con cronologías que van del s. V-II a.C. Sabemos asimismo de la existencia de estos vasos en periodos anteriores, como queda evidenciado en el estrato II de Peña Negra a lo largo de los s. VII-VI a.C. (González Prats, 1983a, 157ss.). En ambientes funerarios también hemos localizado algunos ejemplares aislados en Los Villares de Hoya Gonzalo (Blánquez, 1990a, 319) o Cabezo Lucero (Aranegui *et al.*, 1993, 102-3, fig. C), con dataciones entre los s. V-IV a.C. Siempre estas piezas aparecen de forma minoritaria con respecto a las de pastas claras. Resulta, una vez más, difícil establecer la presencia de este tipo de recipientes en lugares de culto. Para Castellar podemos señalar la existencia de algunos fragmentos con una cronología de los s. IV-III a.C. (Nicolini, 1983, fig. 15; Nicolini *et al.*, 1985, fig. 7). También se han documentado algunos fragmentos grises atribuibles a este grupo en el santuario de El Pajarillo, con una cronología del s. IV a.C. (Molinos *et al.*, 1998, figs. 27 y 28).

La cronología de estas formas presenta aun hoy numerosos interrogantes. Se ha tratado de asentar una secuencia evolutiva de acuerdo a los tipos de labios, perfiles y decoración. A pesar de que los perfiles presentan caracteres que denuncian una clara evolución formal, la perduración de las formas a lo largo de los siglos dificulta en extremo la labor. En algunas ocasiones la existencia de hombros marcados o perfiles angulosos remiten a formas cerámicas antiguas. Sin embargo, esta imitación de vasos de periodos anteriores no nos acerca de forma concluyente a la cronología

ya que, como se ha señalado, muchas formas perduraron a lo largo de todo el periodo ibérico.

En general podemos afirmar que las tinajillas fueron una de las formas cerámicas más comunes en el día a día ibérico. Tanto en las labores domésticas, con diversas funciones, como en el mundo funerario, usadas como urnas cinerarias u objetos de ajuar, esta forma aparece ampliamente representada. Resulta difícil establecer su origen. Sería aventurado atribuir origen foráneo a una forma que cuenta con claros precedentes en el mundo indígena del Bronce peninsular (González Prats, 1983a, 157ss.). Sabemos que fue usada, aun con variaciones morfológicas, desde el Ibérico Antiguo hasta el Ibérico Tardío, es decir, podemos establecer un marco cronológico que abarcaría los s. VI-I a.C. Finalmente, hemos de señalar que las piezas de cerámica fina cocidas en atmósferas reductoras son muy escasas en relación con los ejemplares de pasta y superficie claras.

C. TINAJILLAS GRISES EN EL CERRO DE LOS SANTOS (Fig. III)

Procedentes de las excavaciones de Fernández de Avilés conservamos 60 fragmentos. De ellos, sólo 2 pertenecen a la campaña de 1962 (Fernández de Avilés, 1966a, fig. 10.1 y 10.5). El resto fueron recogidos en 1963. Los diámetros de los bordes oscilan entre 7-15 cm., aunque la mayoría de las piezas están comprendidas entre 10-12 cm. Las bases tienen diámetros que varían entre 5-8 cm. Podemos afirmar, por tanto, que nos encontramos ante piezas de tamaño muy reducido. La mayor parte de ellas se encuentran en el límite inferior de diámetros propuesto por Mata y Bonet para las piezas consideradas tinajillas, e incluso algunas entrarían en su grupo IV, "microvasos", relacionado con actividades de aseo personal, religiosas o funerarias (1992, 134).

Estos fragmentos suponen un número mínimo de 48 tinajillas, cifra que significa un 20% del total de la cerámica gris recuperada en 1963, un 10,5% de la cerámica ibérica y un 10% del total del material conservado. De los 58 fragmentos recuperados en la segunda campaña, 35 proceden de la Ladera norte, de 20 desconocemos su procedencia y, por último, solamente 3 fueron recuperadas en la Cañada. Constatamos, pues, el gran desequilibrio existente entre el material recuperado en uno y otro sector de la excavación, como ya observamos otros grupos formales.

Los fragmentos recuperados responden a diversas variantes, según los perfiles de labios y cuellos. Pueden dividirse en dos subtipos: "tinajillas con hombro", con labios sin diferenciar o ligeramente exvasados, y

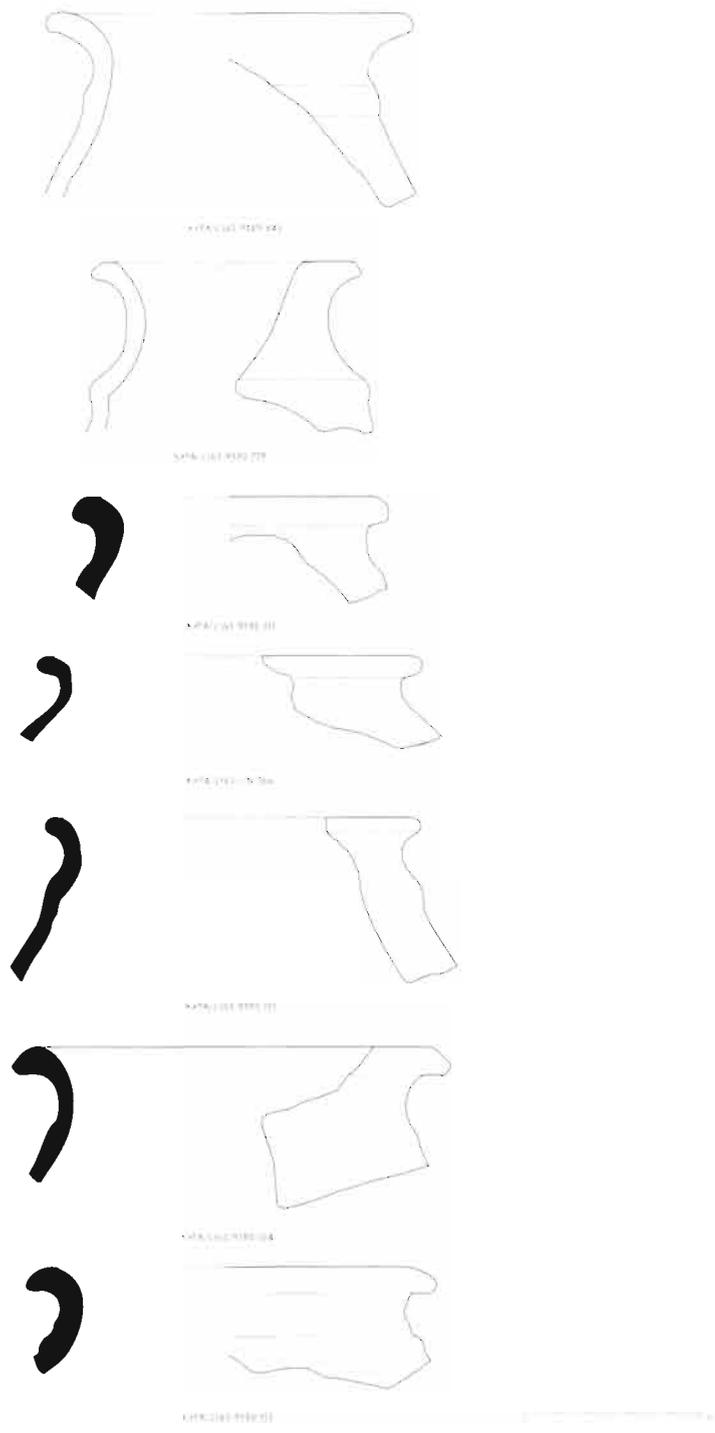


Figura III - Tinajas grises. Campaña de Excavación de 1963. Museo de Albacete

“tinajillas sin hombro”. Dentro de este grupo de tinajillas sin hombro, encontramos dos subgrupos: de borde sin diferenciar levemente engrosado y de borde exvasado, el tipo más común en el Cerro. En este último subgrupo podemos diferenciar dos variantes: con pequeño baquetón o moldura en la parte baja del cuello y con perfil “liso”. En general presentan labios exvasados, bien redondeados, bien con el perfil conocido como “pico de ánade”.

Entre las piezas conservadas en el M.A.N. se encuentran tres ejemplares que pueden incluirse en este grupo. Todas ellas pertenecen al subgrupo de “tinajillas sin hombro” y presentan una base plana o levemente indicada. Los tres ejemplares coinciden con las piezas procedentes de las excavaciones de Fernández de Avilés en su pequeño tamaño. Tinajillas grises sin hombro encontramos también entre las piezas publicadas por Chapa (1980a, fig. 7.5 y fig. 11.1, 2 y 3). Todas ellas fueron recuperadas en el promontorio donde se localizó el edificio de culto y sus alrededores.

De ambos tipos de tinajillas grises sin hombros encontramos paralelos en numerosos poblados y necrópolis ibéricos. Tinajillas con baquetón en el cuello aparecen en Los Villares de Caudete (Mata, 1991, 116, fig. 63); El Oral (Abad y Sala, 1993, 215-6); La Bastida de les Alcuses (Fletcher *et al.*, 1969, 232); El Cigarralejo (Cuadrado, 1987, 580, fig. 253.7); San Miguel de Liria (Bonet, 1995, 181, n.º 97); la Hoya de Santa Ana (Blánquez, 1990a, 319)..., con cronologías entre los s. VI-II a.C. Tinajillas sin baquetón se documentan también en El Oral, La Bastida, Los Villares de Caudete o la Hoya de Santa Ana. No es probable que la presencia de baquetones en el cuello sea indicativa de una mayor o menor antigüedad, ya que parece factible que ambos tipos convivieran (Cuadrado y Quesada, 1989, 55).

En cuanto a las tinajillas con hombro, estas también resultan menos comunes en la cerámica gris que en la de pastas claras. Únicamente contamos con cinco ejemplares de esta variante en el Cerro. No hemos encontrado paralelos en cerámica gris para este tipo en ámbito ibérico, si bien estos fragmentos pueden relacionarse con la forma 3 de la tipología de Caro Bellido para la cerámica gris tartésica (1989, 41ss.). De este modo, podemos suponer para esta forma un origen antiguo, con prototipos en el Bronce Final y el mundo tartésico orientalizante, aunque siempre ligada a tradiciones indígenas (Caro, 1989, 45).

Los labios en forma de “pico de ánade” son muy frecuentes en toda el área ibérica a lo largo de un amplio periodo cronológico. Sin embargo, resultan mucho más representativos de la cerámica de pastas claras que de la cerámica gris. En el grupo de piezas procedentes del Cerro observamos

una simplificación de formas y mayor esquematismo de los labios en relación a los presentados por piezas más “clásicas” y antiguas de este mismo tipo halladas en otros yacimientos. Los perfiles en “pico de ánade” más cuidados pueden remontarse al s. V a.C., por lo que nos inclinamos a atribuir a las piezas de nuestro santuario una cronología algo más avanzada, aunque siempre dentro del periodo ibérico. En cuanto a las bases, responden asimismo a un tipo bien conocido, y muy extendido, en ámbito ibérico. Se trata de soleros sin pie y base convexa con paralelos en toda el área ibérica.

Como se puede observar, estos materiales tampoco nos acercan a una cronología concreta. Sí parece claro que estamos ante fragmentos pertenecientes a varios tipos de recipientes distintos, todos ellos bien conocidos en el ámbito ibérico, y que se encuentran generalmente realizados en pastas claras, aunque no son completamente desconocidos en pastas grises. Las cronologías que aportan los paralelos referidos remiten desde el Ibérico Antiguo hasta prácticamente el entronque con el mundo romano. En general, si tenemos en cuenta los diámetros de las piezas y el escaso espesor de sus paredes, todos los fragmentos del Cerro debieron pertenecer a recipientes de pequeño tamaño. Este hecho nos hace pensar en un posible significado ritual de los mismos, que pudiera estar relacionado con el uso dado a los vasitos caliciformes previamente estudiados.

D. PLATOS

Clase A, grupo III, tipo 8 de Mata y Bonet (1992).

Podemos definirlos simplemente como recipientes abiertos y planos, cuyo diámetro es superior a la altura, aunque se pueden añadir maticizaciones que nos permitan distinguir variantes según los índices de profundidad o los tamaños. Las bases presentan asimismo múltiples variantes, desde pies indicados a anulares. Sin embargo, lo que más diferencia las formas es el cuerpo del recipiente, por lo que los pies no resultan demasiado útiles a la hora de ofrecer clasificaciones (Cuadrado, 1972, 140). Aun así, ocasionalmente pueden utilizarse como indicadores de evolución formal en conjuntos de piezas halladas en secuencias estratigráficas precisas (Mata, 1991, 83ss.). Resultan uno de los tipos más característicos dentro del repertorio formal ibérico. Generalmente se han usado sus perfiles y tipos de borde como variantes para establecer las clasificaciones, con más o menos subdivisiones dependiendo de los autores y de los yacimientos. En este estudio nos guiaremos con la última de las tipologías publicadas

con carácter global (Mata y Bonet, 1992). Sus autoras establecieron tres subtipos: con borde exvasado; con borde reentrante, o páteras, y, por último, con borde sin diferenciar o escudillas.

De los tres subtipos encontramos en la Península ejemplares cocidos en ambientes oxidantes y reductores. En el caso concreto de la cerámica gris, los platos resultan ser los tipos más frecuentes en numerosos yacimientos del Bronce Final y época tartésica (Belén, 1976; Roos 1982; González Prats, 1983a, 190; Caro, 1989), así como en yacimientos más tardíos pero vinculados al mundo orientalizante (Almagro-Gorbea, 1969, 131; 1977, 369-71; Mata, 1991, 118; Fernández Ochoa *et al.*, 1994, 77). En estos conjuntos predominan generalmente los platos de borde exvasado, aunque tampoco resultan extrañas páteras y escudillas.

La funcionalidad de estos recipientes parece clara: se han incluido generalmente dentro del grupo de la "vajilla de mesa" (Mata y Bonet, 1992), aunque su utilidad se vería modificada en aquellos ejemplares aparecidos en las necrópolis, donde serían utilizados como recipientes para ofrendas o como tapaderas de urnas cinerarias (García Cano, 1997, 168 y 177).

Con frecuencia se han estudiado los platos grises hallados en contextos ibéricos como meras imitaciones formales de vajillas grecoitalicas (Aranegui, 1970, 120; Bonet *et al.*, 1981, 132; Page, 1984; Rubio, 1986, 264ss.). Sabemos que en algunos casos sí se dieron estas imitaciones (Guerrero, 1980; Bonet y Mata, 1988). Sin embargo, hoy no podemos descartar que los platos grises tuvieran un origen más antiguo, ligado a ambientes indígenas, ya que ciertos tipos aparecen muy presentes en ambientes tartésicos a partir de los s. VIII-VII a.C. (Caro, 1989) y algunos podrían remontarse incluso al Bronce Final (González Prats, 1983a, 192). Independientemente de cual fuera su origen remoto o las influencias formales en su configuración, podemos considerar los platos como recipientes imbricados en el repertorio tipológico de la cerámica ibérica desde época antigua, hecho que puede explicarse, de cualquier modo, por la sencillez misma de su morfología.

PLATOS GRISES EN EL CERRO DE LOS SANTOS

Entre las piezas recuperadas por Fernández de Avilés no contamos más que con uno de los subtipos mencionados: los platos de borde sin diferenciar o escudillas. Al igual que en las formas previamente estudiadas, la muestra recogida está muy fragmentada. No contamos con ningún ejemplar

completo, por lo que resulta difícil establecer el diámetro preciso de la mayor parte de las piezas así como intentar delimitar una relación bordes/bases. Procedentes de las campañas de Fernández de Avilés contamos con 21 fragmentos de escudillas. De ellos, sólo un borde fue recuperado en 1962 (Fernández de Avilés, 1966a, fig. 10.11). El resto proceden de la campaña de 1963. Únicamente se ha podido establecer el diámetro original de cuatro piezas, que tendrían entre 10-18 cm., lo que nos lleva a clasificarlos como recipientes medianos y pequeños. En cuanto a las bases, sus diámetros oscilan entre 4,5-7 cm., confirmando el reducido tamaño de las piezas.

Los 20 fragmentos de 1963 suponen un número mínimo de nueve platos, lo que significa un 3,7% del total de la cerámica gris hallada en dicha campaña, un 1,9% de la cerámica ibérica y un 1,8% del total del material conservado. De ellos, 13 fragmentos proceden de la Ladera norte y sólo uno de la Cañada. Para los seis restantes desconocemos su localización concreta. De nuevo observamos en este tipo cerámico una notable diferenciación entre las zonas excavadas en 1963.

No encontramos ningún ejemplar de platos cocidos en ambiente reductor entre las piezas depositadas en el M.A.N. Sí fueron descubiertos, sin embargo, algunos fragmentos durante los trabajos de Chapa (1980a, fig. 7.12 y 13; fig. 11.9 y 11). Asimismo, hemos podido localizar entre el material publicado por esta autora varios fragmentos que podrían pertenecer a una forma novedosa en el Cerro: los platos grises con labio ligeramente exvasado (Chapa, 1980a, fig. 11.8, 14 y 17). Todos estos fragmentos proceden de las catas practicadas sobre el promontorio del Cerro.

Este tipo de platos o escudillas tuvieron una amplia difusión geográfica y larga perduración cronológica. Por ello, los paralelos a las piezas del Cerro son muy frecuentes entre los repertorios de cerámica gris del ámbito ibérico, aunque siempre son más numerosos en aquellas zonas directamente relacionadas con la tradición orientalizante del Bajo Guadalquivir. Encontramos piezas similares en numerosos yacimientos. Baste citar algunos de ellos a modo indicativo. Aparecen en Cástulo (Blázquez y Valiente, 1981, 41-2, fig. 19); Los Villares de Caudete (Mata, 1991, 117, fig. 48.11, 12 y 19); La Bastida (Fletcher *et al*, 1969, 278-9); El Oral (Abad y Sala, 1993, 217, fig. 166); La Bienvenida (Fernández Ochoa *et al*, 1994, 83-54) y San Miguel de Liria (Bonet, 1995, fig. 102.0483) con cronologías que oscilan entre finales del s. VI-principios del II a.C. En la provincia de Albacete encontramos también materiales similares en El Castellón (Soria, 1997, 120, fig. 34.1-5) y El Macalón (García Guinea y San Miguel, 1964, 19-20) así como en la necrópolis de El Tesorico (Broncano *et al*, 1985, 122-8, figs.45.8, 9 y 12; 46.8 y 9; 47.1), con datas entre fines del s. VI-IV a.C.

En uno de los únicos ambientes sacros para los que conocemos con cierto detalle sus materiales, Castellar de Santiesteban, encontramos que los platos son el tipo más común dentro del grupo de las cerámicas grises, resultando mayoritarios los ejemplares con perfiles sin diferenciar o ligeramente reentrantes (Nicolini, 1983, fig. 15; Nicolini *et al*, 1985, fig. 7). Asimismo, las bases recuperadas en dicho yacimiento presentan notables analogías con las que conservamos del Cerro. También conocemos la existencia de este tipo de recipientes en el santuario de El Pajarillo. Resulta interesante resaltar el hecho de que sus bordes y bases presentan perfiles muy similares a los de El Cerro de los Santos –con labios sin diferenciar o muy ligeramente reentrantes y pies indicados o anulares poco desarrollados–, y que puede atribuírseles una datación bastante concreta de acuerdo a la estratigrafía (Molinos *et al*, 1998, 76ss., figs.31, 36 y 37). La mayor parte de los fragmentos aparecen se datan a principios del s. IV a.C.

Si atendemos a las bases, parece ser que, al menos en la Edetania, la evolución formal de los tipos sigue un desarrollo conocido. Los ejemplares con pie indicado pertenecen a un momento anterior a los de pie alto o anular, pudiéndose situar la frontera entre ambos grupos hacia el s. III a.C. (Mata, 1991, 89). Esta evolución aparece también documentada en Castellar, donde puede observarse la mayor antigüedad de los pies anulares poco desarrollados frente a los de pie alto (Nicolini, 1983, 473). El mismo fenómeno aparece documentado en enclaves con amplias secuencias estratigráficas, como La Bienvenida (Fernández Ochoa *et al*, 1994, 77ss.). Esta idea de evolución de los tipos desde bases planas a pies anulares altos, puede verse apoyada por la tipología de los platos recuperados en yacimientos con cronologías más antiguas como Peña Negra (González Prats, 1983a, 177ss., forma B4) o El Oral (Abad y Sala, 1993, 217), ya que responden a los tipos aparentemente más sencillos, esto es, con base plana o pie indicado. Si buscamos los paralelos más claros a las bases de los platos grises del Cerro nos encontramos que están, precisamente, en estos enclaves de cronología antigua, ya que corresponden mayoritariamente a piezas con pie indicado o anular poco desarrollado. Por ello, podríamos pensar en una cronología antigua para este grupo, tal vez entre los s. IV-III a.C., según los distintos paralelos expuestos.

Podemos concluir que los platos son una de las formas más representadas dentro de las cerámicas grises de los yacimientos ibéricos, sobre todo en aquellos ámbitos conectados con la zona meridional de la Península. Esta vinculación atiende a tradiciones de tipo orientalizante. Tampoco consideramos posible establecer para esta forma una cronología

concreta, si bien nos inclinamos por una datación no demasiado baja –tal vez entre los s. IV-III a.C., como ocurre en Castellar– para los platos grises de El Cerro de los Santos a tenor, sobre todo, de la simplicidad de la mayor parte de sus bases.

E. CONTENEDORES

Clase A, grupo I, tipo 2 y 6 de Mata y Bonet (1992).

Podemos relacionar este grupo formal con el denominado anteriormente “tinajas o tinajillas”. En general, las formas responden a vasijas con cuerpo de perfil indeterminado, debido una vez más a la fragmentación de la muestra, aunque podemos aventurar que se trata de piezas globulares, bitroncocónicas o tritroncocónicas. Hemos adscrito estos fragmentos a un grupo formal separado ya que, en general, presentan diámetros superiores, un mayor grosor en las paredes y una configuración algo más robusta que los ejemplares del grupo anterior. Para el estudio del origen y cronología de las formas remitimos al apartado C de este capítulo. En cuanto a los usos dados a estas piezas, nos mantenemos en la idea de su probable multifuncionalidad, aunque su mayor tamaño en relación con los anteriormente tratados nos inclina a pensar en que tal vez estuvieran dedicados a almacenaje. No obstante, su presencia en el contexto de un santuario permite suponer una probable vinculación con actividades rituales.

CONTENEDORES GRISES EN EL CERRO DE LOS SANTOS (Fig. IV)

De nuevo para el estudio de este tipo cerámico no contamos con ningún ejemplar completo. Procedentes de las campañas de Fernández de Avilés encontramos 12 fragmentos. Sólo uno fue recuperado en 1962 (Fernández de Avilés, 1966a, fig. 10.2) y el resto apareció en 1963. Todos los fragmentos estudiados pertenecen a bordes, que presentan por lo general un característico labio engrosado. Algunos de los ejemplares tienen una leve ranura en el labio, que servía para encajar una tapadera. Las piezas tienen, como se ha señalado, algunas características formales que las hacen diferenciables del tipo antes denominado “tinajillas”. Asimismo, presentan ciertas características técnicas distintivas que apoyan nuestra clasificación separada de ambas formas: tienen desgrasantes más gruesos y acabados menos cuidados. Todo ello, junto a diámetros algo mayores –que alcanzan

IV. LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

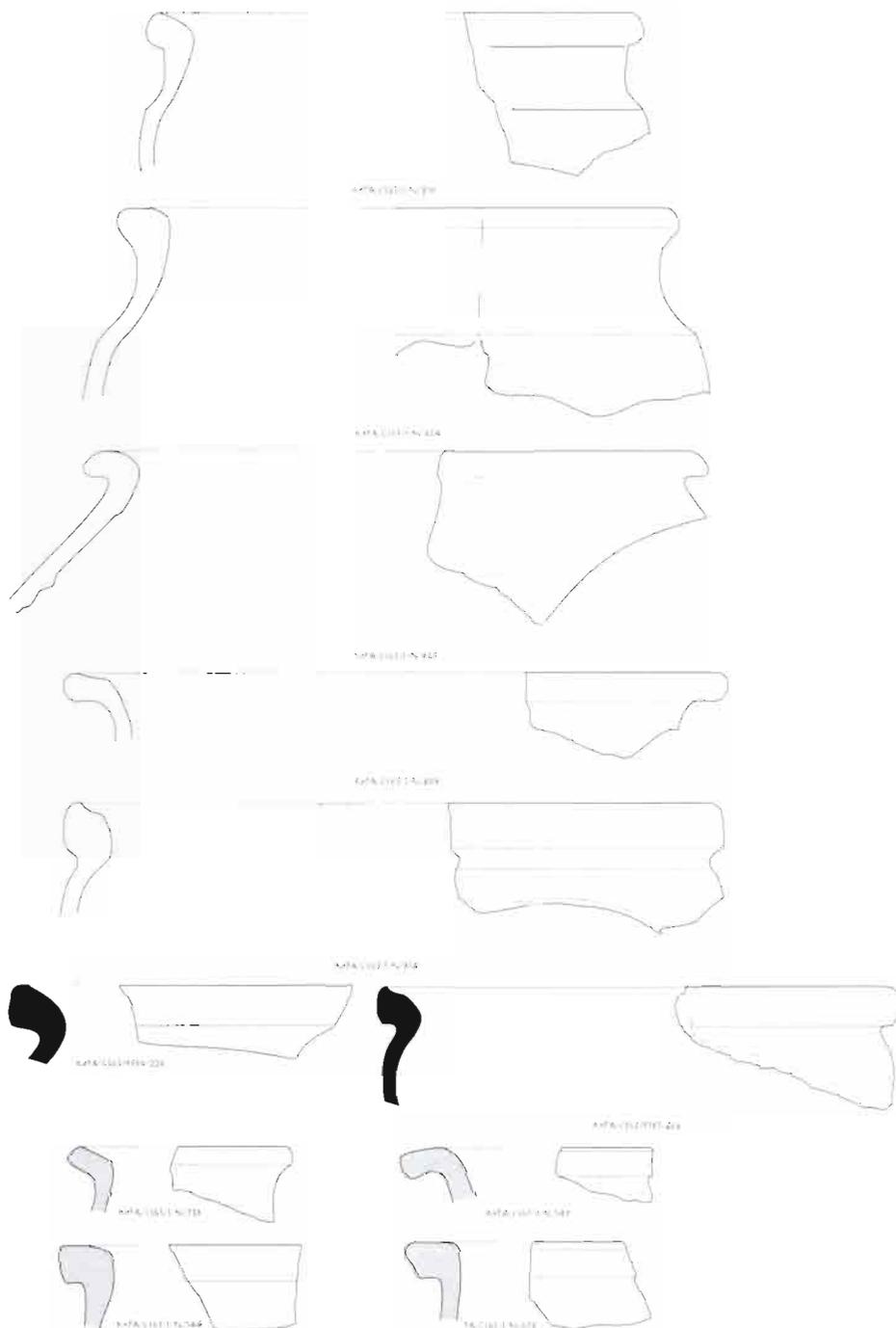


Figura IV.- Contenedores grises. Campaña de Excavación de 1963. Museo de Albacete.

los 22 cm.– nos hacen suponer para estas piezas una funcionalidad diferente a la de las tinajillas. En este caso creemos que su uso estaría más relacionado con las actividades de almacenamiento, resultando probablemente contenedores de productos como cereales, vino o aceite; o tal vez recipientes relacionados con la transformación de los mismos. El hecho de que algunas de las piezas estuvieran fabricadas para ser cubiertas por tapaderas nos reafirma en esta hipótesis. No obstante, el contexto sacro en el que hallaron las piezas nos permite suponer para las mismas una vinculación con el ritual cuyo carácter concreto resulta difícil de precisar.

Contamos con un número mínimo de 11 piezas recuperadas en 1963, lo que supone un 4.6% del total de la cerámica gris hallada en dicha campaña, un 2.4% de la cerámica ibérica y un 2.2% del total del material conservado. Sólo dos fragmentos proceden de la Ladera norte, cuatro de la Cañada y los cinco restantes tienen procedencia desconocida. No hemos hallado entre las piezas recuperadas en el s. XIX ninguna que pueda incluirse en este apartado. Entre las piezas recuperadas por Chapa sí se encuentran diversos fragmentos similares (1980a, fig. 7.4, 5, 6 y 10; fig. 11.1, 2 y 3).

Existen escasos paralelos para estas formas en cerámica gris, aunque, como ya se ha señalado, se trata de formas muy comunes en el conjunto de la cerámica ibérica clara y también entre las piezas de producción más grosera o “Clase B”. Paralelos concretos a nuestras piezas en cerámica gris hemos hallado en Castellar (Nicolini, 1983, fig. 15.1 y 2; Nicolini *et al.*, 1985, fig. 7) con cronologías de los s. IV-III a.C. De los característicos labios engrosados al interior hemos encontrado paralelos, en algún caso realizados en pastas claras, en yacimientos cercanos al Cerro: El Tesorico (Broncano *et al.*, 1985, 132-4, fig. 51) y El Amarejo (Broncano y Blánquez, 1985, fig. 93.111), ambos en la provincia de Albacete. Las piezas de El Tesorico se fechan en la primera mitad del s. IV a.C. mientras que las de El Amarejo pueden datarse en los s. IV-III a.C.

De las cuatro piezas recuperadas en la Cañada, dos presentan un labio muy característico: grueso y horizontal, que parece desembocar en un cuello o cuerpo de tendencia vertical. Este tipo, poco conocido en cerámica ibérica, nos remite probablemente a ambientes tardíos. Un labio similar, aunque en pasta clara, fue hallado en un estrato altoimperial de La Bienvenida (Fernández Ochoa *et al.*, 1994, fig. 13.27). En este yacimiento se constata, no obstante, la presencia de labios similares, aunque con ligeras variaciones, desde el s. I a.C. (Fernández Ochoa *et al.*, 1994, 125).

Podemos finalizar el análisis de esta forma afirmando que constituye una de las más comunes dentro del repertorio tipológico ibérico. Resulta complicado establecer con exactitud su funcionalidad concreta.

aunque parece probable que se utilizara para contener y conservar productos, posiblemente relacionados con los rituales del centro. Los perfiles de los labios nos remiten nuevamente a ambientes ibéricos bien conocidos, que podemos datar entre los s. IV-III a.C. En el caso de las piezas procedentes de la Cañada de Yecla, es tal vez posible otorgarles una cronología algo posterior, en momentos tardorrepublicanos. De este modo queda evidenciada, una vez más, la diferenciación formal de las piezas procedentes del Cerro propiamente dicho en relación con aquellas recuperadas en la zona de la rambla.

F. TAPADERAS

Clase A, grupo V, tipo I de Mata y Bonet (1992).

Se trata de un tipo poco reflejado en la bibliografía. Normalmente las piezas aparecen fragmentadas, lo que complica su clasificación, confundiendo las tapaderas con bordes de otros recipientes, platos o cuencos. Más fácil resulta su adscripción tipológica en contextos funerarios, ya que buena parte de las urnas cinerarias aparecen cubiertas por este tipo de piezas. No obstante, resulta muy común que la mayor parte de las "tapaderas" aparecidas en las necrópolis ibéricas no sean sino platos, a los que se ha otorgado una función diferente a la habitual. Presentan por lo general perfil hemiesférico o troncocónico. Suelen incluir un elemento de presión, pomo o disco, que puede tener diversas morfologías (Mata y Bonet, 1992, 136). La función de las tapaderas parece evidente: cubrir recipientes profundos para resguardar su contenido, que puede variar desde productos alimenticios hasta las cenizas y restos óseos procedentes de la cremación de un cadáver.

Sus formas y tamaños son muy variadas, dependiendo del tipo de recipiente que recubran. Aparecen cocidas tanto en ambientes reductores como oxidantes y resultan comunes las piezas pintadas. Aunque sabemos de su existencia, para el caso concreto de la cerámica gris no se incluyen tapaderas en los repertorios realizados hasta el presente (Mata, 1991, 117).

TAPADERAS GRISES EN EL CERRO DE LOS SANTOS

Salvo en algunos fragmentos cuya clasificación como tapaderas no ofrece ninguna duda, la mayor parte de las piezas por nosotros identificadas como tapaderas grises se han incluido en este grupo debido a la poca

estabilidad que ofrecen sus pomos o superficies externas como punto de apoyo. A excepción de dos de los fragmentos, para el resto de las tapaderas desconocemos el diámetro del borde. Sin embargo, el escaso grosor de los fragmentos y el perfil de los mismos nos inclinan a suponer un diámetro pequeño, menor de 15 cm., para todas las piezas. Algunas no parece que alcanzaran ni siquiera los 10 cm. Junto a este dato, la buena calidad de las pastas y su acabado cuidado nos hacen pensar que no serían utilizadas en la vida diaria como cubierta de recipientes domésticos, sino que serían más bien objetos delicados destinados a actividades muy concretas. Podemos concluir, por tanto, que se trata de piezas de muy pequeño tamaño y buena calidad, que serían utilizadas para tapar recipientes de igual calidad y tamaño, posiblemente los pequeños vasitos y tinajillas estudiados con anterioridad y a los que hemos atribuido una función ritual.

Los siete fragmentos recuperados en 1963 evidencian un número mínimo de cinco tapaderas, lo que supone un 2,1% del total de la cerámica gris hallada en dicha campaña. De ellos, cinco fragmentos proceden de la Ladera norte del yacimiento, uno de la Cañada y el restante tiene procedencia desconocida.

IV.3.1.4. CONCLUSIONES A LA CERÁMICA GRIS DE EL CERRO DE LOS SANTOS

Hemos puesto de relieve la importancia relativa de la cerámica gris en el conjunto de materiales recuperados por Fernández de Avilés. Asimismo, hemos reflejado cómo este destacado papel se ve respaldado por el material hallado en el resto de las intervenciones arqueológicas en el yacimiento, tanto en el s. XIX –materiales cerámicos conservados en el M.A.N.– como en las campañas de Chapa.

En primer lugar, hemos querido definir qué entendemos por “cerámica gris”. Así, hemos incluido en nuestro estudio todas aquellas cerámicas finas, de pasta y superficie cuidada; desgrasantes finos y cocción reductora, dejando sin tratar aquellas otras piezas cuyas características técnicas, aun teniendo coloración gris, no se ajustan a esta descripción. En general, estas piezas grises no llevan decoración alguna, salvo alguna excepción. Consideramos remarcables un fragmento de galbo con un grafito hallado en 1963 (Fig. XV, 2) así como tres fragmentos hallados en 1962: un caliciforme con grafitos en la base y dos fragmentos de galbo con una palmeta y tres rosetas octopétalas impresas respectivamente (Hornero, 1990, 183, fig. 6). A todos ellos nos referiremos por extenso en el estudio de las decoraciones cerámicas.

Hemos considerado la cerámica gris como una producción local, aunque no debe olvidarse que las piezas grises en nuestra Península tienen un origen dual, de tradiciones distintas –foránea e indígena– que convergieron hasta dar lugar a producciones locales muy concretas y sincréticas. Por un lado llegaron al territorio hispano influencias greco-semíticas afectando, esencialmente, a la zona NE del territorio la primera y a la Baja Andalucía la segunda. Por otro, preexistían en la Península importantes tradiciones locales de producciones cocidas en ambiente reductor, que podrían remontarse al Bronce Final e incluso al Medio. Sin embargo, a partir de los inicios de la cultura ibérica, podemos considerar la existencia de producciones grises ya plenamente aceptadas e incluidas en los repertorios tipológicos de las poblaciones locales.

Para el conjunto de los yacimientos ibéricos es necesario destacar la menor presencia de cerámicas cocidas en ambientes reductores frente a aquellas realizadas en pastas claras. No obstante, las producciones grises aparecen en la mayor parte de las necrópolis y poblados ibéricos, aunque de forma minoritaria. Esta proporción sólo parece alterarse para lugares de culto muy concretos, como el caso de las conocidas cuevas-santuario levantinas, en las que las cerámicas grises son mayoritarias.

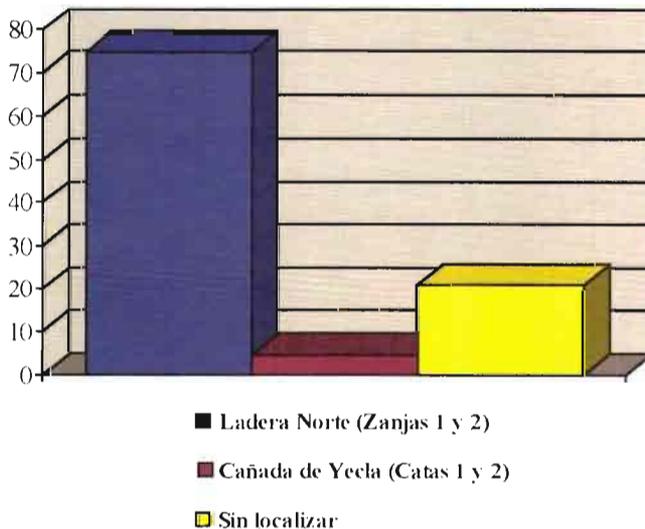


Gráfico II: Distribución de la cerámica gris en El Cerro de los Santos (%). Campaña de 1963.

Hemos visto cómo en El Cerro de los Santos la cerámica gris resulta muy abundante. Las 238 piezas recuperadas en 1963 constituyen un 49,2% del total de la cerámica hallada en aquel año y un 52,3% de la cerámica ibérica. Este porcentaje tan elevado nos lleva a pensar en un significado especial para estas producciones. Otros datos resultan también de gran interés. El 74,6% del material gris procede de las catas practicadas por Fernández de Avilés en la Ladera norte del Cerro. El 20,8% carece de contexto preciso y sólo un 4,48% de la cerámica gris procede con seguridad de las catas de la Cañada de Yecla (Gráfico II). Consideramos, pues, la posibilidad de que los usos, y tal vez la cronología, de ambos puntos del yacimiento estuvieran claramente diferenciados.

En cuanto a las formas, hemos observado cómo los pequeños vasitos caliciformes constituyen el tipo más abundante, con una gran diferencia porcentual con respecto a las demás formas (63,8 %). En segundo lugar, destacamos la importancia de las tinajillas, que suponen un 20,1% de las producciones grises. Platos, grandes vasijas o tinajas y botellas son los siguientes grupos representados, alcanzando porcentajes poco significativos. Por último, a modo casi testimonial, hemos recogido también la presencia de tapaderas (Gráfico III).

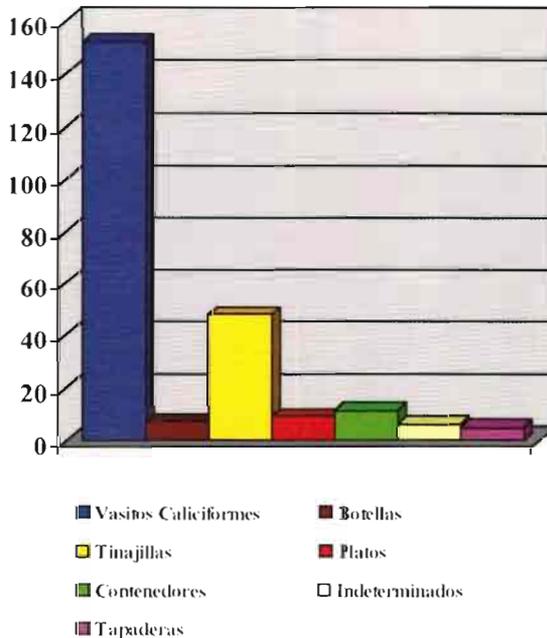


Gráfico III: Formas de cerámica gris en El Cerro de los Santos (n.º mínimo de piezas). Campaña de 1963.

La mayor parte de los fragmentos estudiados remite a piezas de tamaño pequeño o muy pequeño. Entre los caliciformes y las tinajillas –que juntos alcanzan el 83,9% de la cerámica gris– no encontramos recipientes que superen los 15 cm. de diámetro de boca, mientras que la mayoría de las piezas se sitúa entre 8-12 cm. A pesar de las distorsiones que puede introducir todo estudio estadístico (principalmente debido a la gran fragmentación de la muestra estudiada) parece evidente que dicho porcentaje es indicativo de la importancia relativa de este tipo de piezas en el santuario. Esto nos lleva a pensar que se trata de producciones singulares, realizadas con cuidado especial en atmósfera reductora, lo que les aportaba algún tipo de significación. Nos inclinamos a atribuir a estas formas de pequeño tamaño un carácter ritual específico, cuyo significado por el momento se nos escapa. Resulta probable, como se ha propuesto en algunas ocasiones y veremos en otra parte (ver cap. V.2.1), que se tratara de vasitos de ofrenda ligados rituales de libación.

El hecho de que este tipo de formas prácticamente no aparezca en la Cañada, donde se situaban las habitaciones de mampostería, nos hace considerar la posibilidad de que en estas estancias no se llevaran a cabo las mismas actividades que tendrían lugar sobre el promontorio del Cerro, donde se localizaba el santuario propiamente dicho. Nos inclinamos a pensar, pues, que estamos ante dos espacios claramente diferenciados en su función, hecho que, como veremos, se confirmará con el estudio del resto de los materiales.

Resulta complicado establecer relaciones culturales de nuestro yacimiento con otros cercanos a través únicamente de este tipo cerámico. Parece evidente relacionar las formas más comunes del Cerro –los caliciformes– con los materiales recuperados en cuevas-santuario del Levante y algunos poblados valencianos. Sin embargo, también conviene señalar la posible relación del santuario con ambientes tradicionalmente ligados a la colonización semita y el mundo meridional peninsular. Se ha constatado la presencia de los típicos platos de borde sin diferenciar, o ligeramente reentrante, tan comunes en otros yacimientos de la submeseta sur y Andalucía. Junto a ello, la existencia de un fragmento de pasta gris con rosetas impresas nos remite también a zonas meseteñas y de la Alta Andalucía (Fernández Ochoa *et al*, 1994, 85). Así, parece constatarse cómo la ubicación del santuario en un importante núcleo de comunicación contribuyó a otorgarle un carácter ecléctico, participando de tradiciones diversas venidas tanto de la costa como del interior.

En cuanto al problema cronológico, la cerámica gris no puede aportarnos por el momento más que indicios que deben verse corroborados

dos por los datos que nos ofrezca el estudio del resto de los materiales. Podemos englobar estas producciones de forma clara en el periodo ibérico. Contamos con abundantes paralelos en toda el área ibérica para la mayor parte de las formas estudiadas, paralelos que nos llevan desde los s. VI-V a.C. hasta momentos tardíos que, en ocasiones, conviven con los primeros momentos de la ocupación romana. Sin embargo, los paralelos muy antiguos resultan escasos, por lo que no creemos prudente proponer fechas tan tempranas. Más bien nos decantamos por fechas algo más tardías, tal vez de los s. IV-II a.C., a tenor de los diferentes paralelos expuestos para la mayor parte del material. Aunque también consideramos posible un contexto del s. I a.C. para algunas piezas, resulta aventurado atribuir esta fecha, teniendo en cuenta los escasos yacimientos con secuencias bien datadas que nos remitan a estos ambientes finales de la cultura ibérica en el SE de la Península.

IV.3.2. LA CERÁMICA IBÉRICA COMÚN: SIN DECORACIÓN Y PINTADA

IV.3.2.1. EL PUNTO DE PARTIDA

Realizaremos el estudio de las cerámicas ibéricas comunes, lisas y pintadas, de forma conjunta de cara a facilitar la visión global de las formas documentadas. La razón principal es que los caracteres técnicos y formales de las piezas con y sin decoración presentan, a grandes rasgos, elementos comunes. Consideramos que, básicamente, la diferencia entre unos materiales y otros se encuentra en el tipo de acabado. Así, el estudio historiográfico y de cada forma concreta se realizará de modo simultáneo para ambos tipos y, posteriormente, abordaremos algunas cuestiones específicas relativas a las decoraciones. En este grupo se engloban todas las cerámicas de fabricación local, excepción hecha de las ya tratadas cerámicas grises. Se trata de una producción bastante homogénea desde el punto de vista técnico y formal. Todas las piezas están realizadas a torno, aunque convivieron con producciones a mano.

Sólo hay un grupo muy localizado de piezas cuyos caracteres técnicos no corresponden al resto. Se trata de algunos ejemplares de cerámica de “Clase B”. Estas piezas, poco significativas desde el punto de vista porcentual, presentan una pasta más grosera que el resto de la producción, con desgrasantes medios/gruesos, acabado menos cuidado y, por lo general, cocción reductora que les otorga una apariencia gris-negra. Hemos optado, en contra del criterio adoptado por numerosos investigadores, por

incluirlas el estudio global de la cerámica ibérica debido a que sus formas, poco variadas, coinciden a grandes rasgos con algunas de las propuestas para la cerámica fina. De este modo, pretendemos facilitar al lector una visión de conjunto de las grandes formas cerámicas presentes en el yacimiento. Sin embargo, tendremos en cuenta las diferencias entre las cerámicas finas y toscas en el estudio formal de cada grupo tipológico. Además, hemos considerado esencial la diferenciación de los tipos en la documentación gráfica, por lo que las piezas toscas aparecen representadas con una trama gris oscura.

Dentro de las producciones finas, los fragmentos estudiados presentan características muy homogéneas: pastas depuradas; desgrasantes finos o medios; coloración anaranjada; acabados alisados/afinados y cocción oxidante. Una vez más debemos apuntar la importante fragmentación del conjunto cerámico, lo que ha dificultado la adscripción de cada fragmento a un grupo formal concreto. No obstante, comprobaremos cómo el repertorio tipológico de la cerámica común resulta más variado que el de la cerámica gris. En él observaremos, además, una distribución porcentual de las formas notablemente distinta a la de las piezas grises.

El material que presentamos fue recuperado en toda la superficie excavada durante las campañas de 1962-63, tanto en la Ladera norte del Cerro como en la Cañada de Yecla. De nuevo estableceremos constantes paralelismos entre estas piezas y las halladas en las distintas excavaciones en el yacimiento, anteriores y posteriores en el tiempo.

IV.3.2.2. BREVE REPASO A LA HISTORIA DE LAS INVESTIGACIONES

La cerámica ibérica de pastas claras es conocida desde finales del s. XIX y su historia discurre paralela a la de los primeros descubrimientos ibéricos. Sus características singulares, en especial su decoración pintada en tonos rojizos, hicieron que desde los primeros momentos suscitara gran interés. Al igual que con el resto de las manifestaciones artísticas ibéricas, durante largos años existió una enorme controversia centrada en su origen y cronología. Cómo sucediera con la escultura, el conocimiento de la cerámica ibérica ha ido evolucionando a lo largo del s. XX al compás de las diversas “modas” historiográficas.

A principios del s. XX los investigadores, faltos de un marco cronológico en el que inscribir las “artes menores” ibéricas, acudieron a referentes formales exteriores al mundo peninsular para alcanzar una explicación satisfactoria de las piezas. En esta línea, sería París uno de los prime-

ros estudiosos que se encargaran de interpretar las llamativas producciones pintadas ibéricas. Los parecidos decorativos, magnificados por las corrientes difusionistas imperantes en aquellos años, hicieron al hispanista exponer su ampliamente difundida tesis sobre origen micénico de la alfarería ibérica (Paris, 1903-4). Pronto las teorías micénicas se tambalearon ante nuevos descubrimientos que apuntaban cronologías más modernas (Olmos, 1994, 312). Así, empezó a concretarse la datación prerromana de las producciones. Nuevas teorías, que vinculaban las cerámicas ibéricas con las grandes civilizaciones europeas, fueron enriqueciendo, y complicando, el panorama: las corrientes filogriegas de las primeras décadas del siglo concedieron a las producciones áticas de Figuras Negras y Figuras Rojas el honor de ser los precedentes directos de las producciones ibéricas (Bosch Gimpera, 1915 y 1928; Carpenter, 1925).

A partir de los años veinte se otorgó a las producciones el calificativo de “hispanicas” o “ibéricas” (Cabré, 1925 y 1926), aunque durante largos años aun se les siguió considerando productos periféricos de las grandes civilizaciones mediterráneas. Pronto nuevos hallazgos (San Miguel de Liria, Cabecico del Tesoro...) pusieron de relieve la necesidad de arropar las producciones con una datación precisa. Durante los años de posguerra se ofrecieron novedosas hipótesis interpretativas. García y Bellido publicó su conocida teoría de la cronología romana de las principales manifestaciones artísticas ibéricas (García y Bellido, 1943b). Por su parte, Martínez Santa Olalla (1946) propuso un origen céltico mientras que otros autores hacían especial hincapié en el origen púnico de la cultura ibérica (Lafuente, 1944).

En los años cuarenta y cincuenta las versiones hispanas del *Corpus Vasorum Antiquorum* pusieron de relieve un nuevo modo de entender el estudio de las cerámicas ibéricas (Olmos, 1999a). El *Corpus* de Azaila (Cabré, 1945) y el de Liria (Ballester *et al*, 1954) supusieron encomiables intentos de catalogación de las colecciones hispanas, pretendiendo equiparar nuestras producciones a las de las más importantes civilizaciones mediterráneas. Las cerámicas ibéricas se contemplaban ya en estos momentos como producciones locales, si bien su “tosquedad” frente a las griegas o itálicas seguía poniéndose de relieve. Las siguientes décadas trajeron consigo nuevos enfoques en los estudios, basados, sobre todo, en nuevas y exhaustivas excavaciones: La Alcudia de Elche, El Cigarralejo, La Bastida, San Miguel de Liria... Gracias a ellas se puso de relieve la independencia de las producciones ibéricas con respecto a sus supuestos precedentes y se matizaron los límites cronológicos (Pericot, 1954). Por su parte, el establecimiento de una datación precisa para las producciones

cerámicas importadas permitió, asimismo, establecer mejores secuencias estratigráficas (Lamboglia, 1952; Trías, 1967; Sparkes y Talcott, 1970).

Una vez superados los principales problemas que planteaban estas producciones, a partir de los años sesenta se asistió a una renovación en los objetivos de los trabajos, que empezarían a orientarse a resolver cuestiones específicas en vez de globales (Aranegui, 1974, 31). En aquellos años diversos estudios cerámicos centrados en yacimientos, o áreas geográficas concretas, vieron la luz en un intento de alcanzar un mejor conocimiento regional como paso previo a un conocimiento global de las producciones (Nordström, 1969 y 1973; Cuadrado, 1972; Luzón, 1973; Ramos Fernández, 1975; Lillo, 1981a; Plá y Aranegui, 1981; González Prats, 1983a; Pereira, 1988; Mata, 1991...). También se publicaron trabajos de síntesis, algunos de los cuales siguen siendo obras de obligada referencia (Pericot, 1979).

En la actualidad muchas de las incógnitas planteadas por la cerámica ibérica parecen resueltas de modo satisfactorio. El conocimiento de sus orígenes, tipología, decoración y tecnología ha experimentado notables avances en los últimos años (Esteban, 1998, 69-71; Conde, 1998b). No obstante, queda aun mucho por hacer en el campo de la evolución cronológica de formas y decoraciones.

Hoy reconocemos la cerámica ibérica como un fenómeno “plural y complejo”, con numerosas variantes geográficas y cronológicas (Aranegui, 1998, 175). Conocemos diferenciaciones locales establecidas, sobre todo, gracias a las decoraciones pintadas de época ya helenística. Podemos situar su límite cronológico superior a finales del s. VI a.C., entroncando directamente con las producciones tartésicas orientalizantes, y su final algo después del cambio de Era, cuando las cerámicas traídas por las corrientes itálicas terminaron por imponerse. No obstante, durante largos años aun pervivió en suelo hispano la tradición de la cerámica ibérica (Abascal, 1986; Llobregat, 1969).

La secuencia cronológica de los diferentes estilos pictóricos ibéricos aparecía ya básicamente delimitada en la década de los cincuenta (Pericot, 1954; Cuadrado, 1960), aunque con posterioridad se han matizado algunas cuestiones (Plá y Aranegui, 1981; Tarradell y Sanmartí, 1980). Las decoraciones pintadas geométricas perduraron durante siglos, aunque con el tiempo fueron adquiriendo mayor complejidad. Hacia el año 300 a.C. surgieron las primeras manifestaciones figuradas. Se han interpretado algunas de estas producciones –las del círculo conocido por “Oliva-Liria”– como medio de reflejar y dar a conocer un nuevo orden social estructurado en torno a las élites aristocráticas que aglutinaban el poder de

un mundo urbano plenamente consolidado (Aranegui, 1997; Aranegui, 1998, 176ss.). Con posterioridad –finales s. II-principios del I a.C.– aparecieron en el elenco iconográfico nuevas imágenes –el estilo que se ha venido llamando “Elche-Archena”– en las que aparecen de forma recurrente seres fantásticos, figuras humanas aisladas y elementos vegetales que nos remiten a un mundo fabuloso y lleno de simbolismo (Olmos, 1992; Tortosa, 1996a y b; 1999). De modo simultáneo se consolidaría en el valle del Ebro un tercer estilo figurado de reducida difusión geográfica: el “estilo de Azaila”. (Cabré, 1945; Beltrán, 1976 y 1995). Estas producciones, al igual que las producciones ilicitanas, tuvieron un marcado carácter simbólico (Conde, 1998b, 315-6).

Podemos concluir señalando que, a pesar de los significativos avances alcanzados, nos enfrentamos aun con lagunas notables en la investigación de la alfarería ibérica. En primer lugar, se aprecia una gran heterogeneidad en los estudios en función de las diferentes áreas geográficas. Asimismo, queda patente el escaso conocimiento de la secuencia arqueológica de establecimientos ibéricos tardíos. Sí pueden observarse, no obstante, algunas tendencias generales. Parece evidente que existió una mayor homogeneidad cerámica en estadios antiguos de la cultura y que, según fueron avanzando los siglos, se produjo una mayor variabilidad geográfica, agudizada con la aparición de los estilos figurados. Su aparición marca un punto de inflexión en las sociedades ibéricas que, a partir del s. III, adquirieron una mayor complejidad social, pronto potenciada y matizada por influjos itálicos. Éstos, sin embargo, no cortaron de raíz los modos de vida indígenas, hecho que queda evidenciado en el estudio de la alfarería. Como se ha señalado, la cerámica ibérica floreció con fuerza en los últimos siglos antes del cambio de Era, conviviendo ya con la dominación romana, y su tradición perduraría en la Península hasta época altoimperial.

LAS CERÁMICAS TOSCAS O DE “CLASE B”

La cerámica tosca, generalmente conocida como “de cocina”, fue estudiada por vez primera de forma aislada en los años cuarenta (Ballester, 1947). Sin embargo, al tratarse de producciones poco “atractivas” han quedado relegadas a un trato marginal en la bibliografía. Durante muchos años se consideraron producciones arcaizantes (Ballester, 1947) o relacionadas con incursiones meseteñas/célticas en el área ibérica (Cuadrado, 1952). Hoy día, sin embargo, estas producciones se conciben como propias del mundo ibérico, vinculadas a funciones concretas dentro de la economía de

cada asentamiento (Ruiz y Molinos, 1993, 46). Sus especiales caracteres técnicos las hacen apropiadas para quedar expuestas al fuego. Esta misma característica las hizo susceptibles de encontrarse presentes en rituales ibéricos, tanto sacrales como funerarios (Blánquez, 1996).

Estas producciones aparecen localizadas en toda el área ibérica pero sus formas resultan sensiblemente distintas entre unas áreas y otras, lo que se ha interpretado como consecuencia de la diferente herencia del substrato preibérico en cada punto (Tarradell y Sanmartí, 1980, 304). En general, presentan poca variedad tipológica, siendo las ollas y tapaderas, con variedades regionales, las formas más comunes. Como consecuencia de su escasa evolución morfológica resulta problemático cualquier acercamiento a su cronología, ya que son abundantes desde el Ibérico Antiguo y entroncan con las cerámicas comunes romanas (González Prats, 1981, 10).

IV.3.2.3. LAS FORMAS

A. VASITOS CALICIFORMES

La descripción, origen, funcionalidad, dispersión geográfica y amplitud cronológica de esta forma han sido analizados anteriormente, con lo que remitimos a este estudio (ver cap. IV.3.1.3.A).

CALICIFORMES DE PASTAS CLARAS EN EL CERRO DE LOS SANTOS (Lám. 16).

Como hemos señalado, los caliciformes constituyen la forma cerámica más representada en la cerámica gris del Cerro. No obstante, también hemos podido localizar algunos ejemplares entre las cerámicas claras, con y sin decoración pintada. Los ejemplares sin decoración, mucho más abundantes, presentan características técnicas, métricas y formales idénticas a los grises. Únicamente el tipo de cocción diferente nos ha llevado a separar ambos grupos.

De nuevo nos enfrentamos a un conjunto de materiales muy fragmentado. Tampoco para este grupo se conservan ejemplares completos. Los diámetros de borde de las piezas oscilan entre los 7-13 cm. y los de sus bases entre 3,2-7 cm., medidas muy similares a las de las piezas cocidas en ambiente reductor. Contamos con un total de 50 fragmentos de caliciformes claros sin decorar de 1963 mientras que no se conserva ninguno de 1962. Estos fragmentos pertenecen a un mínimo de 20 piezas diferen-

tes, lo que supone un 10,4% del total de la cerámica clara recuperada en la campaña de 1963; un 4,3% de la cerámica ibérica y, por último, un 4,1% del total conservado. En lo que a la localización espacial en el yacimiento se refiere, 14 de los fragmentos fueron hallados en la Ladera norte; 18 en la Cañada y 18 carecen de localización precisa. Podemos observar, pues, como en este caso la diferenciación numérica entre las piezas de los dos sectores de la excavación no resulta tan significativa como para la cerámica gris. Sobre ello volveremos más adelante.

Entre las piezas conservadas en el M.A.N. hemos hallado también algunos ejemplares de caliciformes cocidos en ambiente oxidante (Lám. 16). En esta ocasión las piezas se conservan completas y presentan prácticamente todos los tipos conocidos en el Cerro. Sus medidas responden a los parámetros observados para esta forma. Durante las excavaciones de Chapa también se recuperaron algunos fragmentos, aunque la falta de descripciones detalladas nos impide saber si se trata de cerámica gris o clara (Chapa, 1980a, fig. 3.10).

En cuanto a los ejemplares decorados, hemos incluido en este grupo 4 fragmentos, que remiten a otras tantas piezas distintas. Los ejemplares presentan decoración pintada en bandas o líneas paralelas en la zona del cuello y labio. Los 4 ejemplares suponen un 5% del total de la cerámica pintada recuperada en la campaña de 1963 y un 0,8% de la cerámica ibérica. De ellos 2 proceden de la Cañada, 1 de la Ladera norte y el último no tiene contexto.

La funcionalidad de estas piezas tal vez pueda ponerse en relación con la vajilla de mesa y el uso cotidiano. No obstante, su abundante presencia en ambientes de culto y sus manifiestas similitudes (morfológicas, tecnológicas y métricas) con los ejemplares realizados en pasta gris, nos hacen decantarnos, por un uso simbólico o sagrado ligado al ritual.

Hemos encontrado numerosos paralelos para estas piezas, si bien es necesario señalar que esta forma caliciforme resulta mucho más común entre las cerámicas grises que entre las claras. Asimismo, son más abundantes en todo el ámbito ibérico las piezas sin decorar que las pintadas, aunque cuando se trata de piezas algo mayores a las por nosotros analizadas, éstas suelen estar pintadas (Broncano y Blánquez, 1985; Cuadrado, 1987). Así, hemos localizado pequeños vasos caliciformes cocidos en ambiente oxidante en numerosos poblados. Coimbra del Barranco Ancho (Molina *et al.*, 1976, 40ss.); Castillico de las Peñas (Lillo, 1981a, 237); Puntal del Llops (Bonet *et al.*, 1981, 156) o Pajar de Artillo (Luzón, 1973, 15-6) son algunos ejemplos, que ocupan distintos ámbitos geográficos y cronológicos. También han aparecido en ambientes funerarios como Coimbra del

Barranco Ancho (García Cano, 1997, 153-4); el Cigarralejo (Cuadrado y Quesada, 1989, 57-8) o la Albufereta (Rubio, 1986, 360). Asimismo se han recogido en ambientes de culto, aunque de modo minoritario con respecto a las producciones reductoras. Hemos localizado un pequeño ejemplar en Castellar de Santiesteban (Nicolini *et al.* 1985, fig. 8) y en algunas cuevas-santuario levantinas (Tarradell, 1973, 33; Gil-Mascarell, 1977, 707).

Una vez más, la búsqueda de paralelos nos hace concluir una amplia cronología para estas piezas, desde el s. V al I a.C. Sin embargo, las dos fechas nos parecen demasiado extremas para nuestro caso, ya que la mayor parte de los paralelos sugeridos nos acercan más bien a los siglos centrales de la cultura ibérica; es decir, entre los s. IV-II a.C.

B. BOTELLAS

Para la descripción de la forma, función y cronología consultar el espacio dedicado a este grupo formal dentro del capítulo dedicado a la cerámica gris (cap. IV.3.1.3.B).

BOTELLAS DE CERÁMICA COMÚN EN EL CERRO DE LOS SANTOS (Fig. V)

Entre los materiales recuperados por Fernández de Avilés se hallaron nueve fragmentos. Sólo uno fue recuperado en 1962 (Fernández de Avilés, 1966a, fig. 11.2) mientras que los ocho restantes se hallaron en 1963. Ninguno de los fragmentos lleva decoración. Ante la imposibilidad de clasificar estas botellas atendiendo a las características morfológicas del cuerpo (Mata y Bonet, 1992, 131-2, fig. 10) hemos optado por agruparlas según los tipos de bordes/cuellos. Así, podemos diferenciar dos subtipos. Al primero de ellos pertenecen las botellas de borde y cuello atrompetado (Fig. V, 1-4). Contamos con cuatro fragmentos cuyos diámetros oscilan entre 15-20 cm. Al segundo subtipo, de cuello más estrecho o estrangulado, pertenecerían los cinco fragmentos restantes (Fig. V, 5-8; Fernández de Avilés, 1966a, fig. 11.2). Sus diámetros, notablemente inferiores, oscilan entre los 7.5-14 cm. No se conservan en el M.A.N. restos de botellas. Entre los materiales publicados por Chapa no hemos localizado piezas que puedan incluirse claramente en este grupo, si bien algunos fragmentos podrían pertenecer a botellas (1980a, fig. 6.6, 7 y 9).

Las características técnicas del grupo no son homogéneas. Contamos con dos ejemplares de cerámica de "Clase B" (Fig. V, 1-2), con pasta

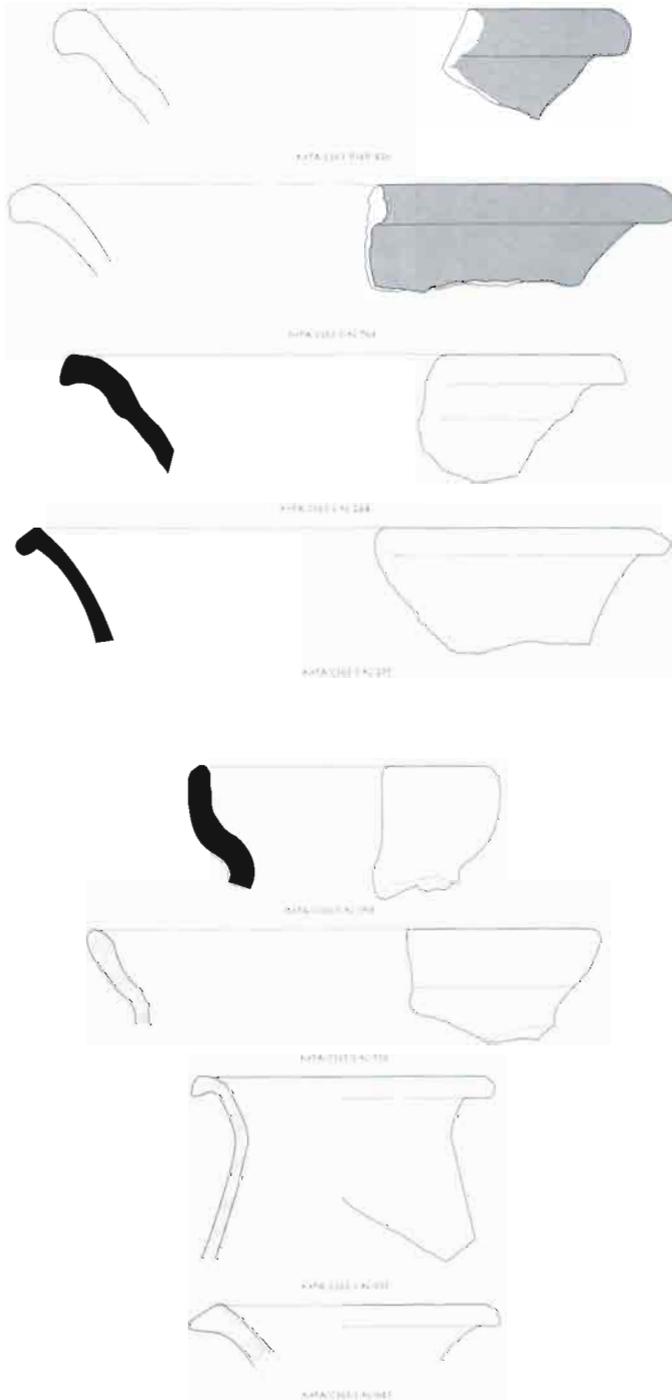


Figura 11.- Botellas de cerámica común. Campaña de Excavación de 1963. Museo de Albacete.

grosera y acabado menos cuidado que el resto de las piezas. Los demás fragmentos pertenecen a tipos bien conocidos en el repertorio formal ibérico, apareciendo de forma constante en poblados y necrópolis del sur y este peninsulares.

Podemos afirmar la existencia de, al menos, ocho botellas entre las piezas de 1963, dos de pasta tosca y seis de cerámica fina. Así, las de pasta cuidada suponen un 3% del total de la cerámica clara de 1963 y un 1,3% de la cerámica ibérica, mientras que las de pasta tosca representan un 7,6% de este tipo cerámico. En cuanto a la localización espacial, tres de los fragmentos fueron hallados en la Ladera norte, otros tres en la Cañada y dos carecen de localización precisa. En esta ocasión, de nuevo la distribución de los fragmentos no resulta significativa.

Como hemos señalado para los ejemplares grises, las botellas tienen una amplia distribución geográfica y cronológica, ya que perviven desde el Ibérico Antiguo hasta época Iberorromana. La escasa estandarización de los tipos impide el establecimiento de una evolución formal. Su datación, muy imprecisa, debe localizarse entre los s. V-I a.C.

C. TINAJAS Y TINAJILLAS

De nuevo incluimos en este grupo un conjunto heterogéneo de piezas cuya fragmentación impide ser más precisos en su clasificación. Para algunos fragmentos conocemos el diámetro pero en ningún caso tenemos datos de la altura de las piezas, con lo que no resulta posible ordenarlas de acuerdo a los parámetros propuestos por Mata y Bonet (1992). Así, hemos optado por incluir todos los fragmentos en un mismo grupo, estructurando su clasificación de acuerdo a sus perfiles y tipos de labios. Para más información sobre las formas, cronología u origen de este grupo, ver el capítulo dedicado al mismo en el estudio de las cerámicas grises (cap. IV.3.1.3.C).

TINAJAS Y TINAJILLAS DE PASTAS CLARAS EN EL CERRO DE LOS SANTOS (Figs. VI y VII)

C.1. Cerámicas de “Clase A”

Entre los materiales recuperados por Fenández de Avilés se conservan 104 fragmentos de pastas claras adscribibles a este grupo: ocho

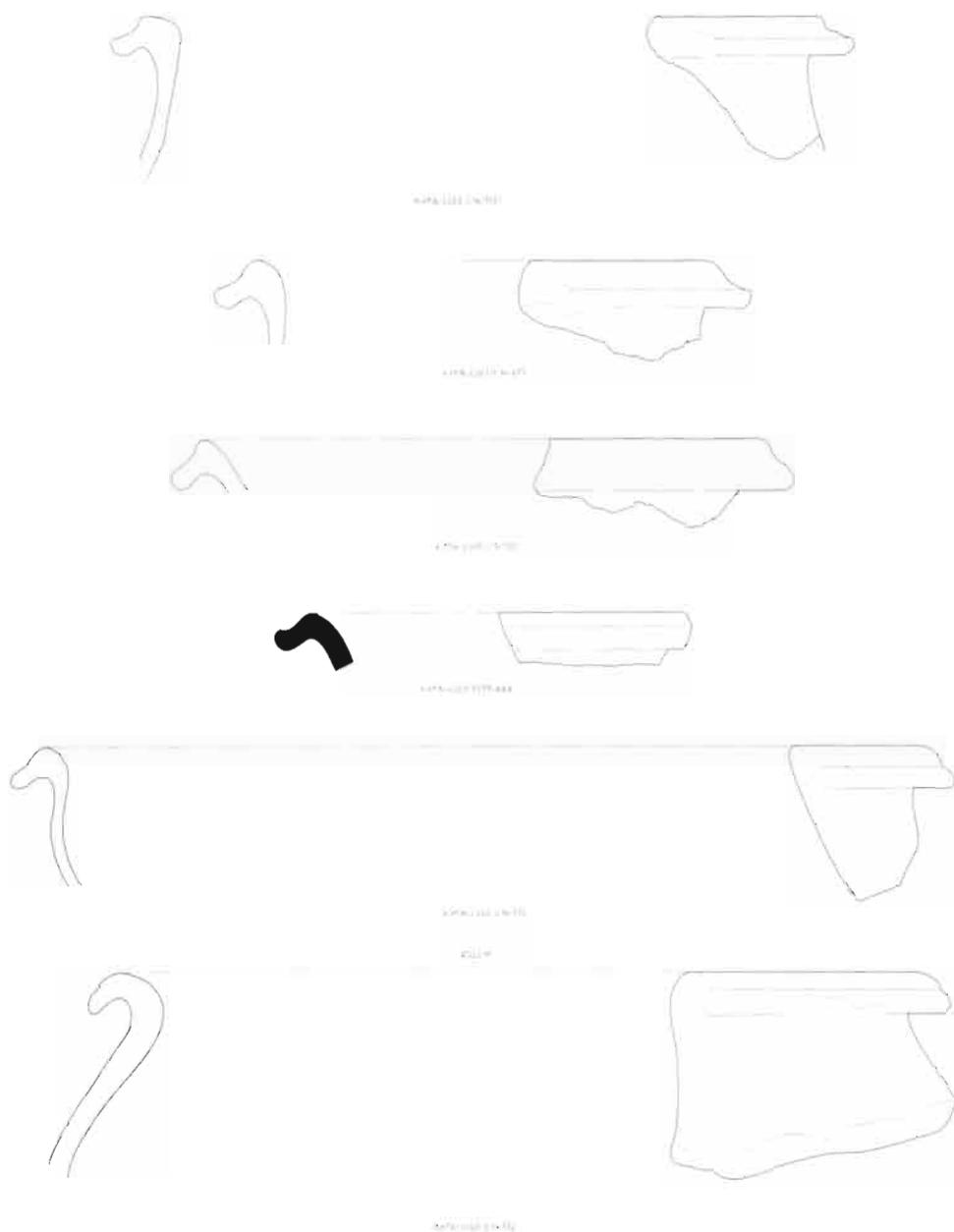


Figura VI – Tinajares y triángulas de pasta clara. Campana de Excavación de 1963. Museo de Albacete.

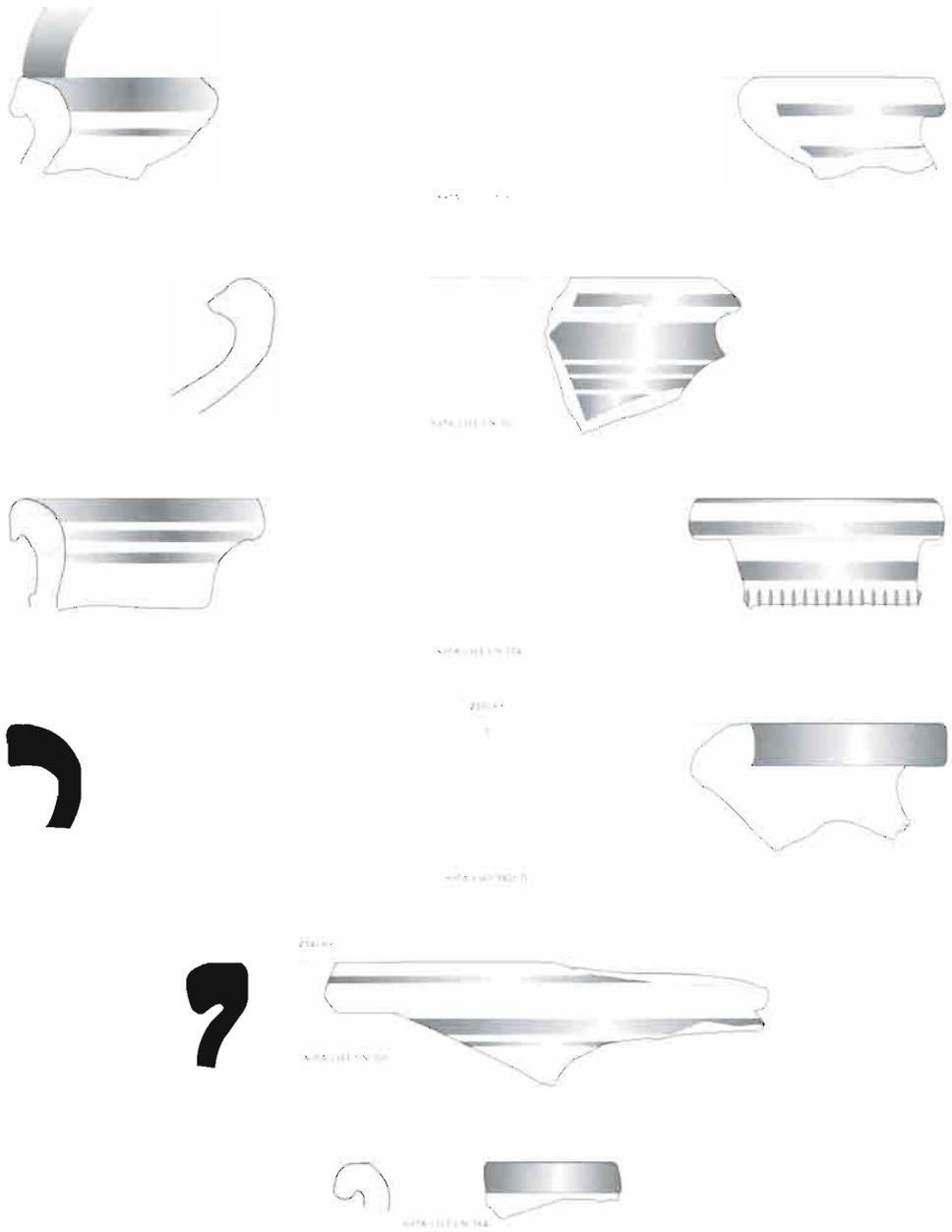


Figura VII.- Tinajas y tinajillas de pasta clara. Campaña de Excavación de 1963. Museo de Albacete

recuperados en 1962 (Fernández de Avilés, 1966a, fig. 8.2 y 5; fig. 11.1, 3, 5, 6, 7 y 8) y 96 en 1963. De ellos 64 no llevan decoración alguna (Fig. VI) y el resto conserva pintura (Fig. VII). A excepción de tres fragmentos sin decorar hallados en 1963 las demás piezas no superan los 40 cm. de diámetro que Mata y Bonet establecen como límite para los recipientes de gran tamaño. Los diámetros son muy variados y oscilan entre 8-49 cm. Aun así, la mayor parte de las piezas tienen entre 12-20 cm. Los diámetros de las bases tienen entre 5.7-9 cm. Así, nos encontramos ante piezas que tendrían tamaño mediano o pequeño.

Los 96 fragmentos recuperados en 1963 suponen un número mínimo de 86 piezas (49 sin decorar y 37 pintadas), que representan un 44,5% del total de la cerámica clara recuperada, un 18,6% de la cerámica ibérica y un 17,5% del total del material conservado. En cuanto a la localización espacial de las piezas, 31 fragmentos fueron recuperados en la Ladera norte del Cerro, 33 en la Cañada y, por último, 31 carecen de ubicación certera. Con ello, podemos concluir que este tipo de piezas aparecía en porcentajes similares en las dos zonas de ocupación del yacimiento, sin presentar la marcada diferenciación zonal detectada en otros grupos formales.

En lo que a las formas de los bordes se refiere, contamos con ejemplares de labio exvasado simple, moldurado, engrosado, plano o de "pico de ánade". Las escasas bases recuperadas responden al tipo plano con fondo ligeramente convexo y con pie levemente indicado. Los bordes pintados presentan poca variedad de motivos decorativos. En general éstos se limitan a líneas/bandas horizontales paralelas en el labio y parte superior del cuello de las piezas. Ocasionalmente se incluyen otros motivos como dientes de lobo, cabelleras o segmentos de circunferencia. No abordaremos aquí el estudio pormenorizado de estos elementos ya que éste quedará incluido en el análisis de las decoraciones.

Procedentes de las excavaciones de finales del s. XIX se conservan tres piezas, de reducidas dimensiones, que deben incluirse en este grupo. Durante las excavaciones de Chapa se recuperaron también numerosos fragmentos tipológicamente similares aunque desconocemos las dimensiones de las piezas (Chapa, 1980a, fig. 3.1 y 3; 4.5, 6, 9 y 12; 5.1, 3 y 6; 6.8 y 9; 9.1; 10.1, 2 y 6).

Como ya se observó, este tipo de recipientes es uno de los más comunes en todos los yacimientos ibéricos. Las piezas aparecen cocidas tanto en ambientes oxidantes como reductores, aunque las de pastas claras son mucho más abundantes. También los diferentes tipos de bordes aparecen de forma constante en vasijas ibéricas. Lo frecuente de las piezas hace poco productiva la búsqueda concreta de paralelos, que resultaría tediosa y

no aportaría datos de gran interés, debido a la amplitud cronológica de la mayoría de los tipos. Sí debemos señalar, no obstante, que los tipos estudiados aparecen tanto en ambientes poblacionales, como funerarios y sacros.

A la hora de intentar un acercamiento a la funcionalidad de piezas cerámicas existen varios factores determinantes. La morfología y tamaño de las mismas son fundamentales. Desgraciadamente, para el conjunto objeto de nuestro estudio estos datos son incompletos y, en la mayoría de las ocasiones, simplemente desconocidos. Teniendo en cuenta estas importantes limitaciones, apenas contamos con un parámetro que nos permita acercarnos al uso que tuvieron los recipientes: el diámetro de los bordes. Aun así, desconocemos el diámetro de gran parte de las piezas. Para el resto, la mayoría de las tinajillas tienen entre 10-20 cm. de diámetro, lo que nos lleva a recipientes de tamaño reducido. Únicamente dos piezas tienen menos de 10 cm. de diámetro, hecho que las hace excepcionales y posibilita, tal vez, relacionarlas con los pequeños caliciformes anteriormente estudiados. De las 86 piezas analizadas, sólo contamos con ocho fragmentos con diámetro superior a 30 cm., por lo que podemos considerar poco frecuentes los recipientes de gran tamaño.

Ya hemos señalado la probable multifuncionalidad de los recipientes ibéricos lo que posibilita que estas piezas, que en contexto de poblado tendrían carácter doméstico, en el ámbito del santuario se revistan de un carácter sacro ligado a actividades difíciles de determinar. Una vez analizados los tamaños de las piezas creemos posible relacionar la mayor parte con labores de conservación, tratamiento o consumo de productos, actividades siempre matizadas por un carácter sacro. Algunas de ellas, las de menor tamaño, pudieron estar conectadas con labores rituales similares a las sugeridas para las piezas grises, probablemente libaciones. En cuanto a los escasos ejemplares de gran tamaño, parece posible relacionarlos con el almacenamiento de productos.

La distribución espacial de las piezas en las diferentes catas no aporta demasiados datos para la interpretación, ya que encontramos recipientes de formas y tamaños similares en los dos puntos investigados por Fernández de Avilés. Junto a ello, las piezas de mayor tamaño en general carecen de contexto preciso, lo que impide asignar a estas funciones un valor concreto dentro del ámbito del templo o de las habitaciones de la Cañada.

Para concluir diremos que es complicado acotar una datación para estas piezas. Algunos bordes, en concreto los de "pico de ánade", resultan muy característicos de las producciones ibéricas, pero su uso se prolonga durante varios siglos. Para otros bordes, caso de los exvasados simples, se hallan paralelos claros en el SE peninsular, aunque son formas tan sencillas

llas que perduraron del s. IV al I a.C. (Ros, 1989, 90ss., fig. 35). Por otra parte, algunas piezas de borde exvasado engrosado o moldurado, son formas tan simples y básicas que, con ligeras variaciones, siguieron usándose a lo largo de los siglos, resultando asimismo frecuentes en las cerámicas comunes de época republicana y altoimperial (Fernández Ochoa *et al*, 1994, fig. 5.42, 6.43, 21.65 y 67; Sanz, 1997, figs.37.290 y 45.366, entre otros). Concluiremos afirmando que estamos ante un repertorio formal característico del mundo ibérico en diferentes estadios de su desarrollo e, incluso, de periodo iberorromano o altoimperial. No resulta posible, por el momento, aventurar una cronología más precisa para los diferentes tipos.

C.2. Cerámicas de “Clase B”

Únicamente contamos dentro de este grupo con cinco fragmentos que presentan pasta tosca/porosa y acabado grosero, todas ellas halladas en 1963. Para tres de las piezas desconocemos su contexto y las dos restantes proceden de la Cañada y la Ladera norte respectivamente. Son recipientes de tamaño medio usados probablemente para labores domésticas. Estas piezas resultan abundantes en ambientes de poblado y necrópolis. Paralelos cercanos a nuestro yacimiento hemos encontrado en El Amarejo (Broncano y Blánquez, 1985, 46-7, fig. 12) y El Tesorico (Broncano *et al*, 1985, fig. 51), en contextos fechados entre los s. IV-II a.C.

D. CONTENEDORES

Hemos clasificado estas piezas en un grupo aparte de las anteriores por diversas razones. En primer lugar, la mayor parte de las mismas presenta caracteres técnicos propios de la cerámica tosca, con pastas oscuras, poco depuradas y acabados groseros. En segundo lugar, un número considerable de los fragmentos poseen una característica ranura en la parte superior del labio, preparada para encajar una tapadera. Finalmente, no existen ejemplares de esta morfología que presenten decoración. Las piezas que no cumplen alguna de las características señaladas se han incluido en este grupo debido a su gran parecido formal o técnico con los fragmentos más comunes dentro del grupo. La denominación de estas formas en la bibliografía no es uniforme; las piezas de “Clase A” se denominan tinajas u orzas, mientras que las de “Clase B” toman el nombre de ollas u orzas (González Prats, 1981; Mata y Bonet, 1992).

CONTENEDORES EN EL CERRO DE LOS SANTOS (Fig. VIII)

D.1. Cerámicas de “Clase A”

Procedentes de las excavaciones de Fernández de Avilés contamos únicamente con ocho fragmentos de bordes pertenecientes a este grupo, todos recuperados en 1963. No se conserva en el M.A.N ningún fragmento que pueda incluirse en esta categoría. Tampoco Chapa recuperó ningún ejemplar. Para las piezas cuyo diámetro nos es conocido, éstos oscilan entre 15-19 cm., es decir, estamos ante recipientes de tamaño medio.

Porcentualmente hablando, los ocho fragmentos de este subgrupo pertenecen a otras tantas piezas diferentes, lo que representa un 38% de los contenedores, un 1.7% de la cerámica ibérica y un 1.6% del total del material recuperado en 1963. La distribución zonal de estos recipientes no resulta demasiado ilustrativa, de acuerdo a lo escaso de la muestra. Desconocemos el lugar concreto del hallazgo de cuatro de los fragmentos, otros tres fueron localizados en la Ladera norte y una única pieza procede de la rambla.

Todos los fragmentos tienen borde exvasado. Algunos presentan en el labio una acanaladura destinada a acoger una tapadera mientras que otros tienen un característico labio engrosado. Los labios ranurados aparecen de modo frecuente entre las producciones comunes iberorromanas o altoimperiales (Vegas, 1973, tipo IA). En la meseta sur y el SE hemos encontrado piezas similares con cronologías romanas (Ramallo y Jordán, 1985, fig. 11; Fernández Ochoa *et al.*, 1994, 126; Sanz, 1997, fig. 16.147, 37.291) sin que, no obstante, hayamos podido localizar paralelos exactos.

La funcionalidad de estas piezas no es clara, aunque sus tamaños y el uso de tapaderas en algunas nos hacen pensar en labores cotidianas como la conservación de alimentos. Parece menos aceptable la idea de elaboración de los mismos, debido al carácter “fino” o cuidado de estas producciones. A este segundo cometido estarían más bien destinados los recipientes que estudiaremos a continuación.

D.2. Cerámicas de “Clase B”

Dentro del grupo de los “Contenedores”, las piezas de “Clase B” son las más abundantes. En las excavaciones de Fernández de Avilés se recuperaron 18 fragmentos, todos ellos en su segunda campaña. Sus perfiles y labios son muy similares a los del grupo de “Clase A”. Los diáme-

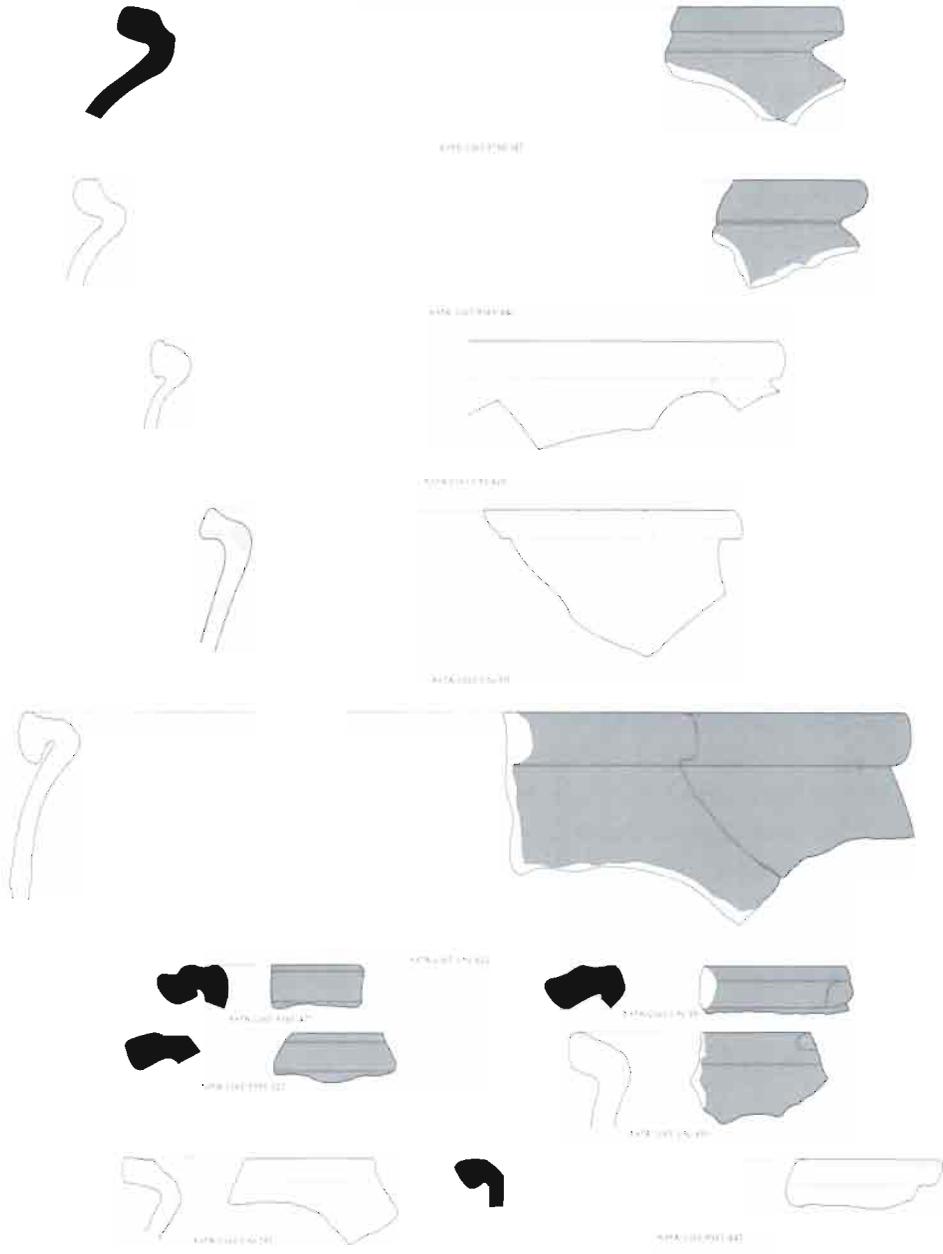


Figura VIII - Contenedores de cerámica còrsim. Campaña de Excavación de 1963. Museo de Albacete

tros oscilan entre 15-37 cm., por lo que contamos con piezas de tamaño mediano y grande. No obstante, la mayoría de los ejemplares no superaría los 20 cm.

Los 18 fragmentos pertenecen a un número mínimo de 13 recipientes, lo que supondría un 62% de los contenedores; un 2,8% de los de cerámica ibérica y un 2,6% de todas las piezas de 1963. La distribución espacial de los fragmentos se articula como sigue: 12 carecen de contexto; tres proceden de la Ladera norte y dos de la Cañada. No se conservan entre las piezas del M.A.N. ejemplares de cerámica de "Clase B" de tipo alguno. Durante los trabajos de Chapa se documentaron algunos fragmentos similares a los aquí expuestos (1980a, fig. 3.3, 7.4, 6 y 10) que, según la autora, tienen pasta gris. A falta de descripciones más completas resulta imposible determinar si son piezas pertenecientes al grupo por nosotros denominado "Cerámica gris"; al de la cerámica gris común, de pasta y acabado similar a la clara pero de cocción reductora, o a piezas toscas.

Los bordes corresponden, básicamente, a los mismos tipos de los contenedores de "Clase A". Así, contamos con una mayoría de labios ranurados, varios exvasados simples y alguno engrosado. Para los primeros ya hemos señalado los paralelos más claros, aunque las piezas más parecidas que hemos podido localizar se encuentran en el propio Cerro, entre los ejemplares clasificados como Contenedores grises (Fig. IV). Como paralelos concretos de algunas piezas hemos hallado recipientes de cocina muy similares en la cercana Villa de Hellín, datada a partir del s. I d.C. (Ramallo y Jordán, 1985) y en Lacipo, entre los s. I a.C. y I d.C. (Puertas, 1982, figs.23.84, 38.179, 74.461 y 104.719). Resulta interesante destacar que se conservan al menos seis tapaderas de caracteres técnicos similares a estas ollas y cuyos diámetros corresponden con los bordes de algunas de estas piezas (Fig. XIII). Para las piezas con labio engrosado de sección cuadrangular o trapezoidal localizamos ejemplares afines en El Tesorico (Broncano *et al.* 132-4, figs. 51.2, 3, 4, 5 y 7) así como en El Amarejo (Broncano y Blánquez, 1985, 38.20). También encontramos piezas similares en la, también próxima, necrópolis de la Hoya de Santa Ana (Blánquez, 1986, figs.150 y 328).

Como hemos apuntado, consideramos estos recipientes, de tamaño mediano y factura tosca, muy apropiados para las actividades domésticas cotidianas. Los especiales caracteres de su pasta y la ausencia de acabado cuidado les aporta una resistencia notable que sugiere un empleo en contacto directo con el fuego. Para aquellos hallados en el área del santuario, al encontrarse dentro de un espacio sagrado, debemos suponer una relación con actividades litúrgicas, probablemente vinculadas al fuego. En

cuanto a los recuperados en la Cañada, resulta probable su clasificación como recipientes usados para la preparación de alimentos. En lo que se refiere a su datación, hemos comprobado como existen paralelos que nos ofrecen una amplitud cronológica notable. En la provincia de Albacete hallamos piezas similares en El Tesorico, El Amarejo, La Hoya de Santa Ana o la Villa de Hellín, enclaves que ofrecen niveles desde el s. IV a.C. (El Tesorico o la Hoya) hasta época republicana (Hoya de Santa Ana) o altoimperial (Villa de Hellín).

Podemos concluir la amplia perduración de estas formas que, debido precisamente a su uso cotidiano, fueron utilizadas durante periodos de tiempo dilatados. Sin embargo, sí puede deducirse que las piezas especialmente diseñadas para ser cerradas con tapadera parecen tener una cronología más tardía que el resto. En este grupo la distribución espacial no aporta datos de relevancia ya que las piezas más abundantes e interesantes, las de labio renurado, aparecen indistintamente en la Ladera norte y la Cañada, aunque resultan, no obstante, más abundantes los fragmentos cuya localización desconocemos.

E. *KALATHOI*

Clase A, grupo II, tipo 7 y 10 de Mata y Bonet (1992).

Incluimos bajo esta denominación las formas cerámicas que presentan perfil abierto y simple –cilíndrico o troncocónico–, profundidad media y base plana o ligeramente convexa. Existen diversas variantes de labios; aunque los más característicos son de ala plana también se encuentran en forma de “pico de ánade”, moldurados, oblicuos y salientes. Por lo general no llevan asas. Dentro de estas características morfológicas pueden englobarse diversas formas que algunos autores han creído conveniente separar en grupos diferenciados: las piezas de “cuello estrangulado” –o tarros– y los “sombrosos de copa” propiamente dichos, de cronología posterior, y que presentarían un perfil recto (Mata y Bonet, 1992, 129-30).

La palabra *kalathos* fue tomada por la bibliografía del mundo clásico. Allí se utilizaba para designar cestos de mimbre y, por extensión, otros objetos que tuvieran forma similar, como recipientes de metal o tocados femeninos. Pero como forma cerámica es una creación propia de los alfareros ibéricos (Plá y Aranegui, 1981, 77). Los *kalathoi* son una de las formas cerámicas más abundantes durante los últimos siglos de la cultura ibérica, además de resultar la más característica.

Se considera a las piezas de cuello estrangulado, muy comunes en el SE de la Meseta y Andalucía, los ejemplares de mayor antigüedad. La mayoría aparecen a partir de mediados de s. IV a.C. (Aranegui y Plá, 1981, 78). Las formas de perfil recto tienen una cronología posterior. Algunos investigadores han querido ver en éstas una evolución formal de los tarros de "cuello estrangulado" aunque recientemente esta idea se ha puesto en entredicho ya que ambas formas conviven en ciertos yacimientos en un mismo periodo cronológico (Bonet y Mata, 1992, 130). Los "sombrosos de copa" empezaron a fabricarse en la segunda mitad del s. III a.C., probablemente en los talleres del actual País Valenciano (zona de Liria), y su producción continuó hasta época imperial (Conde, 1990). El s. II a.C. es el momento de expansión por todo el ámbito ibérico, siendo especialmente significativa su presencia en la región catalana (Conde, 1998a, 188).

Su funcionalidad ha sido muy debatida. El hecho de que sea, junto a las urnas de orejetas, la única forma típicamente ibérica que aparece fuera de la Península ha hecho pensar en que se tratara de contenedores de un producto determinado, típicamente hispano, que se importaría a distintos puntos del litoral mediterráneo (sobre todo al Golfo de León y la costa norte de la Península Itálica). Estas exportaciones, de procedencia casi exclusivamente catalana, no pueden datarse en ningún caso con anterioridad a momentos avanzados del s. II a.C. y se prolongaron durante el s. I a.C. (Conde, 1992, 137). Manteca, frutos secos, *garum* o púrpura son algunos de los productos propuestos, aunque también es posible que los *kalathoi* fueran recipientes multifuncionales, sin una utilidad concreta. En numerosas ocasiones los "sombrosos de copa" fueron utilizados como urnas cinerarias (Poyato, 1975; Cuadrado y Quesada, 1989, 58; García Cano, 1997, 142).

El *kalathos* presenta una configuración ideal para la decoración ya que posee una superficie amplia y regular como base (Conde, 1998b, 302). Así, la mayor parte de los ejemplares aparecen pintados. El estudio conjunto de estas decoraciones y las diversas variantes de perfiles y labios ha permitido una sistematización de las formas que posibilita hoy acercarnos con cierta fiabilidad a una estimación cronológica. Se ha propuesto la división de los "sombrosos de copa" en cinco grupos (Conde, 1992):

1. Producciones ampuritanas (grupo A, centrado a mediados del s. II a. C).
2. Producciones de Fontscaldes, con dispersión por todo el área catalana (grupo B, fechado entre finales del s. III-150 a.C. en su primera fase y entre la 2ª mitad del s. II y principios del I a.C. en la segunda).

3. Producciones del País Valenciano y el SE con decoración geométrica (grupo C, datado entre la 2ª mitad del s. III y principios del s. II a.C.).

4. Producciones del SE con decoración figurada del tipo Elche-Archena (grupo D, situado entre principios del s. II y el año 50 a.C.).

5. Producciones del valle del Ebro, ligados al estilo decorativo Azaila (grupo E, datado a lo largo del s. I. a.C.).

KALATHOI EN EL CERRO DE LOS SANTOS (Fig. IX)

Normalmente se han establecido las clasificaciones de *kalathoi* atendiendo a la relación entre perfiles, motivos pintados y su distribución. En el caso de los ejemplares del Cerro, su fragmentación impide que este análisis proporcione cronologías o paralelos todo lo concretos que sería de desear. Sólo la forma de los bordes y la escasa decoración que conservan nos permitirán obtener algunas conclusiones.

Procedentes de los trabajos de Fernández de Avilés contamos con, al menos, 12 ejemplares de "sombreros de copa" de los que como mínimo nueve presentarían decoración pintada (Fig. IX). Para la mayor parte de la piezas desconocemos el diámetro. Sólo hemos podido establecerlo para tres de los fragmentos, que oscilan entre 20-27 cm. Serían, por tanto, de tamaño mediano. Estos 12 *kalathoi* supondrían un 6,2% del total de la cerámica clara recuperada en 1963, un 2,6% de la cerámica ibérica y, por último, un 2,4% del total del material conservado. Desafortunadamente, la localización espacial de los fragmentos no resulta demasiado esclarecedora ya que la mayoría de las piezas carecen de contexto preciso. De las cinco restantes, tres proceden de la Cañada y dos fueron recuperadas en la Ladera norte del Cerro.

Todas las piezas decoradas presentan pintura de tonalidad rojiza, oscilando entre el rojo vinoso y el granate. Con frecuencia la parte superior del labio aparece decorada. Resulta complicado atribuir cada fragmento a un grupo tipológico concreto, al desconocer el perfil completo de las piezas así como la mayor parte de la decoración. De cualquier modo, hemos tratado de atribuir los distintos fragmentos a los grupo establecidos por Conde, conscientes de la dificultad de la empresa.

Los n.º 1-4 (Fig. IX) podrían pertenecer al grupo D-1, cuya producción se relaciona con el estilo pictórico Elche-Archena y, de modo más amplio, con el SE peninsular. Estas piezas tenían un perfil troncocónico, de paredes ligeramente abombadas y borde estrecho, plano y pendiente

IV. LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS



Figura IX - Kalathos, Campaña de Excavación de 1963. Museo de Albacete

hacia el exterior u horizontal. En general, nuestras piezas tienen también paredes finas, pastas depuradas y decoración en tonos vinosos intensos, características comunes en esta producción. Los tamaños de las piezas de este grupo son variables y la decoración se distribuye en un sólo friso decorativo, enmarcado por bandas, en el que se colocan los temas principales: geométricos, vegetales, animales o humanos (Conde, 1992, 132). Como hemos señalado, este último aspecto, la decoración, no puede ser contrastado con nuestras piezas.

Los fragmentos n.º 5, 6 y 8 (Fig. IX) pudieron pertenecer al grupo D-2, muy similar al anterior en cuanto a tipo de pastas y también relacionado con el estilo Elche-Archena. Sin embargo, las piezas presentan algunas diferencias con el grupo D-1, relacionadas con la estructura de los vasos y el tratamiento de los temas decorativos. Se trataría en este caso de formas de perfil cilíndrico, a menudo más ancho en su parte inferior, y borde casi siempre plano, horizontal o ligeramente inclinado. En cuanto a las decoraciones, este grupo presenta afinidades con el D-1, pero, asimismo, refleja conexiones con el estilo Oliva-Liria. En los dos subgrupos que conforman el grupo D, se incluyen ejemplares recuperados en la Alcudia de Elche, Archena, Albufereta, Hoya de Santa Ana, Corral de Saus o Cabecico del Tesoro, con una cronología entre la 1ª mitad del s. II y el 50 a.C. (Conde, 1990, 133-4).

El n.º 7 (Fig. IX) resulta un ejemplar singular debido a su perfil y a la decoración de la superficie interna. No hemos podido incluirlo en ninguno de los tipos estudiados por Conde ni hemos localizado paralelos concretos. Por último, el ejemplar n.º 9 (Fig. IX) podría incluirse dentro del grupo C, conjunto de piezas que la autora considera "a caballo entre el 'sombbrero de copa' y las formas *kalathoides* más antiguas". Se trata de un tipo muy frecuente en el País Valenciano y el SE, cuyo subgrupo más numeroso es el C-1, con labio en forma de "pico de ánade". Nuevamente nos encontramos con ejemplares de pastas finas y depuradas. Las decoraciones de este grupo son exclusivamente geométricas y en color rojo vinoso. Parece que el centro de producción más importante se localizaría en la zona de Liria. En cuanto a la cronología, éste sería el grupo más antiguo entre todas las formas de "sombbrero de copa", iniciándose sus producciones hacia la 2ª mitad del s. III a.C. o tal vez un poco antes, y alcanzando hasta principios del s. II a.C. Piezas de este tipo aparecen en El Amarejo, Cabecico del Tesoro, La Alcudia de Elche o El Cigarralejo (Conde, 1992, 130-1).

No es habitual encontrar *kalathoi* sin decoración, aunque sí existe algún ejemplo en las regiones murciana y levantina (Lillo, 1981a, 258;

Mata, 1991, 75, fig. 37.2, 5 y 6). Entre las piezas del Cerro se encuentran tres fragmentos de borde que pudieron pertenecer a esta forma y que no conservan restos de decoración alguna. Resulta complicado realizar una clasificación de estos fragmentos al carecer de estudios específicos. No obstante, consideramos plausible otorgar a los mismos una cronología similar a la del resto de los ejemplares, es decir, entre los s. III-I a.C.

Resulta prácticamente imposible recoger paralelos concretos de nuestras piezas debido al pequeño tamaño de los fragmentos. Asimismo, queremos reiterar el carácter meramente aproximativo de la clasificación propuesta, habida cuenta del tamaño de los restos tratados. Se trata, en cualquier caso, de producciones tardías con respecto a otras formas cerámicas también muy extendidas. Parece clara la inclusión de las piezas en los grupos de "sombreros de copa" del área del SE y Levante, en concreto en el círculo de influencia del estilo Elche-Archena, con una cronología del 200-50 a.C. También hemos relacionado algún fragmento con producciones algo anteriores, desde mediado el s. III a principios del II a.C., ligadas al área de Liria.

F. PLATOS

Ya tratamos la descripción, tipología e historia de esta forma en el capítulo referido a la cerámica gris. A él remitimos, pues, en este punto (ver cap. IV.3.1.3.D).

PLATOS DE PASTA CLARA EN EL CERRO DE LOS SANTOS (Figs. X-XI)

No haremos diferenciación entre platos, fuentes, cuencos o páteras, debido a que la fragmentación del conjunto impide clasificaciones precisas. Contamos con un total de 74 fragmentos procedentes de las campañas de Fernández de Avilés, todos recuperados en 1963. De ellos, 34 fragmentos no presentan decoración alguna y los 39 restantes se encuentran pintados.

De los fragmentos sin decorar 15 corresponden a bordes y 19 a bases. Si tenemos en cuenta su ubicación espacial, 10 fueron localizados en la Ladera norte, 12 en la Cañada y para los 12 restantes desconocemos su ubicación. Si nos atenemos al número mínimo de piezas, contamos con, al menos, 19 platos de cerámica clara sin decorar, que un 10% del total de la cerámica clara recuperada en 1963, un 4,1% de la cerámica ibérica y,

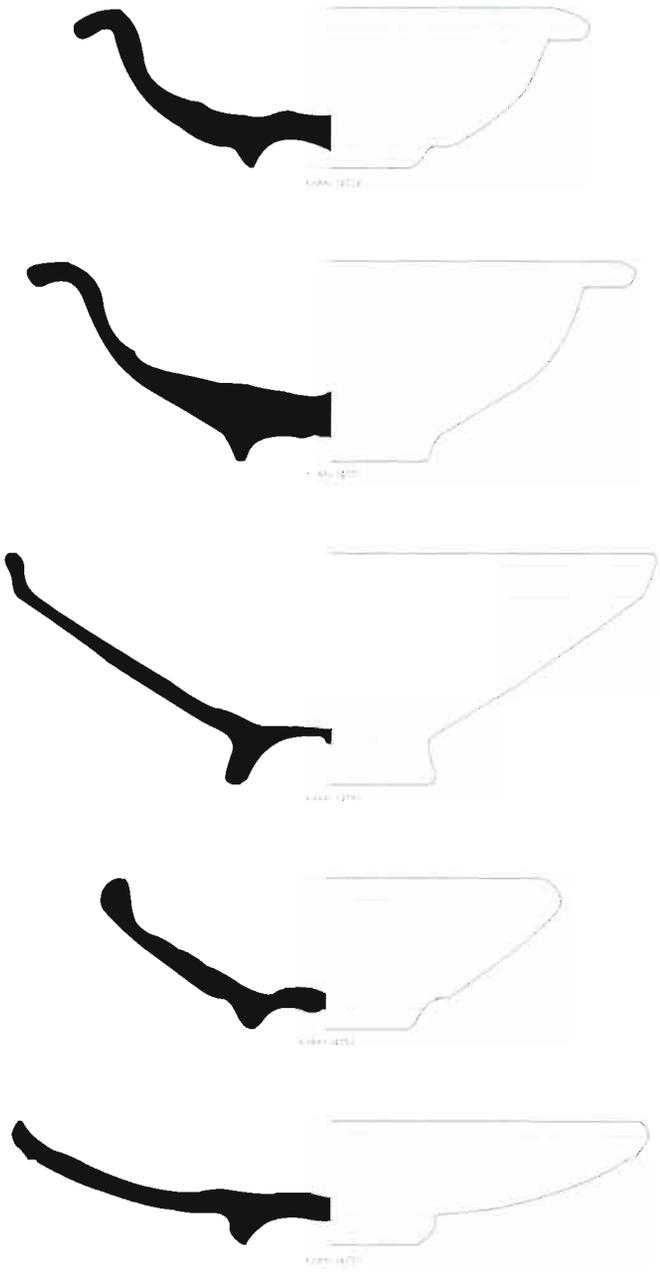


Figura X - Platos de pasta clara. Campañas de Excavación del s. XIX. MAN

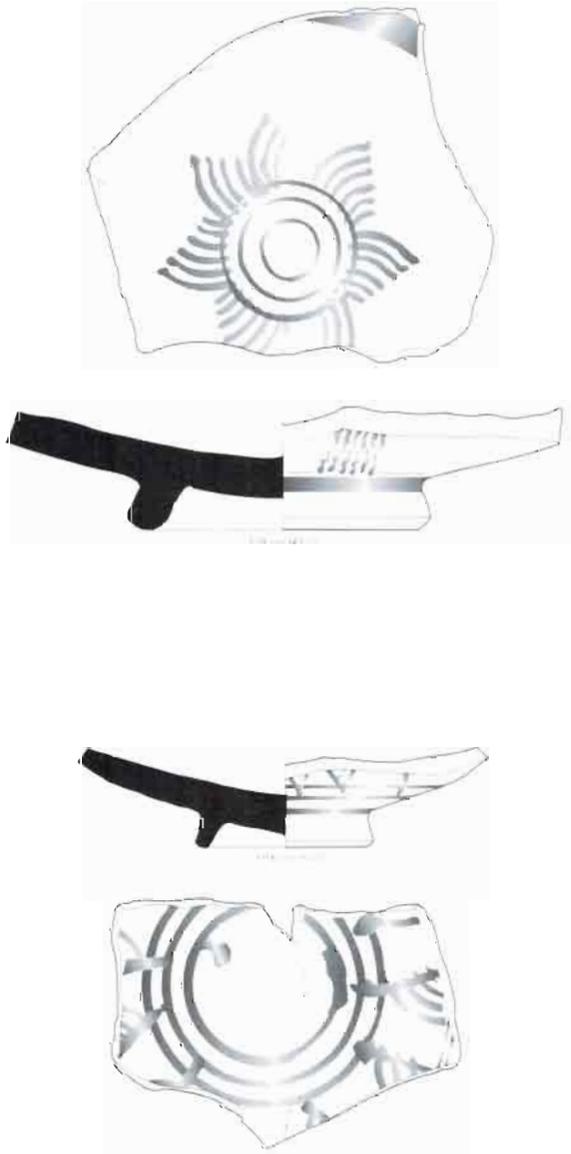


Figura XI - Platos de cista clara. Campaña de Excavación de 1963. Museo de Albacete.

por último, un 3.9% del total del material conservado. Sus tamaños oscilan entre 13-35 cm. de diámetro de borde, aunque la mayor parte no superan los 25 cm. En lo que a la tipología se refiere, nos encontramos con platos de borde sin diferenciar o escudillas; de borde reentrante o páteras y de borde exvasado.

En cuanto a las bases, podemos establecer dos subgrupos bien diferenciados: de pie anular alto y de pie anular bajo o indicado. El hecho de no conservarse en el Museo de Albacete ningún ejemplar completo nos impide estudiar la relación labio/base. Podemos, sin embargo, tratar de aproximarnos al problema a través de los materiales de otros yacimientos. En San Miguel de Liria se ha documentado como los platos grandes llevan generalmente pie alto mientras que los pequeños tienen pie bajo y anillado (Bonet, 1995, 413). Este hecho parece confirmarse, como veremos, con los escasos ejemplares completos procedentes del Cerro conservados en el M.A.N. (Fig. X).

Procedentes de la campaña de 1963 se conservan 39 fragmentos pertenecientes a platos decorados. De ellos, 18 son bordes y los 21 restantes bases. Su distribución espacial en el yacimiento se distribuye como sigue: 17 proceden de la Ladera norte; 14 permanecen sin localizar y los 8 restantes fueron recuperados en la Cañada. El número mínimo de piezas en este caso es de 21. Así, suponen un 52.5% del total de los platos, un 4,6% de la cerámica ibérica y un 4,3% del conjunto de los materiales recuperados en 1963. Los diámetros máximos de las piezas oscilan entre 14-32 cm., por lo que también podemos considerarlos de tamaño grande. Gracias a los diferentes tipos de bordes, se puede constatar la presencia de páteras; escudillas y platos de borde exvasado. Las bases presentan en general pies anulares, aunque también encontramos algún ejemplar con pie indicado y base convexa.

Las decoraciones aparecen pintadas en diversas tonalidades, desde diferentes gamas de rojo, a tonos naranjas o acastañados. Los motivos decorativos más frecuentes son las bandas paralelas, tanto en el interior como en el exterior de las piezas, en general asociadas a las piezas de borde reentrante. También resultan relativamente abundantes las decoraciones geométricas, combinando circunferencias y cuartos de circunferencias concéntricas, zig-zags, cabelleras, etc.

Entre el material conservado en el M.A.N. contamos con cinco ejemplares de platos realizados en pasta clara (Fig. X). Estas piezas se han conservado completas y en buen estado, consecuencia de una recogida selectiva del material. Encontramos los tres subtipos: borde exvasado, borde reentrante y borde sin diferenciar. Las bases llevan pies poco des-

arrollados a excepción del n.º 3, que presenta pie anular. Los diámetros máximos oscilan entre 12.7-18.5 cm., es decir, son de tamaño pequeño-medio. En lo relativo a las decoraciones, una de las piezas conserva restos de pintura de color rojo vinoso sobre el labio (n.º 3) y tres conservan en ambas superficies restos de un engobe blanquecino que probablemente las cubría por completo (n.º 1, 4 y 5).

También durante las campañas de excavación de Chapa se hallaron fragmentos de platos de cocción oxidante, tanto decorados (1980a, Fig. 3.5; Fig. 4.1 y 10; Fig. 5.4 y 9; Fig. 9.3 y 9) como sin decorar (1980a, Fig. 3.4; Fig.4.11; Fig.10.7 y 8). Estos fragmentos fueron recuperados en la Ladera norte y en la cata practicada en la prolongación del Cerro hacia el sur.

Trataremos de extraer conclusiones globales de los platos de pastas claras, sin diferenciar los ejemplares con o sin decoración. Podemos afirmar que nos encontramos ante una mayoría de platos con labios reentrantes frente a los otros dos subgrupos (de labio exvasado y sin diferenciar). Todas las páteras y escudillas pintadas presentan decoración de bandas y líneas paralelas, motivo ornamental muy frecuente en estos recipientes durante todo el periodo ibérico en un ámbito geográfico amplio. Este tipo platos con decoración lineal aparecen desde el área andaluza hasta el área levantina, pasando por el área murciana y el SE de la Meseta. Las cronologías que nos ofrecen oscilan entre los s. V-II a.C., aunque los ejemplares decorados a base de bandas y filetes horizontales resultan más frecuentes a partir de mediados del s. IV a.C.

En yacimientos como El Cigarralejo parece evidenciarse una perduración de los platos de borde reentrante o sin diferenciar, pintados, desde principios del s. IV al II a.C., sin un predominio especial de las formas en ningún momento concreto. Este hecho parece lógico a sus investigadores debido a la configuración sencilla o "natural" de la forma (Cuadrado y Quesada, 1989, 71). De este modo, queda patente cómo no resulta fácil encarar el problema de la cronología en este tipo de platos. Fueron piezas muy usadas y probablemente su misma sencillez morfológica provocó su perduración a lo largo de los siglos.

Un caso especial: un plato con decoración de pez (Lám. 15; Fig. XV, 1)

Entre los platos se conserva un fragmento de galbo que presenta una decoración singular: la figura pintada de un pez cuyas espinas han sido esgrafiadas. Fue recuperado en 1963 y no ha recibido un estudio exhaustivo

hasta el momento, aunque su existencia sí ha sido dada a conocer (Blánquez y Martínez, 1983, 69; Abad y Sanz, 1995a, fig. 2.21; Aranegui, 1996a, 407; Sanz, 1997, 127, fig. 51.408; Ramallo *et al.*, 1998, 57-8, fig. 28).

Resultan bien conocidos en la bibliografía los platos de pescado ibéricos, generalmente tratados como imitaciones formales de prototipos griegos o itálicos (Page, 1984, 111; Bonet y Mata 1988). Sus especiales características morfológicas –labio pendiente, paredes inclinadas, pie anular y cazoleta central– los hacen fácilmente reconocibles. También aparecen representadas con frecuencia sobre recipientes ibéricos figuras de peces (Ramos, 1990, 157-8; Nordström, 1973, 209; Sanz, 1992). Sin embargo, resulta curioso señalar cómo, a pesar de la relativa abundancia de los platos de pescado y de la inclusión de los peces en las decoraciones pintadas, no resulta habitual que los iberos representaran estos animales sobre los platos que, posiblemente, se usaban para consumirlos, como sucede en conocidos ejemplares griegos o itálicos (Aranegui, 1996a).

No obstante, sí existen en suelo ibérico algunos platos, aunque no del tipo “de pescado”, decorados con figuras de peces. Un reciente estudio monográfico ha revelado que la mayoría de estas piezas no aparece en lugares de hábitat, en relación con el consumo directo de alimentos, sino que, por lo general, se hallan en contextos funerarios o sagrados. Este hecho, junto a su recurrente decoración con una combinación de motivos vegetales tal vez relativos al mundo del “más allá” –roleos, espirales, brotes, flores...–, ha permitido plantear un significado ritual para estos recipientes, en los que se mostraría posiblemente una forma de entender la vida y la muerte. Estas concepciones filosóficas pudieron llegar a la Península a través de contactos con gentes itálicas, para las que un fenómeno similar se encuentra bien documentado. La hipótesis de estos contactos se ve apoyada por la cronología de la mayor parte de las piezas, entre 250-150 a.C. aproximadamente. Estaríamos ante diferentes centros de producción ibéricos que, compartiendo temas y motivos decorativos, crearían sus cerámicas propias imprimiendo en cada caso un estilo particular (Aranegui, 1996a).

El ejemplar procedente de El Cerro de los Santos representa parte de un pez pintado en color rojo oscuro, con las espinas y aletas grafitadas. La fragmentación de la pieza nos impide determinar el tipo concreto de plato del que formaría parte, así como el programa decorativo completo o la disposición concreta de la figura en el conjunto del recipiente. Teniendo en cuenta el resto de los platos antes aludidos, el pez pudo estar dispuesto a modo radial o, más probablemente, orientado con el vientre hacia el centro del plato y la aleta caudal hacia el exterior.

Nuevamente con esta pieza nos encontramos ante el problema de la datación precisa. A pesar de la fecha ofrecida por Aranegui para la mayoría de los platos recogidos en su estudio, dicha investigadora propuso para el fragmento del Cerro una cronología entre los s. II y principios del I a.C., atendiendo a la existencia de niveles tardorrepublicanos en el yacimiento (1996a, 409). Creemos, sin embargo, que es posible acercarnos algo más a la ubicación cronológica del fragmento a través del análisis de un tipo de decoración presente en la misma y no demasiado generalizado en ámbito ibérico: el esgrafiado sobre pintura.

La decoración grafitada sobre cerámica aparece en momentos tempranos de la cultura ibérica, aunque resulta una técnica poco frecuente (Mata, 1991, 141-2). Sin embargo, la decoración grafitada sobre pintura resulta una variedad aun menos común y que ofrece indicios cronológicos remarcables. Esta forma de decoración parece propia de ambientes ibéricos notablemente romanizados (Aranegui, 1993, 557). Se han localizado entre los materiales procedentes del nivel "Iberorromano" de la Alcudia de Elche algunos fragmentos en los que se utiliza esta técnica para señalar los nervios de las hojas, dentro del conocido estilo pictórico Elche-Archena (Ramos Fernández, 1983, 165). Dicho estrato, en el que por vez primera se documenta esta técnica en la Alcudia, puede datarse entre el 42 a.C. y mediados del s. I d.C. (Ramos Folqués, 1990, 247).

Encontramos nuevos ejemplos con este tratamiento en el área de Cartagena. El esgrafiado aparece normalmente asociado a motivos decorativos de carácter vegetal encuadrables en el estilo Elche-Archena, sobre todo en hojas de hiedra estilizadas. Encontramos esta peculiar decoración en fragmentos procedentes del Cerro del Molinete; en las fases I y IIb del Anfiteatro de Cartagena y sobre una urna cineraria de la necrópolis de la Torre Ciega (Ros, 1989, 71). Esta urna puede datarse en la 1ª mitad del s. I d.C. Junto a los tipos decorativos propios de estos momentos –hojas esquematizadas y guirnaldas de hojas de hiedra– aparece el esgrafiado como "técnica auxiliar de la pictórica", usada para poner de relieve ciertos elementos. Según Ros la aparición de esta técnica puede datarse en Cartagena hacia el cambio de Era o a principios del s. I d.C. (1989, 121-3). Finalmente, también en Caravaca se han recuperado fragmentos cerámicos con decoración similar (Ramallo *et al.*, 1998, 58) aunque desconocemos su contexto estratigráfico preciso.

Con todo lo expuesto podemos afirmar que el fragmento de El Cerro de los Santos formó parte de un plato pintado con decoración de peces, tipo bastante común en el levante peninsular y con alguna representación también en zonas más al interior. Parece posible atribuir a este grupo

de piezas un significado ritual, ligado a las creencias en el más allá, y ponerlos en relación con zonas de necrópolis y santuarios. En nuestra pieza, esta afirmación resulta completamente probada ya que sabemos que el fragmento procede de la Ladera norte, junto al lugar en el que estuvo localizado el edificio de culto. Las cronologías de los platos con decoración de peces conocidos en la bibliografía oscilan entre el 250 a.C. y el cambio de Era. No obstante, la singular técnica decorativa presente en la pieza procedente del Cerro nos inclina a considerar probable su ubicación cronológica hacia el final de este periodo o, incluso, en la primera mitad del s. I d.C.

G. ÁNFORAS

Clase A, grupo I, tipo I de Mata y Bonet (1992).

Las ánforas ibéricas son recipientes de gran tamaño, profundos, cerrados y de base inestable. Llevan por lo general dos asas de sección circular en el hombro. Sus perfiles son muy variados –ovoides, cilíndricos, apuntados...– y evolucionaron notablemente a lo largo de los siglos. En sus tipos, sobre todo en los más antiguos, se dejó sentir con fuerza la influencia de ejemplares fenicios y púnicos. Además de la diferenciación diacrónica de las formas, se dieron notables diferencias regionales lo que ha provocado numerosos estudios de carácter local (Pellicer, 1978; Ribera, 1982; González Prats, 1983a; Florido, 1984; Rodero, 1995).

Su función era de almacenamiento y transporte. Aunque generalmente se acepta su uso como contenedores de líquidos (vino o aceite) también se ha señalado la posibilidad de que en zonas de hábitat pudieran tener una función de silos para almacenar cereales u otros productos sólidos. Resultan materiales muy abundantes en los poblados ibéricos, constituyendo la forma más común en algunos (Blánquez y Olmos, 1993, 93; Soria, 1997, 72). También se encuentran de forma recurrente en necrópolis, donde en ocasiones adquieren la función de urnas cinerarias (Cuadrado y Quesada, 1989, 52). Aparecen repartidas por todo el ámbito ibérico y abarcan un amplio periodo cronológico, que comprende desde el Ibérico Antiguo hasta época iberorromana, cuando empiezan a utilizarse de forma masiva los tipos grecoitalicos, primero, y con posterioridad los romanos.

ÁNFORAS IBÉRICAS EN EL CERRO DE LOS SANTOS (Fig. XII)

Los escasos ejemplos con los que contamos están, siguiendo la tónica general del yacimiento, muy fragmentados. Se trata de algunos bordes, pintados y sin pintar, recuperados por Fernández de Avilés. Contamos con fragmentos de adscripción segura (Figs, XII, 1-3; Fernández de Avilés, 1966a, fig. 11.4) hallados en 1962-63 y algunos fragmentos más de perfil similar pero de clasificación más incierta (Figs. XII, 4-6). Lo reducido de las piezas imposibilita su clasificación en tipos concretos y, por tanto, dificulta un acercamiento cronológico preciso.

Los diámetros de las bocas oscilan entre 11-30 cm. Los perfiles de los labios responden a tipos bien conocidos, engrosados y de sección triangular o almendrada. Todos ellos tienen innumerables paralelos en yacimientos del área ibérica. Procedentes de la campaña de 1963 contamos con un número total de nueve fragmentos, tres llevan bandas pintadas sobre el borde y seis no tienen decoración alguna (Fig. XII). Estos nueve fragmentos suponen un número mínimo de otros tantos ejemplares, lo que significa un 1,9% de la cerámica ibérica recuperada en 1963 y un 1,8% del total del material. La ubicación espacial de las piezas es la siguiente: tres fueron recuperadas en la Ladera norte, dos en la Cañada y cuatro carecen de contexto preciso. En las catas de la Ladera se recuperó también un asa de sección circular que perteneció a un recipiente anfórico.

No se conservan procedentes de las campañas antiguas en el yacimiento fragmentos adscribibles a este tipo de piezas, salvo un asa muy similar a la ya tratada. En las excavaciones de Chapa se recuperaron nuevos fragmentos de ánforas (1984, 117).

El uso dado a estas piezas parece claro: se trata de recipientes de almacenaje y transporte de productos de consumo frecuente. Su aparición en el contexto del santuario las relaciona con las tareas básicas de aprovisionamiento de un recinto que tendría, como es razonable, un mínimo de población estable que se encargara de preservar y vigilar las instalaciones sagradas. Su existencia en las catas de la Cañada es asimismo explicable dentro de un contexto habitacional de probable carácter permanente. Cualquier aproximación a la cronología caerá forzosamente dentro de unos límites amplios ya que contamos de forma exclusiva con algunos bordes. Éstos representan a tipos comunes durante el Ibérico Pleno y Tardío, sin que resulte posible concretar una datación precisa.

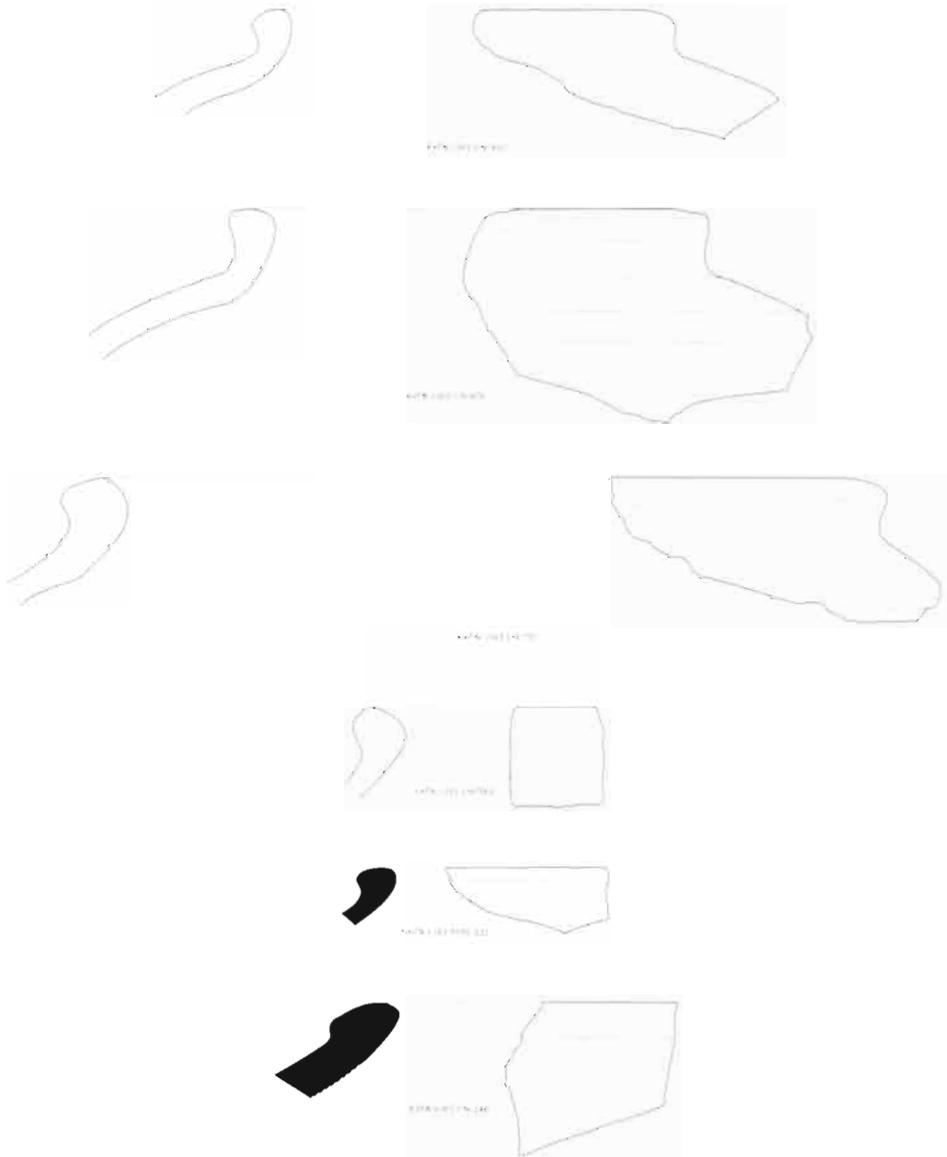


Figura 101 - Amuletos ibéricos. Campaña de Excavación de 1963 (Museo de Albacete)

H. TAPADERAS

Para conocer la información general sobre esta forma cerámica, ver el punto dedicado a las tapaderas dentro del capítulo de la cerámica gris (cap. IV.3.1.3.G).

TAPADERAS COMUNES Y PINTADAS EN EL CERRO DE LOS SANTOS (Fig.XIII)

Procedentes de las campañas de Fernández de Avilés se conservan 14 fragmentos de posibles tapaderas, todos ellos hallados en 1963. Diez no presentan decoración alguna (Fig. XIII) y los cuatro restantes llevan decoración pintada de bandas. Podemos distinguir tres subtipos: las producciones de "Clase A" (Fig. XIII. 7 y 10), las de "Clase B" (Fig. XIII. 1-6 y 9) y, finalmente, un ejemplar muy característico de época ya romana (Fig. XIII. 8).

Los ejemplares de cerámica más cuidada son seis. Cinco pertenecen a pomos, de los tipos discoidal, plano y macizo, y un sólo fragmento puede relacionarse con un borde. De ellos, cuatro llevan decoración pintada simple, consistente en series de bandas paralelas. Entre los materiales del Cerro conservados en el M.A.N. se encuentra también un pomo discoidal de tapadera pintada. Estas piezas pertenecen a formas bien conocidas dentro del repertorio tipológico ibérico.

De "Clase B" tenemos documentado un número mínimo de seis ejemplares. No contamos con ninguna pieza entera, aunque sí hay dos que conservan el perfil prácticamente completo. En las demás no se ha conservado más que parte del cuerpo, pero su morfología y tamaño, muy similares a los de las tapaderas más completas, nos han facilitado su segura clasificación dentro de este grupo. Los diámetros de las piezas oscilan entre 12,5-21 cm., con lo que podemos afirmar que cubrían recipientes de tamaño pequeño y mediano. Su distribución espacial en el yacimiento se distribuye por igual entre los dos puntos sondeados.

Estas piezas son muy abundantes en los poblados ibéricos y aparecen por lo general asociadas a tinajas u ollas de cerámica tosca (Mata y Bonet, 1992, 141). También son de aparición frecuente en contextos romanos republicanos e imperiales (Vegas, 1973, 53, fig. 18, tipo 17) sin que pueda establecerse una evolución morfológica concreta. Estas piezas cubrirían los recipientes de cerámica tosca con labio ranurado hallados en el yacimiento, con alguno de cuyos diámetros guardan relación directa. Este tipo de tapaderas aparece, con dimensiones y factura similar, en

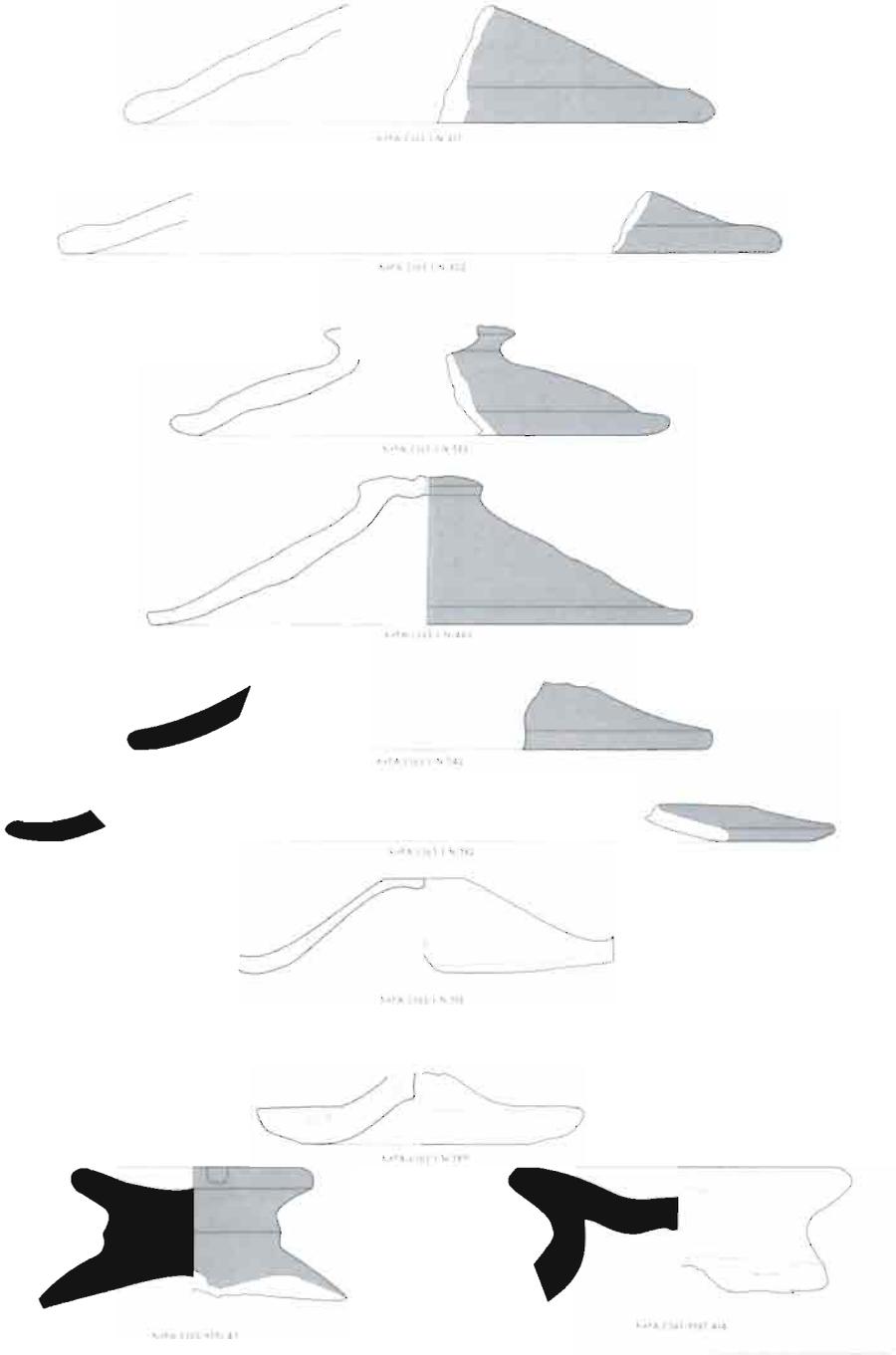


Figura XIII - Tapaderas. Campaña de Excavación de 1963. Museo de Albacete.

numerosos habitats del SE peninsular, como el poblado de Coimbra del Barranco Ancho (Molina *et al*, 1976, lám.XXII) o el cercano cerro de El Amarejo (Broncano y Blázquez, 1985, 183). Su cronología es amplia y perdura desde los momentos más antiguos de la cultura ibérica hasta bien entrado el periodo romano.

Por último, trataremos un tipo de tapadera claramente diferente. Se trata de un ejemplar que debemos asociar con la presencia romana en la zona (Fig. XIII, 8) cuyas características técnicas y formales nos remiten a producciones diferenciables de las propiamente ibéricas. La pieza puede ponerse en relación con la cubierta de ánforas. El ejemplar del Cerro pertenece al tipo 62.a de Vegas, definido como: "tapaderitas muy planas y a veces irregulares que terminan en un pequeño pomo que a veces puede estar agujereado" (Vegas, 1973, 149). Son conocidas en la bibliografía como "Honigtöpfdeckel" o "tapaderas para tarros de miel". Sin embargo, su factura similar a la de las propias ánforas así como hallazgos subacuáticos en los que se han encontrado tapando ánforas de salsa han facilitado su clasificación. En suelo hispano se encuentran ejemplares similares en contextos ibéricos tardíos, caso del Pajar de Artillo (Luzón, 1973, 46); el Tossal de la Cala o la Alcudia de Elche (Sala, 1992, 183, fig. 52) y en yacimientos plenamente romanizados como *Pollentia* o *Munigua* (Vegas, 1973, 149). La cronología de estas piezas es amplia. En la Península se han documentado ejemplares de época republicana y altoimperial pero se han hallado también algunos ejemplos en Ostia del s. III d.C. (Vegas, 1973, 149).

Contamos con un mínimo de 12 tapaderas entre las piezas de 1963. Éstas representan un 2,4% de la cerámica recuperada en aquel año. Entre ellas, las piezas de pasta tosca suponen un 50% mientras que las de "Clase A" son un 41% y la única pieza de carácter ya romano un 8,3%.

I. MORTEROS

Clase A, grupo V, tipo 4 de Mata y Bonet (1992).

Se trata de recipientes planos y abiertos con profundidad variable. Tienen una superficie interna rugosa que se consigue mediante la incrustación de pequeñas piedras o granos de arena, o bien a través de estrías en relieve muy marcadas. Las bases suelen presentar pie anular poco desarrollado. Parece que no son demasiado numerosos los ejemplares de cerámica en época ibérica (Mata y Bonet, 1992, 137) aunque sí se documentan en abundancia en algunos yacimientos (Bonet, 1995, 415, fig. 211).

En general no presentan decoración alguna. Resultan relativamente frecuentes en el mundo romano, quedando incluidos dentro del tipo 7 de la cerámica común (Vegas, 1973). Su función en el ámbito de la vida cotidiana parece clara. La rugosidad de la superficie interna los haría aptos para triturar, moler o mezclar alimentos, productos artesanales o, tal vez, rituales. Esta circunstancia supone que la presencia de este tipo de recipientes quede localizada casi exclusivamente en ambientes poblacionales siendo muy poco comunes en áreas de necrópolis y desconocidos, hasta el momento, en santuarios.

MORTEROS EN EL CERRO DE LOS SANTOS

Sólo contamos con una pieza, hallada en 1963, que no se conserva completa. Únicamente contamos con su base, que presenta las características comunes: gruesos granos de arena incrustados en la superficie interna que facilitarían la erosión de los productos tratados. La superficie externa del pie presenta una curiosa morfología ranurada de la que hemos encontrado paralelos en San Miguel de Liria (Bonet, 1995, fig. 106.0321).

No hemos encontrado ejemplares similares en los poblados ibéricos albacetenses. Sí hemos localizado un recipiente de este tipo en los niveles ibéricos tardíos de la necrópolis norte de El Tolmo de Minateda (Sanz, 1997, 46, fig. 15.141) aunque el estado incompleto del mismo nos impide asegurar que se tratara de una forma paralelizable a la nuestra. La pieza procedente del Cerro fue recuperada en la Ladera norte. No se conserva en el M.A.N. ningún fragmento que pudiera haber pertenecido a este tipo de recipientes. Por último, tampoco Chapa halló piezas similares.

Resulta complicado establecer una cronología para estos recipientes. Su configuración sencilla, adaptada a la funcionalidad, parece que no sufrió una evolución notable a lo largo de los siglos. Los ejemplares ibéricos bien datados que hemos encontrado pertenecen a los periodos Pleno o Tardío, con lo que se fechan a partir del s. III a.C.

J. VASOS CALADOS

Clase A, grupo V, tipo 2.1.1 de Mata y Bonet (1992).

Forma de tendencia cilíndrica y grandes dimensiones, abierta por los extremos y en la que fueron realizadas perforaciones, generalmente

geométricas, antes de la cocción. Suelen llevar decoración pintada en bandas, aunque se conocen también algunos ejemplos con motivos geométricos o figurados. No son piezas muy abundantes, pero sí se documentan algunos ejemplares en el levante y SE de la Meseta, resultando desconocidos hasta el momento en el área andaluza. Parece aceptable vincular el origen de este grupo a ambientes del Oriente mediterráneo de época antigua, ya que se conservan posibles precedentes de las piezas ibéricas en Chipre con una cronología del s. X a.C. Antecedentes aun más lejanos pueden hallarse en soportes del Próximo Oriente datados en el Bronce Medio y localizados en ambientes sacros (Lillo, 1991-2, 122).

Se ha documentado la presencia de soportes calados en poblados como El Amarejo (Broncano y Blánquez, 1985, 56, figs.18.95 y 137.276-7); San Miguel de Liria (Bonet, 1995, 415, fig. 22); La Bastida (Fletcher *et al.*, 1965, 92-3); El Puntal del Llops (Bonet, 1995, 415); El Oral (Abad y Sala, 1993, 224, fig. 52.3); El Puntal de Salinas (Soler, 1992, lám.7.A) y El Cerro de las Cabezas (Chapa, 1980a, 90; Vélez y Pérez, 1999, 49). Asimismo se han documentado piezas en ambientes de culto y necrópolis, curiosamente todos localizados en el área murciana: El Cigarralejo, El Recuesto (Lillo, 1981b, lám.IV.8 y 9) o La Luz (Lillo, 1991-2, 120-22, fig. 12).

No existe unanimidad de opiniones con respecto a su funcionalidad. Tal vez fueran utilizadas para soportar vasijas de base inestable (Bonet, 1995, 415) aunque también se ha planteado la posibilidad de que se tratara de “linternas”, que dejaran pasar la luz de lámparas de aceite a través de su especial decoración calada (Lillo, 1991-2, 122). Su presencia en santuarios nos acercaría a un significado simbólico o religioso, por lo que tal vez podemos relacionar estos vasos calados con los *leuteria* y *thymateria* del mundo itálico, destinados a ritos de purificación (Bonet, 1995, 415), opción ésta por la que nos inclinamos.

Existe una forma cerámica que, aunque en ambiente geográfico y cultural algo diferente, puede tal vez aportar información en cuanto al uso de estas piezas. Se trata de los llamados “*Thymateria* tipo Azaila”, estudiados por Beltrán Lloris (1976, 239-241). De perfil troncocónico, superficie pintada y, en algunos casos, perforaciones en el cuerpo, éstas piezas poseen, además, una pequeña cazoleta en su parte superior que lleva a interpretarlas como elementos de posible uso ritual. La datación propuesta para las piezas procedentes de Azaila es de los s. III-II a.C. Fernández de Avilés relacionó las piezas del Cerro con las procedentes de el yacimiento aragonés (1966a, 15).

En cuanto a la cronología, se ha dicho que aparecen mayoritariamente en el Ibérico Pleno (Mata y Bonet, 1992, 136). La pieza de El Oral

podría fecharse a principios del s. V a.C.; la del Recuesto en el s. IV a.C. (Lillo 1981a, 27), al igual que la de La Bastida, Las de El Amarejo, El Puntal dels Llops y San Miguel de Liria podrían situarse entre los s. III-II a.C. Finalmente, desconocemos el contexto estratigráfico de las halladas en el Cerro de las Cabezas y el Cigarralejo, aunque la cronología marco de ambos enclaves no las alejaría en exceso de lo aquí apuntado.

VASOS CALADOS EN EL CERRO DE LOS SANTOS (Fig. XIV)

Procedentes de la segunda campaña de Fernández de Avilés contamos con cuatro fragmentos cerámicos pertenecientes a este tipo de soportes. De los trabajos de 1962 se conservan otras cuatro piezas, clasificadas por Fernández de Avilés como pertenecientes a "portalucernas" o "pie cónico calado" (1966a, 41, Lám.XLV.c). El tipo de pasta y acabado de los ocho fragmentos es similar, por lo que podrían pertenecer a una misma pieza. Todos ellos son fragmentos de pared y tan sólo uno presenta un perfil significativo, probablemente perteneciente al hombro del vaso. Si atendemos al número mínimo de piezas, en el Cerro contamos con, al menos, un soporte calado, que supondría un 0,5% del total de las piezas realizadas en cerámica clara de la campaña de 1963 y un 0,2% de las de cerámica ibérica. Parte de los fragmentos fueron recuperados en la Ladera norte mientras que otros carecen de contexto concreto.

Procedentes de las campañas del s. XIX, se conservan en el M.A.N. 10 fragmentos de este tipo de recipiente (Fig. XIV). La totalidad de las piezas presenta decoración pintada sobre su superficie externa. Las decoraciones son, en general, de líneas y bandas, aunque se conserva algún fragmento con motivos algo distintos. Sólo en una ocasión aparecen pintados motivos figurativos, en este caso de tipo vegetal (ver cap.IV.3.2.5.1.B). Las tonalidades de la pintura utilizada son muy similares para todos los fragmentos, variando la gama de rojos entre el rojo oscuro y el rojo vinoso. Resulta relativamente común la bicromía en estas piezas, ya que cuatro de los fragmentos combinan los tonos rojos con el ocre. Las características técnicas y acabado coinciden para todos estos fragmentos, como también lo hacen con los fragmentos previamente estudiados y conservados en el Museo de Albacete. Asimismo, durante las excavaciones de Chapa pudo recuperarse un nuevo fragmento, hallado en la Ladera norte (1980a, 90, fig. 4.13).

Podemos concluir afirmando que el tipo "soporte o vaso calado" es una forma bien documentada en el Cerro, aunque la fragmentación de con-

IV. LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

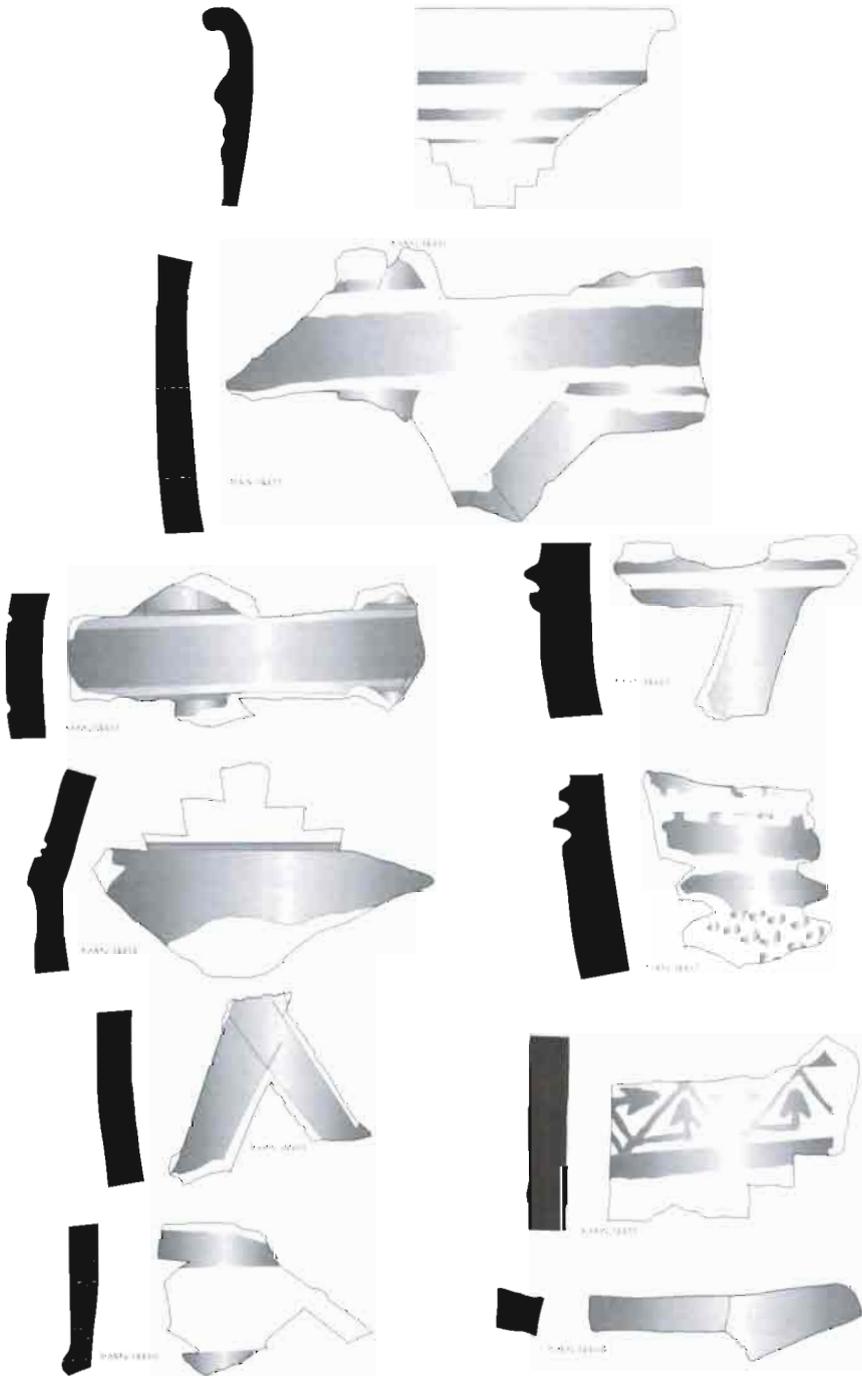


Figura XIV - Vasos calados. Campañas de Excavación del s. XIX. (MAN)

junto nos impide afirmar la presencia de más de un recipiente de este tipo. La mayoría de los fragmentos proceden de la Ladera norte del yacimiento mientras que sólo dos carecen de localización precisa. Ninguno procede de la Cañada. Estos significativos datos nos permiten vincular, sin ninguna duda, este tipo cerámico con el santuario propiamente dicho, lo que viene a realfirmar el supuesto significado sacro o litúrgico de este tipo de objetos. La datación de estas piezas en nuestro yacimiento resulta, una vez más, compleja. A tenor de las cronologías aportadas por los paralelos expuestos y, sobre todo, en aquellos ejemplares procedentes de ambientes de culto, no creemos aventurado situar la datación de estos recipientes entre los s. III-II a.C.

K. OENOCHOAI

Clase A, grupo III, tipo 2.1 de Mata y Bonet (1992).

Se trata de jarras cerradas y profundas, con un asa vertical, boca trilobulada y perfil variable (cilíndrico, troncocónico o globular). Por lo general presentan decoración pintada, aunque también se conocen ejemplares lisos y estampillados. La forma copia prototipos áticos (Page, 1984). Su morfología remite a un uso claro: contener y verter líquido. Resultan piezas comunes en poblados, por lo que se las ha relacionado con la vajilla de mesa y el consumo de líquidos, probablemente vino. También aparecen de modo frecuente en ambientes funerarios, donde se ha asociado su uso a rituales de libación. Presentan una cronología desde el s. IV hasta el II a.C.

OENOCHOAI EN EL CERRO DE LOS SANTOS

Durante las campañas de Fernández de Avilés sólo se recuperó un pequeño fragmento de borde perteneciente a este grupo formal, hallado en 1962. Proviene de la zona del pico vertedor y presenta restos de decoración pintada (Fernández de Avilés, 1966a, fig. 8.39). Lo reducido del fragmento no permite un acercamiento a la posible morfología de la pieza o al tipo de decoración. Durante las campañas de excavación de Chapa se recuperaron restos de otro posible ejemplar. En esta ocasión se trataba de varios fragmentos del cuerpo de una jarra estampillada (Chapa, 1980a, 100, fig. 10.10). Sus especiales características posibilitan asociar la pieza con una producción del SE de cronología bastante precisa, centrada en la

segunda mitad del s. III a.C. (ver cap. IV.3.2.5.2). No se conserva en el M.A.N. fragmento alguno que pueda relacionarse con esta forma.

IV.3.2.4. FORMAS PRESENTES EN EL YACIMIENTO NO DOCUMENTADAS EN 1962-63

A. EMBUDOS

Clase A, grupo V, tipo 6.1 de Mata y Bonet (1992); Tipo 19 de Vegas (1973).

Se trata de recipientes de cuerpo troncocónico o globular terminados en un apéndice alargado y hueco. No resultan comunes en el mundo ibérico aunque esporádicamente aparecen en toda en área mediterránea y el sur peninsular. En el SE encontramos ejemplares en territorio murciano, en Los Molinicos (Lillo, 1981, 168) y Coimbra del Barranco Ancho (Page *et al.*, 1987, 18-9). Asimismo en la Edetania se han documentado algunas piezas (Bonet, 1995, figs. 6 y 215). También fueron formas frecuentes durante todo el periodo romano (Vegas, 1973, 55, fig. 18). En la provincia de Albacete se ha recogido el fragmento de una pieza similar a la nuestra en La Cueva, asentamiento romano con materiales ibéricos (Sanz, 1997, 85, fig. 34.254).

Su utilización antigua sería similar a la actual: el transvase de líquidos. Sin embargo, se ha sugerido para algunas piezas un uso relacionado con la apicultura (Molina, 1989). En época romana los embudos, denominados *infundibula*, pudieron también relacionarse con el consumo del vino (Beltrán *et al.*, 1999, 146-7). La cronología de los ejemplares ibéricos señalados es de los s. IV-III a.C. En cuanto a las piezas romanas, éstas alcanzan cronologías amplias, perdurando básicamente los mismos tipos hasta época bajoimperial.

EMBUDOS EN EL CERRO DE LOS SANTOS (Lám. 17)

Sólo se ha documentado un ejemplar, recuperado durante las campañas decimonónicas¹⁰. Se trata de una pieza singular, con cuerpo de per-

¹⁰ N.º Inventario: MAN./14.744.

fil similar a los pequeños caliciformes documentados en el Cerro y con el apéndice inferior muy alargado y estrecho, en comparación con ejemplares ibéricos o romanos conocidos en la Península. Las piezas ibéricas documentadas en el Levante y SE peninsular no guardan un parecido formal claro con la nuestra. El paralelo más próximo, geográfica y tipológicamente hablando, se encuentra en el yacimiento albacetense ya mencionado de La Cueva, a pesar de que únicamente conserva el apéndice inferior (Sanz, 1997, fig. 34.254). Debido a la falta de paralelos, no parece factible apuntar una datación concreta para el ejemplar del Cerro. No obstante, la similitud de la parte superior de la pieza con los caliciformes documentados en extenso en el santuario, nos inclina a proponer para el embudo una cronología semejante a la de aquellas piezas, es decir, entre los s. IV-II a.C. Asimismo, su singular morfología y escaso parecido formal con piezas ibéricas o romanas, nos hace concebir la posibilidad de su uso en actividades de tipo ritual.

IV.3.2.5. LAS DECORACIONES

IV.3.2.5.1. DECORACIÓN PINTADA

Es la técnica decorativa más representada en el yacimiento, con una gran diferencia porcentual con respecto a las demás. Un 40% de la cerámica ibérica común aparece pintada. La mayoría de las piezas lleva decoración monocroma, aunque debemos constatar la existencia en el conjunto de once fragmentos bícromos y dos policromos.

A pesar de que generalmente se consideran las producciones policromas indicativas de cronologías antiguas, de acuerdo a trabajos clásicos (Vall y Plá, 1969), no creemos que esta técnica pictórica tenga idéntico valor cronológico para todos los casos. Si bien algunas producciones bícromas localizadas en zonas concretas de la geografía levantina pueden asociarse al Ibérico Antiguo (Mata, 1991, 133-6) para piezas procedentes de otros yacimientos esta datación, propuesta hace más de tres décadas, no parece tan fiable. Así, se documentó una cantidad importante de piezas pintadas en varios colores en El Amarejo, datado entre los s. IV-III a.C. (Broncano y Blánquez, 1985; Broncano, 1989); también se encuentra policromía en todos los niveles del Cerro Macareno, desde el horizonte fenicio hasta el iberorromano (Pellicer, 1982, 378) o en el Pajar de Artillo (Luzón, 1973, 50) y Torreparedones (Cunliffe y Fernández, 1999, 265) en niveles ibéricos tardíos. De este modo, creemos poder ratificar que las piezas policromas aquí presenta-

das no tienen necesariamente una datación antigua, sino que son, con mayor probabilidad, consecuencia de producciones o talleres específicos.

Hoy por hoy resulta imposible establecer una secuencia evolutiva lineal para los diferentes motivos decorativos. Sabemos que no surgieron todos al mismo tiempo y que, asimismo, existen diferencias temporales entre la aparición de un mismo motivo en distintas regiones. No obstante, a pesar de las limitaciones actuales en el conocimiento de las producciones ibéricas, parece posible englobar los diferentes elementos ornamentales en periodos cronológicos más o menos amplios, que permiten realizar una valoración global aproximada de los fragmentos procedentes del Cerro.

A. Motivos geométricos

Al igual que en la totalidad de los yacimientos ibéricos, los motivos decorativos más frecuentes en la cerámica del Cerro son los geométricos. Entre ellos dominan las **bandas y líneas horizontales** paralelas que, generalmente en tonos vinosos, recubren buena parte de la superficie visible de los recipientes. Estos motivos son muy frecuentes en todas las producciones ibéricas desde momentos antiguos hasta época tardía, variando su disposición y protagonismo según el momento cronológico y el ámbito geográfico. La importante fragmentación de la muestra a la que nos enfrentamos impide, teniendo en cuenta estos datos, ahondar en el análisis de la disposición de los motivos y su relación con cada grupo formal concreto.

Resultan también muy frecuentes las **circunferencias, semicircunferencias y cuartos de circunferencias concéntricas**. Estos motivos aparecen en ocasiones combinados entre sí y, habitualmente, asociados a bandas horizontales. Son elementos esenciales en la decoración geométrica ibérica y aparecen a partir del s. V a.C., pero, mientras que las semicircunferencias concéntricas perduran hasta prácticamente el cambio de Era, parece que las circunferencias completas no se representan después del s. III a.C. (Ros, 1989, 63). En cuanto a los cuartos de circunferencia concéntricos, se trata de temas muy conocidos en los s. IV-III a.C., resultando prácticamente inexistentes en épocas posteriores (Ros, 1989, 66). En los vasos más antiguos todos estos componentes constituyen la decoración principal mientras que, a partir del s. III a.C., pasan a ser secundarios dentro de las composiciones más complejas de los estilos figurados.

También encontramos entre las cerámicas del Cerro motivos conocidos como **cabelleras y tejadillos**. Estos motivos se asocian a la decoración geométrica compleja, ya que suponen el uso del pincel múltiple (Sala,

1992, 124). Parece que su aparición podría situarse a principios del s. IV a.C. y que su uso perduraría hasta el s. I a.C., aunque se reduciría notablemente con la aparición las decoraciones naturalistas. Los **dientes de lobo** son otro de los motivos más característicos de la cerámica ibérica. También encontramos algunos ejemplos en el Cerro. Estos motivos, pequeños triángulos tangentes entre sí, suelen aparecer representados en los bordes, internos o externos, de recipientes generalmente cerrados (Sala, 1992, 128). Resultan muy comunes en los bordes planos de los *kalthoi*, datados en época ibérica tardía.

Otros motivos comunes en las decoraciones ibéricas geométricas se pueden encontrar también, aunque de modo testimonial. Los **zig-zags** no aparecen sino de forma esporádica en el yacimiento. Son motivos secundarios bastante frecuentes en las decoraciones levantinas en los s. III-II a.C., y representan una evolución y esquematización de motivos más antiguos, como las bandas de rombos.

Encontramos entre los fragmentos decorados del Cerro algunos motivos que nos remiten a un área geográfica y momento cronológico concreto: el SE y la costa levantina en época ibérica tardía. Los **reticulados** no resultan tan abundantes en la cerámica ibérica como el resto de motivos estudiados hasta el momento. Estos tipos se generalizan a partir del s. II a.C., perdurando hasta el I d.C. (Ros, 1989, 61-3). En la provincia de Albacete hemos hallado algunos paralelos en el Tomo de Minateda (Sanz, 1997, figs.17.157; 20; 52.418; 54.426) o la Piedra de Peñarribia (Lillo, 1988) todos ellos pertenecientes a contextos ibéricos tardíos. Tampoco los **arcos secantes entrelazados** tienen una dispersión geográfica o cronológica destacada. Su producción parece centrarse en los s. II-I a.C. (Nordström, 1973, 141) con perduraciones, resultando relativamente comunes en el Levante peninsular. Son motivos frecuentes en la Alcuía de Elche, sobre todo en el estrato "Iberorromano" (Ramos Fernández, 1983, lám.D.4). Contamos con paralelos de este elemento decorativo en yacimientos de la misma provincia de Albacete: la Hoya de Santa Ana (Blánquez, 1986, t.IV, fig. 422), la villa de Hellín (Ramallo y Jordán, 1985, fig. 8bis.9), el Tolmo de Minateda (Sanz, 1997, fig. 22) y Mahora (Roldán, 1986-7, fig. 2.D), todos ellos datados en contextos ibéricos tardíos y, en algún caso, posteriores al cambio de Era.

B. Motivos fitomorfos o vegetales

El estudio de este tipo de decoración ha experimentado notables avances en los últimos años gracias a una línea de investigación novedosa en nuestro país, el análisis de los elementos iconográficos, que ha tenido como principal impulsor a R. Olmos. Últimamente, la tesis doctoral de Tortosa (1999) ha propuesto interesantes avances en este sentido, centrados en la cerámica de origen ilicitano. La decoración vegetal aparece representada sobre cerámica ibérica a partir de finales del s. IV a.C., perdurando hasta el periodo romano imperial. No obstante, los motivos decorativos y su modo de representación variaron notablemente con el paso del tiempo, por lo que resulta posible localizar cronológicamente la mayor parte de los elementos dentro de periodos temporales relativamente concretos. Entre los fragmentos decorados del Cerro hemos hallado únicamente tres motivos vegetales: dos hallados por Fernández de Avilés y el tercero en el s. XIX.

En 1962 se recuperó en la Ladera norte del Cerro un fragmento en el que aparece representada una guirnalda de **hojas de hiedra** (Fernández de Avilés, 1966a, 34-5, fig. 6.3, Lám. XLV.b). Estos motivos son muy comunes en el litoral levantino y, en general, en el ámbito de influencia del estilo Elche-Archena durante los s. III-I a.C. Con una temática similar, aunque tratada de forma más esquemática, contamos con otro fragmento, procedente de las excavaciones decimonónicas (Fig. XIV, 8). Desconocemos su origen preciso aunque sabemos que procede del promontorio, lugar donde se intervino en aquellas campañas. Se trata de un fragmento bícromo de vaso calado en el que aparece representada una guirnalda esquemática de hojas de hiedra, de color rojo vinoso, sobre fondo ocre. La localización geográfica de este tipo de motivos es similar a la anterior, aunque su datación podría ser algo más tardía al tratarse de una representación más abstracta del mismo tema.

Estas representaciones vegetales tienen abundantes paralelos en el área levantina, tanto en el estilo Oliva-Liria (Elvira, 1979, 214) como en el Elche-Archena (Sala, 1992, 120). Se han ofrecido diversas hipótesis acerca del posible origen de estas decoraciones en ámbito ibérico. Pudieron tener un referente en las producciones de engobe blanco del tipo *lagynus* (s. II-I a.C.) o en los boles helenísticos con decoración en relieve (Aranegui, 1993, 556). En cualquier caso, estas representaciones adquirieron gran popularidad entre los alfareros del SE y Levante, quienes convirtieron los supuestos prototipos foráneos en motivos típicamente ibéricos.

También aparecen estas características guirnaldas en yacimientos albacetenses, lo que nos acerca a las relaciones de esta región geográfica con el Levante durante los últimos siglos de la cultura ibérica. Se han hallado representaciones vegetales de este tipo, con variantes, en la Hoya Santa Ana (Blánquez, 1986, t.IV, fig. 424; Sanz, 1997, fig. 24.181); Lietor (Sanz, 1997, fig. 55.429) y el Tolmo de Minateda (Sanz, 1997, fig. 15.140 y 22), todos ellos con cronología ibérica tardía o, en algún caso, claramente romana (Sanz, 1997, 61).

El tercer fragmento con temática vegetal fue recuperado en la Cañada en 1963. En esta ocasión nos encontramos con un elemento denominado **brote de hoja** que, normalmente, se representa relleno por reticulados oblicuos. Su significación parece vinculada a los fenómenos de "nacimiento y continuidad de la Naturaleza vegetal" (Tortosa, 1996b, 188). Este elemento resulta el más frecuente dentro de la gama de motivos vegetales y tuvo una larga perduración: desde el s. IV hasta fines del I a.C. (Nordström, 1973, 142). Su distribución espacial se localiza en el SE y Levante. Debido a lo común del tipo expondremos únicamente paralelos en la provincia de Albacete. Así, se han documentado brotes en el Tolmo de Minateda (Sanz, 1997, fig. 15.139 y 54.424); Hoya de Santa Ana (Blánquez, 1990a, fig. 99) o La Casa Grande de Alcalá del Júcar (Sanz, 1997, fig. 42.341), todos ellos insertos en un marco cronológico de época iberorromana.

C. Motivos figurados: zoomorfos y antropomorfos

Contamos con varios fragmentos cerámicos con representaciones figuradas. Aunque no son relevantes desde el punto de vista porcentual, sí resulta muy interesante su estudio, al igual que en el caso de la decoración vegetal, de cara a englobar el yacimiento en áreas culturales y periodos cronológicos concretos. Procedentes de las campañas de Fernández de Avilés contamos con dos fragmentos con decoración humana y uno con decoración animal. Durante las campañas de excavación de Chapa se recuperaron un tercer fragmento con representación humana y un segundo con decoración animal.

El primer fragmento con decoración humana fue hallado en 1962 (Fernández de Avilés, 1966a, 34-5, fig. 6.1). Con posterioridad se ha hecho alguna referencia a la pieza (Abad y Sanz, 1995a, 75, fig. 2.19; Sanz, 1997, fig. 54.427). En él aparece reflejado un personaje masculino con la cabeza de perfil y el cuerpo de frente, levantando el brazo derecho. La

IV. LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

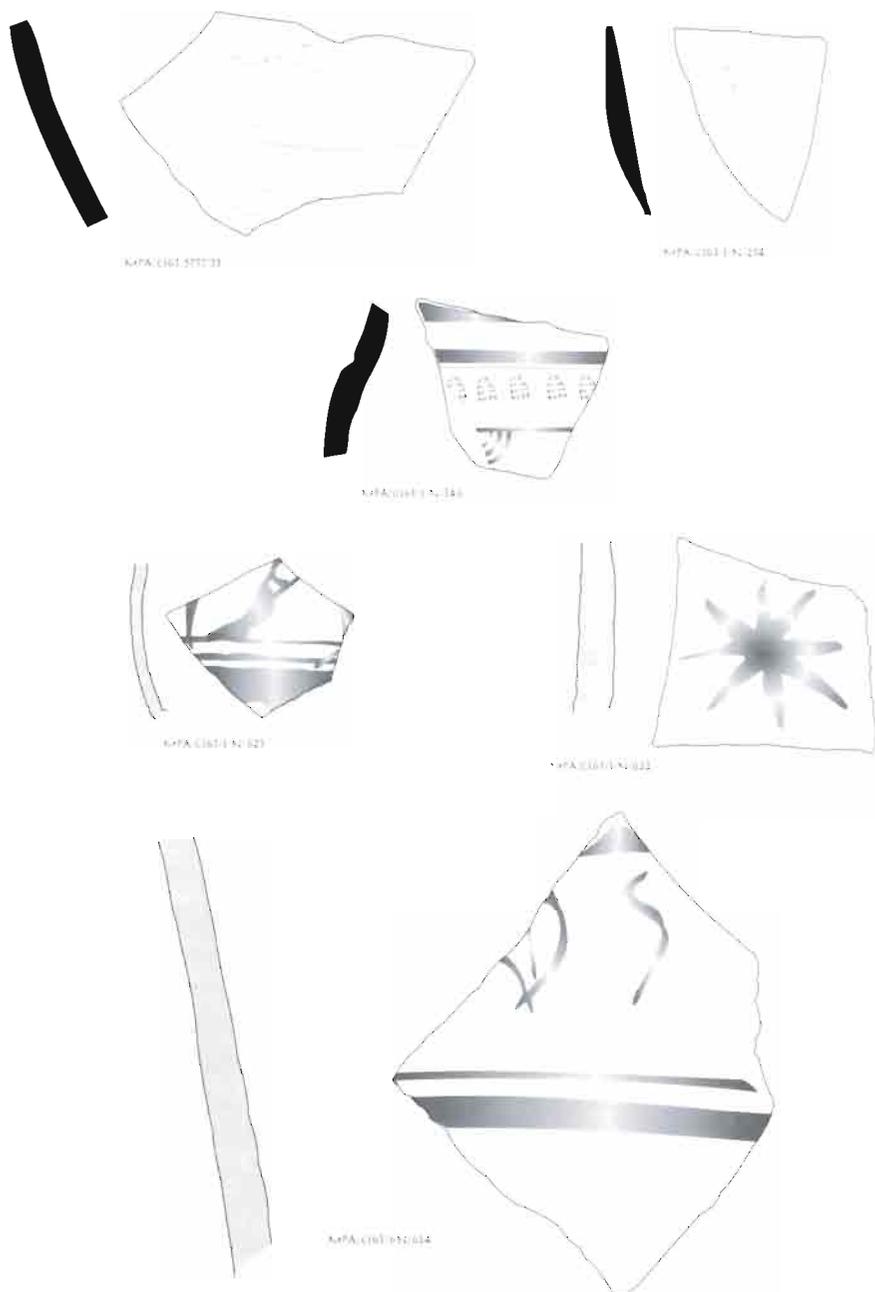


Figura XV - Fragmentos cerámicos con decoración singular. Campaña de Excavación de 1963. Museo de Albacete.

figura tiene el rostro pintado mediante la técnica de contorno y el cuerpo, bastante perdido, parece silueteado. Fue recuperado en las catas de la Ladera norte del promontorio. La postura de la figura se ha puesto en relación con algunas representaciones humanas procedentes de Liria y Alcorisa (Abad y Sanz, 1995a, 75).

En 1963 se recuperó en la Cañada un segundo fragmento cerámico hasta la fecha inédito. Representa la parte inferior de la pierna de un personaje masculino, que porta una bota y, posiblemente, greba (Fig. XV, 4). La pierna parece realizada mediante contorno mientras que la bota se ha representado en silueta. Por último, un tercer fragmento con representación humana fue documentado por Chapa (Chapa, 1984, fig. 3.7; Maestro, 1989, fig. 117.b; Abad y Sanz, 1995a, fig. 2.20; Sanz, 1997, fig. 54.428). En el mismo aparecen representados dos personajes masculinos, afrontados en probable actitud de lucha, de los que sólo se conserva la mitad inferior. Ambas figuras calzan botas y, entre ellas, aparece representado un elemento que se ha interpretado como la parte inferior de un “escudo oblongo” (Chapa, 1984, 116) o de una vasija, al estilo de conocidos ejemplares aragoneses (Maestro, 1989, 323). El tipo de representación se vale nuevamente de la técnica de contorno. En este caso, la pieza fue recuperada en la cata n.º 4 de Chapa, localizada en una zona de leve ascenso a la colina situada al sur del yacimiento. La autora fechó los niveles en los que se localizó en época ibérica muy reciente (Chapa, 1984, 119).

En lo que se refiere a representaciones zoomorfas, sólo se han recuperado en el Cerro dos fragmentos cerámicos. Uno de ellos, estudiado con anterioridad, representa la figura de un pez realizado con técnica de esgrafiado (Lám. 15; Fig. XV, 1). El segundo fragmento fue documentado por Chapa (1984, fig. 3.10) y representa, en silueta, las cuatro patas, muy estilizadas, de un animal indeterminable (tal vez un caballo), ya que nos falta gran parte del tronco y la cabeza del mismo. Esta pieza fue localizada también en su cata n.º 4, por lo que se fecha en época ibérica reciente.

Las decoraciones figuradas en la cerámica ibérica, sobre todo las antropomorfas, constituyen los elementos más característicos de las producciones de San Miguel de Liria y se datan a partir del último cuarto del s. III a.C. (Bonet, 1995, 447), aunque se conozca algún ejemplo más antiguo (Aranegui, 1993, 555; Conde, 1998b, 292ss.). El estilo se extendió rápidamente por distintos puntos de la Región Valenciana, perdurando en los siglos posteriores. A pesar de ser más abundantes esta región, representaciones humanas y animales sobre cerámica no son desconocidas en yacimientos ibéricos e iberorromanos del área albacetense (Abad y Sanz, 1995a). El Tolmo de Minateda, la Villa de Hellín o Elche de la Sierra han

proporcionado ejemplares antropomorfos. Las representaciones animales, en contra de lo que ocurre en nuestro yacimiento, son muy superiores numéricamente hablando a las humanas en el conjunto de la provincia: Tolmo de Minateda, Cola de Zama norte, Villa de Zama, Elche de la Sierra, la Piedra de Peñarrubia...

D. Ejemplos singulares de decoración pintada

En las excavaciones de Fernández de Avilés se localizaron tres fragmentos cerámicos con decoración pintada singular. El primero, recuperado en 1962, fue publicado años después por su descubridor, quien no le concedió gran protagonismo (Fernández de Avilés, 1966a, fig. 6.2, lám.XLV.a). Con posterioridad, el fragmento ha sido revisado e interpretado de forma novedosa (Ramallo *et al.* 1998, 56-7, fig. 27; Noguera, 1998, 151, fig. 1; Ramallo y Brotons, 1999, 172, fig. 147). Para estos investigadores, el elemento pintado sobre el fragmento de borde no sería sino “la representación del capitel jónico de una columna que se superpone a la del frontón de un templo (...) rematado por lo que podríamos interpretar como una acrótera” (Ramallo *et al.* 1998, 56-7).

Esta interpretación reafirmaría la teoría propuesta por los mismos investigadores de la existencia en el Cerro de un santuario de tipo itálico de época republicana. Los estudiosos van más allá sugiriendo la posible existencia de columnas exentas de carácter sacro en algunos santuarios ibéricos, tal y como aparece representado en el conocido fragmento cerámico de Santa Catalina del Monte (Jorge, 1969). En el caso concreto de El Cerro de los Santos, la columna representada sobre el fragmento cerámico significaría el elemento de culto en época ibérica y, posteriormente, se vería complementada con la construcción del edificio templar, a modo de depósito de exvotos (Ramallo y Brotons, 1999, 172). No se ha realizado hasta la fecha ninguna aproximación a la datación del fragmento cerámico, aunque podemos pensar que ésta no debe remontarse más allá del ecuador del s. II a.C., momento en el que podría fecharse la construcción del templo.

El segundo fragmento singular fue recogido en 1963, por lo que ha permanecido inédito (Fig. XV, 5). Se trata de un pequeño fragmento de galbo decorado con una estrella de ocho puntas en color rojo vinoso. Este motivo resulta relativamente frecuente en las decoraciones pintadas de época tardía. Hemos encontrado motivos similares, aunque más esquemáticos, en la compleja gama iconográfica de la cerámica edetana (Ballester

et al., 1954, 103). En el SE de la meseta sólo hemos localizado un ejemplar cerámico que contenga un elemento asimilable, un gran *pithos* procedente de La Piedra de Peñarrubia (Lillo, 1988; Sanz, 1997, 71, fig. 28). En el recipiente aparecen representados un lobo macho y uno hembra formando un friso que supone la escena principal. Bajo la hembra aparece una estrella de ocho puntas rodeada por 11 pequeños puntos. Lillo interpretó este motivo como posible representación astral, tal vez identificada con la luna, en contraposición con el elemento solar que aparece bajo la figura del lobo macho. Esta hipótesis aparece en el vaso de la Piedra de Peñarrubia fuertemente relacionado con el carácter religioso y apotropaico del propio animal (Lillo, 1988, 142ss.). Aunque carece de contexto preciso podemos encuadrar la vasija decorada de la Piedra de Peñarrubia hacia el s. II a.C., de acuerdo con el resto de los materiales recogidos por la zona (Sanz, 1997, 71). Creemos aventurado interpretar el fragmento del Cerro en términos similares, por lo que nos limitaremos a otorgarle un carácter singular, posiblemente asociado a una representación astral, y una cronología incierta, que bien pudiera ser tardía.

Por último, contamos con una tercera pieza con decoración singular (Fig. XV, 6). Se trata de un fragmento de galbo decorado con bandas paralelas rojo vinosas en el que aparecen representados dos caracteres alineados de identificación incierta. La semejanza formal del segundo signo con la letra "S" del alfabeto ibérico levantino nos hizo pensar en un primer momento que nos encontrábamos ante una posible inscripción. Sin embargo, no resulta posible identificar el primero de los motivos con ninguna letra o signo silábico conocido¹¹, lo que ha hecho descartar la hipótesis.

IV.3.2.5.2. DECORACIÓN IMPRESA

Resulta bien conocida para yacimientos del área celtibérica y del NO peninsular pero ha sido poco estudiada, hasta los últimos años, para el área ibérica. Se trata de un tipo de decoración minoritario en contextos ibéricos, aunque alcanza una dispersión geográfica notable, al localizarse por todo el litoral mediterráneo (Cura-Morera, 1971 y 1975; Lillo, 1977-8; Mata, 1985 y 1991, 137ss., fig. 75), la alta Andalucía (Ruiz y Nocete, 1981) y el sur de la meseta (Almagro-Gorbea, 1976-78, 134, figs. 17 y 18;

¹¹ Queremos agradecer a la Dra. Alicia Canto (Universidad Autónoma de Madrid) sus indicaciones a este respecto.

Pérez y Vélez, 1996. Lám.V; Nieto *et al.*, 1980; Esteban, 1998, 102ss.). La técnica requiere el uso de algún tipo de instrumento que grave sobre la arcilla fresca los motivos decorativos. Según el tipo de objeto empleado para su creación, la impresión puede ser simple –con cilindro, peine o ruedecilla– o más compleja –con matriz, estampilla o sello– (Mata, 1991, 137). En nuestro estudio nos centraremos principalmente en las producciones estampilladas, ya que son éstas las que encontramos en mayor número entre las piezas de El Cerro de los Santos.

El origen de este tipo decorativo ha sido objeto de múltiples hipótesis. Se ha propuesto desde un origen céltico-meseteño (Cuadrado, 1952, 278ss.) a orígenes mediterráneos (Cura-Morera, 1971, 59; Luzón, 1973, 51). En cualquier caso, parece ser una técnica bien conocida en el mundo ibérico pero importada de otras áreas culturales cercanas. Ello no impidió que resultara relativamente común en algunas zonas, hasta el punto de existir hornos especializados en su producción (Ruiz y Nocete, 1981, 378) o centros productores y redistribuidores¹². El uso de estampillas en el mundo ibérico no dejó de ser, sin embargo, una cierta “moda” que no arraigó en el sistema artesanal tradicional (Olmos, 1992, 82).

Las producciones estampilladas abarcan un periodo cronológico localizado entre mediados del s. IV a.C. y finales del III a.C. (Ruiz y Nocete, 1981, 355). Las estampillas aparecen casi siempre sobre recipientes a torno, normalmente pintados, aunque en el área catalana resultan más frecuentes sobre cerámicas grises (Cura-Morera, 1971 y 1975). Salvo excepciones, se localizan sobre el tercio superior de piezas cerradas, en las zonas más visibles. Es común que estén ubicadas sobre un baquetón o moldura, de modo que éstos servían de refuerzo en la zona del vaso en la que se ejercía la presión (Ruiz y Nocete, 1981, 372-6, figs.1-4).

Son escasos los fragmentos recogidos en el Cerro que porten decoración impresa. Procedentes de la campaña de 1962 se conservan dos fragmento de cerámica gris estampillada (Fernández de Avilés, 1966a, fig. 12 y Lám. XLIX.a; Hornero, 1990, 183, fig. 6). Se trata de dos galbos de recipientes probablemente cerrados; uno de ellos lleva impresa una palmeta y el segundo un grupo de tres palmetas octopétalas. No hemos encontrado paralelos exactos al primer ejemplar, aunque sí se han documentado estampillas con representación de palmetas en el sur de la provincia de

¹² Parece ser que en El Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real) o sus alrededores pudo localizarse un centro productor y redistribuidor de cerámicas estampilladas, cuya actividad se dataría en los s. IV-III a.C. (Museo Municipal de Valdepeñas).

Ciudad Real (Almagro-Gorbea, 1976-8, fig. 17) y la alta Andalucía (Ruiz y Nocete, 1981, fig. 3.7). El otro fragmento lleva impresas tres estampillas de palmetas octopétalas. Paralelos a este tipo se han documentado en el Cerro de las Cabezas (Almagro-Gorbea, 1976-8, fig. 17); Oretó (Nieto *et al.*, 1980, fig. 36.96); Guadalimar (Ruiz y Nocete, 1981, fig. 3.29) y la Bienvenida (Fernández Ochoa *et al.*, 1994, 85, fig. 31.50).

En 1963 se localizó una tercera pieza estampillada. Se trata de un fragmento de galbo pintado con bandas y motivos geométricos que presenta una serie de estampillas sobre un área ligeramente reforzada por una moldura (Fig. XV, 3). No hemos localizado paralelos exactos en vasos ibéricos aunque sí se han documentado motivos muy similares, que podrían interpretarse como palmetas, en Castellar y Cástulo (Ruiz y Nocete, 1981, fig. 3.23 y 25). No obstante, sí hemos hallado estampillas idénticas a las de nuestra pieza sobre dos fusayolas de la necrópolis del Bancal del Estanco Viejo, junto al Tolmo de Minateda (López y Sala, 1988-9, 156-8, fig. 20).

No hemos localizado entre los materiales del M.A.N. ningún fragmento que pueda incluirse en este grupo. Sin embargo, entre las piezas recuperadas por Chapa sí se documentaron ejemplares con decoración impresa: tres fragmentos de un mismo recipiente decorado mediante una combinación de palmetas estampilladas y pequeños cuadrados impresos a ruedecilla, formando líneas horizontales y oblicuas (Chapa, 1980a, 100, fig. 10.10). Se trata probablemente de un *oinochoe* similar a los descubiertos en el poblado y la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (Molina *et al.*, 1976, figs. 28-30; García Cano, 1997, 161-3, figs. 151-6); El Amarejo (Broncano y Blánquez, 1985, 209, figs. 36.3 y 112.211); Cabeza Moya (Navarro y Sandoval, 1984, 265, fig. 49.1065) y Montea-gudo (Lillo, 1977-8, 24-5, figs. 14-5). La homogeneidad tipológica y decorativa de todas estas piezas ha sugerido la posibilidad de que todas se hubieran fabricado en un mismo taller, localizado tal vez en Coimbra del Barranco Ancho o un punto cercano, desde donde se habrían redistribuido a áreas cercanas. La cronología de la producción estaría centrada en el s. III a.C., tal vez en su 2ª mitad (García Cano, 1997, 163).

Para concluir, podemos afirmar que la decoración impresa aparece de forma esporádica en el Cerro, siendo el tipo estampillado el más común. Aunque esta técnica decorativa posee paralelos en la costa levantina y catalana, parece que los fragmentos de nuestro yacimiento guardan una mayor relación con las producciones del interior peninsular, en concreto de la submeseta sur y la alta Andalucía, es decir, el área oretana. Para el caso del *oinochoe*, la dispersión de este tipo de piezas parece centrarse

en las provincias de Albacete y Murcia. A pesar de que el estado actual del conocimiento sobre estas producciones imposibilita la adscripción de cada fragmento a alfares específicos o, al menos, a áreas culturales concretas, pensamos que ésta debería constituir una meta en la investigación, de cara a establecer conclusiones relativas a la producción y comercialización de los tipos (Esteban, 1998, 104). Finalmente, creemos posible englobar las producciones impresas del Cerro en un ámbito cronológico bastante preciso, situado entre los s. IV-III a.C.

IV.3.2.5.3. DECORACIÓN INCISA

Únicamente hemos encontrado dos fragmentos cerámicos que porten este tipo de decoración. El primero de ellos, recuperado en 1962, es un vasito caliciforme gris fracturado que presenta un grafito en su base (Hornero, 1990, fig. 6). Se trata de tres posibles letras muy mal conservadas. La segunda pieza es un pequeño fragmento de galbo de cerámica gris, cuya forma parece haber sido recortada intencionadamente, y que presenta una perforación en su esquina derecha (Fig. XV, 2). Sobre él aparece representado un signo con trazos firmes. A pesar de sus evidentes parecidos formales con letras ibéricas o latinas, no hemos podido atribuirle valor alguno, ya que no corresponde con exactitud a ningún signo conocido¹³.

IV.3.2.5.4. CONCLUSIONES A LA CERÁMICA DECORADA DE EL CERRO DE LOS SANTOS

A. La decoración geométrica

Como hemos visto, no resulta posible establecer límites cronológicos o geográficos precisos para la mayor parte de los motivos decorativos tratados. Una vez más, la gran fragmentación del conjunto cerámico impide realizar análisis y valoraciones de asociación de motivos, diseño compositivo o relación entre el tipo de decoración y la distribución de la misma según la forma de cada pieza. Por tal motivo, nos hemos limitado al estudio aislado de los elementos decorativos. La mayoría de los mismos per-

¹³ De nuevo en este punto, agradecemos las indicaciones de la Dra. Alicia Canto (U.A.M.).

duraron durante siglos y se encuentran representados en áreas muy extensas del ámbito cultural ibérico. A pesar de estas limitaciones, creemos posible extraer algunas conclusiones del análisis de nuestro material.

Hemos visto cómo, a excepción de los motivos más difundidos, de amplitud cronológica notable, el resto de los elementos pintados presentes en el Cerro parecen tener una cronología tardía. Cabelleras, tejadillos, dientes de lobo y zig-zags son motivos que se generalizan en el Levante y SE a partir del s. III a.C.; reticulados y arcos secantes entrelazados se encuentran en los dos últimos siglos antes del cambio de Era o, incluso, en contextos altoimperiales. De este modo, aun contando con piezas de decoración puramente geométrica propias de todo el periodo ibérico, no creemos posible localizar la mayor parte de los fragmentos cerámicos más allá del s. IV a.C. Aun así, creemos más prudente encuadrarlas a partir del s. III a.C. Estos datos parecen concordar con el ambiente tardío sugerido por la decoración vegetal y figurada que trataremos a continuación.

B. La decoración vegetal y figurada

Parece evidente la relación entre los fragmentos cerámicos figurados del Cerro con las producciones levantinas de época helenística. Aunque no parece conveniente simplificar demasiado la clasificación estilística (Abad y Sanz, 1995a, 76), nuestros fragmentos pueden paralelizarse, a grandes rasgos, tanto con el estilo Oliva-Liria como con el Elche-Archena. Lamentablemente, estas relaciones sólo se pueden establecer de acuerdo a las características técnicas y estilísticas de las decoraciones ya que la fragmentación de las piezas impide establecer paralelos tipológico-formales con vasos de Liria o Elche.

Como ya señalaran Abad y Sanz (1995a, 77) para el conjunto de las cerámicas figuradas de la provincia de Albacete, parece darse en el conjunto aquí tratado una curiosa combinación de elementos propios de los dos estilos pictóricos citados. Las figuras humanas guardan evidentes similitudes con las decoraciones de Liria mientras que las representaciones vegetales tienen más analogías con el área ilicitana. En cuanto al significado de estas decoraciones, en los últimos años se ha replanteado la función que pudieron tener los vasos pintados de uno de los más relevantes yacimientos del Levante, San Miguel de Liria (Bonet, 1995). En dicho estudio se asociaban los vasos con temática vegetal, animal y humana con espacios de función ritual, algo que también se ha documentado en La Serreta, La Escuera o Santa Catalina del Monte (Aranegui *et al.* 1996,

170). Todo ello resulta muy significativo en el marco del estudio que acometemos y nos lleva a plantear una probable vinculación ritual para los fragmentos de cerámica figurada de El Cerro de los Santos.

También estas decoraciones pueden ayudarnos a un acercamiento cronológico del yacimiento. Según recientes estudios, no puede remontarse la aparición de la temática figurada en la provincia de Albacete a momentos anteriores a fines del s. III a.C. Estas cerámicas aparecerían vinculadas a necrópolis o enclaves significativos desde el punto de vista político o religioso (Sanz, 1997, 315-6) y perdurarían hasta el cambio de Era e incluso después. Parece que la concentración de estas decoraciones se circunscribe a la parte más oriental de la provincia, en contacto directo con las actuales regiones valenciana, alicantina y murciana.

En general, casi todas las piezas tratadas pueden datarse en los dos últimos siglos a.C. y sólo para un caso concreto creemos posible concretar más la datación, entre finales del s. I a.C. y principios de la centuria siguiente (Lám. 15; Fig. XV. 1). A tenor de todo lo expuesto, consideramos probada la fuerte vinculación de El Cerro de los Santos con la costa levantina y del SE peninsular en los siglos finales del desarrollo cultural ibérico. Estas dos áreas geográficas son, como es sabido, los centros neurálgicos de los principales estilos decorativos sobre cerámica fechados en la Baja Época Ibérica. Esta relación viene a confirmar la gran importancia que tuvo la *Via Heraclea* en la consolidación de los enclaves ibéricos del interior peninsular, vinculándolos con las tierras alicantinas. Como expusimos, esta relevante arteria de comunicación unía la alta Andalucía con Levante y discurría muy próxima, si no inmediata, al santuario albacetense. Con ello parece apoyarse, además, la idea de la pertenencia de la mitad oriental de la actual provincia de Albacete al área contestana, como han expuesto diversos autores (García y Bellido, 1943c, 288; Blánquez, 1990a, 110-1; Abad, 1992a; Abad y Sanz, 1995a, 82; Sanz, 1997, 317) en contra de lo tradicionalmente defendido (Fernández de Avilés, 1943, 383) y replanteado en las últimas décadas (Almagro-Gorbea, 1976-8, 94; Broncano y Blánquez, 1985, 24).

C. La decoración estampillada

Las escasas piezas con decoración estampillada refuerzan algunas de las conclusiones esbozadas. Confirman, por un lado, la importante relación de nuestro yacimiento con la costa levantina, en concreto con el área murciana. Así lo atestiguan los fragmentos de jarras con decoración a rue-

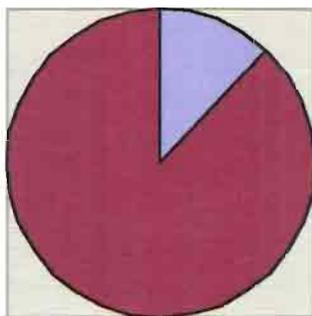
decilla. Asimismo, los fragmentos estampillados apuntan hacia unas relaciones comerciales con la Alta Andalucía y las estribaciones meridionales de la Meseta (la Oretania de las fuentes), probablemente zona nuclear de estas producciones. La *Vía Heraclea* sería el camino utilizado para estos intercambios. Finalmente, este tipo de decoración parece remitirnos a los s. IV-III a.C., con lo que queda atestiguada la importancia del enclave albacetense en las vías de comunicación de la zona desde época anterior a la llegada de los primeros influjos itálicos.

IV.3.2.6. CONCLUSIONES A LA CERÁMICA IBÉRICA COMÚN Y PINTADA

Bajo este epígrafe hemos incluido todas las producciones a torno de origen local que no pueden considerarse piezas grises. En general, nos encontramos con ejemplares cocidos en ambientes oxidantes, aunque se ha incluido también alguna pieza de cocción reductora que no presenta la pasta tan depurada y cuidadosamente acabada como las “grises”. Hemos recogido, asimismo, las producciones de “Clase B”.

IV.3.2.6.1. CERÁMICA FINA O DE “CLASE A”

Hemos tratado piezas con pastas cuidadas, desgrasantes finos/medios y acabados normalmente alisados al exterior y afinados al interior. Pueden llevar o no decoración pintada. Ocasionalmente encontramos ejemplares con decoración impresa o incisa. Estas producciones finas resultan mayoritarias con respecto a las toscas (Gráfico IV). Del análisis pormenorizado de los fragmentos de 1963 se desprende, en primer lugar, una variedad formal notable. Contamos con, al menos, nueve formas cerámicas diferentes realizadas en cerámica fina: caliciformes, botellas, tinajillas, contenedores, *kalathoi*, platos, vasos calados, ánforas y un mortero. También documentado en el yacimiento, aunque durante las excavaciones de fines del s. XIX, hallamos un embudo. Además, encontramos una última forma documentada por Chapa, los *oinochoai*.



■ Cerámica tosca (12%)

■ Cerámica fina (lisa y pintada)(88%)

Gráfico IV. Cerámica ibérica de El Cerro de los Santos. Campaña de 1963.

Resulta interesante confirmar la idea, apuntada con anterioridad, de que el material hallado en 1962 ha llegado a nuestros días tras una fuerte selección. Con esta afirmación queremos subrayar el valor del estudio del material de 1963, que nos ha permitido analizar el total de las piezas recuperadas, sin ningún tipo de filtro o distorsión. Por ello, una vez más, nos centraremos en los materiales recuperados en la segunda campaña de Fernández de Avilés para realizar estimaciones estadísticas.

Si comparamos la distribución formal y espacial de las producciones finas podemos anotar varios hechos significativos en relación con las conclusiones extraídas del análisis de las piezas grises. Por una parte, la cerámica ibérica fina aparece distribuida en porcentajes similares en la Ladera norte del Cerro y la Cañada. De forma paralela, observamos una notable homogeneidad de formas cerámicas en ambos puntos (Gráfico V). Con ello queremos indicar que el uso dado a la mayoría de estas piezas respondería a actividades que se desarrollaron en los dos sectores, aunque su carácter probablemente no fuera idéntico. En segundo lugar, apreciamos una distribución porcentual de las formas muy diferente a la anotada para las producciones grises. Así, las formas más numerosas de la cerámica fina son tinajillas y platos, piezas que, en general y salvo los ejemplares de muy pequeño tamaño, hemos relacionado con las actividades domésticas cotidianas.

La funcionalidad sugerida por las formas apunta a dos tipos de actividades diferentes. Los caliciformes similares a los grises, las tinajillas pequeñas, los fragmentos de "vasos calados" y algunas decoraciones pintadas remiten a usos de tipo ritual. La mayoría de estas piezas procede del

Cerro, con lo que su vinculación directa con el lugar de culto es evidente. El resto de las formas analizadas tuvieron una probable vinculación con actividades más cotidianas. Tinajillas, platos, contenedores, ánforas... deben relacionarse con la conservación, preparación o consumo de alimentos. El desarrollo de este tipo de actividades queda también constatado por la presencia de una base de mortero. Estas labores aparecen documentadas en las dos áreas del yacimiento, Cañada y Cerro, con valores porcentuales similares (Gráfico V). No obstante, a pesar de esta aparente uniformidad tipológica, no creemos que en ambos puntos las piezas tuvieran un significado similar. En el área del Cerro pensamos que serían parte de la infraestructura ofertada desde el propio santuario para los fieles que allí acudían e, incluso, llegarían a formar parte de algunos de los rituales. En cuanto a las habitaciones de la Cañada, pensamos que allí estas cerámicas comunes sí pudieron tener ese valor doméstico que generalmente se otorga a este tipo de recipientes.

Con estas afirmaciones queremos alejarnos de las teorías tradicionales que consideran sólo a ciertas formas cerámicas propias del ritual. Hemos señalado reiteradas veces la multifuncionalidad de los recipientes en época antigua. Sabemos, además, que existen muy pocas formas exclusivas del mundo funerario ibérico, mejor conocido hasta el momento que el mundo de las creencias. Creemos, por tanto, coherente suponer que algo similar sucedería en el caso de los santuarios. Resulta probable que no existieran muchas formas cerámicas creadas *ex profeso* para ser utilizadas en rituales, con lo que muchas piezas de uso cotidiano serían adaptadas para actividades sagradas, adquiriendo nuevas funciones. Es en estos términos en los que consideramos posible explicar la similitud de formas cerámicas documentadas en los dos puntos sondeados, puntos que, creemos, responden a funcionalidades y cronologías claramente diferenciables.

Todo ello nos hace concluir para la mayor parte de las producciones finas una aparente relación con las actividades cotidianas. En el caso de las piezas recuperadas en el área del santuario sólo el contexto nos debe acercar a su interpretación, adaptada en este caso a la realización de rituales. En cuanto a las piezas recuperadas en la Cañada, sí creemos posible que en este caso los recipientes estuvieran vinculados a labores domésticas.

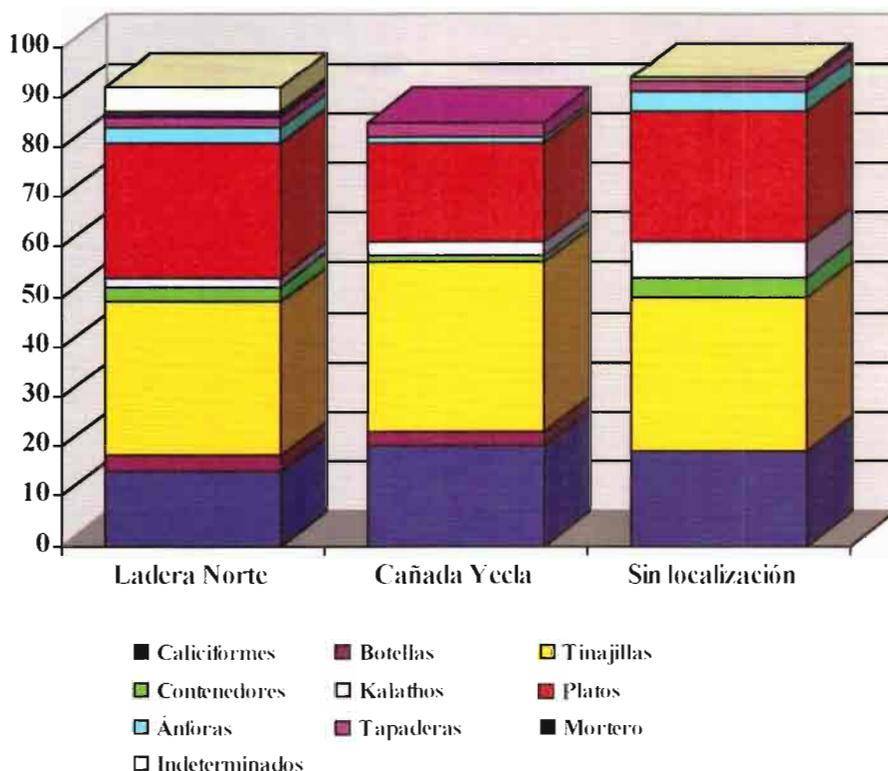


Gráfico V.-Distribución formal y espacial de la cerámica ibérica fina de El Cerro de los Santos (n.º fragmentos). Campaña 1963.

Como hemos señalado, para la práctica totalidad de las formas de cerámica ibérica o iberorromana resulta muy problemático hallar dataciones concretas. Sí encontramos, no obstante, perfiles, bordes y decoraciones muy característicos del periodo ibérico: labios de “pico de ánade”, labios planos tipo *kalathos*, labios almendrados de ánforas, perfiles en “S”... También hemos podido analizar piezas cuya morfología nos remite más bien a ambientes ya tardorrepublicanos o altoimperiales; es el caso de los bordes ranurados de los recipientes que hemos denominado “contenedores”. Sólo algunas formas aportan cronologías concretas: los *kalathoi* (s. III-I a.C.); los “vasos calados” (s. III-II a. C.); los *oinochoai* estampillados (hacia la 2ª mitad del s. III a. C.) o el fragmento de plato con decoración de pez (entre la 2ª mitad del s. I a.C. y la 1ª del s. I d.C.).

Con todo lo expuesto, podemos observar cómo para la mayoría de las piezas de la Ladera norte tenemos que conformarnos con ofrecer una amplia data que, en la mayor parte de los casos, oscila entre los s. V-I a.C.

No obstante, las únicas piezas que ofrecen fechas más exactas nos sitúan cronológicamente hablando desde el s. III a.C. hasta fines del I a.C. o, incluso, principios del s. I d.C. Veremos cómo estas fechas se ven confirmadas, a grandes rasgos, con las extraídas del resto de los materiales recuperados en el yacimiento. En lo que se refiere a las piezas de la Cañada, contamos con menos indicios cronológicos. Algunas decoraciones figuradas y el borde de un *kalathos* remiten a ambientes ibéricos tardíos, tal vez del s. I a.C., mientras que el resto de las piezas “finas” no aportan datos de relevancia.

IV.3.2.6.2. CERÁMICA TOSCA O DE “CLASE B”

En primer lugar, es necesario señalar la escasez de estas piezas frente a las finas (Gráfico IV). Además, debemos constatar como sólo podemos estudiar la recuperación de este tipo de piezas durante las excavaciones de 1963, ya que del material de 1962 no se conservan este tipo de producciones. En lo que se refiere al resto de las intervenciones en el yacimiento, como era de esperar no contamos con restos procedentes de las campañas decimonónicas. La recogida y compra selectiva del conjunto de piezas del M.A.N. han sido ya suficientemente expuestas con anterioridad. Por último, de la única campaña de Chapa que vio publicados sus materiales no contamos con noticias específicas de piezas toscas.

En segundo lugar, no conocemos el punto de procedencia concreto de la mayor parte de los fragmentos (Gráfico VI), con lo que resulta arriesgado atribuir las piezas a uno u otro punto de los sondeados en 1963. No obstante, contamos con evidencias, si bien no muy numerosas, de estos materiales en ambas zonas. Las formas evidenciadas son escasas. Apenas diferenciamos cuatro tipos: botellas, tinajillas (u ollas), contenedores y tapaderas. Esta escasa variedad tipológica es común a la mayoría de los yacimientos, ya que el valor meramente funcional de estas piezas hizo que las formas estuvieran bien adaptadas a su uso y no necesitasen de grandes variantes.

El uso sugerido por estas producciones nos acerca a labores domésticas, como preparación de alimentos. La configuración de las piezas les proporciona buena resistencia al fuego, por lo que es probable que fueran utilizadas como recipientes para cocinar o realizar actividades en las que la llama estuviera presente. La existencia de ollas y tapaderas toscas está documentada, como señalábamos, tanto en la Cañada como en la Ladera, por lo que hemos de aceptar la realización de las actividades pro-

puestas en ambos espacios. En el caso de las piezas asociables al santuario, consideramos posible que éstas estuvieran relacionadas con rituales vinculados al fuego, tal y cómo parece confirmarse para los espacios sacros de poblados cercanos como La Quéjola o El Amarejo (Blánquez, 1996).

Todo ello nos hace concluir para la mayor parte de las producciones finas una aparente relación con las actividades cotidianas. En el caso de las piezas recuperadas en el área del santuario sólo el contexto nos debe acercar a su interpretación, adaptada en este caso a la realización de rituales. En cuanto a las piezas recuperadas en la Cañada, sí creemos posible que en este caso los recipientes estuvieran vinculados a labores domésticas.

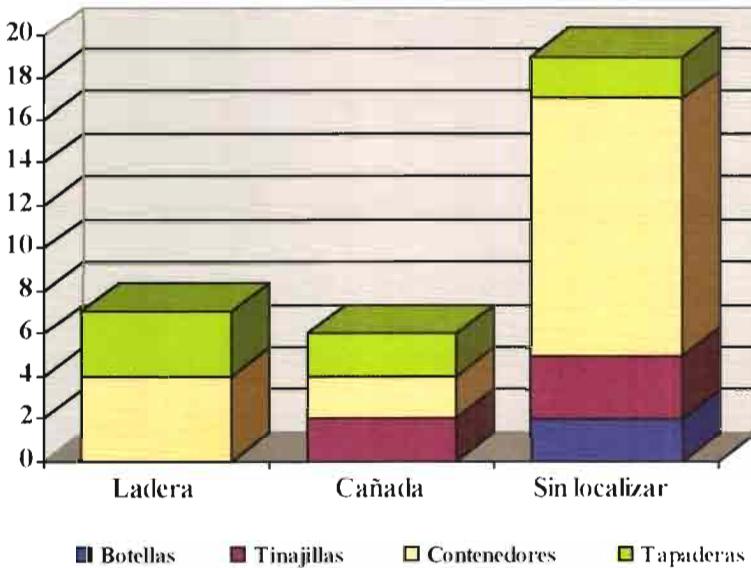


Gráfico VI.- Distribución formal y espacial de la cerámica tosca de El Cerro de los Santos (n.º fragmentos). Campaña de 1963.

En cuanto a las cronologías sugeridas, hemos señalado cómo las formas variaron poco a lo largo de los siglos. Su simplicidad y robustez, muy adaptadas al uso, provocaron que los tipos se mantuvieran prácticamente invariables a lo largo de todo el periodo ibérico. No obstante, sí hemos encontrado piezas que aportan ciertos indicios temporales: las formas con bordes ranurados. La mayoría de las piezas sin localizar tiene este característico borde, cuyos paralelos más próximos se encuentran en ambientes rurales de época altoimperial.

IV.3.3. CERÁMICA A MANO

La introducción del torno en la Península por parte de los fenicios, a mediados del s. VIII a.C., vino a sustituir, de modo paulatino, las producciones realizadas a mano. No obstante, la adopción de la nueva tecnología no sólo no hizo desaparecer las piezas a mano sino que éstas continuaron siendo cuantitativamente muy importantes a lo largo de los siglos siguientes. A pesar de que por lo general las piezas realizadas a mano reciben un trato marginal en las publicaciones, en la mayoría de los yacimientos ibéricos estas producciones tienen aun un peso considerable.

Esta circunstancia es profundamente reveladora del conservadurismo del mundo ibérico en aspectos concretos de su cultura material y con ella queda evidenciada la pervivencia de tradiciones antiguas en poblaciones ibéricas. La escasa diversificación y evolución de las formas a lo largo de los siglos indica un carácter exclusivamente utilitario para estas producciones que, por lo general, debe ponerse en relación con las labores de almacenamiento y cocina. Las piezas suelen presentar pastas gruesas, con desgrasantes gruesos, cocciones imperfectas y acabados poco cuidados.

CERÁMICA A MANO EN EL CERRO DE LOS SANTOS

Como observara Fernández de Avilés (1966a, 32) se han documentado en el Cerro algunos fragmentos cerámicos realizados a mano. Aunque resultan muy poco relevantes desde el punto de vista porcentual, el citado investigador ya señaló su interés como posible indicio de una ocupación prehistórica del enclave (1966a, 15). En efecto, tanto en las campañas de excavación de Fernández de Avilés como en las del s. XIX se recogieron algunos fragmentos de piezas sin tornear. Todos pueden ser incluidos dentro de la llamada cerámica a mano tosca y participan de las características técnicas ya apuntadas.

Procedentes de las campañas de Fernández de Avilés se conservan algunos fragmentos: 6 recuperados en 1962 (Fernández de Avilés, 1966a, 41, fig. 13) y 9 en 1963. Las piezas documentadas en 1963 suponen un 1,7% de la cerámica indígena del yacimiento. Procedentes de excavaciones antiguas también se conservan en el M.A.N. algunos fragmentos de cerámica a mano, hecho que resulta sorprendente si aceptamos la probable selección del material antiguo. Durante las excavaciones de Chapa se recuperaron nuevos fragmentos (1980a, fig. 3.15 y 10.14).

Las escasos restos conservados nos permiten, sin embargo, atestiguar varios grupos formales. Para la clasificación morfológica de las piezas seguiremos la nomenclatura establecida por Pellicer para las cerámicas a mano del Cerro Macareno (1987-8).

A. PLATOS O CUENCOS DE TENDENCIA SEMIESFÉRICA

Se trata de recipientes abiertos y poco profundos, de perfil hemiesférico y base inestable. Puede remontarse el origen de esta forma a estadios neolíticos (Pellicer, 1987-8, 465) aunque su sencillez hizo que perdurase a lo largo del Bronce, Orientalizante, Ibérico Antiguo y, de modo residual, Ibérico Pleno. Contamos con 3 ejemplares, uno recuperado en 1963 y el resto procedentes de los trabajos decimonónicos. La evidencia más próxima, desde el punto de vista geográfico, de que este tipo de piezas pervivieron durante siglos es la localización de un ejemplar similar a las piezas del M.A.N. en la tumba n.º 0 de la Hoya de Santa Ana, datada hacia 200 a.C. (Blánquez, 1990a, 282, fig. 73.2132; Sanz, 1992).

B. *PITHOI* O GRANDES VASOS DE ALMACENAJE

Se trata de formas cerradas y profundas que, normalmente, presentan bases planas o ligeramente indicadas. La función de estas formas estaría relacionada con el almacenaje o transporte de productos de uso corriente. Entre los fragmentos recuperados por Fernández de Avilés podemos incluir dentro de este grupo dos bordes y un fondo. También deben clasificarse aquí 4 piezas conservadas en el M.A.N.: tres bordes y una base.

C. “PLATILLOS”

Este tipo no se incluye en ninguno de los estudios sobre cerámica a mano. Ello es debido a que se trata de una producción singular, con características técnicas y formales propias, hasta el momento no documentada en más yacimientos. Se trata de unos recipientes planos de pequeño tamaño, realización tosca y formas variadas (Lám. 14). Han sido mencionados en sus trabajos por todos aquellos que excavaron en el Cerro desde el s. XIX (Lasalde et al, 1871, 13; Saviron, 1875, 163 y 230.

Lám.4.15-16). De las primeras intervenciones en el yacimiento proceden los dos ejemplares conservados en el M.A.N¹⁴. También en las excavaciones de Fernández de Avilés se recuperaron platillos: al menos diez durante la primera campaña (1966a, 41, fig. 13, lám.L.a) y dos en 1963. Finalmente, en los trabajos de Chapa se hallaron, al menos, otras dos piezas (1980a, fig. 3.15 y 10.14).

Sus formas son muy variadas y tienen, por lo general, tendencia geométrica. Su función ha resultado una incógnita para todos los investigadores. Se ha pensado que pudiera tratarse del moldes, crisoles, juguetes o vasos para depositar cosméticos o colorantes (Fernández de Avilés, 1966a, 41). La existencia de restos de colorantes en el interior de algunas piezas ha hecho cobrar fuerza a esta última posibilidad, defendida de nuevo en los últimos años (Ramallo *et al.*, 1998, 59).

IV.3.4. LA CERÁMICA DE IMPORTACIÓN

Al carecer la cerámica ibérica de una evolución tipológica y decorativa bien definida, desde los comienzos de la investigación se consideró la cerámica de importación como el elemento material más fiable para proporcionar un marco cronológico a los yacimientos. Las cerámicas áticas para los s. VI-IV a.C.; las precampanienses y campanienses para los s. III-I a.C. y la *terra sigillata* para los primeros siglos de nuestra Era han constituido verdaderos puntos de apoyo para la datación de yacimientos peninsulares. Por ello, a pesar de la escasa importancia porcentual que estas piezas representan en El Cerro de los Santos, su peso específico en el conjunto de los materiales es de vital importancia, al aportar algunos de los escasos indicios cronológicos que nos ofrece el enclave.

¹⁴ Durante la revisión de todos los materiales conservados en el M.A.N. no hemos hallado más que los dos "platillos" aquí presentados. Sin embargo, sabemos que algunos ejemplares más fueron adquiridos por el Museo a finales del s XIX, ya que en las fotografías preparatorias de la tesis doctoral de Fernández de Avilés hemos contabilizado hasta 16 ejemplares más (*Legado Fernández de Avilés*, U.A.M.).

IV.3.4.1. PRODUCCIONES ÁTICAS

IV.3.4.1.1. BREVE HISTORIA DE LAS INVESTIGACIONES

A las imprescindibles obras de sistematización de los materiales en la propia Atenas (Beazley, 1942 y 1956; Richter, 1935) sucedieron en suelo hispano obras dedicadas al estudio de vasos griegos en nuestra Península (García y Bellido, 1948; Almagro, 1953; Cuadrado, 1958 y 1963a; Blanco, 1959, Trías, 1967). Sin embargo, la mayoría de estos trabajos incidían casi de forma única en las producciones de Figuras Negras y Rojas, especialmente en las segundas. De modo residual quedaba el trato dado a producciones no menos relevantes, las piezas de Barniz Negro. Ello limitaba notablemente el conocimiento que se tenía sobre la presencia y comercio griego en nuestro territorio.

En lo que se refiere al conocimiento de las producciones de Barniz Negro, debemos al célebre trabajo de Lamboglia la primera sistematización rigurosa (1952), posteriormente completada (1954). Esta obra, en la que aun se consideraban las cerámicas áticas de Barniz Negro como campanienses, constituyó durante años un punto de referencia básico para datar los enclaves ibéricos, a pesar de su reconocido carácter preliminar. Décadas después, el trabajo de Sparkes y Talcott (1970) sobre las producciones del Ágora de Atenas vino a establecer una seriación estilística y cronológica más precisa de las distintas formas, con lo que muchas dataciones en suelo hispano pudieron ajustarse.

En los años que siguieron los trabajos monográficos sobre producciones griegas en la Península se multiplicaron (Picazo, 1977; Gacía Cano, 1982; Cabrera, 1987; Rouillard, 1991; Sánchez Fernández, 1992a) y los estudios de las relaciones culturales y comerciales entre griegos e iberos adquirieron una nueva dimensión (VV.AA., 1987; Cabrera *et al.*, 1994; Cabrera y Sánchez, 2000a). Más allá de las catalogaciones de material, en los últimos años han visto la luz trabajos enfocados a comprender el significado de estas producciones en suelo hispano (Olmos, 1984 y 1999b; Rouillard, 1991, y 1994; Blánquez, 1994 y 1997).

IV.3.4.1.2. PRODUCCIONES ÁTICAS EN EL CERRO DE LOS SANTOS. CAMPAÑAS 1962-63

Son escasos los fragmentos áticos hallados en el Cerro. No obstante, su importancia es evidente ya que son las piezas más antiguas recu-

peradas, con las que se han justificado gran parte de las interpretaciones cronológicas del santuario. Todas las piezas recogidas en excavación sistemática son de Barniz Negro, excepto un pequeño fragmento de posibles Figuras Rojas. Probablemente procedentes del yacimiento, pero recuperados por Zuazo en circunstancias desconocidas, son algunos fragmentos de Figuras Rojas conservados en el Museo de Albacete. En las campañas de Fernández de Avilés se recogieron 13 fragmentos: uno en 1962 (Fernández de Avilés, 1966a, 32, fig. 5.2) y 12 en 1963 (Fig. XVI). También durante las excavaciones de Chapa se recuperó algún fragmento. Sin embargo, curiosamente no se conservan piezas de procedencia ática entre los materiales conservados en el M.A.N.

Producciones de Figuras Rojas

En 1963 se recuperó un fragmento de pequeño tamaño perteneciente a una forma inidentificable. Sin embargo, la escasez de Figuras Rojas en el lugar hace que dicho fragmento revista especial interés. Su tamaño y estado de conservación no permiten apuntar más datos que el puramente presencial. Junto a este fragmento hemos de citar otros 4 pertenecientes a la Colección Zuazo, supuestamente procedentes del mismo lugar (Fernández de Avilés, 1966a, 32, n.56, fig. 5.3-4; lám. XLIV.5-8). Se trata de tres fragmentos de pie de una misma copa y un fragmento de fondo de otra datados por Fernández de Avilés a mediados del s. IV a.C. (1966a, n.56). Estaríamos hablando, por tanto, de un número mínimo de dos piezas de Figuras Rojas a lo largo de las intensas campañas desarrolladas en el lugar.

Producciones de Barniz Negro

A) Copas de pie bajo

Durante los trabajos de Fernández de Avilés se documentaron, al menos, dos copas de pie bajo o *kylikes* (Fig. XVI, 4-5), a las que corresponderían, seguramente, los dos fragmentos de asas recuperados (Fig. XVI, 6-7). De las tres variantes de copas de pie bajo, o *stemless*, de tamaño grande establecidas por Sparkes y Talcott (1970, 98), sólo encontramos en el Cerro uno de los tipos: las Copas de Clase Delicada.

IV. LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS



Figura XVI - Cerámica ática. Cartipaña de Excavación del 1963. Museo de Albacete.

Copas de Clase Delicada

Como es sabido, son piezas de cuerpo poco profundo, con moldura interna y paredes delgadas. Sus dos asas horizontales arrancan de la zona media del cuerpo. Son características sus bases, cuyos pies están divididos en dos partes (Sánchez Fernández, 1992a, 205). Por lo general, su amplia superficie interna aparece decorada. El fondo externo presenta normalmente alternancia de bandas reservadas y barnizadas. En lo que a su cronología se refiere, Sparkes y Talcott dataron las piezas de Atenas desde el segundo cuarto del s. V hasta el segundo cuarto del IV a.C. (1970, 102). Para la P. Ibérica se aceptan dataciones entre fines del s. V y el segundo cuarto del IV a.C. (García Cano, 1982, 19).

En la Península estas copas resultan relativamente infrecuentes, localizándose la mayor parte de los ejemplares en el SE y la Alta Andalucía. La distribución geográfica de la piezas, junto con la cronología que sugieren, evidencia la importancia del comercio ampuritano en el SE durante las últimas décadas del s. V a.C. (García Cano, 1989-90, 99), hecho que se ve reflejado también en otras formas cerámicas (Blánquez, 1994). Los dos fragmentos documentados en el Cerro pertenecen a parte del pie de dos copas distintas. En ambos casos el barniz es negro brillante y de buena calidad. Ante las reducidas dimensiones de los fragmentos no podemos precisar su datación, ubicándolos entre finales del s. V y la primera mitad del IV a.C.

Se conservan también en el Museo de Albacete los fragmentos de dos asas que podrían pertenecer a cualquiera de las dos copas. Asimismo, podrían pertenecer a éstas dos fragmentos de fondo con la superficie externa en reserva recuperados en las campañas de 1962-3 (Fernández de Avilés 1966a, 32, fig5.2). El primero de ellos, inédito, estuvo decorado al interior con cuatro palmetas estampilladas entrelazadas (de las que se conservan dos). Su decoración –estampillada, incisa y con impresiones de ruedecilla– es muy característica de las producciones áticas. Las palmetas estampilladas aparecen de modo frecuente a partir del 430 a.C., mientras que las series de circunferencias a ruedecilla surgen hacia 390-380 a.C. (Sparkes y Talcott, 1970, 30) datándose en la zona murciana entre 375-350 a.C. (Santos, 1994b, 250). Así, tanto las técnicas decorativas como la relativa complejidad de la decoración del fondo externo nos inclinan a datar el fragmento en la primera mitad del s. IV a.C.

B) Bolsales

Corresponden a la forma 42-B de Lamboglia. Son formas con cuerpo profundo y paredes verticales, con asas horizontales muy próximas al borde. El peculiar pie de estas piezas es saliente; al interior forma una curva continua desde el fondo externo hasta la zona de reposo y en el exterior la unión con esta curva forma un ángulo agudo. En la mayoría de los casos presentan decoración estampillada simple en el fondo interno. En el fondo externo son comunes las bandas alternando zonas barnizadas y en reserva, generalizándose el fondo barnizado a partir del segundo cuarto del s. IV a.C. Las cronologías sugeridas para Atenas van desde el tercer cuarto del s. V hasta finales del IV a.C. (Sparkes y Talcott, 1970, 108).

Centrándonos en la Península, los bolsales fueron formas muy apreciadas por los iberos. Su robustez facilitó el comercio y transporte a larga distancia en grandes cantidades, por lo que aparecen en abundancia en ciertos yacimientos (Cuadrado, 1987; Blánquez, 1994). En el Cerro contamos con una posible pieza. Se trata de un fragmento de base, con palmeta estampillada en el fondo interno, recuperado en 1963 (Fig. XVI. 3). El fondo externo alterna bandas barnizadas y en reserva. Nos hemos inclinado por clasificar este fragmento como bolsal debido a las especiales características de su pie. La fragmentación de la pieza, que no permite adivinar el perfil concreto, así como la mala conservación del fondo interno imposibilitan una datación precisa. Por analogías formales con ejemplares de yacimiento cercanos creemos poder datar la pieza entre finales del s. V y principios del IV a.C. (Blánquez, 1990a, figs.53-4).

C) Pequeñas páteras de borde reentrante

Corresponden a las formas 24 y 21/25L. Se distinguen por ser cuencos de pequeño tamaño sin asas. La forma 24L presenta perfil hemiesférico mientras que la 21/25 está considerada como una variante de la forma 21L (plato de borde reentrante) pero de tamaño inferior (García Cano, 1982, 27-8). Por lo general no llevan decoración. Fueron formas muy populares en Atenas a lo largo del s. IV a.C. En la Península también tuvieron amplia difusión. Procedente del Cerro se conserva un fragmento de pátera posiblemente perteneciente a uno de estos dos tipos (Fig. XVI. 2) recuperado en 1963. Ante el reducido tamaño del fragmento no podemos precisar su clasificación, como tampoco resulta posible afinar su cronología. *Grosso modo*, podemos datarla en el s. IV a.C.

IV.3.4.1.3. OTRAS FORMAS DOCUMENTADAS EN EL YACIMIENTO

Durante los trabajos de Chapa se recuperaron dos fragmentos áticos pertenecientes a una forma desconocida hasta entonces en el yacimiento.

Copas-escifos

Esta forma presenta caracteres morfológicos intermedios entre los *Kylikes* y *Skyphoi*. En Atenas se ha fechado desde fines del s. V hasta el primer cuarto del IV a.C. (Sparkes y Talcott, 1970, 110-2). La robustez de las piezas de uno de sus tipos las hizo muy apropiadas para el comercio a larga distancia, lo que explica su difusión en suelo hispano, desde la costa catalana hasta el SE y la Alta Andalucía. Parece que su distribución en el Mediterráneo Occidental cesó a fines del primer cuarto del s. IV a.C., siendo sustituida por los bolsales. Durante las excavaciones de Chapa se recuperaron en el Cerro dos fragmentos pertenecientes a esta forma. Uno de ellos corresponde a parte de un borde (1980a, 88, fig. 3.12) y el segundo a una base decorada con palmetas en el interior (Chapa, 1984, 116). Ambos ejemplares fueron datados por la investigadora en la 1ª mitad del s. IV a.C.

IV.3.4.1.4. CONSIDERACIONES EN TORNO A LA CERÁMICA ÁTICA DEL CERRO

Las piezas áticas resultan minoritarias en el conjunto de materiales hallados en el Cerro. En lo que se refiere al material de 1963, único cuantificado completamente, representan un 1% de toda la cerámica y un 25% de las producciones importadas. Procedentes de las excavaciones de Fernández de Avilés contamos con un número mínimo de cinco piezas. Si atendemos a todas las intervenciones efectuadas en el yacimiento se pueden contabilizar un mínimo de siete ejemplares.

Teniendo en cuenta el escaso número de piezas documentadas resulta interesante señalar la variedad formal presente en el yacimiento. Esta idea resulta muy sugerente, ya que constata una circunstancia opuesta a la documentada en ciertas necrópolis cercanas, en las que parece probada la llegada de grandes cantidades de piezas áticas de modo seriado, evidenciando su importancia en los rituales desarrollados (Blánquez, 1994). Curiosamente, en el caso del Cerro la falta de estandarización en

las escasas piezas halladas nos hace apuntar en una dirección opuesta a la señalada para las necrópolis. Así, creemos que las cerámicas griegas no tendrían una función específica dentro del ritual. Es más, no consideramos que fueran especialmente necesarias para las actividades realizadas en el santuario, por lo que su presencia debe ser explicada en términos más sencillos, como simples evidencias de materiales de lujo.

Entre las 7 piezas contamos con tres copas, una copa-escifo, un bolsal, una pátera y una pieza indeterminada. Nos encontramos, por tanto, ante una mayoría de vasos para beber, siendo formas por lo general relacionadas con el consumo del vino. Esta especial dedicación de las formas no resulta sorprendente en contexto ibérico ya que la mayor parte de las piezas áticas importadas en la Península forman parte de la vajilla de mesa (Rouillard, 1991, 159-60; Blánquez, 1994, 331). Resulta significativa la ausencia de formas tan abundantes en la Península como las Copas Cástulo (Sánchez Fernández, 1992b; Gracia, 1994). En cuanto a los índices cronológicos que aportan, el total de las piezas estudiadas puede englobarse en el s. IV a.C., con mayor presencia de formas propias de su primera mitad. Algunas podrían hundir sus raíces a finales del s. V a.C. Sin embargo, la perduración de todas ellas a lo largo de, al menos, la primera mitad del IV a.C. nos hace ser prudentes en su datación.

En lo que se refiere a la distribución zonal de las piezas en los diferentes sectores del yacimiento, debemos afirmar que tanto el fragmento recuperado por Fernández de Avilés en 1962 (1966a, 32, fig.5.2) como uno de los hallados por Chapa (1980a, fig. 6.11) proceden de la Ladera norte del Cerro. El otro fragmento recuperado por esta última investigadora procede de su cata n.º 4, practicada en la prolongación del Cerro hacia el sur (Chapa, 1983, 647). Las piezas de la Colección Zuazo (Fernández de Avilés, 1966a, 32, n.56) también debemos suponer que proceden del promontorio. Sin embargo, los fragmentos hallados durante la segunda campaña de Fernández de Avilés tienen procedencia diversa. Las bases de las dos copas de Clase Delicada y del bolsal proceden, junto con el fondo decorado y el pequeño fragmento de Figuras Rojas, de la Ladera norte. En cambio, los dos fragmentos de asas, el borde de paterita y el fragmento indeterminado proceden de la Cañada.

Las rutas de penetración de estos materiales desde la costa este al interior peninsular son bien conocidas, si bien generan una abierta discusión. Generalmente se han señalado dos posibles ejes de comunicación: el que desde los trabajos de Maluquer (1983 y 1985) se ha llamado la "ruta de los santuarios" –posteriormente identificado con la *Vía Heraclea* (Sillières, 1990b; Blánquez, 1990a y 1998)– y el eje Villaricos-Cástulo

(Domínguez, 1988; Rouillard, 1991, 323ss.; Sánchez Fernández, 1992a, 310-1; Cabrera y Sánchez, 1994). En el caso de la provincia de Albacete y, en concreto, para el Cerro, parece clara la localización de la vía de comercio en el *Camino de Anibal*.

Parece que el espectacular aumento de las importaciones áticas en suelo peninsular a fines del s. V y, sobre todo, en la 1ª mitad del IV a.C. debe relacionarse con el auge comercial ampuritano, probable punto de redistribución en aquellas décadas (García Cano *et al.*, 1989, 156; Cabrera y Sánchez, 2000b). La navegación de cabotaje acercaría los productos desde el NE hasta la costa levantina y murciana desde donde, a través del Vinalopó y Segura, penetrarían al interior (García Cano y Page, 1994). Estas rutas, bien definidas y no improvisadas, estarían organizadas por los propios iberos (Shelton, 1982; Blánquez, 1999, 74; Cabrera y Sánchez, 2000b, 135), como se evidencia en la epigrafía de los plomos de Pech Mahó o Ampurias (Sanmartí, 1988; Gracia, 1995; De Hoz, 2000).

IV.3.4.2. PRODUCCIONES DE ÉPOCA ROMANA

IV.3.4.2.1. LAS CERÁMICAS CAMPANIENSES

IV.3.4.2.1.1. Breve historia de las investigaciones

Una vez que las importaciones áticas comenzaron a decrecer a fines del s. IV a.C., irrumpieron en el Mediterráneo Occidental las producciones itálicas, tradicionalmente conocidas como campanienses. La primera sistematización de estas producciones vio la luz en época tardía en relación con el estudio de las producciones áticas (Lamboglia, 1952), debido al escaso interés despertado hasta aquella fecha en torno a las piezas “de apariencia monótona, pobremente decorada” (Sanmartí, 1978, 11). Con posterioridad se han publicado nuevos trabajos que evidencian la complejidad tecnológico-formal y amplitud geográfica de estas producciones, poniendo al día el clásico estudio de Lamboglia, tanto en el Mediterráneo occidental en general (Morel, 1965, 1969, 1978 y 1981) como en la P. Ibérica (Almagro, 1953; Cuadrado, 1961-2; Sanmartí, 1978 y 1981).

En las últimas décadas se han aislado las producciones anteriores a la campaniense A, las llamadas precampanienses, tanto de procedencia itálica –*Taller de las Pequeñas Estampillas* (Morel, 1969 y 1978)– como de origen occidental –*Taller de las Tres Palmetas Radiales de Rhode*, de

las *Rosetas nominales* o de *Nikia e Iwn.c....* (Sanmarti, 1978 y 1981). Estas producciones se localizan en los tres primeros cuartos del s. III a.C. y presentan una difusión geográfica centrada en el Mediterráneo Occidental.

También en los trabajos de Morel (1978) se señaló la necesidad de concretar los lugares de producción, distribución y cronología de las producciones campanienses. Redujo la localización geográfica de la campaniense A a la isla de Ischia y Golfo de Nápoles. Hoy sabemos que estas producciones llegaron a la Península de la mano de la conquista romana, coincidiendo su introducción con el final de la II Guerra Púnica. Su comercialización se prolongó hasta mediados del s. I. a.C. El origen de la campaniense B ha sido también revisado (Morel, 1978); junto al origen campano septentrional (localizado en Cales) señalado por Lamboglia (1952) Morel propuso la procedencia etrusca de estas producciones. En la actualidad se conoce a las producciones etruscas como campanienses B y a las de la Campania como B-oides (Morel, 1981, 46). La aparición de estos tipos en la Península es muy frecuente y se data a partir del 150-125 a.C. Su desaparición se localiza hacia mediados del s. I a.C. Finalmente, existió una tercera producción campaniense originaria de Siracusa, el tipo C. Estas piezas, fabricadas a partir del s. II a.C., no llegaron a suelo hispano hasta la centuria siguiente y de forma minoritaria con respecto a los tipos anteriores.

IV.3.4.2.1.2. Producciones campanienses de El Cerro de los Santos. Campañas de 1962-63

Las producciones campanienses resultan también muy escasas en el Cerro. Durante los trabajos de Fernández de Avilés se recuperaron únicamente seis fragmentos; tres en cada campaña (1966a, 34, fig. 5.5-6). Procedentes del resto de los trabajos, un fragmento más se conserva en el M.A.N. (Fig. XVIII, 1) y otro, hallado por Chapa, en el Museo de Albacete (1980a, 90, fig. 6.11).

CAMPANIENSE A

Como hemos señalado, estas producciones comenzaron a generalizarse en la Península a partir de finales del s. III a.C. (Sanmarti, 1981, 170), apareciendo desde momentos tempranos en el interior (Sanz, 1997, 129). Parece que la distribución de este tipo estuvo íntimamente ligada a

las vías de comunicación importantes, que facilitaron la penetración de las producciones desde la costa. En el Cerro Fernández de Avilés halló únicamente dos fragmentos.

A) Forma 23 de Lamboglia; series 1121-1124 de Morel

Recuperado en 1962, contamos con un fragmento de base de esta forma, conocida como “plato de pescado” (Fernández de Avilés, 1966a, fig. 5.5). Esta forma tiene el borde exvasado, con labio colgante. Sus paredes son bastante rectilíneas, inclinadas hacia el centro del plato. El fondo presenta una depresión central, o cazoleta, de perfil redondeado. Resulta una forma muy característica de la vajilla ática a partir de finales del s. V a.C. pero también fue muy popular en las producciones de campaniense A antiguas. Los “platos de pescado” en campaniense A se caracterizan por la ausencia de acanaladuras y resaltes, además de por el borde alto y pie bajo. Tuvieron gran éxito en occidente así como una gran repercusión entre los talleres occidentales de barniz negro. Perduraron durante el s. II a.C. hasta aproximadamente el 150 a.C. Tras todo lo apuntado, creemos posible datar la pieza de El Cerro de los Santos entre 200-150 a.C.

B) Forma indeterminada

Durante la primera campaña de Fernández de Avilés se localizó un fragmento de borde de campaniense A cuya adscripción tipológica es incierta (1966a, fig. 5.6).

CAMPANIENSE B Y B-OIDE

Como hemos anotado, las producciones de campaniense B aparecieron en la Península en el tercer cuarto del s. II a.C. y se generalizaron un cuarto de siglo después (Sanmarti, 1981, 174). Parece que arribaron a finales del s. II a.C. al área albacetense, donde también se hallan agrupadas en torno a las principales vías de comunicación, aunque con una distribución notablemente más amplia que la de la campaniense A (Sanz, 1997, 135). Sólo en 1963 se hallaron fragmentos de esta producción.

A) Forma 3 de Lamboglia; series 7500 de Morel

En la habitación de la Cañada se recuperó un vaso de la forma 3L. Este tipo de *píxides*, de paredes cóncavas y pie vuelto, son forma derivadas del mundo griego que presentan numerosas variantes. Su producción comenzó en el área etrusca a finales del s. IV a.C. y hacia el 150 a.C. empezó a popularizarse dentro de los tipos de la campaniense B (García Cano *et al.*, 1989, 152), resultando muy abundante en niveles tardorrepublicanos de yacimientos peninsulares (Sala, 1992, 57ss. y 163-3, figs. 30-3; García Cano *et al.*, 1989, 152). De este modo, creemos posible fechar nuestro fragmento en algún momento de la 2ª mitad del s. II o de la 1ª del I a.C.

B) Forma indeterminada

Un segundo ejemplar digno de mención es un pequeño fragmento de pie anular también recuperado en la Cañada en 1963. Su forma resulta indeterminable.

IV.3.4.2.1.3. Otras formas de campaniense halladas en el yacimiento

En las excavaciones del s. XIX y Chapa se hallaron asimismo algunos fragmentos de campaniense A que remiten a nuevas formas.

A) Forma 22 o 28 Lamboglia; serie 2600 de Morel

Entre los materiales conservados en el M.A.N. se encuentra un fragmento de borde de una posible forma 22 o 28L (Fig. XVIII, 1). La forma 22L es muy común en las producciones áticas, datándose entre fines del s. V y fines del IV a.C., mientras que la 28L resulta característica de la campaniense A, datada entre finales del s. III y mediados del II a.C. (García Cano *et al.*, 1989, 142). Por ello nos vemos inclinados al clasificar el fragmento del M.A.N. como 28L, datándolo en la primera mitad del s. II a.C.

B) Forma 27 de Lamboglia; serie 2900 de Morel

Esta forma se ha descrito como bol de marcada inflexión en la parte superior de la pared, con la zona inferior poco abombada. Suelen presentar decoración sobre el fondo interno. La forma se considera evolución de los platos 21L y es muy frecuente entre las producciones de campaniense A. En la Península se encuentran ejemplares datados a lo largo del s. II a.C., especialmente en sus décadas centrales (García Cano *et al.*, 1989, 140). Durante las campañas de Chapa en el Cerro se recuperó una base decorada con roseta rodeada de círculo a ruedecilla de una probable forma 27L (Chapa, 1980a, 90, fig. 6.11 y 1984, 113). El motivo decorativo que presenta es muy común en estas de piezas. El fragmento no permite aportar una datación precisa, aunque podemos fijar su cronología desde finales del s. III a finales del II a.C.

IV.3.4.2.1.4. Consideraciones en torno a la cerámica campaniense del Cerro

Debemos concluir la escasa presencia de campanienses en el santuario. Representan un 0,4% de todo el conjunto cerámico hallado en 1963 y un 10% de las piezas importadas. Si tenemos en cuenta todo el material recuperado en el yacimiento a lo largo de su historia contamos, como mínimo, con seis piezas campanienses. De ellas, cuatro pertenecen a producciones de tipo A y dos a producciones B o B-oides. No se ha hallado en el yacimiento ningún fragmento de origen precampaniense. A pesar de los escasos fragmentos recuperados se documentan al menos cinco formas diferentes: 23L, 27L, 22-28L y 3L.

Los índices cronológicos aportados abarcan un amplio periodo. La campaniense A nos sitúa en un momento en que la Península empieza a estar bajo la órbita romana y perdura hasta finales del s. II o inicios del I a.C. Las cronologías altas para las primeras campanienses A en la zona del SE son comúnmente aceptadas, si bien algunos autores las elevan hasta finales del s. III a.C. (Sanz, 1997, 129) mientras que otros las sitúan en las primeras décadas del s. II a.C. (Santos, 1994a, 88). Las importaciones de campaniense A se solaparon con las producciones de tipo B, datadas en época tardorrepública, desde el tercer cuarto del s. II hasta mediados del s. I a.C. Las cerámicas campanienses evidencian, por tanto, la presencia romana en tierras albacetenses desde los primeros momentos de la ocupación de la Península.

La distribución espacial de los fragmentos en el yacimiento presenta, de nuevo, una dispersión notable. Tanto el fragmento procedente de las excavaciones decimonónicas (Fig. XVIII, 1) como los recuperados por Fernández de Avilés en 1962 (1966a, 32, fig. 5.5 y 6) y el descubierto por Chapa (1980a, 90, fig. 6.11) proceden del Cerro propiamente dicho. Resulta interesante destacar que todos estos fragmentos son de campaniense A. Sin embargo, los dos fragmentos de campaniense B, fueron recuperados en 1963 en la Cañada de Yecla.

Como comentábamos, en la provincia de Albacete encontramos una presencia temprana de campanienses A, localizándose piezas datadas a fines del s. III a.C. en Pozo de la Nieve, Torre Uchea o El Amarejo. A lo largo del s. II a.C. también se documenta su presencia en yacimientos como Pozo Moro o Piedra de Peña Rubia (Sanz, 1997, 129-30). En cuanto a la campaniense B, se documenta en la región a partir del s. II a.C., de nuevo en torno a las vías de comunicación (Sanz, 1997, fig. 81) en yacimientos como El Amarejo, Pozo Moro, Piedra de Peña Rubia o el Tolmo de Minateda (Sanz, 1997, 135-6).

Las rutas de penetración de estos materiales parecen claras. Tras la II Guerra Púnica *Carthago Nova* adquirió un auge político y comercial destacado. A partir de este momento y, sobre todo, a lo largo del s. II a.C. se erigió en el punto de llegada y redistribución de las producciones de barniz negro itálico a la Península. La distribución de estos productos no se redujo al área cercana, sino que penetró hacia el interior (García Cano *et al*, 1989, 157) llegando, en la provincia de Albacete, hasta el Tolmo de Minateda (Sanz, 1997, 317). La llegada de estas producciones a El Cerro de los Santos bien pudo tener su origen en esta misma ruta, *Complutum-Carthago Nova*, vía que cobró gran importancia a partir de estos momentos. No debemos descartar tampoco la continuidad de uso de la *Vía Heraclea*.

IV.3.4.2.2. LA *TERRA SIGILLATA*

IV.3.4.2.2.1. *Terra Sigillata* Gálica (T.S.G.)

Los centros de fabricación galos empezaron a producir *sigillata* desde época temprana. A finales del s. I a.C. se crearon algunos talleres destinados a un comercio local en el valle del Ródano y Po, aunque estas producciones no tuvieron prácticamente difusión. Las *sigillatas* sudgálicas, las de mayor difusión y presencia más importante en Hispania, empe-

zaron a extenderse entre los años 20-40 d. C., invadiendo en poco tiempo los mercados de todo el Imperio (Beltrán, 1990, fig. 35). Los centros de producción más activos fueron los alfares de la Graufesenque, localizados en la Narbonense. La producción se prolongó de principios de s. I. a mediados del III d. C., aunque su fase de máximo apogeo puede localizarse a mediados del s. I d.C. Las creaciones de la Graufesenque llegaron de forma masiva a la Península (Beltrán, 1990, fig. 37). Sus características son fácilmente distinguibles: pasta ocre rosado y barniz rojo muy brillante y semivitrificado.

***Terra Sigillata* Sudgálica en El Cerro de los Santos. Campaña de 1963**

Entre los ejemplares de *sigillata* recuperados en el yacimiento contamos con una reducida muestra de producciones sudgálicas. Únicamente tres fragmentos pueden atribuirse a talleres galos, en concreto a los alfares de la Graufesenque. Se trata de tres piezas lisas, de tendencia abierta, que pertenecen a formas muy comunes. Las tres fueron recuperadas durante la segunda campaña de Fernández de Avilés en la Cañada de Yecla. No se hallaron fragmentos de T.S.G. ni en su primera campaña, ni en los trabajos del s. XIX ni en las excavaciones de Chapa.

La primera de las piezas podría ser una Drag. 27 o 18, aunque su diámetro nos inclina a decantarnos por la segunda posibilidad. Sus caracteres formales –labio de sección redondeada y perfil suave– nos hacen sugerir una cronología temprana para la pieza. El segundo fragmento pertenece probablemente a una Drag. 15/17, producida por vez primera hacia el año 30 d.C. y cuyo uso se prolongó durante todo el siglo (Vernhet, 1975, VI). Parece que esta forma evolucionó hacia perfiles exvasados, hecho que se ha documentado en época flavia (Fernández Ochoa *et al.*, 1994, 105). En el caso de nuestra pieza, la tendencia exvasada de la pared nos inclina a sugerir una cronología flavia. Por último, el tercer fragmento pertenece a una forma Drag. 24/25 de muy buena calidad. Tiene borde de tendencia vertical, labio individualizado al interior y exterior mediante una leve ranura y la característica decoración burilada al exterior. Estos rasgos morfológicos, junto a lo reducido del diámetro, remiten a una producción de época julio-claudia tardía, probablemente datable en el reinado de Claudio (Fernández Ochoa *et al.*, 1994, 106).

Las tres piezas pueden situarse dentro de las producciones sudgálicas tempranas, de las décadas centrales del s. I d.C. hasta época flavia, hecho que no resulta extraño pues estas producciones tuvieron una rápida

y fuerte difusión en suelo hispano. Las cronologías que sugieren encajan a la perfección con el panorama de importaciones sudgálicas conocido para la provincia de Albacete y zona interior de Murcia (Muñoz, 1993-4; Sanz, 1997, 150). Es a partir de época de Claudio cuando se documentan las primeras producciones gálicas en la zona. En ocasiones estas *sigillatas* aparecen asociadas a producciones ibéricas tardías (Roldán, 1986-7). La forma Drag. 24/25 parece la más extendida en tierras albacetenses (Sanz, 1997, figs.31.241; 42.342; Ramallo y Jordán, 1985, fig. 7.12) aunque también encontramos en la provincia ejemplares de Drag. 18 (Sanz, 1997, fig. 31.244; Ramallo y Jordán, 25, fig. 7.9).

IV.3.4.2.2.2. *Terra Sigillata* Hispánica (T.S.H.)

Las producciones propias de la Península surgieron como consecuencia del gran éxito alcanzado por las itálicas y, sobre todo, sudgálicas. Existen dos periodos productivos bien diferenciados. Durante el alto imperio las producciones hispanas se vieron impulsadas por las piezas itálicas y galas. En el Bajo Imperio serían las *sigillatas* africanas y gálicas tardías las que ejercieran su influencia en Hispania. Nos ocuparemos aquí únicamente de las producciones altoimperiales, puesto que son las que se encuentran presentes en el Cerro.

De los diferentes talleres hispanos, los de *Tritium Magallum* (La Rioja) y Andújar (Jaén) representaron los centros de mayores dimensiones así como de producción y difusión más activas. No debe olvidarse, no obstante, la existencia de talleres más modestos como Abella/Solsona, Bronchales, Granada... Tras el trabajo, ya clásico, de Mezquiriz (1961), que sentó las bases del estudio de la T.S.H., la investigación de estas producciones ha conocido un importante auge en las décadas siguientes (Roca, 1998). Nuevos centros productores han sido descubiertos (Sotomayor, 1972 y 1973; Roca, 1976) y, asimismo, se han puesto al día producciones ya conocidas (Mezquiriz, 1975; Garabito, 1978). Nuevas obras de síntesis han venido a ampliar las perspectivas de conocimiento en las dos últimas décadas (VV.AA., 1983; Mayet, 1983-4). Recientes trabajos ofrecen un completo estado de la cuestión (Fernández García, 1998a; Roca y Fernández, 1999).

***Terra Sigillata* Hispánica en El Cerro de los Santos. Campaña de 1963**

Entre las producciones de época romana presentes en el yacimiento la T.S.H. es la mejor representada. Procedentes de la campaña de 1963 se conservan 13 fragmentos de interés (Fig. XVII). En 1962 se recogieron únicamente dos fragmentos amorfos (Fernández de Avilés, 1966a, 40). También Chapa documentó un pequeño fragmento decorado (1980a, 90, fig. 6.2). Sabemos de la recuperación de “fragmentos de finísimos utensilios de cerámica, que por su delicado baño y color se asemejan á los barros saguntinos” en las excavaciones del s. XIX (Saviron, 1875, 194). Sin embargo, en la actualidad únicamente se conserva en el M.A.N. un fragmento (Fig. XVIII, 3).

Formas documentadas

1. Hisp. 18

Esta forma fue muy frecuente en la Galia pero no conoció gran difusión en Hispania. Comenzó a producirse en talleres galos en época de Claudio (Garabito, 1978, 60-1). En Hispania parece que su producción se redujo al área de Tricio (Bezares), resultando su forma imitación de las piezas galas, aunque con características particulares. Tiene pared oblicua, borde levemente exvasado o recto, fondo plano y pie bajo. Su cronología en suelo hispano parece localizarse entre fines del s. I y principios del II d.C. (Mayet, 1983-4, I, 72) aunque recientemente se ha propuesto la ampliación de este periodo, de mediados del s. I a fines del II d.C. (Roca y Fernández, 1999, 287).

En el Cerro contamos con dos fragmentos adscribibles a este tipo. El primero procede de los talleres de Tricio y su perfil puede datarse en época antigua, tal vez flavia (Fig. XVII, 1). La segunda pieza, de taller desconocido, presenta paredes rectilíneas y oblicuas, sin labio. Responde a un tipo más evolucionado y distante de los prototipos gálicos, datado hacia la 1ª mitad del s. II d.C.

2. Hisp.15/17

Forma inspirada en prototipos itálicos y, sobre todo, gálicos, aunque su producción en Hispania alcanzó una personalidad propia fácilmente

te distinguible. Es una forma abierta, de paredes oblicuas, fondo horizontal (en ocasiones con abultamiento central), pie bajo y cuarto de círculo en relieve en el punto de contacto entre pared y fondo (Mezquiriz, 1961, 54-5). Llegó a la Península a mediados del s. I d.C. procedente de la Graufesenque, provocando la aparición de las producciones hispanas. Con posterioridad se dió en suelo hispano una evolución de la forma hasta concluir en la configuración típicamente hispánica (Roca, 1976, 35-6; Fernández García, 1998b, 52-3) que continuaría fabricándose hasta principios del s. IV d.C. (Roca y Fernández, 1999, 287).

Los dos fragmentos de Hisp.15/17 procedentes del Cerro pertenecen a la moldura interna de dos piezas diferentes. La primera de ellas procede de talleres andaluces (Fig. XVII, 4) y la segunda del área de Tricio (Fig. XVII, 5). La morfología de ambas molduras aporta algunos indicios cronológicos, ya que la evolución de las mismas se produjo de más a menos marcadas (Roca, 1976, 36). Así, podemos datar el primer ejemplar en época temprana, quizás en periodo flavio, y el segundo en un momento algo posterior, a finales del s. I o principios del II d.C.

3. Hisp. 7

En el Cerro se conservan dos fragmentos posiblemente pertenecientes a esta forma, que engloba todos los tipos de tapaderas. Desconocemos su taller de procedencia. No resulta posible la datación concreta de estas piezas, al tratarse de formas que no evolucionaron de modo significativo con el paso del tiempo. En Hispania se documentan desde mediados del s. I hasta niveles de finales del s. II d.C. (Roca y Fernández, 1999, 287).

4. Formas indeterminadas

Pertenecientes a formas indeterminadas contamos con varios fragmentos de bases, un fragmento de borde y varios fragmentos de galbo decorados o con sello (Fig. XVII, 2, 3, 6 y 7).

5. Marcas de alfarero

Sólo dos de los fragmentos estudiados conservan marcas de alfar.

El *sigillum* más completo (Fig. XVII. 7) está impreso sobre el fondo de una pieza de forma indeterminada, posiblemente una Hisp.36. La marca está inserta en una cartela rectangular de lados curvos y en ella se lee OF.T.L.[S]. Esta marca aparece en diversos puntos de la geografía peninsular: Beja, *Lucentum*, *Baelo Claudia*, *Complutum*, *Ilerda*, *Valentia* o Bezares. También aparece en las formas OF.T.L.SE; EXOF.TLS; EX.OF.TLS; EX.OF.T.L.S... (Garabito, 1978, 57-8 y 137-8, fig. 20; Sáez y Sáez, 1999, 128-9). En Bezares (La Rioja) han aparecido hasta cinco ejemplares con distintas variantes por lo que parece probado que estas producciones surgieron en el seno de los talleres de *Tritium Magallum*. El sello ofrece diversas posibilidades de interpretación. Lo más probable es que se trate de la asociación de varios alfareros, algo bien documentado en Tricio: T(itus) L(?) S(empronius). En el caso de la identificación del alfarero con inicial L no es factible asegurar un nombre, ya que existen varios alfareros con esta inicial en Tricio (Garabito, 1978, 137). También se ha propuesto la posibilidad de que T.L.S. sea un nombre abreviado y reducido a tres letras (Mayet, 1983-4, I, 69).

El segundo fragmento sigilado pertenece al fondo de una forma indeterminada (Fig. XVII. 6). Su estado de deterioro impide percibir con claridad la cartela en la que se encuentra inscrito el sello así como leer la marca completa. En ella se lee [...] V.COI. No hemos encontrado referencia alguna a sellos similares en los repertorios de publicación más reciente (Roca y Fernández, 1999).

IV.3.4.2.2.3. *Terra sigillata africana* (T.S.A.)

Las producciones africanas proceden del Africa Proconsular y Mauritania, siendo Cartago su principal centro productor. Son fácilmente distinguibles por su característico barniz anaranjado claro. Ello provocó que Lamboglia (1941) la denominara *terra sigillata* clara, subdividiéndola en tres tipos: A, C y D. Trataremos aquí únicamente las piezas del tipo A, puesto que sólo de ellas tenemos evidencias en el Cerro. Las producciones de *sigillata* africana A abarcan desde finales del s. I hasta mediados del s. III d. C., si bien las piezas de mayor calidad dejaron de producirse a mediados del s. II d.C. (Aquilué, 1987, 12). Tuvieron una notable presencia en la Península focalizada, de manera especial, en el Bajo Guadalquivir y el NE (Beltrán, 1990, 136, figs. 58-9).

***Terra Sigillata* Africana en El Cerro de los Santos. Campaña de 1963**

Contamos con un único fragmento adscribible a estas producciones. Se trata de un pequeño fragmento de galbo de gran calidad que presenta una banda de líneas verticales buriladas. No resulta posible su atribución formal. La calidad de la pasta y el barniz, así como la presencia de decoración burilada, nos inclinan a clasificar la pieza dentro de la primera época de estas producciones, es decir, entre finales del s. I y mediados del II d.C.

IV.3.4.2.2.4. Consideraciones en torno a la *terra sigillata* de El Cerro de los Santos

No se ha recogido ningún fragmento de T.S. Itálica. Las producciones sudgálicas están escasamente testimoniadas, con sólo tres fragmentos. Finalmente, se observa un claro predominio de las producciones hispanas con, al menos, 17 fragmentos (Figs. XVII; Chapa, 1980a, fig. 6.2), 15 de ellos hallados por Fernández de Avilés. Pertenecen a un número mínimo de ocho piezas. Este predominio de las *sigillatas* hispanas no resulta común en el SE peninsular, especialmente la zona litoral, donde las producciones importadas suponen una amplia mayoría. Sin embargo, parece que según nos adentramos en el interior de las provincias de Murcia y Albacete los porcentajes de T.S.H. aumentan en relación con los de producciones itálicas o sudgálicas. En estas zonas interiores los mercados tuvieron un comportamiento diferente a los de la costa, dependiendo de modo más directo de las áreas de producción (Poveda, 1999, 209-10).

De los 12 fragmentos de T.S.H. directamente estudiados por nosotros cinco proceden de *Tritium*; uno de un taller andaluz y seis tienen origen incierto. De este modo, constatamos la mayor presencia de producciones riojanas, como se atestigua en la mayoría de los yacimientos del SE (Poveda, 1999, 215) y la práctica totalidad de los peninsulares, fuera de la Bética (Sáenz y Sáenz, 1999, 70). Aun así, en contra de opiniones tradicionalmente aceptadas (Roca, 1976, 103-5; Mayet, 1983-4, 226-7), parece constatada la presencia esporádica de producciones andaluzas en el área del SE, como se ha señalado recientemente (Poveda, 1999, 211; Sotomayor *et al*, 1999, 34).

Se han propuesto dos vías principales de llegada de las producciones de Tricio al SE. Por un lado, se ha apuntado la posibilidad que éstas llegaran por vía terrestre: se distribuirían por el valle del Ebro hasta

Tarraco, desde donde bordearían el litoral a lo largo de la *Vía Augusta* (Pradales, 1986-9, 84). Por otra parte, resulta también posible la distribución por vía marítima desde *Tarraco* que, en su camino hacia las costas africanas, llegaría a los puertos del Levante y SE, desde dónde se distribuiría la producción al interior (Poveda, 1999, 221). En cuanto a las producciones andaluzas, su escasa distribución en la zona suoriental de la Península se produjo, con toda probabilidad, a través de la *Vía Augusta*.

En el caso de El Cerro de los Santos, su conexión con las áreas alicantina y murciana ha quedado ya suficientemente probada durante el periodo Ibérico Pleno y Tardío, por lo que no resulta aventurado suponer una perduración de las relaciones comerciales con el SE en época imperial que facilitara la introducción de productos llegados desde el valle del Ebro. Estas relaciones fluidas interior-costa en época romana han sido señaladas con frecuencia para el área albacetense (Roldán, 1986-7, 248; Sanz, 1997).

A excepción de los pequeños fragmentos recuperados en el s. XIX (Fig. XVIII, 3), Fernández de Aviles en 1962 (1966a, 40) y Chapa en 1977 (1980a, fig. 6.2), el resto de las piezas de T.S.H., así como los tres fragmentos de T.S.G., proceden de la Cañada de Yecla. De este modo, tenemos atestiguada la ocupación de este área desde, al menos, mediados del s. I d.C. Las producciones hispanas nos aportan cronologías que van desde época flavia hasta mediados del s. II d. C., espectro conológico similar al ofrecido por enclaves de carácter rural cercanos (Ramallo y Jordán, 1985, 31).

IV.3.4.2.3. LAS ÁNFORAS

Breve introducción

Las ánforas son vasijas de base inestable, gran capacidad y robustez que fueron utilizadas para transporte y conservación de alimentos. Desde los trabajos clásicos de Dressel (1899a) y Lamboglia (1955) numerosos han sido los intentos de sistematizar unos materiales romanos que resultan muy abundantes, especialmente en los yacimientos subacuáticos, y poseen un incuestionable valor como indicadores cronológicos y económicos. Para el estudio de estos materiales en nuestra Península contamos con una obra ya clásica, pero que resulta aún de gran utilidad (Beltrán, 1970). Recientes trabajos han venido a añadir matizaciones tipológicas y cronológicas a estos estudios básicos (Py, 1993a y b).

Las ánforas romanas en El Cerro de los Santos. Campañas 1962-63

Desde las excavaciones de Fernández de Avilés y Chapa tenemos constancia del hallazgo de restos de ánforas romanas, especialmente republicanas. Este tipo de piezas no aparecen citadas en las publicaciones de los PP. Escolapios y Saviron, a excepción de la mención que el segundo hace de la compra durante su segundo viaje a Yecla de "fragmentos de una ánfora" (Saviron, 1875, 233). Creemos que el comisionado hacía referencia a dos fragmentos de borde de un mismo ánfora, hoy conservada en el M.A.N. (Fig. XVIII, 2).

Durante las campañas de Fernández de Avilés se hallaron varios fragmentos. En 1962 se recuperó parte de un hombro con una "A" grabada (Fernández de Avilés, 1966a, 40, lám. XLVI.b) mientras que en 1963 aparecieron nuevos restos, de mayor interés (Fig. XIX). También tenemos noticias del hallazgo de restos de ánforas republicanas durante las intervenciones de Chapa (1983, 647; 1984, 114-5) aunque no se ha publicado documentación gráfica alguna al respecto. Así, para estudiar las ánforas romanas procedentes de las excavaciones de Fernández de Avilés contamos con algunos fragmentos de los que sólo dos pertenecen a formas reconocibles.

El ánfora más antigua es una producción grecoitalica tardía (Fig. XIX, 2). Fue recuperada en la Cañada en 1963. Pertenecer probablemente al tipo D de L. Will (1982), grupo más común y de mayor difusión entre las ánforas grecoitalicas que supone la culminación de un proceso evolutivo iniciado con la variante más antigua de cara a obtener una mayor capacidad y equilibrio formal (Will, 1982, 348). Se trata de producciones focalizadas en Italia central y meridional destinadas a la comercialización del vino. Su datación debe situarse en la 1ª mitad del s. II a.C. (Py, 1993a, 47).

El segundo fragmento proviene también de la campaña de 1963 y fue hallado en la Ladera del Cerro (Fig. XIX, 1). Sus pequeñas dimensiones y mal estado de conservación dificultan una clasificación precisa. Se trata de parte de la boca de una *Gauloise 4* o *Dressel 14*, ambos tipos altoimperiales. En el primer caso estaríamos ante una producción vinaria de origen galo datada entre mediados del s. I y finales del II d.C. (Laubenheimer, 1985, 261-290 y 390). La segunda posibilidad nos acercaría a un ánfora bética destinada al comercio de salazones y centrada, cronológicamente, en los dos primeros siglos de la Era (Raynaud, 1993, 84). Ambas posibilidades nos remiten a fechas similares, si bien las áreas geográficas de origen y el contenido de las producciones son notablemente diferentes, por lo que creemos aventurado adentrarnos en interpretaciones culturales más complejas.

Junto a estos dos ejemplares contamos con un número considerable de fragmentos de asas así como un pivote (Fig. XIX, 3), todos ellos recuperados en la segunda campaña de Fernández de Avilés. Con todo, no es posible afirmar la existencia de más de dos ánforas romanas entre los materiales recuperados en 1963, lo que supondría un 10% del material importado y un 0,4% de todo el material recuperado durante dicha campaña. La mayor parte de los fragmentos anfóricos proceden de la Cañada, si bien uno de los fragmentos de borde, de cronología altoimperial, procede de la Ladera norte del Cerro.

Para concluir, contamos con un posible tercer ejemplar anfórico en el Cerro, procedente de las adquisiciones del M.A.N. en Yecla. Se trata de dos fragmentos de borde de una misma pieza (Fig. XVIII, 2)¹⁵. Nos encontramos ante un ánfora “de fondo plano”, contenedor vinario producido en el sur de la Galia. Resulta posible adscribir el fragmento a la formas *Gauloise 5* o *7*, aunque nos parece más probable la primera opción, de producción y difusión mucho mayor (Laubenheimer, 1985). La *Gauloise 5* es una variante propia de la Narbonense que cronológicamente debe situarse entre la segunda mitad del s. I y las primeras décadas del II d.C. (Laubenheimer, 1985, 293ss. y 390). Parece probable que se trate de una pieza importada puesto que, a pesar de conocerse imitaciones de ánforas de fondo plano en el sur y este peninsulares (Gisbert, 1998, 393ss.; Bernal, 1998, 267ss.) no parece que éstas tuvieran una difusión importante.

Si analizamos los ejemplares del Cerro en relación con el panorama conocido en la provincia de Albacete, vemos cómo las ánforas de cronología más temprana, las grecoitálicas, se encuentran vinculadas a las principales vías de comunicación, como ya se observó para las importaciones de barniz negro de igual cronología (Sanz, 1997, 148). Así, tenemos documentado el hallazgo de ánforas vinarias itálicas en zonas interiores del SE peninsular en los primeros momentos de la presencia romana en Hispania, primera mitad del s. II a.C. En cuanto a los dos ejemplares anfóricos de época imperial, constatan la pervivencia de la vida en zonas cercanas al yacimiento hasta, al menos, finales del s. I d.C. y, muy posiblemente, a lo largo del s. II d.C.

¹⁵ N.º Inventario: M.A.N. 14.836 y 14.839. La única mención a fragmentos de ánforas romanas en la documentación del M.A.N. la hemos encontrado en una relación de objetos comprados por la Segunda Comisión a Yecla. Resulta interesante resaltar que los objetos de dicha lista no proceden del Cerro sino de unas “excavaciones practicadas en las cercanías del Cortijo de Marisparza”, por lo que no podemos asegurar que el fragmento de ánfora aquí estudiado fuera recuperado en el Cerro propiamente dicho.

IV. LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

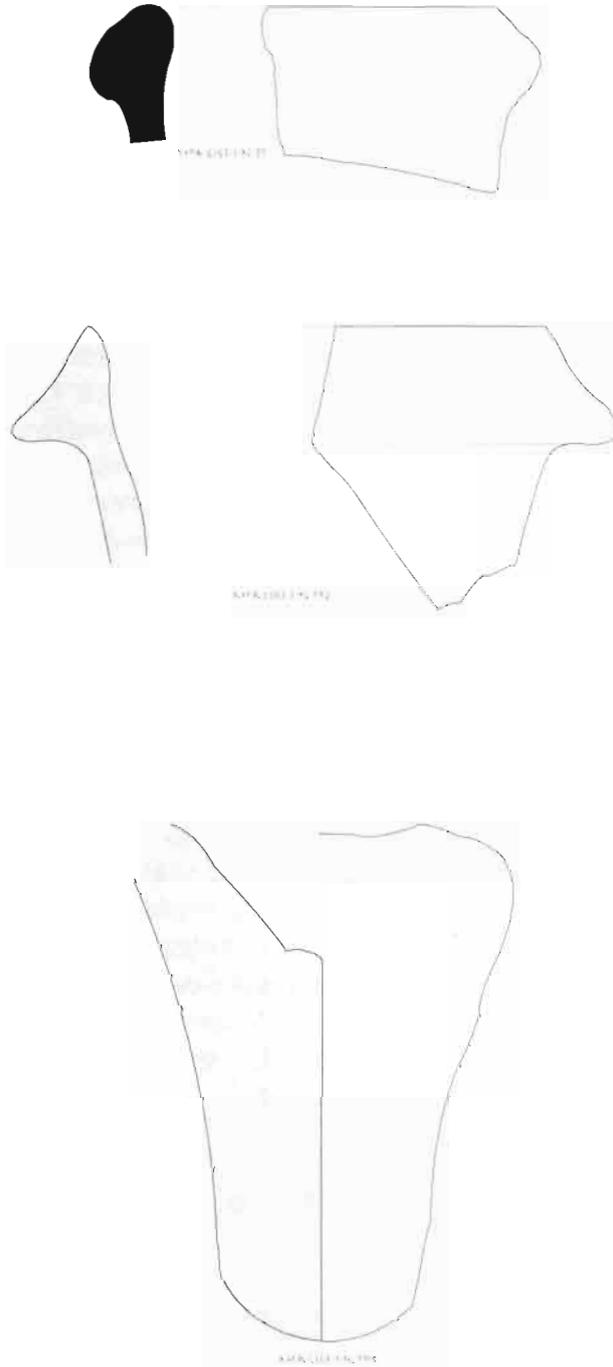


Figura XIX - Ánforas de importación. (Campaña de Excavación de 1963, Museo de Albacete)

V.3.4.2.4. LAS LUCERNAS

Breve historia de las investigaciones

Son materiales muy comunes en los yacimientos romanos y han sido uno de los objetos que desde época más temprana empezaron a ser catalogados por los investigadores. Su incuestionable valor como índice cronológico ha avivado el interés por las mismas en las últimas décadas. La historia de las investigaciones se remonta al Renacimiento, cuando empezaron a recogerse importantes colecciones, sobre todo en Italia. Hasta principios del s. XIX se publicaron estudios atentos a aspectos artísticos pero que no consideraban su valor social o cronológico. El clásico trabajo de Dressel (1899b) supuso la primera clasificación sistemática. Con posterioridad se han sucedido infinidad de estudios con el afán de clasificar y datar las piezas, entre los que los trabajos de Loeschke (1919), Ponsich (1961), Deneauve (1969) o Ricci (1974) deben ser destacados por su repercusión posterior. Además de la clasificación de los tipos, otros aspectos como la iconografía o las marcas de taller han sido temas también tratados de forma recurrente por la bibliografía.

En la Península no encontramos estudios en profundidad sobre las lucernas hasta mediado el s. XX (Palol, 1948-9; Fernández-Chicarro, 1952-3). En las décadas siguientes aumentaron de forma notable las publicaciones sobre lucernas de colecciones, museos y yacimientos hispanos. Mención aparte merece Balil, uno de los principales impulsores del conocimiento actual de estas producciones en la Península (1965, 1969, 1980, 1982a y b). En los últimos años han visto la luz monografías sobre áreas geográficas concretas, entre las que creemos conveniente destacar, por su proximidad con el Cerro, los trabajos de Moreno (1991) y Amante (1993). Centrándonos en la provincia de Albacete contamos con un único estudio dedicado a estas producciones (Sanz, 1982).

Lucernas romanas en El Cerro de los Santos. Campañas de finales s. XIX

Únicamente contamos con dos lucernas entre los abundantes materiales recuperados en el yacimiento. Procedentes de los trabajos de los Padres Escolapios (Lasalde *et al.*, 1871, 18) ambas piezas se conservan en el M.A.N. (Fig. XVIII, 4 y 5). Ni Fernández de Avilés ni Chapa recuperaron en sus trabajos posteriores nuevos ejemplares.

Las dos piezas son de factura romana y pertenecen a tipos bien conocidos. La primera de ellas¹⁶ (Fig. XVIII, 5) es una lucerna de disco de tipo *Dressel* 17. Las lucernas de disco tienen origen itálico pero fueron muy comunes en todo el litoral del occidente mediterráneo. En Península Ibérica se encuentran con frecuencia en yacimientos de la costa mediterránea y el área meridional. La forma *Dressel* 17 no es demasiado común en territorio hispano, aunque se han documentado algunos ejemplares, especialmente en la costa y la Bética (Moreno, 1991). Loeschcke dató la aparición de este tipo entre los reinados de Claudio y Nerón y parece que su uso perduró hasta fines del s. II d.C. (Morillo, 1999, 110-1).

Un dato a destacar de esta pieza es la aparición en su base de una posible marca anepígrafa de taller. Estas marcas comenzaron a aparecer en el s. I a.C. y fueron perdiendo protagonismo en la centuria siguiente. No hay consenso en cuanto a su significado, ya que puede tratarse de marcas de niveles de calidad, control de producción o trabajadores concretos (Morillo, 1999, 279-8). Además, la pieza presenta sobre la orla una hilera de gruesas perlas en relieve, motivo decorativo que se data hacia el s. III d.C. (Morillo, 1999, 262-3). Se han hallado lucernas de disco, aunque no idénticas a la del Cerro, en los yacimientos albacetenses de Camino Viejo de las Sepulturas, Las Eras y el Tolmo de Minateda, todas ellas con cronologías de los s. II-III (Sanz, 1982). Todos estos datos, algo contradictorios en lo que se refiere a la cronología de los diversos elementos de nuestra pieza, nos llevan a sugerir para esta lucerna una datación de los s. II-III d.C.

En cuanto al segundo ejemplar¹⁷ (Fig. XVIII, 4), se trata de una lucerna de canal abierto del tipo *Loeschcke* X. Las lucernas de canal representan la primera producción de piezas fabricadas en serie para ser exportadas. Por ello, presentan una amplísima dispersión geográfica por todo el Imperio. Son formas sencillas y funcionales que, por lo general, no portan decoración. Resultan muy frecuentes en el norte de Italia y el área septentrional del Imperio. En suelo hispano apenas aparecen en las zonas señaladas para el tipo anterior mientras que resultan mucho más abundantes en el centro y NO peninsular. La aparición del tipo *Loeschcke* X puede situarse a finales del s. I d. C., perdurando su producción a lo largo del s. II y tal vez durante parte del s. III d.C. (Morillo, 1999, 135). Hemos localizado una única lucerna de canal en el área albacetense, aunque no responde exactamente al tipo del Cerro. Procede del Camino Viejo de las Sepulturas

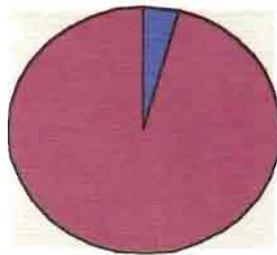
¹⁶ N.º Inventario: M.A.N. 14.790.

¹⁷ N.º Inventario: M.A.N. 14.791.

y ha sido datada entre los s. II-III d.C. (Sanz, 1982), fecha que nos parece aceptable para nuestro ejemplar.

IV.3.4.3. CONCLUSIONES EN TORNO A LA CERÁMICA IMPORTADA

Antes de adentrarnos en la valoración global de las cerámicas importadas hemos de señalar el claro carácter minoritario de estos productos frente a las piezas locales (Gráfico VII). Si analizamos las piezas halladas en 1963 observamos cómo las cerámicas importadas suponen únicamente un 4% del total de los materiales recuperados.



■ Cerámica importada (4%)
■ Cerámica local (96%)

Gráfico VII. Materiales cerámicos de El Cerro de los Santos. Campaña de 1963.

Tras el análisis pormenorizado de las diferentes producciones hemos de señalar el amplio espectro cronológico que éstas ofrecen. Si analizamos de forma conjunta los materiales recuperados por Fernández de Avilés, vemos cómo la ocupación en el Cerro queda atestiguada desde el s. IV a.C. hasta finales del s. II d.C. Sin embargo, a esta primera observación es necesario añadirle varias matizaciones relevantes. En primer lugar, no todos los restos analizados provienen del Cerro propiamente dicho. Como hemos ido señalando para cada caso concreto, existen materiales hallados en las distintas laderas del promontorio pero, asimismo, hemos analizado numerosos fragmentos procedentes de la Cañada de Yecla. En segundo lugar, la representación porcentual de los materiales nos indica la presencia más abundante los productos importados en momentos concretos de la vida del santuario.

El primer aspecto reviste gran importancia ya que nos acerca a indicios cronológicos en los dos puntos sondeados. Aunque este tema será

analizado en profundidad en las conclusiones del trabajo, adelantaremos aquí algunos de los datos de mayor interés. Las cerámicas áticas fueron localizadas tanto en la Ladera norte del Cerro como en la Cañada. Las campanienses A sólo aparecieron en el Cerro; finalmente las campanienses B y *sigillatas* se documentaron de forma exclusiva en la Cañada (Gráfico VIII). Las cerámicas griegas suponen, pues, los materiales más antiguos recuperados en el yacimiento. Como se verá en detalle, su presencia en el Cerro, junto con el análisis del resto de los materiales arqueológicos allí documentados, nos ha inclinado a afirmar para este área una cronología inicial del s. IV a.C. Para la datación del momento de decadencia del santuario apenas contamos con materiales de importación, por lo que basaremos nuestra argumentación en objetos de producción local.

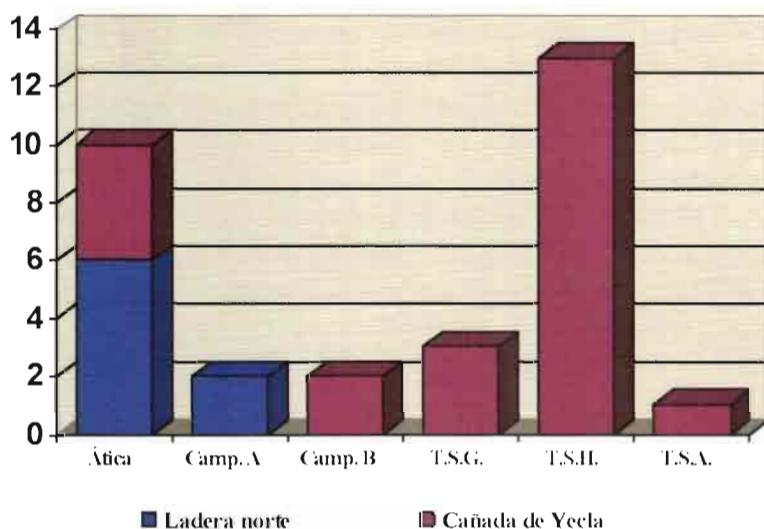


Gráfico VIII. Distribución de materiales importados en las dos áreas exploradas. Campañas de 1962-63.

En cuanto a la Cañada de Yecla, la mayoría de las piezas de importación allí recuperadas constatan su ocupación a partir de la 2ª mitad del s. I d. C., más concretamente a partir de época flavia, hasta finales del s. II d.C. Los escasos fragmentos de campaniense B sugieren una fecha de ocupación anterior, tal vez a mediados de la primera centuria a.C., dato que veremos respaldado por materiales indígenas. De este modo, propondremos una cronología para las habitaciones de la Cañada situada entre mediados del s. I a.C. y finales del s. II d.C. Varios fragmentos áticos vienen a disturbar esta datación, pero la falta de otro tipo de materiales que

apoyen fechas tan antiguas nos hacen suponer que los fragmentos griegos en la Cañada son probablemente fruto de arrastres desde el Cerro o, tal vez, de la preservación de piezas de lujo en ambientes notablemente posteriores.

El segundo de los aspectos que querríamos destacar es la diferenciación numérica de los tipos en cada área. En este sentido, es remarcable la escasa presencia de materiales importados en el área del santuario en relación con los presentes en la Cañada. Si los escasos fragmentos en que basamos esta afirmación (20) fueran representativos de lo que existió en ambos puntos, deberíamos concluir una mayor importancia relativa de los materiales importados en la Cañada que en el Cerro. En el caso del santuario, esta carencia de materiales foráneos podría relacionarse con la escasa relevancia de éstos en contextos sacros. Como resulta frecuente en ámbito religioso, los cultos suelen ser conservadores y normalmente no se sirven de elementos novedosos en sus rituales. En cambio, en la Cañada vemos cómo las piezas de importación resultan más numerosas. Se trata de piezas de vajilla de mesa, con toda probabilidad incorporadas al uso diario en ámbito doméstico.

Así, el análisis de las producciones de importación nos ha acercado a una separación cronológica y funcional de las áreas del Cerro y la Cañada de Yecla, concluyendo, asimismo, una significativa diferenciación en la importancia relativa de estas piezas en relación con las actividades desarrolladas en ambos puntos.

IV.4. LOS “OTROS” MATERIALES

IV.4.1. MATERIALES CONSTRUCTIVOS NO PÉTREOS

IV.4.1.1. LADRILLOS ROMBOIDALES (Lám. 18)

Los pequeños ladrillos romboidales realizados en barro cocido son los materiales de construcción más abundantes de entre todos los recuperados en el Cerro a lo largo de su historia. Se trata de piezas de pequeño tamaño, aproximadamente 10 cm. de longitud, 6 cm. de anchura y 2-3 cm. de grosor. Cocidas en ambiente oxidante, estas piezas fueron recuperadas en grandes cantidades por todos aquellos que excavaron en el yacimiento. En los trabajos de los PP. Escolapios se descubrió un número importante de “pequeños rombos (...) huecos interiormente muchos de ellos” cuyo “uso sería para adornar el pavimento del adoratorio” (Lasalde *et al.*, 1871,

17). Los trabajos de Saviron hallaron “unos trescientos ladrillitos” más (1875, 163). Según la documentación conservada en el M.A.N. sólo cerca de 60 de los más de 300 ejemplares hallados durante aquellas excavaciones fueron recuperados por la institución tras compras y donaciones diversas. Estas piezas se encuentran actualmente conservadas en sus fondos¹⁸. Durante las excavaciones de Fernández de Avilés se recuperó de nuevo un número importante de piezas: 384 ejemplares en 1962 (Fernández de Avilés, 1966a, 42, Lám.LI.a) y ocho más el año siguiente. De todas ellas, únicamente una fue recuperada en la Cañada de Yecla. Años después Chapa logró recuperar aun al menos 33 ejemplares más (Chapa, 1980a, fig. 7.20; Ramallo *et al*, 1998, 20, n.37).

Desde los primeros estudios pareció evidente que estas piezas formarían parte del pavimento de un edificio, tal vez el propio templo (Lasalde *et al*, 1871, 17; Saviron, 1875, 195). Sin embargo, también desde el principio se recuperaron evidencias de otros dos tipos de pavimentación, lo que complicaba notablemente la reconstrucción del espacio. En el exterior del edificio que coronaba el Cerro se hallaron restos de un “fuertísimo y fino pavimento, compuesto de tres capas (...). La inferior es hormigón (...), la del centro una mezcla de cal y carbón, y la superior de finísimas piedras de tono general rosado” (Saviron, 1875, 164), restos que se han interpretado como de probable *opus signinum* (Ramallo *et al*, 1998, 20). Por otro lado, en las excavaciones de Saviron (1875, 164), Engel (1892, 186), Fernández de Avilés (1966a, 44) y Chapa (1983, 645) se hallaron igualmente importantes cantidades de teselas blancas y negras, que conformarían un *opus tessellatum* bícromo.

De todo ello se desprende que el santuario tendría tres tipos de pavimentación que cubrirían diferentes zonas o, tal vez, responderían a diferentes reestructuraciones de una misma zona a lo largo de la dilatada vida del lugar. Los últimos trabajos en torno al tema han ofrecido posibilidades interpretativas variadas. El mosaico bícromo sería apropiado para la *cella*, lo que nos llevaría a una cronología avanzada no anterior a la época de César¹⁹. Sin embargo, este tipo de suelo pudo suponer una repavimentación sobre un *opus signinum* preexistente. En este caso, el hormigón hidráulico como pavimento de espacios sacros en la P. Ibérica podría

¹⁸ N.º Inventario M.A.N.: 14.630- 14.693.

¹⁹ Es probable que la cronología de este pavimento sea de época augustea, tal y como nos apuntó en fechas recientes el Dr. Sebastián Ramallo Asensio (Universidad de Murcia), a quien agradecemos la información.

situarnos en momentos tardorrepublicanos. Siguiendo esta argumentación, los ladrillitos romboidales quedarían relegados a un uso en el espacio exterior del santuario, algo que, por otra parte, resulta muy coherente con la naturaleza del material y con el uso que se le dió en otros ámbitos de la arquitectura romana (Ramallo *et al.*, 1998, 29-30).

No obstante, los mismos autores no descartan una solución mixta en el interior del edificio, en la que se aunaran los distintos tipos de pavimentación tratados, de modo similar a lo que ocurre en otros espacios sacros tardoibéricos como el templo de Azaila (Beltrán, 1990b, 184-5). Por último, también resulta posible que toda la *cella* estuviera pavimentada con los pequeños ladrillos, a tenor de la cantidad tan importante de piezas recuperadas (Ramallo *et al.*, 1998, 20-1, n.37).

Esta sugerente hipótesis, sin embargo, no nos parece suficientemente probada con dicha argumentación, a pesar de que sí consideramos probable que las piezas estuvieran destinadas a cubrir el espacio interno del templo. Un proyecto reciente –que ha recreado el espacio del edificio con piezas romboidales de dimensiones similares a las arqueológicas– ha necesitado un número de ladrillos muy superior al documentado en el yacimiento para cubrir una superficie sensiblemente inferior a la del edificio del Cerro²⁰. Si tenemos en cuenta que hacen falta más de 200 piezas para cubrir un área de un metro cuadrado, debemos pensar que se necesitaron miles de ladrillos para pavimentar todo el interior de la *cella*.

Los ladrillitos fueron recuperados tanto en el interior del edificio de culto como en las laderas del promontorio. Durante los trabajos de 1962 se hallaron en la Ladera norte del Cerro algunas piezas asociadas entre sí, hecho que hizo pensar a Fernández de Avilés en un nivel de pavimento *in situ* (1966a, 14, Lám.IX.b). Sin embargo pronto hubo que descartar esta hipótesis, cuando comprobó como no existía diferencia estratigráfica alguna entre los dos supuestos niveles delimitados por las piezas.

Hemos de señalar que el pavimento formado por pequeños ladrillos en forma de rombo tiene una amplia dispersión cronológica y geográfica. Aparece con frecuencia ligado a la arquitectura doméstica púnica norteafricana en los s. III-II a.C. (Fantar, 1984, 278-80, Pl. IV-V) pero también se documenta, ya en la P. Ibérica, en ambientes altoimperiales de *Complutum* (Ramallo *et al.*, 1998, 21, n.37) y otros yacimientos de similar

²⁰ Nos referimos a la Exposición *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la Memoria*, cuyos comisarios son los Dres. J. Blánquez y L. Roldán, de la Universidad Autónoma de Madrid (Blánquez y Roldán, 1999a y b).

cronología, siendo usados habitualmente en la pavimentación de complejos termales (Gisbert, 1999, 80).

A pesar de la amplitud cronológica señalada, no podemos aceptar para el uso del ladrillo en territorio hispano fechas tan elevadas como las conocidas en ambientes púnicos. Sabemos que la introducción del barro cocido en la Península no se produjo hasta fechas bastante tardías con relación a la llegada de los primeros itálicos y que el uso del ladrillo fue aun más reducido que el de otros materiales arquitectónicos (Bendala y Roldán, 1999, 106-7). Así, no puede postularse un uso de estos materiales en fechas tan antiguas como el s. II, resultando más probable una datación a partir de momentos avanzados de la primera centuria a.C. o, incluso, principios de la primera d.C. De este modo, los ladrillos romboidales corresponden, probablemente, a la última pavimentación llevada a cabo en el edificio, en fechas ya próximas a su abandono definitivo.

IV.4.1.2. OTROS ELEMENTOS CERÁMICOS: LADRILLOS Y TEJAS

Aunque en escaso número, también se recuperaron durante las diversas excavaciones en el Cerro algunos fragmentos de ladrillos y tejas. Los PP. Escolapios afirmaban que el ladrillo “escaseó en sus construcciones” ya que únicamente hallaron en sus trabajos algunos fragmentos (Lasalde *et al.*, 1871, 17). Por su parte, Saviron se limitó a observar la aparición de “varios ladrillos” de excelente material (1875, 164). No se conserva en el M.A.N. ningún fragmento procedente de aquellos trabajos. También Fernández de Avilés recogió en 1962 fragmentos de ladrillo, algunos “gruesos en forma de cuña” y “segmentos de ladrillo circular para columna” (1966a, 43, Lám. LI.b). Consideramos probable que el investigador hallase nuevos restos en 1963 pero no existen referencias a los mismos. Finalmente, sabemos que durante las excavaciones de Chapa fueron recuperados nuevos fragmentos (1980a, 96).

Debemos relacionar estos ladrillos con el edificio levantado en el Cerro en época tardorrepublicana o con sus estancias adyacentes, si bien no conocemos con exactitud el papel que desempeñarían en la construcción. Como hemos señalado, la introducción del ladrillo en la Península fue escasa y tardía (Bendala y Roldán, 1999, 106; Bendala *et al.* 1999), por lo que resultaría interesante constatar su uso en una construcción levantada probablemente en el s. II a.C. Es posible, no obstante, que el uso de ladrillos respondiera a alguna modificación posterior del templo o a dependencias auxiliares construidas con posterioridad al edificio principal.

Los segmentos de ladrillos circulares mencionados por Fernández de Avilés señalan la existencia en el templo, o sus recintos anejos, de columnas realizadas en este material. Este tipo de columnas se han documentado asimismo en establecimientos sacros de cronología similar al Cerro, como La Luz (Lillo, 1993-4, 158). En general, en la Península suelen relacionarse estas columnas con ambientes domésticos (Roldán, 1988a, 132) o termales (Fernández Ochoa *et al.*, 1999, 296).

En cuanto a las tejas, también existen referencias antiguas a estos materiales. Los PP. Escolapios recuperaron algunos fragmentos de “forma plana con dos rebordes laterales (...), cubriéndose la unión con una teja semicilíndrica como ahora se usa” (Lasalde *et al.*, 1871, 18). Saviron mencionó el hallazgo de “alguna tégula, de excelente material” (1875, 164). A pesar de ello, no se conserva ninguna teja procedente de aquellos trabajos en el M.A.N. Nuevos fragmentos fueron recuperados durante por Fernández de Avilés (1966a, 43, Lám. LI.b) y Chapa (1980a, 96) si bien los restos conservados en el Museo de Albacete están sumamente deteriorados.

Parece evidente que *tegulae* e *imbrices* formarían parte de la cubierta del edificio cultural o sus estancias anejas. El uso de estos elementos para cubiertas fue introduciéndose en Hispania a lo largo del s. I a.C. (Bendala y Roldán, 1999, 106). Se han documentado materiales semejantes en edificios de cronología y función similar a las del Cerro, como los templos de La Encarnación (Ramallo *et al.*, 1998, 34) o La Luz (Lillo, 1993-4, 158)

Todos estos materiales constructivos realizados en barro cocido –ladrillos, *tegulae* e *imbrices*– no suponen indicios cronológicos concretos, si bien puede afirmarse que su aparición en suelo hispano fue motivado por la presencia romana y la implantación de sus técnicas constructivas, en muchos aspectos novedosas. El uso del ladrillo se introdujo en la Península de modo paulatino, sustituyendo a las construcciones de adobes que, sin embargo, no llegaron a desaparecer. En cuanto a las tejas, éstas vinieron a ocupar el lugar de las cubiertas vegetales (Roldán, 1999, 180). La utilización de ladrillos y, sobre todo, tejas está documentada en diversos puntos en nuestra Península y debe ser entendida dentro de un contexto de renovación edilicia impulsada por Roma a partir de fines del s. II a.C. (Bendala y Roldán, 1999). El uso esporádico de estos materiales en los santuarios iberorromanos de Caravaca y La Luz o las ciudades de *Italica* y *Carteia* (Roldán, 1992 y 1993) así lo atestiguan. Parece detectarse, no obstante, un empleo más tardío y marginal del ladrillo que de las tejas, especialmente en la Bética (Roldán, 1999, 183) donde no es posible datar estos materiales con anterioridad al ecuador del s. I d.C. (Roldán, 1987).

IV.4.1.3. GRAPAS DE PLOMO

En los diferentes trabajos se han recuperado abundantes fragmentos de plomo, la mayoría informes, que pertenecieron a grapas asociadas a los materiales constructivos del edificio de culto. Según nos narran los PP. Escolapios “el plomo debió ser bien conocido del pueblo que nos ocupa, porque se servía de él para unir las piedras” (Lasalde *et al.* 1871, 24-5). También Saviron halló algunas piezas en sus trabajos (1875, 233). Fruto de aquellas excavaciones se conservan en el M.A.N. seis piezas en forma de I y T²¹. Zuazo pudo recoger algún fragmento más (1915)²². Por último, Fernández de Avilés halló nuevos ejemplares, así como restos de plomo fundido, en 1962 (1966a, 44, lams. LII.a y LIII.c)²³. No tenemos constancia de nuevos hallazgos en 1963, ni durante las excavaciones de Chapa. La descripción de algunas de las piezas ha sido ya publicada (Castelo, 1993, 83, fig. 2) por lo que no creemos oportuno detenernos en este particular.

Estas grapas sirvieron para unir los sillares que conformaban el edificio de culto. Para García y Bellido este modo de unir sillares era inequívocamente romano (1943c, 285) aunque hoy sabemos que esta técnica está plenamente documentada en época ibérica, en monumentos funerarios turriformes (Almagro-Gorbea, 1983; Ramallo *et al.* 1998, 22, n.45). A pesar de que estas piezas ya eran conocidas en la arquitectura ibérica, hemos de asignar a las procedentes del Cerro una probable cronología republicana tardía, a tenor de las dataciones propuestas para el resto de los materiales constructivos así como por las últimas hipótesis en torno a la monumentalización del lugar. También se ha constatado la presencia de estos materiales en edificios sacros de monumentación republicana, como la Encarnación de Caravaca (Ramallo *et al.* 1998, 22, n.45).

El análisis de los materiales constructivos no pétreos nos acerca a una fase de renovación edilicia del Cerro íntimamente ligada a la llegada de influjos itálicos. Esta monumentalización, que pudo darse a lo largo del s. II a.C. (Ramallo *et al.* 1998), supuso un testimonio temprano de la renovación urbanística impulsada por Roma tras su implantación en territorio hispano (Bendala y Roldán, 1999) y conoció, probablemente, modificaciones posteriores. Estas remodelaciones aportaron nuevos materiales constructivos, de forma especial piezas de barro cocido, ladrillos, tejas y lose-

²¹ N.º Inventario M.A.N.: 14.520-14.525.

²² N.º Inventario M.P.A.: 782-784.

²³ N.º Inventario M.P.A.: 4.525, 4.529 y 4.558.

tas de pavimentación. Su aparición en la Península no debe remontarse más allá del s. I a.C. para el caso de las cubiertas y nos sitúa en cronologías altoimperiales para el caso del material latericio. Podemos proponer, por tanto, que los ladrillitos supusieron la última repavimentación del espacio sacro que, en ningún caso, debe datarse con anterioridad al cambio de Era.

IV.4.2. MATERIALES VOTIVOS

IV.4.2.1. PIEZAS CERÁMICAS: FUSAYOLAS, *PONDERA* Y TERRACOTAS

IV.4.2.1.1. FUSAYOLAS (Lám. 19)

Se trata de pequeños utensilios asociados a la actividad del hilado, realizados en diferentes materiales. El origen de esta denominación parece provenir de la palabra latina *fusus*, *fuso* (huso), aunque en latín estos objetos tuvieran una denominación específica (*verticillus*). Se insertaban en uno de los extremos del huso, equilibrando y acelerando al mismo tiempo el rápido movimiento giratorio que implica el proceso del hilado, así como tensando las fibras tratadas para que adquirieran una mayor calidad y resistencia (Castro, 1980, 127, n.1). Además, las fusayolas tendrían una última función práctica: evitar que el hilo, ya confeccionado, se deslizara hacia abajo (Alfaro, 1984, 74). Constituyen uno de los escasos testimonios de las actividades textiles en época antigua, ya que sólo de manera excepcional contamos con evidencias directas de tejidos (Alfaro, 1984, 119ss.). Su uso se prolongó hasta la romanización, momento a partir del cual fue introduciéndose la rueda de madera para hilar en detrimento de husos tradicionales (Castro, 1980, 144).

A pesar de resultar muy abundantes en contextos ibéricos, durante muchos años apenas se les prestó atención. En las últimas dos décadas algunos trabajos han venido a paliar esta carencia de datos (Castro, 1980; López Mira, 1996; Martínez y Castellano, 1996). La abundancia de estos objetos en gran parte de las casas ibéricas ha hecho suponer que la producción textil, tanto el hilado como el tejido, tendría un carácter esencialmente doméstico (Llobregat, 1972, 174; Broncano y Blánquez, 1985, 292). No resultan tan abundantes, aunque sí significativas, en ambientes funerarios (García Cano, 1997, 189-90). También en las publicaciones sobre santuarios se pueden encontrar referencias a este tipo de objetos: Cigarralejo (Cuadrado, 1950, 45-6), Collado de los Jardines (Calvo y Cabré, 1917, 57), la Encarnación (Ramallo y Brotons, 1997, 261), la Luz

(Lillo, 1991-2, fig. 15.8-10) o algunas cuevas-santuario levantinas (Martí, 1990; Martínez y Castellano, 1996).

A lo largo de las diversas intervenciones en el Cerro se recuperaron numerosos ejemplares. No aparece ninguna mención a estas piezas en las publicaciones del s. XIX ni se conserva fusayola alguna en el M.A.N. Así, todas las piezas que hoy conservamos proceden de las campañas de excavación posteriores. En 1962 se recuperaron 10 piezas²⁴, todas ellas en la Ladera norte (Fernández de Avilés, 1966a, 42, fig. 14, lams. XLIV.a y XLIX.b). En 1963 se recogieron siete ejemplares más²⁵, de nuevo halladas en la Ladera. En las excavaciones de Chapa también se documentó, al menos, una pieza (1980a, fig. 10.11).

Resulta complicado establecer una funcionalidad concreta para estas piezas, asociadas a un santuario. Es posible asignarles un significado votivo, aunque también cabe una probable función ligada a la confección de tejidos de calidad, que a su vez podrían ser ofrendas o, incluso, vestimentas destinadas a cubrir una estatua de culto. No aportan datos cronológicos concretos, aunque deben ser englobadas en contexto ibérico ya que, como hemos visto, los sistemas de hilado sufrieron notables modificaciones en época romana.

IV.4.2.1.2. *PONDERA* (Lám. 19)

Las pesas de telar son objetos asociados a la actividad del tejido y estaban destinadas a tensar con su peso los hilos en las urdumbres de los telares verticales (Castro, 1986, 170). El modo de mantener los hilos tensos era atarlos por grupos a las pesas, gracias a las perforaciones que éstas tenían. El peso y tamaño de las piezas debía ser muy similar, para así asegurar la misma tensión en todos los hilos (López Mira, 1996, 347). Suelen estar modeladas en barro aunque también se conocen ejemplares realizados sobre piedra. Para su fabricación se empleaban moldes (Ruano, 1989, 28), lo que conllevaba la normalización en el tamaño y peso. A pesar de ser abundantes en los poblados ibéricos no contamos con demasiadas publicaciones monográficas (Fatas, 1967; Castro, 1986). Su uso perduró durante siglos, sin que se pueda establecerse una evolución diacrónica de las formas. Por ello, no constituyen un buen indicador cronológico.

²⁴ N.º Inventario M.P.A.: 4.496-4504 y 4.506.

²⁵ N.º Inventario M.P.A.: 9.206, 9.219, 9.220, 9.225, 9.229, 9.234 y 9.424.

La constante presencia de estos objetos en gran parte de los ambientes domésticos ibéricos ha hecho que tradicionalmente se considerase el tejido como una actividad de carácter familiar (Llobregat, 1972, 174; Bernal *et al.*, 1984, 168). Estudios más recientes han planteado que serían necesarios entre 65 y 70 *pondera* para tejer telas del tamaño adecuado para confeccionar vestiduras. No obstante, no es frecuente la aparición en los yacimientos ibéricos de pesas agrupadas en cantidades suficientes para pensar que formaban parte de un telar (Castro, 1986, 175-80). En cualquier caso, esta idea crea un segundo problema: la función de lo que se han considerado normalmente pesas de telar. A pesar de esta controversia, en la actualidad sigue aceptándose de forma generalizada el uso de los *pondera* como pesas.

Estos materiales son, como hemos dicho, muy abundantes en los poblados ibéricos. En agrupaciones menores, también aparecen en necrópolis. Sin embargo, hasta el momento, a excepción de El Cerro de los Santos y el templo de La Quéjola (Blánquez, 1996), estos objetos son desconocidos en ambientes de culto. En el Cerro se han recuperado numerosas pesas (Blánquez y Martínez, 1983, 68). Durante el primer año de excavación de Fernández de Avilés se hallaron ocho ejemplares²⁶ (1966a, Lams. L.b y L1.a.8). En 1963 se recuperaron nuevas piezas²⁷. Todas las documentadas en 1962-63 proceden de la Ladera norte del yacimiento, excepto una hallada en la Cañada. También durante los trabajos de Chapa se recogieron varios ejemplares (1980a, fig. 10.12, 13 y 15)²⁸. Asimismo, en las excavaciones del s. XIX fueron recuperadas pesas en cantidad destacable (Lasalde *et al.*, 1871, 17-8; Saviron, 1875, 163).

De aquellos trabajos el M.A.N. conserva un número importante de pesas, de formas y tamaños dispares. Así, hemos podido localizar 29 *pondera* de pequeño tamaño realizados en barro cocido y con dos perforaciones²⁹. También se conserva una pieza de piedra perforada a modo de *pondus*³⁰ así como dos pesas cuadrangulares de gran tamaño realizadas en barro cocido y que presentan cuatro perforaciones³¹.

²⁶ N.º Inventario M.P.A.: 4.424-4.432.

²⁷ N.º Inventario M.P.A.: 5.862-5.864; 9.215-9.217; 9.221; 9.228 y 9.432-9.437.

²⁸ N.º Inventario M.P.A.: 5.834 y 9.373-9.375.

²⁹ N.º Inventario M.A.N.: 14.694-14.707, 14.709 y 14.711-14.723.

³⁰ N.º Inventario M.A.N.: 14.708.

³¹ N.º Inventario M.A.N.: 14.724 y 14.725.

Se ha señalado recientemente que el abundante número de pesas recuperadas en el Cerro así como su pequeño tamaño sugieren un carácter votivo, más que funcional (Ramallo *et al.* 1998, 58). Sus reducidas dimensiones y escaso peso hacen improbable un uso vinculado a actividades textiles de envergadura. Sin embargo, cabe apuntar una segunda hipótesis que no descarta la posibilidad de un significado funcional y ritual al mismo tiempo. El escaso peso de las pesas, más que con un carácter votivo, pudo estar en directa relación con la confección de tejidos finos de gran calidad, tal y como sugeríamos para el caso de las fusayolas. Estas telas tendrían una significación especial y serían, probablemente, objetos vinculados al ritual, como ofrendas en sí mismas o bien como prendas destinadas a una estatua de culto. De este modo, la abundancia de fusayolas y *pondera* en el yacimiento apuntaría la posibilidad de que existiera en el recinto una actividad textil de carácter sacro, la hilatura sagrada, tal y como parecen apuntar los materiales del cercano santuario urbano de La Quéjola (Blánquez, 1996).

IV.4.2.1.3. TERRACOTAS

De modo testimonial citaremos la existencia de tres únicas piezas artísticas realizadas en terracota, recuperadas en 1963. De una de ellas sólo conocemos las referencias escritas y el croquis que Fernández de Avilés hizo en su *Diario*, donde anotó: “¿busto con ropaje?”, así como la referencia del mismo autor en un inventario de materiales entregado al Museo de Albacete, donde la interpreta como “caballo ensillado”. No hemos podido localizar el fragmento en los fondos del Museo y tampoco es citado por Ramallo, Noguera y Brotons en su reciente estudio (1998).

El segundo de los fragmentos representa posiblemente la nariz de un rostro humano que podría formar parte de un vaso plástico o quemaperfumes tan frecuentes en recintos sagrados del área levantina-murciana (Bonet *et al.* 1990; Abad, 1992b; García Cano *et al.*, 1997), como se ha señalado recientemente (Ramallo *et al.*, 1998, 59). Al igual que el citado con anterioridad, este fragmento también podría formar parte de una pequeña figurilla votiva, como las halladas en la Serreta de Alcoy (Juan i Moltó, 1987-8) o la Encarnación (Ramallo, 1991, 49).

No conocemos la tercera pieza de terracota más que por el inventario de materiales de 1963 redactado por Fernández de Avilés así como por la referencia de un trabajo reciente (Ramallo *et al.*, 1998, 58, fig. 29). Según la descripción de Fernández de Avilés la pieza tenía una “forma ligeramente romboidal” por lo que la interpretaba como “la mitra de una cabeza feme-

nina”. No hemos podido localizarla en los fondos del Museo de Albacete aunque sus características técnicas y formales la acercan con toda probabilidad al grupo de pequeñas figurillas votivas citadas, de gran difusión mediterránea (Comella, 1978; Colonna, 1985; Cioncoloni y Marchiori, 1989-90).

IV.4.2.2. OBJETOS METÁLICOS

IV.4.2.2.1. ANILLOS

Todos los excavadores del Cerro recuperaron pequeños aritos de cobre o bronce en cantidades significativas. Los PP. Escolapios constataban “la existencia de un número considerable de pequeños anillos de latón (...), de poca consistencia” (Lasalde *et al.*, 1871, 23). Asimismo Saviron halló “seis sortijas de cobre” y “ochenta anillitos de cobre de igual forma y tamaño” (1875, 163-4, lám.3.11). De todas las piezas recuperadas en el s. XIX hoy se conservan en el M.A.N. 25 anillos y fragmentos³². También Zuazo recuperó en sus rebuscas nueve anillos que donó al Museo de Albacete (Fernández de Avilés, 1962, 73, fig. 14)³³. Durante las excavaciones de Fernández de Avilés se recuperaron nuevos ejemplares: 13 en 1962 (1966a, 43-4, lám. LII.b) y 21 en 1963 (20 en la Ladera norte y uno en la Cañada). Finalmente, también Chapa recuperó durante sus excavaciones nuevas piezas similares (1980a, 92, fig. 8.2-6; 1984, fig. 3.2 y 5)³⁴.

La mayoría de las piezas responde a una morfología sencilla, con sección circular o aplanada y diámetros que oscilan entre los 1,5 y 2,8 cm. (Blánquez y Martínez, 1983, 71; Abascal y Sanz, 1993, 36-7). Sólo dos de ellos llevan chatón (Abascal y Sanz, 1993, 40, fig. 1)³⁵. En la actualidad se conservan 77 anillos procedentes del Cerro (25 en el M.A.N. y 52 en el Museo de Albacete). A excepción de un ejemplar (procedente de la Cañada de Yecla) todas las demás piezas fueron recuperadas en las laderas del promontorio, con lo que está plenamente probada la vinculación de estos materiales con el lugar de culto.

³² N.º Inventario M.A.N.: 14.467-14.485 y 14.489-14.492.

³³ N.º Inventario M.P.A.: 2.584-2.592.

³⁴ Todos los anillos descubiertos por Fernández de Avilés y Chapa se conservan en el Museo de Albacete. N.º Inventario: 4.531-4.544 y 4.562 (1962); 5.581, 5.847-5.852, 9.201-9.204, 9.207-9.209, 9.212, 9.222-9.223, 9.226 (1963); 5.837, 5.869, 77-712, 77-714, 91/145/24, 77-721, 77-724, 91/145/38, 91/144/49 y 91/145/26 (1977-1979-1981).

³⁵ N.º Inventario M.P.A.: 4.562 y 5.581.

La sencillez morfológica de los anillos impide otorgarles una cronología precisa. En la provincia de Albacete conocemos de su existencia en época Ibérica Plena, perdurando hasta periodo romano. Tampoco la existencia de chatón en algunas piezas aporta indicios temporales, ya que es un tipo común en ambos periodos (Abascal y Sanz, 1993, 34). Parece claro que estos materiales deben ser interpretados como objetos votivos, si bien resulta difícil establecer con precisión su significado ritual. Encontramos dos posibilidades interpretativas; por un lado, pudieron ser simples ofrendas a la divinidad; por otro, tal vez se trataba de objetos ofrecidos para adornar una estatua de culto.

Contamos con evidencias de la aparición de anillos similares en numerosos lugares de culto ibéricos e iberorromanos: Collado (Calvo y Cabré, 1917, 15 y 1919, 29); Castellar (Nicolini, 1983, 468-9; Nicolini *et al.*, 1985, 366); Recuesto de Cehegín³⁶ (Lillo, 1981b, 197); La Luz (Lillo, 1991-2, 120); El Cigarralejo (Cuadrado, 1950, 46-7) o La Encarnación (Ramallo y Brotons, 1997, 261).

IV.4.2.2.2. BRAZALETES Y PULSERAS

Se trata de piezas compuestas por finos hilos de bronce de sección circular o cuadrangular. Como señalan Abascal y Sanz, la diferencia entre unos y otras es que los brazaletes se ajustan al brazo y suelen ser espirali-formes mientras que las pulseras se colocan en la muñeca (1993, 41). Aunque de forma menos abundante que los anillos, también han sido documentados en el yacimiento. No tenemos noticias de hallazgos de este tipo durante las excavaciones antiguas. En cambio, Fernández de Avilés sí pudo recuperar algunos ejemplares: dos piezas completas³⁷, y una cantidad considerable de fragmentos en 1962 (1966a, 44, lám. LII.c) así como una nueva pieza completa³⁸ y numerosos fragmentos en 1963. Todos estos restos fueron hallados en la Ladera norte por lo que, de nuevo, pueden ser vinculados sin duda al edificio de culto. No tenemos constancia de que nuevas piezas fueran descubiertas por Chapa.

³⁶ Recientemente se ha sugerido la posibilidad de que este santuario no fuera tal y que sus materiales procedieran del cercano centro de La Encarnación (Ramallo *et al.*, 1998, n. 202).

³⁷ N.º Inventario M.P.A.: 4.545 y 4.546.

³⁸ N.º Inventario M.P.A.: 9.224.

La mayoría de las piezas tienen formas sencillas que, por su misma simplicidad y bajo coste de fabricación, tuvieron una amplia cronología. Se han datado a lo largo de todo el periodo ibérico (Abascal y Sanz, 1993, 43, n.º 139-40, 147-9). Un ejemplar digno de especial mención es una pieza, hallada en 1962, que presenta los extremos cruzados y enrollados sobre el hilo, lo que permite graduar las dimensiones de la misma. Parece que este tipo se encuentra bien representado en la Galia a lo largo del s. I a.C., fecha que se ve confirmada para el territorio hispano en yacimientos de similar cronología, aunque la forma perduró en la Península hasta bien entrado el Imperio (VV.AA., 1990, 310; Abascal y Sanz, 1993, 41-3, n.º 141).

Consideramos probable la vinculación de estas piezas al santuario y su ritual. No obstante, no aparecen documentados brazaletes o pulseras similares en el resto de los grandes santuarios ibéricos conocidos. También creemos que brazaletes y pulseras debieron ser elementos distintivos de una clase social concreta, de alto estatus, como se ha señalado para ejemplares similares pero realizados en metales preciosos (Bandera, 1984, 403-4).

IV.4.2.2.3. FÍBULAS (Lám 20)

Como es sabido, son pequeños objetos metálicos destinados a sujetar prendas de vestir. Su valor como indicador cronológico ha provocado la publicación de numerosos estudios monográficos, si bien su precisión no es exacta, ya que la mayor parte de los tipos perduraron durante varios siglos.

Resultan uno de los materiales más significativos entre los objetos metálicos recuperados en el Cerro. Su estudio resulta especialmente interesante, ya que aportan al yacimiento algunos de los escasos indicios cronológicos con que contamos. Ya los PP. Escolapios mencionan el hallazgo frecuente de piezas “en forma de hebilla a manera de nuestros imperdibles” (Lasalde *et al.* 1871, 23-4). También Saviron relató el hallazgo de varias fíbulas de cobre y bronce, de las que destacó “su carácter visiblemente romano” (1875, 162ss., lám.3.4). Algunas de estas piezas se conservan en las colecciones del M.A.N. Zuazo recuperó una pieza durante sus excavaciones (Fernández de Avilés, 1962, 73, fig. 14; Sanz *et al.* 1992, n.º 117)³⁹. Durante las campañas de Fernández de Avilés se descubrieron

³⁹ N.º Inventario M.P.A.: 2.593.

nuevos ejemplares, algunos en 1962 (1966a, 43, lám. LII.a; Blánquez y Martínez, 1983, 72, n.º 147; Sanz *et al.*, 1992, n.º 156)⁴⁰, y otros en 1963 (Blánquez y Martínez, 1983, 71, n.º 145; Sanz *et al.*, 1992, n.º 61, 118, 173 y 197)⁴¹. Chapa recuperó nuevas piezas (1980a, fig. 8.1, 8 y 9; 1983, 645-6 y 648; Blánquez y Martínez, 1983, 68, n.º 133; Sanz *et al.*, 1992, n.º 132)⁴².

Para el análisis de estos materiales seguiremos un trabajo publicado en los últimos años en torno a las fíbulas de la provincia de Albacete. En él aparecen recogidas de forma pormenorizada todas las piezas halladas en el Cerro durante las campañas de excavación de Zuazo. Fernández de Avilés y Chapa (Sanz *et al.*, 1992). En el Museo de Albacete se conservan un total de 12 fíbulas procedentes de los diversos trabajos de excavación. Entre ellas contamos con ejemplares pertenecientes a tres tipos básicos: anulares, *La Tène* y de Charnela.

A. Fíbulas anulares hispánicas

Tipo bien conocido y muy abundante en la Península, cuenta con numerosos estudios regionales surgidos tras un primer trabajo de Cuadrado (1957). Su origen y cronología han sido debatidos con frecuencia. En cuanto al primero, se han ofrecido tesis mediterráneas (Almagro, 1966) y centroeuropeas (Cuadrado, 1963b). Trabajos más recientes abogan por un surgimiento del tipo propiamente hispano, si bien no exento de influencias externas (Ruiz Delgado, 1989, 199-205; Argente, 1994, 69-70). La cronología ofrece mayor consenso. Se tiende a elevar su fecha inicial al menos al s. VI a.C. (Ruiz Delgado, 1989, 205), perdurando su uso hasta prácticamente el cambio de Era. Su difusión en la Península es amplia, aunque se observan dos zonas en las que estas piezas adquirieron una especial relevancia: el SE y la Meseta norte (Argente, 1994, 72 y 138, mapa XII).

En el Cerro se han hallado siete fíbulas anulares que, siguiendo a Cuadrado (1957), pueden clasificarse como: “de navecilla normal” (dos ejemplares); “de navecilla con terminales foliáceos” (cuatro ejemplares) y “de quilla quebrada” (un ejemplar) (Sanz *et al.*, 1992). La primera se docu-

⁴⁰ N.º Inventario M.P.A.: 4.519-4.421.

⁴¹ N.º Inventario M.P.A.: 5.853-4 y 9.230-1.

⁴² N.º Inventario M.P.A.: 5.831; 5.853-5.

menta en toda la Península y ofrece una amplia representación en el área albacetense. Su cronología debe situarse entre mediados del s. V y principios del I a.C. (*Idem.*, 112, fig. 5.14: 61-2). La segunda presenta también numerosos paralelos en toda la geografía peninsular, resultando muy abundante en el área levantina y el SE. Se ha propuesto para este tipo una cronología de los s. IV-III, con perduraciones hasta el cambio de Era. (*Idem.*, 113-4, fig. 5.23:116-9). Finalmente, la última aparece también representada en el este, sur y sureste, aportando una cronología de los s. IV-III a.C. (*Idem.* 114-5, fig. 5.26:132).

B. Fíbulas de *La Tène*

Su origen también presenta cierta controversia. Se ha propuesto su llegada a la Península desde la Galia (Cuadrado, 1978, 331-2). Sin embargo, parece más aceptada la teoría de la evolución meseteña de tipos propios del *Hallstat* centroeuropeo hasta desembocar en tipos regionales de *La Tène*, que se extenderían por todo el territorio hispano (Iniasta, 1983, 96ss.; Argente, 1994, 90). Se difundieron en la Península a partir de finales del s. V a.C. (Argente, 1994, 93), aunque para el área del SE habría que rebajar la cronología inicial hasta principios del IV a.C. (Iniasta, 1983, 96ss.). Sus últimas variantes pueden datarse a finales del s. I a.C.

Contamos con tres ejemplares, dos del subtipo *La Tène I* (Fernández de Avilés, 1966a, lám. LII.a; Blánquez y Martínez, 1983, 68-72, n.º 133 y 147; Chapa, 1984, fig. 3.8; Sanz *et al.*, 1992, n.º 156-7) y uno *La Tène II* (Blánquez y Martínez, 1983, 71, n.º 145; Sanz *et al.*, 1992, n.º 173). La pieza más llamativa fue hallada en 1962 y es un fragmento del pie de una fíbula *La Tène I*, con balaustre en forma de tonelete preparado para llevar incrustaciones (Sanz *et al.*, 1992, fig. 6.4:156). Este tipo de apliques no es desconocido en ambientes ibéricos y se ha documentado en la cercana necrópolis de la Hoya de Santa Ana (Blánquez, 1990a, 283, fig. 77) o el santuario de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano *et al.*, 1997, 245, fig. 5.4). Las piezas de esta variante mejor fechadas se encuentran en el Cigarralejo, en la primera mitad del s. IV a.C. (Cuadrado, 1978, 314-6). En cuanto a la segunda pieza de *La Tène I*, se trata de una fíbula evolucionada, cercana ya a tipos de *La Tène II* (Chapa, 1983, 648). Encontramos ejemplares tipo *La Tène I* similares en El Amarejo, en contextos de fines del s. IV-III a.C. (Broncano, 1989, 87-90). En general, parece que debemos fechar las fíbulas de la variante *La Tène I* del Cerro entre los s. IV-III a.C.

Las piezas clasificadas como *La Tène* II presentan una mayor evolución formal que las del grupo anterior, ya que el apéndice caudal queda unido al puente. Estas fíbulas pudieron llegar al SE desde la Meseta. La datación propuesta para esta supuesta área de origen se sitúa entre principios del s. III y fines del I a.C. (Argente, 1994, 94). Para la provincia de Albacete no contamos con suficientes indicios cronológicos, ya que la única pieza que tiene contexto seguro procede del pozo votivo de El Amarejo, datado en el s. IV a.C. (Broncano, 1989, 87-90; Sanz *et al.*, 1992, 218).

C. Fíbulas Romanas

Las fíbulas romanas han suscitado, igualmente, numerosas sistematizaciones, entre las que cabe destacar para el ámbito galo-romano las de Lerat (1956) y Feugère (1985). Siguiendo las pautas establecidos por dichos investigadores se han sistematizado las fíbulas romanas atendiendo al tipo de resorte. Sólo se conservan dos piezas procedentes del Cerro, una hallada en 1963 y otra en 1981. Ambas se han clasificado dentro de la variante de “resorte de charnela” (Sanz *et al.*, 1992, n.º 181 y 197). Pertenecen a variantes relacionadas con la implantación militar romana en territorio hispano. Resulta interesante subrayar que, tanto en la provincia de Albacete como en toda la P. Ibérica, estos tipos aparecen distribuidos a lo largo de las vías de comunicación más relevantes. Generalmente se acepta que la cronología marco de ambos tipos en nuestra Península va desde mediados del s. I a.C. hasta mediados/finales del I d. C., si bien se conocen piezas en contextos más tardíos (Sanz *et al.*, 1992, 242-8). Para el caso de las piezas del Cerro, la estrecha relación del yacimiento con las vías de comunicación y la llegada de gentes itálicas desde, al menos, el s. II a.C. explican de modo satisfactorio su presencia en época tardorrepublicana y altoimperial.

D. En torno a las fíbulas de El Cerro de los Santos

Se han recuperado a lo largo de las distintas campañas numerosos ejemplares que nos remiten a tipos y cronologías dispares. Las fechas extremas aportadas por estas piezas van desde el s. IV a.C. –para ejemplares anulares o *La Tène* I– hasta el s. I d. C., representado por la fíbula de charnela tipo más tardía (Sanz *et al.*, 1992, n.º 197). Todas las piezas aquí tratadas, así como las recuperadas durante las campañas decimonóni-

cas, proceden del mismo Cerro, y no de la zona de la Cañada. Este hecho viene a evidenciar la inequívoca vinculación de las fíbulas con el lugar de culto, como ya hemos constatado para otras piezas metálicas, y otorga a las mismas un significado especial, distinto al que tenían en la vida cotidiana.

La aparición de fíbulas en espacios sacros es un hecho plenamente documentado en periodo ibérico. Conocemos la existencia de estos materiales en Castellar (Lantier, 1917, 109-10; Nicolini, 1983, 470; Nicolini *et al.* 1985, 366); Collado de los Jardines (Calvo y Cabré, 1919, 28-29); El Cigarralejo (Cuadrado, 1950, 46, lám. VIII.a); La Encarnación (Ramallo y Brotons, 1997, 261-3); Coimbra del Barranco Ancho (García Cano *et al.* 1997, 245) o La Algaida (Corzo, 1991, 402). Resulta probable el significado votivo de estas piezas que, como señala Corzo para La Algaida, quizás pueda relacionarse con la ofrenda de mantos (1991, 402).

IV.4.2.2.4. MONEDAS

Las monedas han sido uno de los elementos no escultóricos que con más frecuencia se han citado en las publicaciones sobre el Cerro. A pesar de no resultar materiales especialmente abundantes, su tradicional sobrevaloración como objetos artísticos y su valor en términos de aproximación cronológica han resultado fundamentales. No se hallaron monedas durante los trabajos supervisados por los Escolapios pero sí en los desarrollados por Saviron, cuando se recuperó una pieza de cobre de época de Constantino (1875, 164). Engel pudo recoger "medio bronce de Celsa" con la leyenda L. SURA y un "pequeño bronce de Constantino I" (1892, 186).

La primera campaña de Fernández de Avilés resultó muy fructífera en este sentido. Se recuperaron cuatro piezas de bronce, aunque mal conservadas: *as* de Augusto o Germánico (Sanz, 1997, 336, n.º 252)⁴³; *as* de Nerva (Sanz, 1997, 336-7, n.º 255)⁴⁴, *as* de Adriano (Blánquez y Martínez, 1983, 74, n.º 152) y una pieza indeterminada de L. Vero o Commodo (Fernández de Avilés, 1966a, 43). En el Libro de Registro del Museo de Albacete se citan una moneda de Nerva (Sanz, 1997, 337, n.º

⁴³ N.º Inventario M.P.A.: 4.490.

⁴⁴ N.º Inventario M.P.A.: 4.491.

⁴⁵ N.º Inventario M.P.A.: 5.859 y 5.860.

256) y otra de Adriano recogidas en 1963⁴⁵. Las monedas recuperadas durante los trabajos de Fernández de Avilés nos ofrecen un espectro cronológico que se extiende desde época augustea hasta el periodo de Lucio Vero, o Commodo, en la segunda mitad del s. II d.C. En trabajos posteriores se produjeron nuevos hallazgos: Chapa halló dos nuevos ejemplares: un *as* de *Calagurris*⁴⁶ (1983, fig. 3.1; Blánquez y Martínez, 1983, 69, n.º 141; Sanz, 1997, 336, n.º 251) y otro de *Carthago Nova* (Chapa, 1983, fig. 3.4; Sanz, 1997, 336, n.º 253) que nos sitúan entre los años 12-2 a.C. y 23-28 d.C. Por último, un *as* de Tiberio, fruto de un hallazgo fortuito, ha sido atribuido al Cerro (Serrano y Fernández, 1991, 265).

En otras áreas sacras contemporáneas se ha documentado la presencia de monedas romanas. Collado de los Jardines y ciertas cuevas-santuario levantinas son algunos ejemplos. Parece probable explicar dicha presencia por la intensa vinculación que tenían los santuarios con las actividades comerciales en el mundo antiguo (Prados, 1994, 137-8). En el caso que nos ocupa, el hallazgo de monedas romanas de época imperial avanzada, cuando el santuario ya no estaba en uso, no hace sino confirmar como la vida en áreas cercanas continuó en los siglos siguientes, si bien con un carácter rural que nada tenía que ver con el precedente significado del lugar.

IV.4.2.2.5. ARMAS

Conocemos por las descripciones de los PP. Escolapios el hallazgo de “enmohecidas lanzas, espadas y picas”, “flechas”, “antigua espada española” y “puñales o machetes” (Lasalde *et al.* 1871, 20-2) realizadas, en su mayor parte, en hierro. Señalaban, asimismo, que todas las armas se hallaron agrupadas en un punto cercano al edificio de culto. Con ello suponían que fueron “trofeos colocados en el adoratorio o sus alrededores, como prueba de la fe del pueblo *bastitano*” (p. 24). Esta explicación de las armas en términos de ofrenda sagrada, y no de actividades bélicas propiamente dichas, resulta muy novedosa para la época en que fue escrita y puede enmarcarse dentro de las corrientes historiográficas más recientes. También Saviron reflejó hallazgos similares señalando la presencia de un hueco en la roca con “más de doscientos hierros de lanzas” (1875, 162) además de fragmentos de espadas y cadenas (p. 233). Su descripción sugiere, al igual

⁴⁶ N.º Inventario M.P.A.: 5.839.

que la de los Escolapios, la existencia de algún tipo de *favissa* o pozo sagrado en torno al edificio de culto, tema sobre el que volveremos. De los escasos materiales hallados por Zuazo en sus indagaciones se conserva en el Museo de Albacete un regatón (Fernández de Avilés, 1962, 73, fig. 14).

Los trabajos de Fernández de Avilés resultaron menos fructíferos en este aspecto. En ambas campañas se recuperaron fragmentos informes notablemente afectados por la descomposición. En uno de ellos aun pudo reconocerse parte de un *soliferreum* (Fernández de Avilés, 1966a, 44). La ausencia de tratamientos consolidantes en el momento del hallazgo ha producido la práctica desintegración de los materiales. Por último, Chapa también mencionó algunos restos de armamento, aunque la escasa importancia que les concede nos hace suponer un estado de deterioro similar al comentado (Chapa, 1983, 648). Sólo tenemos constancia de una contera⁴⁷ recuperada durante sus trabajos (Abascal y Sanz, 1993, 118).

Teniendo en cuenta la inexistencia de armas, no ya bien conservadas, sino mínimamente reconocibles en los dos Museos en los que se guardan materiales del yacimiento, hemos de aceptar como única forma de acercamiento a las mismas las breves, y poco detalladas, menciones que de ellas se hacen en las publicaciones. De esta forma, podemos afirmar que en el Cerro se recuperaron lanzas, puntas de flecha, falcatas, puñales así como, al menos, un regatón y un *soliferreum*. Resulta interesante señalar que todas ellas son armas ofensivas. Lanzas, falcatas, puñales, regatones y *soliferrea* son tipos bien representados en el mundo ibérico y, en general, alcanzan una amplia cronología, matizada por distintas variantes (Quesada, 1992, 1993a y 1997). Llama la atención la presencia de puntas de flecha, ya que éstas parecen ser poco frecuentes durante el Ibérico Pleno. Sin embargo, estos objetos alcanzaron un protagonismo considerable en los conjuntos de materiales tardíos, concretamente a partir de época republicana (Quesada, 1989 y 1993b) con lo que, tal vez, su presencia en el santuario nos remita a los dos siglos anteriores al cambio de Era.

El significado de estos materiales en contexto sacro ya fue intuido a fines del s. XIX, evidenciando el valor ritual de las mismas. Las armas serían llevadas a modo de *anathemata*, o depósitos en lugares sagrados, por gentes de rango elevado. Por lo general, en el mundo antiguo se ofrecía a los dioses el armamento capturado sobre el campo de batalla al enemigo vencido. Su ofrenda en el Cerro acerca los rituales ibéricos a actividades de carácter similar conocidas para otros ámbitos del Mediterráneo,

⁴⁷ N.º Inventario M.P.A.: 5.356.

especialmente en el mundo griego (Gabaldón, 1999) y suritálico (Strazula, 1972). La existencia de armas se ha documentado también en centros galos (Brunaux, 1996), si bien la ritualidad que las rodea no ofrece similitudes tan claras con nuestro santuario.

Con toda probabilidad, tal y como aparece reflejado en las necrópolis, sólo los “hombres libres con recursos” podían costearse y portar armas (Quesada, 1995, 161) lo que reduce la población que ofrecía este tipo de objetos a un grupo social elevado. No obstante, frente a lo limitado de la aristocracia heroica del s. V a.C. parece que a partir del s. IV a.C. asistimos a un aumento porcentual del número de individuos que tendría acceso ocasional a las armas, hecho que no les convertía en guerreros “profesionales” (Quesada, 1997, 634). Esta circunstancia aumentaría el sector poblacional potencialmente concurrente al Cerro, aunque en ningún caso debemos pensar que el grueso de la población tendría acceso al lugar.

La presencia de armas también aparece documentada en otros centros de culto peninsulares. Así, se han hallado materiales de este tipo en Collado de los Jardines (Calvo y Cabré, 1917, 1918 y 1919); Castellar (Lantier, 1917, 108); el Recuesto (Lillo, 1981b, 197) o El Cigarralejo (Cuadrado, 1950, 49). En algunos de ellos, Cigarralejo o Recuesto (Lillo, 1986-7), se han documentado armas de pequeño tamaño y claro carácter votivo que no hacen sino subrayar el destacado papel de “lo militar (que no necesariamente lo belicoso)” en la sociedad ibérica (Quesada, 1997, 165). Recientemente se ha ofrecido una explicación sugerente de estas miniaturas aunque aplicada al mundo heleno. Estaríamos ante piezas ofrecidas a la divinidad por jóvenes que aun no habían alcanzado la edad de participar en las contiendas bélicas, pero que ya se preparaban para ello (Gabaldón, 1999, 272).

IV.4.2.2.6. OTROS OBJETOS METÁLICOS

Clavos, varillas o alfileres de bronce y hierro han sido recuperados, en mayor o menor medida, por todos aquellos que excavaron en el Cerro (Abascal y Sanz, 1993, 32; 62; 173). Asimismo, tenemos referencias de finas laminillas de bronce y plata halladas en el s. XIX⁴⁸. También se recogieron fragmentos de este tipo en 1962 (Fernández de Avilés, 1966a, 44)⁴⁹. Estos

⁴⁸ Un ejemplar se conserva en el M.A.N., con el N.º de Inventario 14.495.

⁴⁹ N.º Inventario M.P.A.: 4.528 y 4.530.

objetos aparecen con frecuencia en santuarios murcianos, como El Recuesto (Lillo, 1981b, 197) y La Encarnación (Ramallo y Brotons, 1997, 263).

IV.4.2.3. OTROS MATERIALES

Otros materiales de distinta naturaleza han sido hallados en el yacimiento, concretamente en el área del Cerro. Destacaríamos dos cuentas de pasta vítrea, una hallada por Fernández de Avilés⁵⁰ (1966a, fig. 5.1, lám XLIV.a.2) y otra por Chapa (1984, 114, fig. 3.3). Estas piezas remiten a ambientes antiguos del periodo ibérico. Aparecen en nuestra Península desde finales del s. VII al II a.C. (Ruano, 1996, 83), si bien los paralelos concretos de ambas piezas nos sitúan en el s. IV o, como muy tarde, III a.C. (*Idem.*, 65). Hemos encontrado piezas similares en lugares de culto del SE como La Encarnación (Ramallo y Brotons, 1997, 261), El Cigarralejo (Cuadrado, 1950, 48) o Coimbra del Barranco Ancho (García Cano *et al.*, 1997, fig. 5.5) y la Alta Andalucía, como Collado de los Jardines (Calvo y Cabré, 1918, 57).

Por último, en los diferentes lotes de objetos comprados por el M.A.N. en Yecla se incluyen numerosos “cuernecillos” de cabritos, terneros o ciervos (*Legajo Cerro de los Santos*, Archivo M.A.N.). Estos hallazgos de restos óseos se han visto confirmados en las excavaciones más recientes en el Cerro (Fernández de Avilés, 1966a, 45; Chapa, 1983, 648). Estudios osteológicos han identificado los restos hallados en la primera campaña de Chapa como pertenecientes a cabras y ovejas (1980a, 110-1). La acumulación de los mismos sugiere quizás la existencia de prácticas sacrificiales ligadas al culto, tal y como se ha propuesto para los santuarios de Collado de los Jardines (Calvo y Cabré, 1919, 34) o La Luz (Lillo, 1991-2, 120). No obstante, resulta también posible que se tratara sencillamente de restos de alimentos consumidos por las gentes que allí acudían. Al no conocer la disposición concreta en que se hallaron dichos restos ni su ubicación en el espacio sagrado, creemos aventurado ir más allá en su interpretación.

⁵⁰ N.º Inventario M.P.A.: 4.485.

IV.4.2.4. CONCLUSIONES A LOS MATERIALES VOTIVOS DE EL CERRO DE LOS SANTOS

Como hemos analizado, las campañas de excavación de Fernández de Avilés sacaron a la luz una muestra bastante completa de las principales ofrendas no escultóricas depositadas en el santuario, objetos que, en su mayoría, ya habían sido documentados en las excavaciones antiguas. Los ejemplares más numerosos parece que fueron los metálicos, especialmente las armas. Tras ellas, también se encuentran bien representados los anillos, fíbulas y brazaletes. Las monedas resultan poco abundantes y, teniendo en cuenta la desviación cronológica que introducen, creemos deben ser consideradas de forma aislada. Otros materiales a destacar son los *pondera* y fusayolas. Finalmente, y de forma minoritaria, encontramos tres deteriorados fragmentos de terracota y dos cuentas de pasta vítrea. Es necesario señalar cómo, durante la segunda campaña de Fernández de Avilés, estos materiales aparecieron de forma exclusiva en las zanjas de la Ladera norte del Cerro. No existen objetos similares entre los hallados en la Cañada de Yecla, lo que nos permite defender de modo inquívoco la relación de todas estas piezas con el lugar de culto.

El carácter votivo de estos materiales parece quedar fuera de duda. Aunque se ha planteado que algunas piezas metálicas pudieron formar parte de la indumentaria de supuestas estatuas de culto lúneas (Bendala, 1994) resulta plausible defender que pudieron ser simplemente exvotos, ofrendas a la divinidad. La similitud de los objetos documentados en el Cerro con los hallados en otros santuarios peninsulares es notable, como hemos ido observando para cada tipo. Asimismo, las características de los depósitos son muy similares. La mayoría de los materiales metálicos del Cerro fueron hallados en grietas localizadas junto al edificio de culto, hecho que también se ha observado en el conjunto de materiales de Caravaca y se puede intuir en otros yacimientos, como La Algaida, Collado de los Jardines y, tal vez, El Cigarralejo (Ramallo y Brotons, 1997).

Siguiendo esta argumentación, se ha sugerido la existencia en estos centros, incluido El Cerro de los Santos, de un posible culto a deidades de carácter ctónico y agrícola, tal vez sincretizadas con *Deméter* o *Koré*. Como es sabido, su culto consistiría en la deposición agrupada de exvotos en lugares recónditos, a modo de fosas rituales o *favissae*. De igual modo, se llevarían a cabo libaciones con leche o miel, hasta el momento sólo documentadas en La Encarnación. Los autores de dicha hipótesis sitúan la cronología de los depósitos en torno a los s. IV-III a.C., considerando una probable relación del ritual con el mundo púnico (Ramallo *et al*, 1998, 63).

La cronología sugerida por las piezas del Cerro remite, sin duda, a los periodos Ibérico Pleno y Tardío pero, como hemos señalado en numerosas ocasiones, resulta complicado concretar más en este sentido. No obstante, las fíbulas –materiales mejor seriados hasta el momento– nos ofrecen un panorama que abarca desde el s. IV a.C. hasta principios de época imperial. Por tanto, el análisis pormenorizado de los materiales de El Cerro de los Santos no ofrece una datación similar a la sugerida para los depósitos de los demás santuarios citados. Sin embargo, consideramos que la significación global de las piezas sí debe ser considerada en aquella línea interpretativa, sobre todo teniendo en cuenta el carácter conservador de los cultos que permitiría una pervivencia de las raíces religiosas indígenas décadas después de la presencia romana en la zona.

En cuanto a las monedas, éstas ofrecen un marco cronológico notablemente distinto al del resto de los materiales. La datación que aportan estas piezas va desde finales del s. I a.C. hasta época constantiniana, por lo que debemos suponer que la mayor parte de las mismas quedaron allí depositadas en un momento en el que el santuario ya no se encontraba en activo. Hemos de considerarlas, por tanto, fruto de una actividad residual no religiosa en la zona, probablemente relacionada con las edificaciones de la Cañada de Yecla (ver cap. V.2).

**V. CONCLUSIONES GENERALES:
NUEVAS APORTACIONES ARQUEOLÓGICAS A
EL CERRO DE LOS SANTOS**

V.1. EN TORNO A LA CRONOLOGÍA DE EL CERRO DE LOS SANTOS

V.1.1. CONCLUSIONES CRONOLÓGICAS A LOS MATERIALES DE FERNÁNDEZ DE AVILÉS

Durante las dos campañas de excavación de Fernández de Avilés (1962-63) se recuperó una gran cantidad de material no escultórico que ha significado el núcleo del presente estudio. Dichas campañas fueron las más exhaustivas y, metodológicamente hablando, rigurosas de las llevadas a cabo hasta aquella fecha y, aunque con posterioridad se han acometido nuevas intervenciones, podemos afirmar que aquellos trabajos fueron los que mayor extensión de terreno sondearon y mayor volumen de materiales recuperaron. Estas tareas fueron acometidas con una metodología de trabajo de campo que podemos considerar plenamente científica para la época. Por todo ello, creemos suficientemente justificado el análisis de los materiales descubiertos.

Las dimensiones de las zanjas practicadas, alcanzando la roca virgen, así como la exhaustividad de los trabajos, subrayada por *Diarios*, inventarios y fotografías, evidencian la recuperación de la totalidad del material existente en las dos zonas sondeadas. Por ello, pensamos que el análisis pormenorizado de todo este conjunto documental resulta suficientemente representativo de la vida en el santuario. No obstante, nuestro estudio ha contado con dos limitaciones considerables que no deben obviarse. En primer lugar, la carencia de una secuencia estratigráfica bien definida que, como sería deseable, viniera a ofrecer una evolución cronológica precisa del lugar. Por otro lado, la importante fragmentación de los materiales cerámicos ha reducido asimismo las posibilidades de creación de una tipología más exhaustiva. Sin embargo, la comparación de los materiales con piezas halladas en contextos cercanos, desde el punto de

vista cultural y geográfico, ha posibilitado aun con todo la obtención de destacada información.

Por último, el deseo de que nuestros resultados fueran lo más válidos posible nos ha conducido a contrastar los objetos hallados en 1962-63 con los recuperados en el resto de las intervenciones en el yacimiento. Por todo ello, gracias a la abundancia del material recogido y la bondad de algunas fuentes documentales utilizadas, especialmente los *Diarios*, creemos haber alcanzado notables avances en el conocimiento del yacimiento, sobre todo en lo que a cronología y actividad desarrollada se refiere, como pasaremos a exponer.

A. CRONOLOGÍA DEL LUGAR DE CULTO. ANÁLISIS DE LOS MATERIALES DE LA LADERA NORTE

Como hemos analizado, en la Ladera norte del Cerro se practicaron dos grandes zanjas que evidenciaron, en contra de la idea generalizada del agotamiento del lugar, una riqueza arqueológica notable. En lo que se refiere a materiales no escultóricos, salieron a la luz importantes cantidades de cerámica y metales. La cerámica de importación recuperada nos aporta los principales indicios cronológicos, si bien el análisis de las producciones indígenas y los restos metálicos puede añadir matizaciones y precisiones interesantes. Las piezas áticas, aunque escasas, suponen los materiales más antiguos, remitiendo a una cronología del s. IV a.C. Esta fecha temprana se ve apoyada por otros materiales recuperados por Fernández de Avilés, esencialmente una cuenta de pasta vítrea (1966a, fig. 5.1) o las fíbulas anulares antiguas, como la de tipo *La Tène* I con incrustaciones, si bien estos dos últimos materiales ofrecen límites cronológicos imprecisos.

Si nos centramos en la cerámica indígena, resulta complicado establecer dataciones precisas. No obstante, algunas formas y, especialmente, decoraciones nos remiten al Ibérico Pleno. Así, los bordes de “pico de ánade” son frecuentes en fases antiguas, aunque sabemos que su uso continuó durante el s. III. Las formas atestigüadas en la cerámica gris, especialmente los caliciformes, también se conocen en ambientes ibéricos desde el s. V a.C. aunque, como hemos visto, su uso se prolongó prácticamente hasta el cambio de Era. Finalmente, podrían pertenecer a este primer periodo de ocupación del lugar algunas piezas que presentan decoraciones propias del s. IV –motivos pintados sencillos o motivos estampillados– así como los fragmentos de vasos calados. Sin embargo, como ha

quedado patente, la cronología de estas formas y motivos no conoce límites concretos, perviviendo todos ellos hasta el s. III a.C.

Por todo lo observado, vemos cómo la etapa inicial del yacimiento podría ubicarse en el s. IV a.C. a tenor de los fragmentos de piezas áticas. No obstante, pensamos que esta fecha no se ve claramente apoyada por el resto de los materiales. Aunque existen fragmentos cerámicos y metálicos que podrían datarse en este momento, la perduración de sus tipos a lo largo del s. III a.C. impide abrazar de modo seguro las fechas sugeridas por los materiales áticos.

Hemos señalado la ausencia de materiales importados a lo largo del s. III, al menos hasta sus años finales. Sin embargo, la ocupación del lugar en este periodo no presenta dudas. Gran parte de los materiales cerámicos indígenas analizados parecen conocer su momento de auge en esta centuria y la siguiente. La temprana llegada de producciones itálicas a finales del s. III y principios del II a.C. queda también fuera de duda. Así, pertenecen a este momento los escasos restos de campaniense A documentados, piezas que aportan una cronología final imprecisa, si bien pueden datarse hasta finales del s. II a.C.

El resto de los materiales permite afirmar la ocupación del Cerro a lo largo de los s. III-II a.C. Resulta posible englobar en este periodo gran parte de las producciones indígenas grises y claras. Platos decorados con bandas paralelas, tinajas y tinajillas con bordes de pico de ánade sencillo o *kalathoi* son algunos de los ejemplos más representativos. También resulta probable que en estos siglos se produjera gran parte de la cerámica gris que hemos interpretado como objeto de culto, siguiendo estudios anteriores. La mayoría de los motivos pintados remite también a estos siglos. Otros materiales, como algunas fíbulas anulares y la de tipo *La Tène II* pueden asimismo fecharse en esta época.

La cerámica de importación no permiten afirmar la pervivencia del lugar de culto a partir del s. I a.C. No obstante, otros materiales cerámicos, indígenas, y metálicos sí permiten proponer una continuación de uso. Así, algún motivo pictórico sobre cerámica nos sitúa en ambientes ibéricos tardíos. Un caso de especial interés lo compone el fragmento de plato con representación de pez, cuya peculiar técnica decorativa puede datarse en la segunda mitad del s. I a.C. o, incluso, la primera del I. d.C. Precisamente, el carácter religioso de la pieza permite aseverar la perduración del uso del lugar como centro de culto hasta estas fechas. De igual modo, la fíbula romana de charnela hallada en 1963, un brazaletes de dimensiones regulables recuperado en 1962 y el *as* de Augusto o Germánico, también de 1962, permiten prolongar la data de ocupación del

Cerro hasta mediados del s. I d.C. En cuanto al material constructivo, también testimonia una ocupación tardía del enclave. Grapas de plomo, tejas y ladrillos de pavimentación también nos remiten a fechas cercanas al cambio de Era.

Algunos materiales recuperados por Fernández de Avilés en la superficie y ladera del Cerro podrían alargar su vida hasta fechas posteriores. Así, el fragmento de boca de ánfora para cuya clasificación hemos ofrecido dos posibilidades (Fig. XIX, 1) nos acerca a una datación altoimperial, centrada entre la segunda mitad del s. I y el s. II d.C. Asimismo, se recogieron en 1962 algunos fragmentos informes de *terra sigillata*, una moneda adrianea y otra de fines del s. II d.C. No obstante, la ausencia de materiales cerámicos de producción local o de otras piezas metálicas que arrojen esto escasos fragmentos con cronología posterior al ecuador del s. I d.C. imposibilitan plantear de modo fiable una ocupación del Cerro posterior a esta fecha.

B. CRONOLOGÍA DE LAS EDIFICACIONES DE LA CAÑADA DE YECLA. ANÁLISIS DE SUS MATERIALES

Todos los materiales recuperados en la Cañada de Yecla proceden de la campaña de 1963. En este área las piezas de datación precisa más abundantes son los fragmentos de *terra sigillata* hispánica, con una gran diferencia con respecto a otros tipos. También se ha constatado la presencia de, al menos, tres piezas de *terra sigillata* gálica. Estos materiales nos remiten a un contexto ya imperial, a partir de mediados del s. I y prolongable a lo largo de todo el II d. C. fechas que se ven respaldadas por parte del material cerámico hallado. La cerámica gris, cuya cronología consideramos centrada en los s. III-II, apenas se encuentra presente, mientras que gran parte de las piezas de producción indígena tosca nos ofrecen perfiles parangonables a los de la cerámica común de villas altoimperiales de la zona. Las piezas claras, con o sin decorar, son en algunos casos similares a las halladas en las zanjas de la Ladera, especialmente las de perfiles y bordes más tardíos, evolucionados de los perfiles en “S” ibéricos. En cuanto a las decoraciones pictóricas geométricas y figuradas, éstas también remiten a fechas ibéricas tardías; esencialmente los reticulados y arcos secantes entrelazados, que ofrecen en la provincia de Albacete dataciones de finales del s. I a.C. e incluso del I d.C. Los materiales metálicos, que podrían aportar nuevos datos, son prácticamente inexistentes en este área.

Este análisis nos lleva a proponer para las edificaciones de la Cañada una cronología inicial más baja que la del Cerro propiamente dicho. A tenor de las piezas de *terra sigillata* mayoritarias, la ocupación del lugar pudo comenzar en el s. I d. C., aunque la existencia de ciertos materiales (fragmentos de campaniense B; *kalathoi*; decoraciones figuradas tipo Liria; piezas con perfiles ibéricos evolucionados...) nos inclina más bien a decantarnos por una ocupación algo anterior, tal vez a mediados o finales del s. I a.C. Estos materiales más antiguos tienen paralelos claros en el área del Cerro, por lo que consideramos probable que la ocupación de ambas zonas se solapara ligeramente en el tiempo. Creemos que la construcción de las estructuras de la Cañada se produjo en una fecha indeterminada de la segunda mitad del s. I, momento en el que el santuario aun conservaba cierta actividad si bien, como veremos, con un carácter ya residual y en claro declive. El momento de abandono de las edificaciones de la Cañada viene marcado por las piezas de cronología más tardía. Algunas de las *sigillatas* alcanzan dataciones de fines del s. II o principios del III d. C., fechas que nos parecen aceptables. Este es, por otra parte, el límite cronológico final para gran parte de los establecimientos rurales de la zona (Ramallo y Jordán, 1985; Roldán, 1988b).

No obstante, no debemos obviar que Fernández de Avilés halló también durante sus trabajos en esta zona algunos fragmentos de piezas áticas y un ánfora grecoitalica, objetos que vienen a perturbar la datación propuesta. Sin embargo, al igual que hemos argumentado para algunas piezas halladas en la Ladera, la ausencia de materiales cotidianos que acompañen a los tipos más antiguos nos lleva a sugerir que estas piezas proceden probablemente de arrastres de material traídos desde el cercano Cerro.

V.1.2. MATIZACIONES CRONOLÓGICAS APORTADAS POR T. CHAPA

Sus trabajos se desarrollaron en diferentes puntos de las laderas del Cerro, así como en la prolongación del mismo hacia el sur. Por tanto, todos los materiales recuperados deben relacionarse con el edificio de culto y sus posibles edificaciones anejas. Los indicios cronológicos apuntados por los materiales cerámicos de importación de estas campañas corroboran para el espacio del Cerro la cronología inicial concluida con los materiales de Fernández de Avilés. Chapa halló un borde de cerámica ática perteneciente a un *kylix-skyphos* datado en el s. IV a.C. Por otro lado, un fragmento de campaniense A y ánforas republicanas testimonian la ocupación del lugar tras la llegada de influjos itálicos.

En cuanto al resto de los materiales, las piezas recuperadas responden, básicamente, a los tipos ya analizados para las campañas de Fernández de Avilés. Es decir, abundancia de piezas grises; cerámica clara lisa y pintada; objetos metálicos varios; fusayolas; *pondera*... Todos ellos pueden datarse, como ya hemos señalado, entre los s. IV-I a.C. Las únicas piezas que aportan indicios cronológicos fiables son una fíbula romana de charnela (con una posible datación dentro de la segunda mitad del s. I a.C.) y un *as* de *Carthago Nova* fechado entre los años 23-28 d.C. Esta última datación coincide, a grandes rasgos, con las fechas de abandono del lugar de culto propuestas tras el análisis de los materiales de 1962-63.

No obstante, Chapa realizó una cata en un punto algo alejado del montículo, en la pendiente ascendente del escarpe localizado al sur del Cerro. Allí localizó el único punto intacto explorado hasta el momento, donde halló un nivel de destrucción datado en los siglos anteriores al cambio de Era. La vinculación de estas edificaciones con el lugar de culto parece evidente, a tenor de la aparición de dos fragmentos escultóricos en su interior. Sin embargo, creemos que no se debe aceptar la destrucción de este espacio como fecha de abandono total del lugar sagrado ya que, como hemos argumentado, aparecen en las distintas laderas del Cerro materiales que sugieren una perduración del culto hasta principios del s. I d.C. Por tanto, consideramos posible la paulatina decadencia del santuario, que quedaría evidenciada por la destrucción de algunas de sus dependencias a finales del s. II o durante el I a.C., pero cuyo abandono definitivo no se produciría hasta principios del primer siglo de nuestra Era.

V.1.3. MATIZACIONES CRONOLÓGICAS APORTADAS POR LOS MATERIALES DEL S. XIX

Es imprescindible tener en cuenta el valor meramente aproximativo de la información aportada por los materiales del M.A.N. ya que, como ha quedado patente, la muestra conservada responde a una selección de materiales hecha con criterios poco rigurosos desde la perspectiva de la investigación actual. Además, hemos podido comprobar cómo la ubicación en el yacimiento de la mayor parte de los materiales nos es desconocida y es probable que algunos de ellos procedan, incluso, de otros enclaves arqueológicos cercanos.

La pieza importada más antigua es un fragmento de campaniense A que consideramos una forma 28L, fechada hacia la primera mitad del s. II a.C. Otros indicios cronológicos los aportan el fragmento de *terra sigi-*

llata hispánica y la boca de ánfora *Gauloise* ⁵¹, que nos sitúan desde la segunda mitad del s. I d.C. hasta el s. II d.C. Por otro lado, las dos lucernas, únicas halladas en el yacimiento, nos remiten a ambientes posteriores, entre los s. II-III d.C. Por último, debemos citar en este punto la moneda hallada por Saviron, datada en época constantiniana. Así, el espectro cronológico aportado por los materiales importados recogidos en el s. XIX difiere de forma notable del concluido tras el análisis de los materiales recogidos en las excavaciones de Fernández de Avilés y Chapa, ciertamente más rigurosas. Sin embargo, los materiales de producción local conservados en el M.A.N. sí se adaptan bien a las fechas por nosotros propuestas: caliciformes, especialmente grises; cerámica clara pintada; vasos calados; fíbulas anulares...

Para finalizar, señalaremos que no consideramos significativa la existencia de materiales medio y bajoimperiales en el área del Cerro. La falta de evidencias en todo el material analizado en el Museo de Albacete de objetos que remitan a una cronología posterior a la mitad del s. I d.C. nos hace concluir que los escasos objetos de este tipo recuperados a fines del s. XIX, con una metodología poco rigurosa, no posibilitan aceptar una perduración del culto en el santuario hasta los s. II, III o, incluso, principios del IV d.C. Creemos, más bien, que estos objetos constituyen simplemente huellas de visitas puntuales al lugar durante época imperial o restos de utensilios de áreas de habitación cercanas, quizás la propia Cañada.

V.1.4. CONCLUSIONES CRONOLÓGICAS A EL CERRO DE LOS SANTOS: EL LUGAR DE CULTO Y LAS CONSTRUCCIONES DE LA CAÑADA

Las piezas áticas son los objetos más antiguos hallados. Nos acercan a cronologías de finales del s. V y, más probablemente, principios del IV a.C. No obstante, el escaso número de ejemplares hallados –apenas siete piezas entre todas las intervenciones– así como su gran diversidad formal, no creemos posibiliten afirmar la existencia de un gran santuario en fechas tan antiguas. Precisamente, la diversidad de formas recuperadas evidencia, más bien, el carácter “residual” de las piezas, a modo de objetos de lujo portadores de una significación especial, siendo conservados a

¹ Como hemos apuntado, resulta probable que este ánfora no proceda del Cerro, sino de un yacimiento romano localizado en el cercano Cortijo de Marisparza.

través del tiempo, como ha señalado Chapa (1980a, 647). Con todo, resulta muy común en el marco de las sociedades urbanas del Mediterráneo antiguo la presencia de elementos arcaicos en los centros de culto, tanto santuarios como necrópolis, ratificando el conservadurismo en el ámbito religioso, por otra parte patente hasta la actualidad. Un fenómeno similar se ha observado en algunos yacimientos ibéricos del sureste (Sánchez y Quesada, 1992, 363-4; García Cano, 1999b) y levante (Bonet, 1995, 392).

Sin embargo, hemos documentado la existencia, entre los materiales no escultóricos, de ciertos objetos que apoyarían la idea de una primera fase del santuario datada en el s. IV a.C. Algunas fíbulas, cuentas de collar de pasta vítrea, ciertos perfiles cerámicos, motivos pictóricos sencillos sobre cerámica, piezas estampilladas... pueden apoyar esta datación, si bien es cierto que la mayor parte de estas piezas prolongaron su uso hasta el siglo siguiente.

Sí consideramos posible el inicio del significado sacro del enclave en algún momento incierto del s. IV a.C., tal vez en su segunda mitad, aunque ésta no puede considerarse la etapa de máxima expansión del centro, como se ha querido ver en ocasiones al analizar el conjunto escultórico. En estas fechas, a lo largo del s. IV, se sitúa el momento de mayor auge de las importaciones áticas en la Península, cuya auténtica "explosión" se observa tanto en número como en difusión geográfica (Rouillard, 1991, 123). Ya se han expuesto los principales caminos de penetración de materiales áticos en territorio hispano, caminos que, para el caso del Cerro, no ofrecen duda alguna. Las cerámicas griegas arribaron al santuario desde la costa levantina a través de la *Via Heraclea*, siguiendo una ruta bien conocida y rica en hallazgos datados en los s. V-IV a.C. (Blánquez, 2000). El origen próximo de estas piezas fue *Emporion*, desde donde se canalizarían los materiales llegados del Ática (Cabrera y Sánchez, 2000b). Los receptores de las vajillas de lujo serían los aristócratas ibéricos, grupo que veía en ellas nuevos productos de prestigio social, del mismo modo que había ocurrido con la escultura monumental o los enterramientos turriformes pocas décadas antes (Blánquez, 1994, 337-8).

No hallamos evidencias de importaciones cerámicas del s. III, hecho que se repite en numerosos yacimientos del SE en este periodo (Santos, 1994a, 86). Este fenómeno, también documentado en el área edetana (Bonet, 1995, 393), es lo que se ha llamado la "crisis del s. III". Se ha explicado esta drástica reducción de importaciones de acuerdo a diversos factores. Es posible que el tratado romano-cartaginés del 348 a.C. y sus renovaciones no favoreciera la llegada de producciones occidentales de barniz negro al sur del Ebro. Además, parece evidente que los talleres itá-

licos de estos primeros momentos tuvieron una capacidad productiva inferior a la de sus precedentes áticos, de modo que no fueron capaces de satisfacer por completo la demanda de productos por parte de las poblaciones indígenas de la Península Ibérica. Por último, es probable que las Guerras Púnicas paralizaran en gran medida el comercio en el occidente mediterráneo durante la segunda mitad del siglo (Santos, 1994b, 253-5). Con la victoria romana se reavivaría la actividad comercial entre la Península Itálica y la Ibérica.

En cualquier caso, no debemos obviar la importancia de la presencia bárquida en el sur y sureste peninsulares en la segunda mitad del s. III a.C. Es bien conocida la relevancia de la implantación militar y territorial púnica en territorio hispano (Bendala, 1987 y 1998; Bendala *et al*, 1987). Se acepta, asimismo, la potenciación bárquida en estas fechas de núcleos poblacionales indígenas, impulsada por motivaciones económicas y territoriales (Sanz, 1997, 307-9). No obstante, en el Cerro resulta complicado valorar la incidencia del componente púnico. A excepción de dos pequeñas cuentas de pasta vítrea –que, por otro lado, pudieron llegar por medio de intermediarios– no contamos con materiales que nos acerquen a una interpretación cultural ligada a la presencia cartaginesa.

Desde finales del s. III a.C. empezaron a revitalizarse los mercados mediterráneos. En el Cerro la presencia itálica temprana queda evidenciada por el fragmento de ánfora grecoitálica y por los restos de campaniense A. Esta temprana llegada de producciones itálicas al sureste de la Meseta puede explicarse con argumentos históricos, al ser potenciada tras la ocupación de Cartagena por los ejércitos romanos en el 209 a.C. En este sentido, el Cerro se vio favorecido por su ubicación privilegiada en una vía de comunicación muy activa. No quiere esto decir que deba aceptarse una “romanización” precoz del territorio albacetense, sino que nuestro santuario tuvo, precisamente gracias a su significado religioso y cercanía a la *Via Heraclea*, una presencia itálica temprana (Sanz, 1997, 315) que se materializó en la monumentalización republicana de su antiguo lugar de culto.

A pesar de la práctica ausencia de materiales importados durante el s. III, no existe duda alguna sobre el uso del santuario en este periodo, ya que numerosos materiales de producción local nos acercan a esta cronología. Creemos posible fechar gran parte de los hallazgos a lo largo del s. III y la centuria siguiente. Así lo atestiguan las producciones grises; gran parte de la cerámica clara lisa y pintada; fíbulas anulares y tipo *La Tène* I y II; ciertos *kalathoi* o gran parte de la decoración pintada sobre cerámica. Estas fechas (s. III-II a. C) serían, con toda probabilidad, las de máximo esplendor del lugar de culto, reavivado a principios del s. II a.C. con la lle-

gada de los primeros influjos itálicos. La relevancia del espacio sacro parece reafirmarse con la monumentalización del santuario ibérico adoptando patrones arquitectónicos itálicos y con la producción masiva de exvotos pétreos que reflejan, a su modo, la iconografía centro-itálica.

No encontramos piezas de importación que constaten la actividad en el Cerro más allá de mediados/finales del s. II. Sí se han recuperado algunos fragmentos de campaniense B, que prolongarían esta fecha hasta mediados de la primera centuria a.C., pero estas piezas han sido halladas en la Cañada, por lo que su interpretación se presta a error. Si, como venimos defendiendo, las edificaciones de la vega se levantaron a finales del s. I a.C. o principios del siglo siguiente, debemos aceptar que todos los materiales de cronología anterior allí recuperados deben proceder de otro punto, siendo conservados por los nuevos pobladores del lugar como objetos exóticos o de lujo. De este modo, consideramos posible explicar la presencia de las campanienses B en la Cañada, al igual que hemos señalado para los restos de cerámica ática, gracias a su procedencia del Cerro cercano.

Algunas piezas, ciertamente no muy numerosas, evidencian la perduración del santuario hasta principios del s. I d.C. No obstante, no contamos con materiales de importación que aseguren esta pervivencia. Todo ello indica un culto residual y en declive. Este hecho se ve ratificado con la destrucción, acaecida a finales del s. II a.C., de las habitaciones excavadas por Chapa, hecho que marcaría el “comienzo del fin” de la actividad en el santuario. No obstante, algunas monedas; las fíbulas de charnela así como algunas piezas singulares (caso del fragmento de plato con decoración de pez) posibilitan aventurar una perduración del culto hasta los primeros años de nuestra Era. La similitud de algunos perfiles y decoraciones cerámicos del Cerro con piezas recuperadas en los niveles tardorrepublicanos y altoimperiales de la Alcudia de Elche o *Carthago Nova* también apoyan esta datación final del santuario. Esta fecha, establecida tras el análisis de los materiales arqueológicos, viene a matizar las diferentes opiniones vertidas por todos los investigadores que se han acercado al problema. La data coincide, a grandes rasgos, con la sugerida por Ruiz Bremón (1988d); matiza la fecha del s. I a.C. defendida por Chapa (1984); se aleja de la fecha del s. II d.C. propuesta últimamente (Ramallo *et al.*, 1998, 69) y descarta, de modo definitivo, la cronología bajoimperial apuntada desde antiguo (Rada, 1875; en las últimas décadas: Lucas, 1981 y Nieto, 1986).

El Cerro quedaría abandonado como lugar de culto a principios del s. I d. C., si bien la ocupación del entorno no finalizaría hasta varios siglos

después. Sin embargo, la localización de ciertos materiales más tardíos en la propia colina (monedas de Nerva, Adriano o Constantino; lucernas medioimperiales) evidencia cómo el espacio probablemente continuó siendo visitado esporádicamente durante largo tiempo, a pesar de que ya hubiera perdido por completo su carácter sacro. La presencia de población estable en puntos cercanos así como la continuación de uso de la *Vía Heraclea* como *Vía Augusta*, a pesar de las probables variaciones de su trazado, hacen perfectamente factible la presencia de materiales tardíos en el yacimiento.

En lo que se refiere a las habitaciones de la Cañada, hemos argumentado cómo posiblemente fueron construidas a finales del s. I a.C. o principios del siglo siguiente. Por tanto, el inicio de la vida en este área pudo coincidir con los últimos años de declive en el santuario, lo que explicaría la presencia de materiales ibéricos tardíos muy similares en ambos puntos. El auge de la instalación se data a partir de época flavia, momento en que hemos datado las *sigillatas* gálicas y algunas de las producciones hispánicas antiguas. La perduración de la vida en la zona resulta también segura a lo largo del s. II d. C., cuando fechamos las producciones hispánicas más evolucionadas y el fragmento de *sigillata* africana. Entre las piezas de T.S.H. hemos constatado el mayor peso de las producciones del área riojana frente a la de Andújar, cuestión que parece común a la mayor parte de la Lusitania y Tarraconense. Las rutas de llegada de los productos hispánicos al Cerro han sido también analizadas, confirmando una vez más la importancia de la *Vía Augusta*.

Resulta posible que la ocupación del lugar se prolongase hasta principios del s. III d. C., fecha en la que se data alguna pieza hispánica tardía y las lucernas recuperadas en el s. XIX². La vida en este enclave estuvo, por tanto, completamente al margen del espacio sacro próximo que, en aquellos momentos, había dejado ya de funcionar.

V.2. EN TORNO A LA INTERPRETACIÓN DE EL CERRO DE LOS SANTOS

Si numerosas han sido las intervenciones desarrolladas en el yacimiento, más aún lo han sido los estudios que éste ha provocado, en los que

² Aunque hemos señalado como las lucernas parecen proceder del propio Cerro, la distorsión cronológica que provocan en la datación del santuario nos hacen plantearnos que tal vez fueran fruto de "visitas" de las gentes de la Cañada, o tal vez de otros puntos habitacionales cercanos, al antiguo lugar de culto.

el abundantísimo conjunto escultórico ha sido el principal punto de atención. Como expresábamos al principio del trabajo, resulta paradójico comprobar cómo, a pesar de la ingente cantidad de publicaciones dedicadas al Cerro, conocemos aún tan poco acerca de algunos aspectos que consideramos esenciales. Estas lagunas han sido la principal motivación de nuestro estudio que, creemos, supone un nuevo avance con vistas a un mejor conocimiento del lugar. El análisis de los materiales arqueológicos ha posibilitado un nuevo acercamiento al yacimiento que permite propuestas cronológicas novedosas en algunos aspectos así como una separación funcional del Cerro propiamente dicho y la Cañada de Yecla.

V.2.1. INTERPRETACIÓN DEL LUGAR DE CULTO DE EL CERRO DE LOS SANTOS

Las escasas primeras evidencias de culto en el lugar pueden localizarse en el s. IV a.C. Tras el análisis de la globalidad de materiales no escultóricos, debe descartarse, por falta de evidencia arqueológica, una ocupación anterior³. Resulta probable que en sus primeros momentos de vida no se levantase un edificio templar propiamente dicho sino que se tratara simplemente de un *sacrum locum* al aire libre o con efímeras construcciones lúneas de las que no ha pervivido testimonio alguno. Recientemente se ha apuntado la posibilidad de que en la primera etapa de uso del santuario el único objeto de culto fuera una columna sacra (Ramallo y Brotons, 1999).

La creación del santuario no resulta complicada de explicar teniendo en cuenta la amplia tradición poblacional del área albacetense desde los siglos precedentes. Resulta probable que determinadas condiciones naturales motivaran su localización concreta; se ha señalado como posible explicación la riqueza de la zona en aguas minero-medicinales, con carácter curativo (Ruiz Bremón, 1989b). No obstante, el importante entramado viario de la zona debió ser una de las motivaciones principales de su ubicación. El discurrir inmediato de la *Vía Heraclea* nos parece, hoy por hoy, la más plausible explicación de la localización del santuario, si bien es

³ La existencia sobre el terreno de algunos fragmentos de cerámica a mano hizo que Fernández de Avilés no descartase una presencia anterior a la ibérica sobre el Cerro (1966a, 15). Con posterioridad, Ruiz Bremón apuntó una posible ocupación en la Primera Edad del Hierro, a tenor de la factura "tosca y primitiva" de algunas de las esculturas en piedra (1989b, 179 y 195).

coherente pensar que otras circunstancias confluirían en la elección del lugar.

Desconocemos los puntos concretos desde los que se acercarían los peregrinos. No se conocen poblaciones de importancia contemporáneas en los alrededores (López Precioso *et al.*, 1992). El poblado ibérico más próximo conocido hasta la fecha es el *oppidum* de Cerro Fortaleza. Dicho centro, distante en línea recta unos 15 km. del Cerro, es un asentamiento amurallado ubicado sobre un escarpado cerro. Los datos proporcionados por las prospecciones de superficie indican una ocupación desde el Ibérico Pleno hasta época altoimperial (López Precioso *et al.*, 1992, 54). Las fechas de ocupación, por tanto, coinciden a grandes rasgos con las del santuario. Además, la altitud del poblado posibilita el control visual de importantes yacimientos de la zona lo que ha hecho sugerir que tal vez fuera el centro principal desde el que se organizara el territorio circundante (Sanz, 1997, 65-6). El Cerro Fortaleza también debió tener una destacada vinculación con El Cerro de los Santos, del que tiene control visual directo, tal vez siendo su población una importante fuente de peregrinos en acudir al centro de culto⁴.

Sin embargo, no debe descartarse una, más que probable, afluencia de gentes desde zonas más alejadas, otorgando al enclave un carácter “suprarregional” (Ruano, 1988). En este sentido, algunos materiales recuperados en las campañas de Fernández de Avilés relacionan el centro con otros santuarios ibéricos. Exvotos pétreos de pequeños caballos, pequeñas terracotas votivas, algún exvoto humano y animal en bronce... evidencian, tal vez, la afluencia de gentes procedentes del área murciana (Cigarralejo; Coimbra), levantina (Serreta) o andaluza (Collado; Castellar), como se ha apuntado en alguna ocasión (Ruiz Bremón, 1987c).

El culto –iniciado, pues, a finales del s. IV o principios del III – se vio consolidado en las centurias siguientes. La presencia de gentes en el lugar a lo largo de los s. III-I a.C. está plenamente documentada por los materiales arqueológicos. A esta etapa corresponderían la mayor parte de los tipos cerámicos y metálicos así como la mayoría de los escultóricos. Podemos situar en estos siglos, tal vez de modo especial en la primera mitad del II, el momento de máximo esplendor del yacimiento, ya que el culto se vio activado por la llegada de influjos itálicos a la zona. Aunque no puede aceptarse una plena transformación de las estructuras ibéricas

⁴ Agradecemos a la Dra. Rubí Sanz Gamio, directora del Museo de Albacete y buena conocedora del poblamiento antiguo de la provincia, sus sugerencias a este respecto.

—sociales, políticas o económicas— tan temprana para todo el territorio albacetense, sí se dió este cambio precoz en El Cerro de los Santos. Las explicaciones a este fenómeno parecen claras: su ubicación en la *Via Heraclea* favoreció el rápido acceso de los recién llegados y su entidad como centro aglutinador de poder de las oligarquías locales motivó el interés de los itálicos para establecer una primera organización del territorio bajo el dominio de Roma (Noguera, 1994, 216).

Así, a lo largo del s. II a.C. se dio una intensa transformación del espacio sacro, al levantarse un edificio de culto que seguía patrones constructivos centroitálicos. Sin embargo, la fuerte tradición ibérica matizó las influencias recién llegadas de la P. Itálica, otorgándoles una impronta especial que se observa en significativos detalles constructivos (ausencia de basamento en el templo; peculiar interpretación del orden jónico...). Esta marcada personalidad de “lo ibérico” quedó también plasmada en las producciones escultóricas, gran parte de ellas surgidas ya bajo la presencia romana en el lugar.

La reestructuración del espacio sacro tuvo implicaciones de alcance que, en muchos casos, fueron más allá de las meramente formales. La llegada de gentes itálicas conllevó, en primer lugar, un cambio notable en las técnicas constructivas, al igual que sucedería, con distintos ritmos, en el resto de la Península a lo largo de los siglos siguientes (Bendala y Roldán, 1999). La introducción de novedosos patrones arquitectónicos y elementos constructivos supuso una pronta incorporación a los modos de construir foráneos sólo explicable dentro del contexto de una sociedad jerarquizada, madura y con una tradición urbana consolidada (Bendala, 1990 y 1998). También desde el punto de vista formal se produjeron algunas novedades en el elenco iconográfico de los exvotos, introduciéndose nuevos modelos. Cabezas-retrato, togados y *palliat*i sucedieron a los antiguos tipos oferentes y sedentes, vestidos y peinados “a la ibérica”.

Por último, estas transformaciones en las “formas” implicarían un más importante cambio en el “fondo”. Asociadas a este proceso de cambios arquitectónicos y escultóricos subyacen notables transformaciones sociales. Las innovaciones se vieron monopolizadas por las oligarquías ibéricas, que vieron en las novedosas manifestaciones externas un nuevo modo de reafirmar y legitimar su posición privilegiada al frente la sociedad. Este mecanismo de legitimización resulta bien conocido para otros momentos del periodo ibérico (Blánquez, 2000) y supuso el inicio de uno de los más sólidos procesos de aculturación acaecidos en la historia de la Península, el trasunto a la *Hispania* Romana. Las novedades serían transmitidas de forma gradual desde las más altas esferas sociales hasta el resto

de la población, siguiendo un proceso de emulación de los signos externos del poder ampliamente reconocido.

La vida en el santuario se prolongó hasta principios del s. I d.C. aunque, con toda probabilidad, el centro sufrió una decadencia paulatina marcada por el abandono de algunas dependencias anejas a lo largo de la centuria anterior. Se ha querido ver como causa de esta decadencia la posible adopción de una religión oficial, tal vez el culto al Emperador, en los territorios incluidos bajo la órbita romana (Ruiz Bremón, 1988d, 398; Noguera, 1994, 217). La pervivencia del lugar de culto hasta época bajoimperial, como se ha defendido con frecuencia, carece de toda base arqueológica. Los escasos materiales que nos remiten a estas cronologías proceden con toda probabilidad, como hemos reiterado, de zonas habitacionales cercanas.

El acercamiento al culto ha sido uno de los objetivos más ansiados por los investigadores. No existen evidencias de las divinidades allí adoradas, al contrario de lo ocurrido para santuarios celtibéricos (Blázquez, 1991). Resulta éste un hecho común al resto de los santuarios ibéricos salvo, quizás, el de El Cigarralejo (Blázquez y Quesada, 1999). Es posible aceptar que se tratase de divinidades locales, probablemente sincretizadas tras la llegada de poblaciones itálicas con divinidades extranjeras, al modo del célebre epígrafe sobre una escultura de Torreparedones (Morena, 1989; Marín, 1994; Cunliffe y Fernández, 1999).

El acercamiento a los rituales desarrollados en el Cerro ha contado con mayores posibilidades interpretativas. Tradicionalmente se ha abordado la cuestión desde el análisis de las tallas pétreas. Así, parece completamente aceptado el valor de ofrendas de la mayoría de las esculturas, a excepción de las “damas sedentes”, interpretadas como diosas por algunos investigadores (Ruano, 1984). Pero hasta la fecha no se había abordado un estudio exhaustivo del resto de los materiales, con lo que la valoración de los aspectos rituales quedaba forzosamente sesgada. Tras el estudio de estos objetos, creemos oportuno retomar la cuestión.

Consideramos probado que la deposición de ofrendas tuvo que ser uno de los principales rituales desarrollados. Se han recuperado gran cantidad de materiales, de muy distinta naturaleza, que así lo evidencian. Las esculturas serían los exvotos de mayor entidad y, tal vez, representarían a los propios donantes en actitud de ofrenda ante la divinidad. Éstas serían piezas creadas especialmente para tal fin y su presencia supone la probable existencia de un artesanado en el mismo santuario. Pero encontramos, asimismo, evidencias de otros tipos de ofrendas. Se han hallado grandes acumulaciones de objetos metálicos y algunos de barro cocido presentes.

por lo general, en centros poblacionales pero cuya interpretación en el contexto sacro no parece ofrecer dudas. Armas; objetos de adorno personal; pequeñas figurillas de terracota y otros objetos diversos fueron recuperadas desde el s. XIX en todas las excavaciones.

Dejando a un lado las armas, la mayoría estas piezas serían también ofrendas a la divinidad, aunque de carácter más modesto. Su uso en el día a día ibérico hizo que fueran objetos asequibles para un segmento de población más amplio de lo que suponían las tallas pétreas. Así, el significado de estas piezas sufrió una transformación, al adquirir un carácter votivo. Su aparición en grandes acumulaciones, en huecos de las rocas o *favissae*, hace suponer que estos elementos iban acumulándose en el recinto sagrado hasta que su abundancia motivaba un enterramiento ritual. La existencia de agrupaciones votivas similares en otros santuarios ibéricos refuerza la idea (Ramallo y Brotons, 1997). Es posible que al enterramiento ritual de las ofrendas se dedicaran ciertos personajes directamente vinculados al santuario, los “sacerdotes” o “santones”, cuya controvertida figura presenta aun numerosos interrogantes en el mundo ibérico (Chapa y Madrigal, 1997; en contra, Blázquez, 1983, 111). La existencia de personal directamente vinculado al lugar de culto –ocupado en labores de mantenimiento, limpieza u organización– resulta más que probable, a pesar de que no encontramos para su afirmación ninguna evidencia arqueológica concluyente.

En el caso de los *pondera* y fusayolas, su presencia en el santuario, más que con una ofrenda de las piezas en sí mismas, podría relacionarse con una actividad como la hilatura sagrada, que encuentra plena justificación en el contexto de un área sacra. Bien destinado a la ofrenda a la divinidad en forma de mantos o bien creado como vestimenta de una posible estatua de culto, el tejido de productos de significación especial y gran calidad es una actividad que no debemos descartar en el Cerro.

En lo que a las armas se refiere, es lógico suponer que su ofrenda representaba un coste notablemente superior al de la mayor parte de las piezas expuestas, quizás incluso superior al de las propias esculturas. Sabemos que en la Antigüedad sólo los hombres libres tenían derecho a portar armas. Por otra parte, no toda la población tendría acceso al santuario. De este modo, las armas serían testimonio de las ofrendas de gentes con cierta capacidad económica, de alto estatus, aunque no necesariamente ligadas profesionalmente al mundo militar (Quesada, 1997, 632-4).

Hemos observado como se puede definir una notable jerarquización de las ofrendas, hecho que parece corresponder a un estatus social también jerarquizado entre las gentes que acudían al lugar. No obstante,

ello no implica que el acceso al santuario estuviera abierto a todos los sectores de la población. Al igual que sucedía en el caso de las necrópolis (Blánquez, 1994; Quesada, 1997, 632-3) probablemente sólo un sector reducido de la misma –la oligarquía que ocupaba la parte superior de la pirámide de población– tenía acceso a este tipo de privilegios.

Pero resulta probable que, además de la deposición de objetos votivos, se llevaran a cabo otros rituales en honor a la divinidad. El análisis de los materiales cerámicos ha venido a apoyar con fuerza esta hipótesis. Hemos visto cómo encontramos en el Cerro un porcentaje muy alto de cerámica gris de calidad. Dentro de este tipo cerámico aparecen como forma mayoritaria los caliciformes, vinculados a actividades rituales. Se encuentran entre las piezas grises otras formas de pequeño tamaño, “tinajillas”, que también hemos considerado relacionadas con actividades rituales. Finalmente, existen asimismo entre las piezas claras algunos ejemplares de gran calidad cuya forma y tamaño nos remiten a usos similares. Todos estos recipientes creemos son evidencias de algún tipo de ritual de libación (vino, leche, hidromiel...) que asocia nuestro santuario con actividades muy extendidas en ámbito mediterráneo a lo largo del I milenio a.C. (Burkert, 1985, 70ss.; Lisarrague, 1995). Es posible que estas libaciones fueran realizadas también con aguas medicinales (Ruiz Bremón, 1989a). A pesar de que estos rituales dejan escasas evidencias arqueológicas, resulta ésta una actividad documentada en el área albacetense, si bien en ámbito funerario, desde momentos antiguos de la cultura ibérica (Blánquez, 1990a, 461). En cualquier caso, parece que este tipo de rituales significaban purificación y ofrendas ligadas a creencias en elementos divinos.

Aunque en el mundo funerario estos ritos parecen reservados a las élites dirigentes, el coste de los vasitos caliciformes, probablemente muy inferior al de esculturas o armas, no cierra las puertas a una posible ofrenda de gentes menos poderosas, si bien siempre con capacidad de movilidad geográfica e intercambio. La evidencia más clara de la existencia de este tipo de rituales la encontramos en las propias imágenes pétreas de los fieles, muchos de los cuales portan entre sus manos vasitos, aunque sus perfiles poco definidos impiden precisar su forma concreta.

Junto a estas piezas, otros ejemplares cerámicos se relacionan también con el ritual. Se han hallado en el Cerro numerosos fragmentos de “vasos calados”. Esta forma tiene evidentes connotaciones rituales que nos pondrían en contacto con algún tipo de actividad relacionada con la iluminación o, tal vez, con la quema de sustancias sagradas vinculadas a ritos de purificación. Asimismo, la presencia de algunas piezas con decoración

figurada similar a las representaciones de Liria o Elche permite asignar un probable significado sacro a las mismas, como se ha propuesto para los ejemplares edetanos (Aranegui *et al.*, 1996). De igual modo, también creemos posible asignar una función ritual a los pequeños recipientes hechos a mano y de escasa capacidad, acerca de cuyo contenido se ha propuesto recientemente la idea de cosméticos o pigmentos, de probable vinculación sacra. Por último, encontramos un fragmento de plato con un pez pintado y grafitado para el que consideramos más que probable un uso ligado al ritual.

Por otra parte, la ínfima presencia de materiales importados así como la notable variedad de sus formas nos hace suponer que éstos no tuvieron un papel concreto en los rituales. El carácter conservador de los ritos, hecho probado para todo tipo de religiones hasta la actualidad, hizo que los fieles no necesitasen de elementos foráneos para llevar a cabo sus ofrendas, como se evidencia en otros santuarios ibéricos contemporáneos (Nicolini, 1983, 471). Esta "autosuficiencia local", documentada también en centros de culto itálicos, ha sido interpretada asimismo como medio de economizar las ofrendas (Morel, 1989-90, 510).

Por último, es necesario señalar la presencia de materiales cerámicos que aparentemente no presentan una vinculación directa con el culto. Hemos constatado la existencia de vasijas de mayor tamaño que las citadas anteriormente —"contenedores"— realizadas preferentemente en pastas claras y que, *a priori*, podrían relacionarse con actividades de tipo doméstico. Aunque escasos, también se han documentado algunos ejemplares de ánforas indígenas, relacionadas probablemente con las necesidades de conservación de alimentos o, con mayor probabilidad, vino. Por último, hemos comprobado la presencia de ciertos recipientes que, aparentemente, están vinculados con la preparación de alimentos, como son algunas piezas de cerámica tosca, sus tapaderas y un mortero.

Todos estos materiales podrían ser resultado de la presencia de población permanente en el área sacra, seguramente alojada en las dependencias excavadas por Chapa al sur del edificio de culto. Sin embargo, la localización del material en la Ladera norte del santuario, en un área alejada de la zona donde se situaron dichas dependencias, nos hace considerar esta idea poco fundamentada. Además, en la actualidad sabemos que para los rituales ibéricos no eran siempre necesaria una vajilla ritual específica sino que se usaban también recipientes comunes e, incluso, toscos. Así queda evidenciado en santuarios próximos a El Cerro de los Santos, como los de El Amarejo (Broncano, 1989) o La Quéjola (Blánquez, 1995a, 17-24) recientemente revisados (Blánquez, 1996). Directamente vincula-

das a las áreas sacras de ambos centros aparecen de modo recurrente piezas comunes y pintadas de tamaño medio, ánforas indígenas y cerámicas toscas. Por tanto, creemos posible explicar la presencia de este tipo de materiales “domésticos” en el contexto de nuestro santuario como fruto de distintas actividades rituales cuyo alcance, por el momento, se nos escapa.

Para concluir, consideramos muy relevante la inclusión del santuario en la Contestania. A pesar de las controversias que presenta aun hoy la delimitación de las distintas áreas culturales ibéricas, creemos suficientemente probada la intensa vinculación del Cerro con el área alicantina y el sureste peninsular. Esta circunstancia, que ya se observó para otros yacimiento de la zona con cronologías más elevadas (Blánquez, 1990a, 110-1), parece suficientemente respaldada en nuestro yacimiento por la presencia de significativos materiales. Cerámicas figuradas cercanas al estilo ilicitano; caliciformes grises asociados al culto; “vasos calados”; fíbulas con incrustaciones; pequeñas terracotas votivas o técnica de esgrafiado sobre pintura, son algunos de los ejemplos más evidentes de la fluida relación del lugar de culto con la costa sur levantina. Para el siglo previo al cambio de Era, esta vinculación del área oriental de la provincia de Albacete con el sureste se ve reafirmada con los datos numismáticos (Sanz, 1997, 317).

V.2.2. INTERPRETACIÓN DE LAS EDIFICACIONES DE LA CAÑADA DE YECLA

El área de la Cañada sólo ha sido excavada por Fernández de Avilés, si bien contamos con noticias sobre la existencia de restos en la zona aportadas por Saviron y Engel. El hallazgo de una modesta construcción cuadrangular de mampostería en 1963 hizo pensar a Fernández de Avilés que había hallado la población asociada al santuario (1965, 145). Distintas cuestiones le ocuparon en los años siguientes, impidiendo que estudiara en profundidad los materiales recuperados y pudiera ofrecer, así, su interpretación de los restos. Su fallecimiento dejó sin acometer esta labor, que ha quedado abandonada hasta el presente. La falta de información indispensable –como los *Diarios de Excavación*– hacía inviable un acercamiento en profundidad al estudio de este área. No obstante, sí se han vertido algunas opiniones en torno a estas ruinas (Chapa, 1983, 648 y 1984, 118) que trataremos de matizar con los datos aportados por nuestro estudio.

Parece que debe situarse el momento inicial de estas construcciones a finales del s. I a.C. Aunque los materiales mejor datados (*terra sigi-*

llata) nos sitúan a partir de época flavia, creemos posible afirmar la ocupación de la zona desde época anterior. Basamos esta afirmación en la presencia de ciertas piezas de tradición ibérica, por su perfil y decoración, en algunos casos muy similares a otras halladas en la Ladera del Cerro. Asimismo se encuentran en la Cañada algunos fragmentos cerámicos con decoración figurada cercana a los estilos levantinos. Tres pequeños fragmentos de campaniense B apoyarían, finalmente, una data de la primera centuria a.C. Por tanto, consideramos probable que el inicio de este asentamiento coincidiera con los últimos años de decadencia del santuario.

Debido a su valor como indicadores cronológicos, los materiales más significativos hallados en la Cañada son las piezas de T.S.G., T.S.A. y, especialmente, T.S.H. Estas piezas nos sitúan desde el último tercio del s. I d.C. hasta fines del II o, tal vez, principios del III d.C. Los materiales, ya plenamente romanos, convivieron en el tiempo con piezas de fuerte tradición ibérica, fenómeno que resulta bien conocido en la actual provincia de Albacete (Roldán, 1998).

El material cerámico es el único que aparece en cantidades reseñables en la Cañada, en la que apenas se encontraron restos metálicos. El análisis de la cerámica aporta interesantes datos acerca de la funcionalidad de dicho espacio, al presentar notables diferencias con respecto a las piezas halladas en el Cerro. Apenas un 4,5% de la cerámica gris recuperada en 1963 procede de la Cañada, lo que indica que su uso, eminentemente ritual, estuvo ausente de las habitaciones de la vega. Este hecho, junto a la ausencia de material votivo de otro tipo, indica que debemos establecer una separación de usos entre este espacio y el área de culto cercana.

Por otro lado, las cerámicas sin decorar halladas en la Cañada presentan, por lo general, perfiles evolucionados desde las piezas típicas ibéricas pero constituyen formas ya romanas, que deben ser fechadas en las primeras décadas del s. I d.C. (Sanz, 1997, 144). Formas de uso diario, como botellas o platos, se encuentran bien representadas. En cuanto a la cerámica tosca, se han hallado también algunas piezas en la Cañada, incluidas varias tapaderas. Como hemos señalado, aparecen con relativa frecuencia en este área tinajillas y tinajas pintadas de tradición ibérica, hecho que resalta la conservación de ciertos tipos y decoraciones cerámicas a lo largo del tiempo. Finalmente, se encuentran algunos fragmentos decorados con motivos ibéricos tardíos, en muchos casos similares a los representados sobre piezas albacetenses fechadas en época romana, como los del Tolmo de Minateda (Abad y Sanz, 1995b; Abad *et al.*, 1998).

Con todo ello, podemos concluir una datación desde finales del s. I a.C. hasta principios del III d.C. para las construcciones localizadas en la

Cañada. El carácter doméstico de estas estancias parece quedar fuera de toda duda. La mayor parte de los materiales allí recuperados nos remiten a objetos de carácter funcional y que, en general, relacionamos con actividades cotidianas: conservación, preparación y consumo de alimentos. No se han hallado en este área piezas que nos indiquen un posible carácter ritual del espacio, por lo que la vinculación directa con el santuario cercano debe ser descartada por completo. Resulta probable que nos encontremos ante los restos de una *villa*, como ya señalara Chapa (1983 y 1984). Este asentamiento se incluiría en la intensa ocupación rural del territorio albacetense y murciano acaecida a partir de la primera mitad del s. I a.C. (Amante, 1993, 11-12) cuando, tras las guerras sertorianas, se dio una presencia itálica más importante en la zona, no únicamente focalizada en lugares relevantes como había sucedido tras la conquista (Sanz, 1997, 316).

No querríamos concluir sin subrayar, una vez más, la preeminencia de El Cerro de los Santos como centro de culto en el mundo ibérico y su transición a la *Hispania* romana. No sólo su espectacular conjunto escultórico o la interesante asimilación de modos itálicos en su arquitectura deben ser elementos a resaltar. A ambos aspectos, de incuestionable valor, debemos hoy añadir la importancia de unos rituales que nos acercan a los desarrollados en otros centros sacros ibéricos y mediterráneos. La libación; los ritos relacionados con la iluminación-purificación; la ofrenda de armas y otros objetos personales; la posible existencia de hilatura sagrada; todo ello nos acerca a un mundo más rico en matices de lo que se había pensado hasta el momento. Al santuario acudiría una elite de la sociedad, aquellos que contarán con la capacidad económica suficiente para realizar este tipo de ofrendas. Estas oligarquías, que habían capitalizado desde los siglos anteriores los símbolos de poder en las necrópolis, proyectarían ahora la legitimación de su estatus al ámbito de los santuarios. No obstante, parece observarse en el Cerro una inclusión en estas actividades “privilegiadas” de un sector más amplio de la sociedad que en la etapa anterior, hecho que también se constata en las necrópolis a partir del s. IV a.C. (Quesada, 1997, 634) y puede intuirse para otros centros de culto (Prados, 1994, 138).

A partir de principios del s. II a.C. empezaron a hacerse patentes en el lugar los primeros síntomas de la llegada de influjos foráneos. La privilegiada ubicación del santuario junto a la *Vía Heraclea* hizo posible la arribada precoz de gentes itálicas al santuario. Pronto las influencias se dejaron ver. La construcción de un templo al modo itálico y la aparición de nuevos tipos escultóricos son evidencias inequívocas de la adopción por

parte de las oligarquías locales de nuevos signos de poder. A partir de este momento, se iniciaba una profunda transformación social que no finalizaría hasta la plena incorporación del mundo ibérico a la órbita romana. El centro de culto inició un lento declive a lo largo del s. I, siendo definitivamente abandonado a principios de la centuria siguiente. No obstante, el entorno continuó habitado durante los primeros siglos de nuestra Era. Coincidiendo con los últimos años de vida del santuario se habían levantado en la rambla cercana unas construcciones de carácter doméstico, probablemente una *villa*, cuya explicación debe situarse al margen del centro de culto. El santuario ibérico pervivió, por tanto, durante los primeros siglos de ocupación romana pero pronto se vio desplazado en su importancia, tal vez por la instauración de nuevos cultos o prácticas religiosas.

VI. BIBLIOGRAFÍA

ABREVIATURAS

<i>A.A.A.</i>	Anuario Arqueológico de Andalucía
<i>A.Esp.A</i>	Archivo Español de Arqueología
<i>A.Esp.A.A.</i>	Archivo Español de Arte y Arqueología
<i>A.P.A.U.M.</i>	Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia
<i>A.P.L.</i>	Archivo de Prehistoria Levantina
<i>B.A.E.A.A.</i>	Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología
<i>B.A.R.</i>	British Archeological Reports
<i>B.H.</i>	Bulletin Hispanique
<i>B.P.H.</i>	Biblioteca Praehistórica Hispana
<i>B.S.E.A.A.</i>	Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid
<i>C.A.S.E.</i>	Congreso Arqueológico del Sureste Español
<i>C.N.A.</i>	Congreso Nacional de Arqueología
<i>CuPAUAM</i>	Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid
<i>C.P.U.G.</i>	Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada
<i>E.A.E.</i>	Excavaciones Arqueológicas en España
<i>I.E.A.</i>	Instituto de Estudios Albacetenses
<i>M.C.V.</i>	Mélanges de la Casa de Velázquez
<i>M.J.S.E.A.</i>	Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades
<i>M.E.A.</i>	Museo Español de Antigüedades
<i>M.M.</i>	Madrider Mitteilungen
<i>M.M.A.P.</i>	Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales
<i>N.A.H.</i>	Noticiario Arqueológico Hispánico
<i>P.L.A.V.</i>	Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia
<i>P.S.H.A.A.</i>	Publicaciones del Seminario de Historia y Arqueología de Albacete
<i>Q.P.A.C.</i>	Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló
<i>R.A.</i>	Revista de Arqueología
<i>R.A.B.M.</i>	Revista de Archivos Bibliotecas y Museos
<i>REIb</i>	Revista de Estudios Ibéricos
<i>R.S.L.</i>	Rivista di Studi Liguri
<i>T.P.</i>	Trabajos de Prehistoria
<i>T.V.S.I.P.</i>	Serie Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia

- ABAD CASAL, L., 1992a: "Las culturas ibéricas del área suroriental de la Península Ibérica", en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz: *Paleoetnología de la Península Ibérica, Complutum* 2-3, Madrid, 151-66.
- ABAD CASAL, L., 1992b: "Terracotas ibéricas del Castillo de Guardamar", *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a Enrique Plá Ballester*, T.V.S.I.P. 89, 225-238.
- ABAD CASAL, L. Y BENDALA GALÁN, M., 1989: *El Arte Ibérico*, Historia del Arte 10, Historia 16, Madrid.
- ABAD CASAL, L. Y SALA SELLÉS, F., 1993: *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, T.V.S.I.P. 90, Valencia.
- ABAD CASAL, L. Y SANZ GAMO, R., 1995a: "La cerámica ibérica con decoración figurada en la provincia de Albacete. Iconografía y territorialidad", *Homenaje a Milagros Gil-Mascarell, Saguntum* 29, I, 73-84.
- ABAD CASAL, L. Y SANZ GAMO, R., 1995b: "El Tomo de Minateda en época ibérica (Hellín, Albacete)", en J. Blánquez (Ed.): *El Mundo Ibérico. Una nueva visión en los albores del año 2000*, 223-230.
- ABAD CASAL, L.; GUTIERREZ LLORET, S. Y SANZ GAMO, R., 1998: *El Tolmo de Minateda. Una historia de tres mil quinientos años*, Patrimonio Histórico-Arqueología, Castilla-La Mancha 15, Albacete.
- ABASCAL PALAZÓN, J. M., 1986: *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica. Centros de producción, comercio y tipología*, Madrid.
- ABASCAL PALAZÓN, J. M. Y SANZ GAMO, R., 1993: *Bronces antiguos del Museo de Albacete*, I.E.A., Albacete.
- AGUADO Y ALARCÓN, J.D., 1875-6: "El Cerro de los Santos. Una aclaración", *Revista de Historia Latina*, II, p.3 y III, p.241.
- ALBERTINI, E., 1912: "Sculptures du Cerro de los Santos", *B.H.* XIV 1, 1-10.
- ALFARO GINER, C., 1984: *Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la prehistoria hasta la romanización*, B.P.H. XXI, Madrid.
- ALMAGRO BASCH, M., 1949: "La cerámica gris en los siglos VI-V a. de J.C. en Ampurias", *R.S.L.*, año XV, n.º 1-2, Bordighera.
- ALMAGRO BASCH, M., 1953: *Las necrópolis de Ampurias*, vol. I, Barcelona.

- ALMAGRO BASCH, M., 1966: "Sobre el posible origen de las más antiguas fíbulas anulares hispánicas", *Ampurias* XXVIII, 215-236.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1969: *La necrópolis de "La Madrigueras", Carrascosa del Campo (Cuenca)*, B.P.H. X, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1976-78: "La iberización de las zonas orientales de la Meseta", *Ampurias* 38-40, 93-156.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1977: *El Bronce Final y el periodo orientalizante en Extremadura*, B.P.H. 14, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1983: "Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica", *M.M.* 24, 177-293.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1996: *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*, Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1999: "Historiografía sobre la arqueología española en la Real Academia de la Historia", en J. Blánquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un Homenaje a la memoria*, Madrid, 179-198.
- ALMAGRO-GORBEA, M. Y MONEO, T., 2000: *Santuarios urbanos en el mundo ibérico*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- AMADOR DE LOS RÍOS, J., 1862-3: "Algunas consideraciones sobre la estatuaria durante la monarquía visigoda", *El Arte en España*, I-II (1862-3), 157-165 y 5-23.
- AMADOR DE LOS RÍOS, R., 1889: *Murcia y Albacete, España, sus monumentos y artes. Su Naturaleza e Historia*, Barcelona.
- AMADOR DE LOS RÍOS, R., 1911-2: *Catálogo Monumental de España. Provincia de Albacete*, Manuscrito original inédito, C.S.I.C., Madrid.
- AMANTE SÁNCHEZ, M., 1993: *Lucernas romanas de la región de Murcia. Hispania Citerior: Anejos de Antigüedad y Cristianismo I*, Murcia.
- APARICIO PÉREZ, J., 1976: "El culto en cuevas en la región valenciana", *Revista de la U.C.M., Homenaje a García y Bellido* I, 9-30.
- APARICIO PÉREZ, J., 1997: "El culto en cuevas y la religión protohistórica", *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico*, Q.P.A.C. 18, 345-358.
- AQUILUÉ ABADÍAS, J., 1987: *Las cerámicas africanas de la ciudad romana de Bactulo (Hispania Tarraconensis)*, BAR International Series 337.
- AQUILUÉ, X.; CASTANYER, P.; SANTOS, M. Y TREMOLEDA, J., 2000: "Nuevos datos sobre la fundación de Emporion", en P. Cabrera y C. Sánchez (Eds.): *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*, Madrid, 89-105.
- ARANEGUI GASCÓ, C., 1969: "Cerámica gris de los poblados ibéricos valencianos", *P.L.A.V.* 6, 113-131.
- ARANEGUI GASCÓ, C., 1970: "Cerámica ibérica de la Serreta (Alcoy): los platos", *P.L.A.V.* 10, 107-121.
- ARANEGUI GASCÓ, C., 1974: "Las artes decorativas en la cerámica ibérica valenciana", *Saitabi* XXIV, 31-53.
- ARANEGUI GASCÓ, C., 1975: "La cerámica gris monocroma. Puntualizaciones sobre su estudio", *P.L.A.V.* 11, 333-379.
- ARANEGUI GASCÓ, C., 1985: "Las jarritas bicónicas grises de tipo ampuritano", *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica (Empúries 1983)*, Barcelona, 101-113.

- ARANEGUI GASCÓ, C., 1987: "La cerámica gris de tipo ampuritano: las jarritas grises". *Céramiques hellénistiques et romaines II*, Annales littéraires de l'Université de Besançon 331, París, 87-97.
- ARANEGUI GASCÓ, C., 1993: "La cerámica ibérica ante la romanización". *Estudis Universitaris Catalans XXIX. Homenatge a Miquel Tarradell*, 553-558.
- ARANEGUI GASCÓ, C., 1994: "Iberica Sacra Loca. Entre el cabo de la Nao. Cartagena y el Cerro de los Santos". *REIb* 1, 115-138.
- ARANEGUI GASCÓ, C., 1996a: "Los platos de peces y el más allá". *Complutum Extra* 6 (1), 401-414.
- ARANEGUI GASCÓ, C., 1996b: "Signos de rango en la sociedad ibérica. Distintivos de carácter civil o religioso". *REIb* 2, 91-121.
- ARANEGUI GASCÓ, C., (Ed.), 1997: *Damas y caballeros en la ciudad ibérica. Las cerámicas decoradas de Llíria (Valencia)*, Madrid.
- ARANEGUI GASCÓ, C., 1998: "Las cerámicas ibéricas". en VV.AA., *Los Iberos. Príncipes de Occidente*, Catálogo de la Exposición, Barcelona, 175-187.
- ARANEGUI GASCÓ, C., 1999: "El comercio del vino en la costa mediterránea española en época romana". en S. Celestino (Ed.): *El vino en la Antigüedad Romana (Jerez, 1996). II Simposio Arqueología del Vino*. Serie Varia 4, Madrid, 79-96.
- ARANEGUI GASCÓ, C. Y PLA BALLESTER, E., 1981: "La cerámica ibérica". *La Baja Época de la Cultura Ibérica (Actas de la Mesa Redonda celebrada en conmemoración del X aniversario de la A.E.A.A., Madrid, 1979)*, Madrid, 73-114.
- ARANEGUI GASCÓ, C.; JODIN, A.; LLOBREGAT, E. A.; ROUILLARD, P. Y UROZ, J., 1982: "Fouilles du site ibérique de cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)". *M.C.V. XVIII*, 427-436.
- ARANEGUI GASCÓ, C.; JODIN, A.; LLOBREGAT, E.A.; ROUILLARD, P. Y UROZ, J., 1993: *La necrópolis ibérique de cabezo Lucero, Guardamar del Segura, Alicante*. Madrid-Alicante.
- ARANEGUI, C.; BONET, H.; MARTÍ, M. A.; MATA, C. Y PÉREZ BALLESTER, 1996: "La cerámica con decoración figurada y vegetal del Tossal de Sant Miquel (Llíria, Valencia): una nueva propuesta metodológica". en R. Olmos y J. A. Santos (Eds.): *Iconografía ibérica, Iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*, Serie Varia 3, Madrid, 153-175.
- ARANEGUI GASCÓ, C. Y PRADOS TORREIRA, L., 1998: "Santuarios. El encuentro con la divinidad". en VV.AA., *Los Iberos. Príncipes de Occidente*, Catálogo de la Exposición, Barcelona, 135-145.
- ARGENTE OLIVER, J. L., 1994: *Las fibulas de la Edad del Hierro en la meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*, E. A. E. 168.
- ARRIBAS, A., 1965: *Los Iberos*. Barcelona.
- AZUAR, F., 1878: *Indumentaria española. Documentos para un estudio desde época visigoda hasta nuestros días*. Madrid.
- BALIL, A., 1960: "Plástica provincial en la España romana". *Revista de Guimarães* 70, 107-131.
- BALIL, A., 1965: "Lucernas romanas: problemas y métodos". *A.Esp.A.* 38, 106-108.
- BALIL, A., 1969: *Estudios sobre lucernas romanas I*, Studia Archaeologica 2, Santiago de Compostela.
- BALIL, A., 1980: *Estudios sobre lucernas romanas II*, Studia Archaeologica 62, Santiago de Compostela.

- BALIL, A., 1982a: *Estudios sobre lucernas romanas III*, Studia Archaeologica 70, Santiago de Compostela.
- BALIL, A., 1982b: "Estudios sobre lucernas romanas IV", *B.S.E.A.A.* 50, 190-195.
- BALLESTER TORMO, I., 1947: "Las cerámicas ibéricas arcaizantes valencianas", *Comunicaciones del S.I.P. al I Congreso Arqueológico del Levante (noviembre, 1946)*, Serie Trabajos Varios 10, 47-56.
- BALLESTER TORMO, I.; FLETCHER VALLS, D.; PLA BALLESTER, E.; JORDÁ CERDÁ, F. Y ALCACER GRAU, J., 1954: *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de San Miguel, Liria*, Madrid.
- BANDERA ROMERO, M. L. DE LA, 1977-8: "El atuendo femenino ibérico", *Habis* 8 y 9, 253-297 y 401-440.
- BANDERA ROMERO, M. L. DE LA, 1984: "Brazaletes peninsulares orientalizantes e ibéricos en metales nobles", *Habis* 15, 365-418.
- BAQUEDANO, M. I., 1997: *Juan Cabré Aguiló. Cincuentenario de su fallecimiento*. Editado por Agrupación de Amigos de la Cueva de los Casares y del Arte Paleolítico. Ateneo de Madrid.
- BARBERÁ FARRÁS, J., 1985: "Las cerámicas grises de la Penya del Moro de Sant Just Desvern (Barcelonès)", *Ceràmiques gregues i hellenístiques a la Península Ibèrica (Eupúries, 1983)*, Barcelona, 115-131.
- BEAZLEY, J. D., 1942: *Attic Red-figure Vase Painters*, Oxford.
- BEAZLEY, J. D., 1956: *Attic Black-figure Vase Painters*, Oxford.
- BELÉN DEAMOS, M., 1976: "Estudio y tipología de la cerámica gris en la provincia de Huelva", *R.A.B.M.* LXXIX, n.º2, 353-388.
- BELTRÁN LLORIS, M., 1970: *Las ánforas romanas en España*, Zaragoza.
- BELTRÁN LLORIS, M., 1976: *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Zaragoza.
- BELTRÁN LLORIS, M., 1990a: *Guía de la cerámica romana*, Zaragoza.
- BELTRÁN LLORIS, M., 1990b: "El valle medio del Ebro y su monumentalización en época republicana y augustea (antecedentes, Lépida-Celsa y Caesaraugusta)", *Stadtbild und Ideologie (Madrid, 1987)*, München, 179-206.
- BELTRÁN LLORIS, M., 1995: *Azaila (nuevas aportaciones deducidas de la documentación inédita de Juan Cabré Aguiló)*, Zaragoza.
- BELTRÁN LLORIS, M.; ORTIZ PALOMAR, M. A. Y PAZ PERALTA, J. A., 1999: "La vajilla relacionada con el vino en Hispania", en S. Celestino (Ed.): *El vino en la Antigüedad Romana (Jerez, 1996). II Simposio Arqueología del Vino*, Serie Varia 4, Madrid, 129-200.
- BENDALA GALÁN, M., 1987a: "Los Cartagineses en España", *Historia General de España y América. De la protohistoria a la conquista romana* I.2, Madrid, 115-168.
- BENDALA GALÁN, M., 1987b: "Arte ibérico", *Historia General de España y América. De la protohistoria a la conquista romana* I.2, Madrid, 223-250.
- BENDALA GALÁN, M., 1989: "La génesis de la estructura urbana en la España Antigua", *CuPAUAM* 16, 127-147.
- BENDALA GALÁN, M., 1990: "El plan urbanístico de Augusto en Hispania: precedentes y pautas macroterritoriales", *Stadtbild und Ideologie. (Madrid 1987)*, München, 25-42.
- BENDALA GALÁN, M., 1994: "Reflexiones sobre la Dama de Elche", *REIb* 1, 85-105.

- BENDALA GALÁN, M., 1998: "La ciudad entre los iberos, espacio de poder". *Actas del Congreso Internacional Los Iberos, Príncipes de Occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica (Barcelona, 1998)*. Saguntum P.L.A.V. Extra-I, 25-34.
- BENDALA GALÁN, M., 1999: "La Dama de Elche: una dama petrificada", en J. Blánquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Las colecciones madrileñas*. Madrid, 133-141.
- BENDALA GALÁN, M., 2000: *Tartessos, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania Antigua*. Madrid.
- BENDALA GALÁN, M., FERNÁNDEZ OCHOA, C.; FUENTES DOMÍNGUEZ, A. Y ABAD CASAL, L., 1987: "Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y potenciación tras la conquista", *Los asentamientos romanos ante la romanización (Madrid, 1986)*. Madrid, 121-140.
- BENDALA GALÁN, M., Y BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1997: "Observaciones sobre la Dama de Elche", en R. Olmos y T. Tortosa (Eds.): *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*. Madrid, 133-144.
- BENDALA GALÁN, M. Y ROLDÁN GÓMEZ, L., 1999: "El cambio tecnológico en la arquitectura romana: perduración, novedades y peculiaridades", *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)*, tomo IV. *Arqueología Romana y Medieval*. Alcalá de Henares, 103-115.
- BENDALA, M.; RICO, C. Y ROLDÁN, L. (Eds.), 1999: *El ladrillo y sus derivados en la época romana*. Monografías de Arquitectura Romana 4, U.A.M., Madrid.
- BENOIT, F., 1965: *Recherches sur l'hellénisation du Midi de la Gaule*, Aix-en-Provence.
- BERNABEU, J.; BONET, H.; GUÉRIN, P. Y MATA, C., 1986: "Análisis microespacial del poblado ibérico del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia)", *Arqueología Espacial* 9. *Coloquio sobre el microespacio*, 3. Teruel, 321-337.
- BERNAL CASASOLA, D., 1998: *Los Matagallares, un centro romano de producción alfarera en el s. III d. C.*, Salobreña.
- BERNAL PASCUAL, F.; GALLEGO GALLARDO, J. Y LLINARES BENEYTO, J., 1984: "Aportación al estudio tipológico de pesas de telar: (el Macalón-Nerpio, Albacete)", *I Congreso de Historia de Albacete (1983)*, t. I. *Arqueología y Prehistoria*, Albacete, 167-176.
- BLANCO FREIJEIRO, A., 1959: "Cerámica griega de los Castellones de Ceal" *A.Esp.A.* XXXII, 106-112.
- BLANCO FREIJEIRO, A., 1980: *La Antigüedad. Historia del Arte Hispánico*, I.2, Madrid.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1986: *El proceso de iberización en el sureste de la meseta*. Tesis Doctoral, U.A.M.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1990a: *La formación del mundo ibérico en el sureste de la meseta. (Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete)*, I.E.A., Albacete.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1990b: "La Vía Heraklea y el Camino de Anibal. Nuevas interpretaciones de su trazado en las tierras del interior", *Simposio de la Red Viaria en la Hispania Romana*, Zaragoza, 65-76.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1992a: "Nuevas consideraciones en torno a la escultura ibérica", *CuPAUAM* 19, 121-143.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1992b: "El poblado ibérico de La Quéjola", *Pátina* 6, 99-107.

- BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1994: "El impacto del mundo griego en los pueblos ibéricos de la Meseta", en P. Cabrera, R. Olmos y E. Sanmartí (Coords.): *Simposio Internacional Iberos y Griegos: lecturas desde la diversidad*. (Ampurias, 1991). *Huelva Arqueológica* XIII. 1, 319-354.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. (Ed.), 1995a: *El Mundo Ibérico: una nueva imagen en los albores del años 2000*. Imágenes y Palabras 18.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1995b: "La necrópolis tumular ibérica de El Salobral (Albacete)", *Verdolay* 7, 199-208.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1996: "Espacios sacrales en los poblados ibéricos. Nuevas propuestas de interpretación", *REIb* 2, 147-168.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1997: "Caballeros y aristócratas del s. V a.C. en el mundo ibérico" en R. Olmos y J. A. Santos (Eds.): *Iconografía ibérica. Iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*. Serie Varia 3. Madrid, 211-234.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1998 (e.p.): "Le vie di comunicazione. Le vie commerciali ed il commercio del vino". *Simposio Internazionale L'Avventura del vino nel bacino del Mediterraneo. Itinerario storici ed archeologici prima e dopo Roma*. Conegliano.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1999: "Las necrópolis ibéricas en el actual territorio de Castilla-La Mancha", *I Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha (Iniesta, 1997)*. Toledo, 49-87.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 2000 (e.p.): "En torno al problema de las rutas terrestres en el interior de la Península ibérica (I milenio a.C.)", *Homenaje al Profesor Maluquer*. Barcelona.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J., Y MARTÍNEZ DÍAZ, B., 1983: *I Jornadas de Arqueología en Albacete, 1983. Catálogo de la exposición Arqueología en Albacete 1977-1982*. Madrid.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. Y OLMOS ROMERA, R., 1993: "El poblamiento ibérico antiguo en la provincia de Albacete. El timaterio de La Quejola (San Pedro) y su contexto arqueológico", *Arqueología en Albacete. Jornadas de Arqueología Albacetense en la U.A.M.*, Madrid, 85-108.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. Y ROLDÁN GÓMEZ, L., 1994: "Nuevas consideraciones en torno a la historiografía y tecnología de la escultura ibérica en piedra (1ª parte)" *REIb* 1, 61-84.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. Y ROLDÁN GÓMEZ, L. (Eds.), 1999a: *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un Homenaje a la memoria*. Madrid.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. Y ROLDÁN GÓMEZ, L. (Eds.), 1999b: *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Las colecciones madrileñas*. Madrid.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. Y SÁNCHEZ GÓMEZ, M. L., 1999: "El Legado Fernández de Avilés y Álvarez-Ossorio" en J. Blánquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un Homenaje a la memoria*. Madrid, 221-231.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. Y QUESADA SANZ, F., 1999: "El santuario ibérico de El Cigarralejo. Nuevas perspectivas en su estudio", en J. Blánquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Las colecciones madrileñas*. Madrid, 175-189.
- BLÁNQUEZ MARTÍNEZ, J. M., 1957: "Aportaciones al estudio de las religiones primitivas de España", *A.Esp.A.* XXX, 15-86.

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., 1975: *Diccionario de las Religiones Prerromanas en Hispania*. Madrid.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., 1977: *Imagen y mito. Estudios sobre religiones antiguas mediterráneas e ibéricas*. Madrid.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., 1983: *Primitivas religiones ibéricas, II. Religiones Prerromanas*, Madrid..
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., 1991: *Religiones en la España Antigua*. Madrid.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., y VALIENTE MELLA, J., 1981: *Cástulo III, E.A.E.* 117.
- BLECH, M., 1996: "Los inicios de la iconografía de la escultura ibérica en piedra: Pozo Moro" en R. Olmos y J. A. Santos (Eds.): *Iconografía ibérica. Iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*, Serie Varia 3, Madrid, 193-210.
- BONET ROSADO, H., 1995: *El Tossal de Sant Miquel de Lliria*. Valencia.
- BONET, H.; MATA, C.; SARRIÓ, I.; DUPRE, M. Y RENAULT-MISKOVSKY, J., 1981: *El poblado ibérico del Puntal dels Llops (El Colmenar) (Olocau, Valencia)*, T.V.S.I.P. 71, Valencia.
- BONET ROSADO, H. Y MATA PARREÑO, C., 1988: "Imitaciones de cerámica campaniense en la Edetania y la Contestania", *A.Esp.A.* 61, n.º 157-8, 5-38.
- BONET, H; MATA, C. Y GUÉRIN, P., 1990: "Cabezas votivas y lugares de culto edetanos", *Verdolay* 2, 185-99.
- BONET ROSADO, H. Y MATA PARREÑO, C., 1997: "Lugares de culto edetanos. Propuesta de definición", *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico. Q.P.A.C.* 18, 115-146.
- BOSCH GIMPERA, P., 1915: *El problema de la cerámica ibérica*. Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas e Históricas 7, Madrid.
- BOSCH GIMPERA, P., 1928: "Relaciones entre el arte ibérico y el griego" *A.P.L.* I, 163ss.
- BOSH GIMPERA, P., 1932: *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.
- BRONCANO RODRÍGUEZ, S., 1989: *El depósito votivo de El Amarejo. Bonete (Albacete)*, *E.A.E.* 156.
- BRONCANO, S.; MARTÍN, A.; NEGRETE, M. A. Y PUCH, E., 1985: "La necrópolis ibérica de «El Tesorico» (Agramón-Hellín, Albacete)", *N.A.H.* 20, 43-181.
- BROTONS, F.; MÉNDEZ, R.; GARCÍA, C. Y RUIZ, E. (1988): "El tramo viario de Montealegre a Fuente la Higuera", en A. González (Coord.): *Vías romanas del Sureste. Actas del symposium celebrado en Murcia del 23 al 24 de octubre de 1986*, Murcia, 75-83
- BROTONS YAGÜE, F. Y RAMALLO ASENSIO, S. (1993): "Un santuario extraurbano: La Encarnación de Caravaca (Murcia)", *La Ciudad en el Mundo Romano. Preactas del XIV Congreso de Arqueología Clásica (Tarragona, 1993)*, Tarragona, p.73.
- BRUNAU, J.L., 1996: *Les religions gauloises. Rituels celtiques de la Gaule indépendante*. Paris.
- BURKERT, W., 1985: *Greek Religion. Archaic and Classical*, Oxford.
- CABRÉ AGUILÓ, J., 1923: "Exvotos del Cerro de los Santos en el Museo de Antropología Nacional", *Coleccionismo* 121, 6-10.
- CABRÉ AGUILÓ, J., 1925: "Arquitectura hispánica: el sepulcro de Toya", *A.Esp.A.A.* 1, 73-101.
- CABRÉ AGUILÓ, J., 1926: "La cerámica pintada de Azaila", *A.Esp.A.A.* 2, 215-260.

- CABRÉ AGUILÓ, J., 1934: "Guerreros indígenas en la Edad del Hierro de la Península Ibérica, con pendientes de oro", *Anales de la Asociación Española para el progreso de las Ciencias*, 2, 353-358.
- CABRÉ AGUILÓ, J., 1945: *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica de Azaila*. Madrid.
- CABRERA BONET, P., 1987: *El comercio griego arcaico en Huelva*, Tesis Doctoral, U.A.M.
- CABRERA BONET, P. Y SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C., 1994: "Importaciones griegas en el sur de la Meseta" en P. Cabrera, R. Olmos y E. Sanmartí (Coords.): *Simposio Internacional Iberos y Griegos: lecturas desde la diversidad*. (Ampurias, 1991). *Huelva Arqueológica XIII*, 1, 355-376.
- CABRERA, P.; OLMOS, R. Y SANMARTÍ, E. (Coords.), 1994: *Iberos y Griegos: Lecturas desde la diversidad*. (Ampurias, 1991). *Huelva Arqueológica XIII*.
- CABRERA BONET, P. Y SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C. (Eds.), 2000a: *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*. Madrid.
- CABRERA BONET, P. Y SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C., 2000b: "El comercio griego con el mundo ibérico durante la época clásica" en P. Cabrera y C. Sánchez (Eds.): *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*. Madrid, 133-146.
- CALVO, I. Y CABRÉ, J., 1917: "Excavaciones en la Cueva y el Collado de los Jardines, (Santa Elena, Jaén). Memoria de los trabajos realizados en el año 1916", *M.J.S.E.A.* 8. Madrid.
- CALVO, I. Y CABRÉ, J., 1918: "Excavaciones en la Cueva y el Collado de los Jardines, (Santa Elena, Jaén). Memoria de los trabajos realizados en la campaña de 1917", *M.J.S.E.A.* 16. Madrid.
- CALVO, I. Y CABRÉ, J., 1919: "Excavaciones en la Cueva y el Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén). Memoria de los trabajos realizados en la campaña de 1918", *M.J.S.E.A.* 22. Madrid.
- CARO BELLIDO, A., 1989: *Cerámica gris a torno tartesia*. Cádiz.
- CARPENTER, R., 1925: *The Greeks in Spain*, Bryn Mawr, Pennsylvania.
- CASTELO RUANO, R., 1993: "El templo situado en el Cerro de los Santos, Montealegre del Castillo, Albacete", *Verdolay* 5, 79-87.
- CASTRO CUREL, Z., 1980: "Fusayolas ibéricas, antecedentes y empleo", *Cypselia* II, 127-146.
- CASTRO CUREL, Z., 1986: "Avances de estudios cuantitativos y localización de pondera en asentamientos peninsulares", *Arqueología espacial 9. Coloquio sobre el micro-espacio-3*. Teruel, 169-186.
- CELESTINO PÉREZ, S., 1997: "Santuarios, centros comerciales y paisajes sacros", *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico*. Q.P.A.C. 18, 359-389.
- CERRILLO, E., 1990: "Arqueología de las religiones primitivas y arqueología de las religiones organizadas. Una reflexión", *Zephyrus* XLIII, 189-192.
- CHAPA BRUNET, T., 1980a: "Nuevas excavaciones en el Cerro de los Santos, (Montealegre del Castillo, Albacete). Campaña de octubre de 1977", *Al-Basit* 7, 81-111.
- CHAPA BRUNET, T., 1980b: "Tres nuevas esculturas del Cerro de los Santos, (Montealegre del Castillo, Albacete)", *Al-Basit* 8, 149-159.
- CHAPA BRUNET, T., 1983: "Primeros resultados de las excavaciones en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete). Campañas de 1977-1981", *XVI C.N.A. (Murcia-Cartagena 1982)*. Zaragoza, 643-653.

- CHAPA BRUNET, T., 1984: "El Cerro de los Santos (Albacete). excavaciones desde 1977 a 1981", *Al-Basit* 15, 109-124.
- CHAPA BRUNET, T., 1985: *La escultura ibérica zoomorfa*, Madrid.
- CHAPA BRUNET, T., 1990: "Algunas consideraciones sobre el estudio de los santuarios ibéricos", *Zephyrus* XLIII, 249-251.
- CHAPA BRUNET, T., 1994: "Algunas reflexiones acerca del origen de la escultura ibérica", *REIh* 1, 43-59.
- CHAPA BRUNET, T. y MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I., 1990: "Valoración general de las excavaciones desarrolladas en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)", en VV.AA.: *Homenaje a Jerónimo Molina García*, Murcia, 103-112.
- CHAPA BRUNET, T. y MADRIGAL BELINCHÓN, A., 1997: "El sacerdocio en época ibérica", *Spal* 6, 187-203.
- CIONCOLONI, R. y MARCHIORI, S., 1989-90: "I culti del santuario di Veio-Portonaccio alla luce delle testimonianze votive", *Science dell'Antichità. Storia Archeologia Antropologia*, 3-4, 705-718.
- COLONNA, G. (Coord.), 1985: *Santuari d'Etruria*, Milano.
- COMELLA, A., 1978: *Il materiale votivo tardo di Gravisca*, Roma.
- CONDE BERDÓS, M. J., 1990: "Los kalathoi 'sombrero de copa' de la necrópolis del Cabecico del Tesoro de Verdolay (Murcia)", *Verdolay* 2, 149-160.
- CONDE BERDÓS, M. J., 1992: "Una producció ceràmica característica del món ibèric tardà: el kalathos 'barret de copa'", *Fonaments* 8, 117-169.
- CONDE BERDÓS, M. J., 1998a: "Sombrero de copa", en VV.AA.: *Los Iberos. Príncipes de Occidente*, Catálogo de la Exposición, Barcelona, 188-9.
- CONDE BERDÓS, M. J., 1998b: "Estado actual de la investigación sobre la cerámica ibérica pintada de época plena y tardía", *REIh* 3, 289-325.
- CORZO SÁNCHEZ, R., 1991: "Piezas etruscas del santuario de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)" en J. Remesal y O. Musso (Coords.): *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona, 399-411.
- CUADRADO DIAZ, E., 1950: *Excavaciones en el Santuario Ibérico del Cigarralejo (Mula, Murcia)*, Madrid.
- CUADRADO DIAZ, E., 1952: "La cerámica ibérica tosca de collar con impresiones y su origen céltico", *II C.N.A. (Madrid, 1951)*, Zaragoza, 269-280.
- CUADRADO DIAZ, E., 1957: "La fíbula anular hispánica y sus problemas", *Zephyrus* VIII, 5-76.
- CUADRADO DIAZ, E., 1958: "Cerámica griega de figuras rojas en la necrópolis del Cigarralejo", *A.Esp.A.* XXXI, 104-125.
- CUADRADO DIAZ, E., 1960: "El mundo ibérico. Problema de la cronología y de las influencias culturales externas", *I Symposium de Prehistoria Peninsular (Pamplona, 1959)*.
- CUADRADO DIAZ, E., 1961-2: "Nuevas formas occidentales de cerámica precampana", *Homenaje al Profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, 257-269.
- CUADRADO DIAZ, E., 1962: "Tres esculturas identificadas del Cerro de los Santos", *P.S.H.A.A.*, 52-61.
- CUADRADO DIAZ, E., 1963a: "Cerámica ática de barniz negro de la necrópolis del Cigarralejo (Mula, Murcia)", *A.P.L.* X, 97-164.
- CUADRADO DIAZ, E., 1963b: "Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica", *T.P.* 7.

- CUADRADO DIAZ, E., 1972: "Tipología de la cerámica ibérica fina de 'El Cigarralejo' Mula (Murcia)", *T. P.* 29, 125-187.
- CUADRADO DIAZ, E., 1978: "Fíbulas de *La Tène* en el Cigarralejo", *T.P.* 35, 307-336.
- CUADRADO DIAZ, E., 1987: *La necrópolis ibérica de "El Cigarralejo" (Mula, Murcia)*. B.P.H. XXIII. Madrid.
- CUADRADO DIAZ, E. Y QUESADA SANZ, F., 1989: "La cerámica ibérica fina de 'El Cigarralejo' (Murcia). Estudio de cronología", *Verdolay* 1, 49-117.
- CUNLIFFE, B. Y FERNÁNDEZ CASTRO, M. C., 1999: *The Guadajoz Project. Andalusia in the First Millenium B. C. Vol. 1. Torreparedones and its Hinterland*. Oxford University Committee for Archaeology. Monograph No. 47. Oxford.
- CURA-MORERA, M., 1971: "Acerca de unas cerámicas grises con decoración estampillada en la Catalunya prerromana", *Pyrenae* 7, 47-60.
- CURA-MORERA, M., 1975: "Nuevos hallazgos de cerámica estampillada gris prerromana en la Catalunya prerromana", *Pyrenae* 11, 173-178.
- DÁNVILA, F., 1874: "El tesoro de Montealegre. Apuntes sobre las antigüedades del Cerro de los Santos". *El Tiempo*, Madrid, 10, 11 y 12-XII.
- DÁNVILA, F., 1877: *Trajés y armas de los españoles desde los tiempos prehistóricos hasta los primeros años del siglo XIX*. Madrid.
- DE HOZ, J., 2000: "Epigrafía griega de occidente y escritura grecoibérica", en P. Cabrera y C. Sánchez (Eds.): *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*, Madrid, 165-175.
- DELGADO MONTOTO, M., 1999: "Carlos Lasalde: un Padre Provincial adelantado a su tiempo" en J. Blánquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Las colecciones madrileñas*, Madrid, 191-197.
- DENEAUVE, J., 1969: *Lampes de Carthage*. Paris.
- DOMENECH, J. M., 1872: "Monumentos prehistóricos de Yecla", *La Esperanza*, Madrid, 19 y 26-XI; 2, 11, 12 y 23-XII.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., 1995: "Religión, rito y ritual durante la protohistoria peninsular. El fenómeno religioso en la cultura ibérica", *Actas III Deya International Conference in Prehistory, vol.II. B.A.R. International Series 610*, 21-91.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., 1997: "Los lugares de culto en el mundo ibérico: espacio, religiosidad y sociedad", *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico. Q.P.A.C.* 18, 391-404.
- DRESSEL, H., 1899a: "Amphorarum formae", *C.I.L.* XV, 2, tav.II.
- DRESSEL, H., 1899b: "Lucernae formae", *C.I.L.* XV, II, 1 (*Inscriptiones Urbis Romae Latinae. Instrumentum Domesticum*). Berlín.
- ELVIRA BARBA, M. A., 1979: "Aproximaciones al 'estilo florido o rico' de la cerámica de Liria", *A.Esp.A.* 52, 205-225.
- ENGEL, A., 1892: "Rapport sur une mission archéologique en Espagne (1891)", *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques et Littéraires* III.
- ESCOLAPIOS DE YECLA, P. P., 1871: "El Cerro de los Santos", *El Liceo*, Albacete, 8-X, 2-3.
- ESTEBAN BORRAJO, G., 1998: *Cerámicas a torno pintadas orientalizantes, ibéricas e iberorromanas de Sisapo*. Madrid.
- FANTAR, M., 1984: *Kerkouane. Cité punique de cap Bon (Tunisie)*, tome I. Túnez.

- FATAS CABEZA, G., 1967: "La colección de pesas de telar del Museo Arqueológico de Zaragoza", *Caesaraugusta* 29-30, 203-208.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1942a: "Museo Arqueológico de Murcia. I. Memoria. II. La Arqueología murciana a través del Museo Arqueológico Provincial. (Reseña de sus fondos principales)", *M.M.A.P. II (1941)*, Madrid, 97-118.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1942b: "El castro prerromano de Arrola, en Navárniz (Vizcaya)", *A.Esp.A.* XV, 251-256.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1942c: "Relievs hispanorromanos con representaciones ecuestres", *A.Esp.A.* XV, 48 (1942), 190-215.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1943a: "Escultura del Cerro de los Santos. La colección Velasco (M. Antropológico) en el Museo Arqueológico Nacional", *A.Esp.A.* XVI, 361-387.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1943b: "Notas sobre la necrópolis ibérica de Archena (Murcia)", *A.Esp.A.* XVI, 115-121.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1947a: "Esculturas ibéricas de la Colección Velasco, procedentes del Cerro de los Santos", *Adquisiciones del M.A.N., (1940-45)*, Madrid.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1947b: "La cabeza femenil, constantiniana, de Palencia", *A.Esp.A.* XX, n.º 65, 83-95.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1948a: "Escultura del Cerro de los Santos. La Colección del Colegio de P.P. Escolapios, de Yecla", *A.Esp.A.* 70, 360-377.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1948b: "De escultura iberorromana. Un nuevo tipo de cabeza masculina", *A.Esp.A.* XXI 70, 69-77.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1949a: *El Cerro de los Santos. (Aproximación al estudio de la escultura ibérica)*, Tesis doctoral inédita.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1949b: "Las primeras investigaciones en el Cerro de los Santos (1860-70). Cuestiones de puntualización", *B.S.E.A.A.* XV, 57-70.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1953: "Excavaciones en el Llano de la Consolación (1891-1946)", *A.P.L.* IV, 195-209.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1954: "Acondicionamiento de cuevas con arte rupestre, para efectos de conservación", *Rivista Archeologica dell'antica provincia e diocesi di Como*, Como, 23-32.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1956: "Excavaciones en Logroño (1945). Monte Cantabria y El Redal", *Berceo* XI, 329-343.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1958: "Pasariendas y otros bronceos de carro, romanos, hallados en España", *A.Esp.A.* XXXI, 3-62.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1959: "Excavaciones en El Redal (Logroño). Campaña de 1945", *V C.N.A. (Zaragoza, 1957)*, Zaragoza, 160-166.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1961: "Prospección arqueológica en las «Fontes Tamarici» (Velilla, Palencia)", *R.A.B.M.* LXIX 1, 263-282.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1962a: "Escultura del Cerro de los Santos. La Colección del Museo de Albacete", *P.S.H.A.A.*, p.62ss.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1964a: "Excavaciones en el Cerro de los Santos (1962)", *N.A.H.* VI, 1-3, 152-6.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1964b: "Investigaciones arqueológicas en Palencia [2ª campaña, 1962]", *N.A.H.* VI, 391-394.

- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1965: "Excavaciones en el Cerro de los Santos (2ª campaña)". *N.A.H.* VII, 143-5.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1966a: *Cerro de los Santos, Montealegre del Castillo (Albacete). Primera Campaña, 1962. E.A.E.* 55.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1966b: "Zwei skulpturen vom Cerro de los Santos in Orihuela". *M.M.* 7, 109-15.
- FERNÁNDEZ-CHICARRO, C., 1952-3: "La colección de lucernas antiguas del Museo Arqueológico de Sevilla". *M.M.A.P.* XIII-XIV, 61-124.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, M. A. (Ed.), 1998a: *Terra Sigillata Hispánica. Estado actual de la investigación*. Jaén.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, M. A., 1998b: "Características de la *sigillata* fabricada en Andújar", en M. A. Fernández (Ed.): *Terra Sigillata Hispánica. Estado actual de la investigación*. Jaén, 49-104.
- FERNÁNDEZ GUERRA, A., 1875: *Contestación al discurso de Juan de Dios de la Rada y Delgado de Ingreso en la Real Academia de la Historia sobre antigüedades del Cerro de los Santos*. Madrid.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; ZARZALEJOS PRIETO, M.; HEVIA GÓMEZ, P. Y ESTEBAN BORRAJO, G., 1994: *Sisapo I. Excavaciones Arqueológicas en "La Bienvenida", Almodovar del Campo (Ciudad Real)*, Patrimonio Histórico-Arqueología. Castilla-La Mancha 10, Albacete.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; MORILLO CERDÁN, A. Y ZARZALEJOS PRIETO, M., 1999: "Material latericio en las termas romanas de Hispania", en M. Bendala *et alii*: *El ladrillo y sus derivados en la época romana*. Monografías de Arquitectura Romana 4, Madrid, 291-305.
- FEUGÈRE, M., 1985: *Les fibules en Gaule méridionale de la conquête à la fin du Vème siècle après J. C.*, *Revue Archéologique de la Narbonnaise*. Supplément 12.
- FLETCHER, D.; PLA, E. Y ALCÁCER, J., 1965: *La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia) I*. T.V.S.I.P. 24.
- FLETCHER, D.; PLA, E. Y ALCÁCER, J., 1969: *La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia) II*. T.V.S.I.P. 25.
- FLORIDO NAVARRO, C., 1984: "Ánforas prerromanas sudibéricas". *Habis* 15, 419-436.
- GABALDÓN MARTÍNEZ, M. M., 1999: *Rituales de armas. Una aproximación arqueológica e histórica a su estudio en los santuarios griegos*. Memoria de Licenciatura, U.A.M.
- GÁLLEGO COIDURAS, I. C.; GARCÍA DE DOMINGO, A. Y LÓPEZ OLMEDO, F., 1984: *Memoria explicativa y hoja del Mapa Geológico de España, hoja 818 (26-32), E. 1:50.000, Montealegre del Castillo*. Instituto Geológico y Minero de España, Madrid.
- GARABITO, T., 1978: *Los alfares riojanos. Producción y comercialización*. B.P.H. XVI, Madrid.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1943a: *La Dama de el Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reingresadas en España en 1941*. Madrid.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1943b: "Algunos problemas de arte y cronología ibéricos". *A.Esp.A.* L, 78-108.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1943c: "De escultura ibérica". *A.Esp.A.* XVI, 272-299.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1948: *Hispania Graeca*, 3 vols, Barcelona.

- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1952: "Dos datos cronológicos relativos a la escultura y la epigrafía ibéricas", *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, tomo III, Madrid, 507-514.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1954: "Arte ibérico", *Historia de España dirigida por Menéndez Pidal*, I, 3, Madrid.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1968: "Augusto Fernández de Avilés y Álvarez-Ossorio", *A.Esp.A.* 41, 3-4.
- GARCÍA Y BELLIDO, A.; FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A.; MONTEAGUDO, L. Y VIGIL, P., 1957: "Excavaciones en Juliobriga y exploraciones en Cantabria. II Relación: Campañas 1953-1956", *A.Esp.A.* XXIX, 131-200.
- GARCÍA Y BELLIDO, A.; FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A.; BALDI, A. Y VIGIL, M., 1962: *Herrera del Pisuerga (1ª Campaña, 1960)*, E.A.E. 2.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. Y FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1964: *Fuentes Tamaricas, Velilla del Río Carrión (Palencia)*, E.A.E. 29.
- GARCÍA CANO, C.; GARCÍA CANO, J. M.; Y RUIZ VALDERAS, E., 1989: "Las cerámicas campanienses de la necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)", *Verdolay* 1, 117-187.
- GARCÍA CANO, J. M., 1982: *Cerámicas griegas de la región de Murcia*, Murcia.
- GARCÍA CANO, J. M., 1997: *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*, Murcia.
- GARCÍA CANO, J. M., 1999a: "Cayetano de Mergelina y los orígenes de los estudios ibéricos en Murcia", en J. Blánquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un Homenaje a la memoria*, Madrid, 75-78.
- GARCÍA CANO, J. M., 1999b: "Un aspecto poco tratado en las necrópolis ibéricas. La perduración de objetos en los ajuares: el caso de Murcia", *I Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha (Iniesta, 1997)*, Toledo, 169-179.
- GARCÍA CANO, J. M. Y PAGE DEL POZO, V., 1994: "Panorama actual de las cerámicas griegas en Murcia (1982-1991)" en P. Cabrera; R. Olmos y E. Sanmartí (Coords.): *Simposio Internacional Iberos y Griegos: lecturas desde la diversidad. Huelva Arqueológica XIII*, 1, Ampurias, 217-239.
- GARCÍA CANO, J. M.; HERNÁNDEZ CARRIÓN, E.; INIESTA SANMARTÍN, A. Y PAGE DEL POZO, V., 1997: "El santuario de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) a la luz de los nuevos hallazgos", *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico. Q.P.A.C.* 18, 239-256.
- GARCÍA GUINEA, M. Y SAN MIGUEL RUIZ, J. A., 1964: *Poblado Ibérico de El Macalón (Albacete)*, E.A.E. 25.
- GIL-MASCARELL, M., 1975: "Sobre las cuevas ibéricas del País Valenciano. Materiales y problemas", *P.L.A.V.* 11, 281-332.
- GIL-MASCARELL, M., 1977: "Excavaciones en la cueva ritual ibérica de Villagordo del Cabriel (Valencia). XIV C.N.A., (Vitoria, 1975), Zaragoza, 705-712.
- GIRY, J.; JULLY, J. Y SOLIER, Y., 1967: "Les gobelets gris carénés, faits au tour, à l'Age du Fer languedocien", *R.S.L.* XXXIII, 1-3, 217,244.

- GISBERT SANTONJA, J. A., 1998: "Àmfores i vi al territorium de *Dianium* (Dénia). Dades per a la sistematització de la producció amforal al País Valencià" en *II Col·loqui Internacional d'Arqueologia Romana. El vi a l'Antiguitat. Economia, producció i comerç al Mediterrani Occidental*. Monografies Badalonienes 14, Badalona, 383-417.
- GISBERT SANTONJA, J. A., 1999: "El alfar de L'Almadrava (Setla-Mirarosa-Miraflor)-*Dianium* -. Materiales de construcción cerámicos. Producción y aproximación a su funcionalidad en la arquitectura del complejo artesanal", en M. Bendala *et alii*: *El ladrillo y sus derivados en la época romana*. Monografías de Arquitectura Romana 4, Madrid, 65-102.
- GONZÁLEZ, P., 1989: *Cerámica preindustrial en la provincia de Valladolid*, Valladolid.
- GONZÁLEZ ALCAIDE, J., 1993: "Las cuevas santuario ibéricas en el País Valenciano: un ensayo de interpretación", *Verdolay* 5, 67-78.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1981: "En torno a la cerámica de cocina del mundo ibérico. Materiales del Castillo del Río, Aspe (Alicante)", *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos* 33, 7-22.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1983a: *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. *Lucentum*. Anejo I. Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1983b: "Ensayo de un método de análisis de variabilidad formal aplicado al tipo B7 del Horizonte del Bronce Final de Peña Negra (850-675)", *Lucentum* 2, 91-113.
- GONZÁLEZ SERRANO, P., 1999: "D. Augusto Fernández de Avilés y Álvarez-Ossorio, un homenaje a su memoria: dos bronceos alusivos al culto de *Atis* en el M.A.N.", en J. Blánquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un Homenaje a la memoria*. Madrid, 101-108.
- GRACIA ALONSO, F., 1994: "Las copas de Cástulo en la Península Ibérica. Problemática y ensayo de clasificación" en P. Cabrera; R. Olmos y E. Sanmartí (Coords.): *Símpoio Internacional Iberos y Griegos: lecturas desde la diversidad. Huelva Arqueológica XIII*, I, Ampurias, 175-200.
- GRIÑO FRONTERA, B., 1992: "Imagen de la mujer en el mundo ibérico", *La Sociedad ibérica a través de la imagen*, Catálogo de la exposición, Madrid.
- GROS, P., 1996: *L'architecture romaine. I. Les monuments publics*. Les manuels d'art et d'archéologie antiques, Paris.
- GUERRERO, V., 1980: "Las cerámicas pseudocampanienses ebusitanas en Mallorca", *Archéologie en Languedoc* 3, 169-188.
- HENSZLEMANN, 1876: "L'age du fer. Étude sur l'art gothique", *Congrès international d'anthropologie et d'archéologie préhistoriques*, Budapest, 501-541.
- HEUZEY, L., 1891: "Statues espagnoles de style gréco-phénicien (question d'authenticité)", *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale* 2 (III), 96-114.
- HORNERO DEL CASTILLO, E., 1990: "La cerámica gris en la Península Ibérica. El Cerro de los Santos, un santuario ibérico con cerámica gris", *Al-Basit* 26, 171-205.
- HÜBNER, E., 1888: *La Arqueología en España*, Barcelona.
- INIESTA SANMARTÍN, A., 1983: *Las fibulas de la región de Murcia*, Murcia.
- JAEGGI, O., 1995: "El 'Helenismo en la Península Ibérica' y algunas reflexiones sobre el 'Helenismo en las periferias': el ejemplo de los santuarios", *XXIII C.N.A. (Elche, 1995)*, Elche, 427-432.

- JAEGGI, O., 1999: *Der Hellenismus auf der Iberischen Halbinsel*, Mainz.
- JIMÉNEZ NAVARRO, E., 1943: "Figuras animalistas del Cerro de los Santos", *Ampurias* V, 95-108.
- JORGE ARAGONESES, M., 1969: "El vaso ibérico de Santa Catalina del Monte (Murcia)", *A.Esp.A.* XLII, 200-204.
- JUAN I MOLTÓ, J., 1987-8: "El conjunt de terracotes votives del santuari ibèric de la Serreta (Alcoi, Concentaina, Penàguila)", *Saguntum* 21, 295-329.
- LAFUENTE VIDAL, J., 1944: "Algunos datos concretos de la provincia de Alicante sobre el problema cronológico de la cerámica ibérica", *A.Esp.A.* 54, 68-87.
- LAMBOGLIA, N., 1941: "Terra sigillata chiara", *R.S.L.* VII, 7ss.
- LAMBOGLIA, N., 1952: "Per una classificazione preliminare della caramica campana", *I Congresso Internazionale di Studi Liguri*, Bordighera, 139-206.
- LAMBOGLIA, N., 1954: "La cerámica 'precampana' della Bastida", *A.P.L.* V, 105ss.
- LAMBOGLIA, N., 1955: "Sulla cronologia delle anfore romana di età repubblicana", *R.S.L.* 21, 241ss.
- LANTIER, R., 1917: *El santuario ibérico de Castellar de Santiesteban*, Memoria n.º 15, Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Madrid.
- LASALDE, C., 1871a: "Primeros pobladores de España", *La Ilustración de Madrid*, n.º 29 y 30, 15-III y 30-III.
- LASALDE, C., 1871b: "El Cerro de los Santos (contestación al artículo de d A. R. V.)", *El Liceo*, Albacete, 20-VIII, p.3.
- LASALDE, C., 1879-80: "Estudios acerca del pueblo bastitano", *Semanario Murciano*, (año II) n.º 85, 87, 88, 89, 90, 94, 95, 98; (año III) n.º 99, 101, 104, 105, 134, 135.
- LASALDE, C., 1880a: "Interpretación de una inscripción jeroglífica. Inscripciones hispano-egipcias", *Semanario Murciano*, (año III) n.º 115, 118, 119, 120.
- LASALDE, C., 1880b: "Historia del pueblo bastitano", *Semanario Murciano*, (año III) n.º 128, 129 y 130.
- LASALDE, C., 1880-81: "Las Antigüedades de Yecla", *La Ciencia Cristiana*, vol. XVI (Madrid, 1880), 465-471 y 567-571 y vol XVII (Madrid, 1881), 166-176.
- LASALDE, C., 1881: "Historia de Yecla", *Semanario Murciano*, n.º 152, 153, 154, 157 y 158.
- LASALDE, C., 1882: "La Bastitania según los monumentos que de ella restan", *La Ciencia Cristiana*, vol. XXII, (Madrid, 1880) 371-384 y 476-480; vol. XXIII (Madrid, 1880), 179-192 y 275-288.
- LASALDE, C., 1893: "Las Antigüedades bastitanas", *Revista Calasancia*, vol. XII, 119-130 y 204-211.
- LASALDE, C.; GÓMEZ, M. Y SÁEZ, T., 1871: *Memoria sobre las notables escavaciones hechas en el Cerro de los Santos publicada por los Padres Escolapios de Yecla*, Madrid.
- LAUBENHEIMER, F., 1985: *La production des amphores en Gaule Narbonnaise*, Paris.
- LEÓN ALONSO, P., 1981: "Plástica ibérica e iberorromana" *La Baja Época de la Cultura Ibérica (Actas de la Mesa Redonda celebrada en conmemoración del X aniversario de la A.E.A.A., Madrid, 1979)*, Madrid, 183-199.
- LEÓN ALONSO, P., 1998a: "La Imagen en la Cultura Ibérica. La Escultura", en *Los Iberos. Príncipes de Occidente*. Catálogo de la Exposición, Barcelona, 153-169.
- LEÓN ALONSO, P., 1998b: *La sculpture des ibères*, Paris-Montreal.

- LERAT, L., 1956: *Catalogue des collections archéologiques de Besançon II: Les fibules gallo-romaines*. Annales littéraires de l'Université de Besançon 2, t.3, Besançon.
- LILLO CARPIO, P., 1977-8: "La cerámica ibérica estampillada". *Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía y Letras*, XXXVI, n.º 1-2, 11-25.
- LILLO CARPIO, P., 1981a: *El poblamiento ibérico en Murcia*, Murcia.
- LILLO CARPIO, P., 1981b: "Las religiones indígenas de la Hispania antigua en el SE peninsular". *Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía y Letras*, 195-208.
- LILLO CARPIO, P., 1986-7: "Un singular tipo de exvoto: Las pequeñas falcatas". *CuPAUAM 13-14*, 33-46.
- LILLO CARPIO, P., 1988: "Una pareja de lobos en la cerámica pintada ibérica". *A.P.A.U.M.* 4, 137-147.
- LILLO CARPIO, P., 1991-92: "Los exvotos de bronce del santuario de La Luz y su contexto arqueológico (1990-1992)". *A.P.A.U.M.* 7-8, 107-142.
- LILLO CARPIO, P., 1993: *El poblado ibérico fortificado de los Molinicos. Moratalla (Murcia)*, Murcia.
- LISARRAGUE, F., 1995: "Un rituel du vin: la libation" en O. Murray y M. Tecuşan (Eds.): *lu vino veritas*, Oxford, 126-144.
- LLOBREGAT CONESA, E., 1969: "Datos para el estudio de las cerámicas ibéricas de época imperial romana". *X C.N.A. (Mahón 1967)*, Zaragoza, 366-378.
- LLOBREGAT CONESA, E., 1972: *Contestania Ibérica*, Alicante.
- LLOBREGAT CONESA, E., 1981: "Toros y agua en los cultos funerarios ibéricos". *Saguntum, P.L.A.V.* 16, 149-164.
- LOESCHKE, S., 1919: *Lampen aus Vindonissa. Ein Beitrag zur Geschichte von Vindonissa und des Antiken Beleuchtungswesens*, Zurich.
- LÓPEZ AZORÍN, F., 1993: "El Padre Lasalde y los descubrimientos del Cerro de los Santos". *B.A.E.A.A.* 33, 45-53.
- LÓPEZ AZORÍN, F., 1994: *Yecla y el Padre Lasalde*, Murcia.
- LÓPEZ AZORÍN, F., 1999: "Los trabajos arqueológicos del Padre Lasalde" en J. Blánquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un Homenaje a la memoria*, Madrid, 209-214.
- LÓPEZ MIRA, J. A., 1996: "Actividad textil en el Bajo Vinalopó desde la prehistoria reciente hasta la romanización". *XXIII C.N.A. (Elche, 1995)*, Elche, 339-348.
- LÓPEZ PRECIOSO, F. J. Y SALA SELLÉS, F., 1988-9: "La necrópolis del Bancal del Estanco Viejo (Minateda-Hellín, Albacete)". *Lucentum* 7-8, 133-159.
- LÓPEZ PRECIOSO, F. J.; JORDÁN MONTES, J. F. Y SORIA COMBADIERA, L., 1992: "Asentamientos ibéricos en el Campo de Hellín. Su relación con el trazado viario y la red comercial". *Verdolay* 4, 51-63.
- LORRIO, A. J., 1988-9: "Cerámica gris orientalizante de la necrópolis de Medellín (Badajoz)". *Zephyrus* XLI-XLII, 283-314.
- LUCAS PELLICER, R., 1981: "Santuarios y dioses en la baja época ibérica". *La Baja Época de la Cultura Ibérica (Actas de la Mesa Redonda celebrada en conmemoración del X aniversario de la A.E.A.A., Madrid, 1979)*, Madrid, 233-293.
- LUCAS PELLICER, R., 1994: "Historiografía de la escultura ibérica. Hasta la ley de 1911 (I)". *REIb.* 1, 15-42.
- LUZÓN NOGUÉ, J. M., 1973: *Excavaciones en Itálica. Estratigrafía en el Pajar de Artillo (campana 1970)*, E.A.E. 78.

- MAESTRO ZALDIVAR, E. M., 1989: *Cerámica ibérica decorada con figura humana*, Monografías Arqueológicas 31, Zaragoza.
- MAIER, J., 1999: *Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Castilla-La Mancha. Catálogo e índices*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- MALUQUER DE MOTES, J., 1983: "En torno al comercio griego terrestre hacia Extremadura", *Estudios en Homenaje a D. Claudio Sánchez Albornoz en sus 90 años, I. Anexos de Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, 29-36.
- MALUQUER DE MOTES, J., 1985: "Comercio continental focense en la Extremadura Central", *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica (Empúries 1983)*, Barcelona, 19-25.
- MARÍN BAÑO, C., 1998: "La cerámica ibérica pintada de la muralla púnica de Cartagena", *REIb* 3, 241-294.
- MARÍN CEBALLOS, M.C., 1994: "Dea Caelestis en un santuario ibérico" en A. González, A.: J. L. Cunchillos y M. Molina (Coords.): *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura. (Cartagena, 1990)*, Biblioteca Básica Murciana, extra 4, Murcia, 461-489.
- MARTÍ BONAFÉ, M. A., 1990: "Las cuevas del Puntal del Horno Ciego, Villagordo del Cabriel, Valencia", *Saguntum. P.L.A.V.* 23, 141-182.
- MARTÍNEZ PERONA, J. V., 1992: "El santuario ibérico de la Cueva Merinel (Bugarra). En torno a la función del vaso caliciforme", *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a E. Pla Ballester, T.V.S.I.P.* 89, 261-281.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J., 1946: *Esquema paleontológico de la Península Hispánica* (2ª edición), Publicaciones del Seminario de Historia Primitiva del Hombre, Madrid.
- MARTÍNEZ VALLE, A. Y CASTELLANO CASTILLO, J. J., 1996: "Conjunto de fusayolas ibéricas de dos cuevas santuario de la comarca de Requena Utiel", *XXIII C.N.A. (Elche, 1995)*, Elche, 525-536.
- MATA PARREÑO, C., 1985: "Algunas cerámicas ibéricas con decoración impresa de la provincia de Valencia", *Saguntum. P.L.A.V.* 19, 154-181.
- MATA PARREÑO, C., 1991: *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia). Origen y evolución de la Cultura Ibérica*, T.V.S.I.P. 88, Valencia.
- MATA PARREÑO, C. Y BONET ROSADO, H., 1992: "La cerámica ibérica: ensayo de tipología", *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a Enrique Plá Ballester, T.V.S.I.P.* 89, 117-173.
- MAYET, F., 1983-4: *Les céramiques sigillés hispaniques. Contribution à l'histoire économique de la Péninsule Ibérique sous l'Empire Romain*, París.
- MÉLIDA, J. R., 1888: "Cerro de los Santos", *Diccionario Enciclopédico hispano-americano*, IV, Barcelona, 1234.
- MÉLIDA, J. R., 1906: "Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad", *R.A.B.M.* VIII-XIII.
- MÉLIDA, J. R., 1916: *Cronología de las antigüedades ibéricas anterromanas, conferencias pronunciadas en el Ateneo de Madrid*, Madrid.
- MÉLIDA, J. R., 1929: *Arqueología española*, Madrid.
- MEZQUIRIZ, M. A., 1961: *Terra Sigillata Hispánica*, Valencia.
- MEZQUIRIZ, M. A., 1975: "Nuevos hallazgos sobre fabricación de *Sigillata* Hispánica en la zona de Tricio", *Homenaje a Don Antonio Beltrán, A.Esp.A.* Anejo 7, Zaragoza.

- MOLINA GARCÍA, J.; MOLINA GUNDE, M. C. Y NORDSTROM, S., 1976: *Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)*, T.V.S.I.P. 52, Valencia.
- MOLINA GARCÍA, J., 1989: "Nuevo tipo cerámico en el ajuar ibérico: embudo para miel. (Consideraciones arqueológicas y etnográficas)", *Murgetana* 78, 11-18.
- MOLINOS MOLINOS, M.; CHAPA BRUNET, T.; RUIZ RODRÍGUEZ, A.; PEREIRA SIESO, J.; RÍSQUEZ CUENCA, C.; MADRIGAL BELINCHÓN, A.; ESTEBAN MARFIL, A.; MAYORAL HERRERA, V. Y LLORENTE LÓPEZ, M., 1998: *El santuario heroico de «El Pajarillo» (Huelma, Jaén)*, Jaén.
- MONEO, M. T., 1995: "Santuarios urbanos en el mundo ibérico", *Complutum* 6, 245-255.
- MOREL, J. P., 1965: *Céramique à vernis noir du Forum romain et du Palatin*, 2 vols. Paris.
- MOREL, J. P., 1969: "Études de céramique campanienne. I. L'atelier des petites estampilles", *Melanges de l'École Française de Rome* LXXXI, 59-117.
- MOREL, J. P., 1978: "À propos de céramiques campaniennes de France et d'Espagne", *Journées d'études de Montpellier sur la céramique campanienne. Archéologie en Languedoc* I, 149-168.
- MOREL, J. P., 1981: *Céramique campanienne. Les formes*, 2 vols. Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome 244, Roma.
- MOREL, J. P., 1989-90: "Aspects économiques d'un sanctuaire (Fondo Ruozzo à Teano, Campanie)", *Science dell'Antichità. Storia Archeologia Antropologia*, 3-4, 507-517.
- MORENA LÓPEZ, J. A., 1989: *El santuario ibérico de Torreparedones. Catro del Río. Baena (Córdoba)*, Córdoba.
- MORENO JIMÉNEZ, F., 1991: *Lucernas romanas de la Bética*, 3 vols. U.C.M., Madrid.
- MORILLO CERDÁN, A., 1999: *Lucernas romanas en la región septentrional de la península Ibérica. Contribución al conocimiento de la implantación romana en Hispania*, Monographies Instrumentum 8, 2 vols. Montagnac.
- MUÑOZ TOMÁS, B., 1993-4: "Cerámica romana en las comarcas interiores del SE. *Terra sigillata*. Las marcas de alfarero", *A.P.A.U.M.* 9-10, 209-223.
- NAVARRO SIMARRO, J. Y SANDOVAL RÓDENAS, C.: "Cabeza Moya (Enguidanos. Cuenca). Primera y segunda campañas. Años 1980 y 1981", *N.A.H.* 19, 199-269.
- NICOLINI, G., 1973: *Les Ibères. Art et Civilisation*, Paris.
- NICOLINI, G., 1983: "La campagne de fouilles 1981 à Castellar (Jaén)", *M.C.V.* XIX/1, 443-486.
- NICOLINI, G.; HORNOS, F.; LAURENÇO, S.; DESANTI, Y. Y GIRARD, P., 1985: "La campaña de 1985 en el yacimiento de los Altos del Sotillo (Castellar de Santiesteban, Jaén)", *A.A.A.* II, 357-368.
- NIETO GALLO, G., 1986: "Panorama arqueológico del altiplano Jumilla-Yecla" *I Jornadas de Historia de Yecla. Homenaje a D. Cayetano de Mergelina*, Yecla, 19-42.
- NIETO GALLO, G.; SÁNCHEZ MESEGUER, J. Y POYATO HOLGADO, C., 1980: *Oreto I*, E.A.E. 114.
- NOGUERA CELDRÁN, J. M., 1994: *La escultura romana de la provincia de Albacete (Hispania Citerior- Conventus Carthaginensis)*, Albacete.
- NOGUERA CELDRÁN, J. M., 1998: "El Cerro de los Santos" en VV.AA.: *Los Iberos. Príncipes de Occidente*, Catálogo de la Exposición, Barcelona, 150-1.
- NORDSTRÖM, S., 1969-73: *La céramique peinte ibérique de la province d'Alicante*, I-II, Acta Universitatis Stockholmiensis VI-VIII, Estocolmo.

- OLMOS ROMERA, R., 1984: "Interprétations ibériques des vases grecs: le IV^e s. av. J.C.", *Ancient Greek and Related Pottery*. Allard Pierson Series 5, Amsterdam, 218-223.
- OLMOS ROMERA, R., 1992: *La sociedad ibérica a través de la imagen*. Catálogo de la exposición. Madrid.
- OLMOS ROMERA, R., 1993: "Los conceptos de arcaísmo en el mundo ibérico: ¿una cuestión cronológica o ideológica?", *Tempus* 3, 83-110.
- OLMOS ROMERA, R., 1994: "Algunos problemas historiográficos de cerámica e iconografía ibéricas: de los pioneros a 1950", *REIb* 1, 311-333.
- OLMOS ROMERA, R., 1999a: "Una utopía de postguerra: el *Corpus Vasorum Hispanorum*", en J. Blázquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Las colecciones madrileñas*. Madrid, 155-166.
- OLMOS ROMERA, R., 1999b: "Usos y transformaciones de la cerámica griega en los iberos: los siglos V y IV a.C.", *Céramique et peinture grecques. Modes d'emploi. Actes du Colloque International École du Louvre, Rencontres de l'École du Louvre*, 1995. París, 425-438.
- PAGE DEL POZO, V., 1984: *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia*. Iberica Graeca. Serie Arqueológica. I. Madrid.
- PAGE, V.; GARCÍA, J. M.; INIESTA, A. Y RUIZ, M., 1987: *Diez años de excavaciones en Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla)*, Murcia.
- PALOL, P., 1948-9: "La colección de lucernas romanas de cerámica procedentes de Ampurias en el Museo Arqueológico Provincial de Gerona", *M.M.A.P.* IX-X, 233-65.
- PALOMAR MACIÁN, V. Y OLIVER FOIX, A., 1985: "La cueva de la Cerdaña (Pina de Montalgrao, Castellón)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 11, 141-155.
- PARIS, P., 1901: "Sculptures du Cerro de los Santos". *B.H.* III, 113-134.
- PARIS, P., 1903-4: *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, Paris.
- PARIS, P., 1910: *Promenades archéologiques en Espagne*. Paris.
- PARIS, P., 1979: *L'Espagne de 1895 et 1897. Journal de voyage*, Paris.
- PELLICER CATALÁN, M., 1978: "Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir, según el Cerro Macareno (Sevilla)", *Habis* 9, 365-400.
- PELLICER CATALÁN, M., 1982: "Las cerámicas del mundo fenicio en el Bajo Guadalquivir: evolución y cronología según el Cerro Macareno", *Madrider Beiträge* 8, 317-406.
- PELLICER CATALÁN, M., 1987-8: "La cerámica a mano del Bronce reciente y del orientalizante en Andalucía oriental", *Habis* 18-19, 461-483.
- PEREIRA SIESO, J., 1988: "La cerámica ibérica de la cuenca del Guadalquivir. I. Propuesta de clasificación", *T.P.* 45, 143-173.
- PÉREZ AVILÉS, J. J. Y VÉLEZ RIVAS, J., 1996: "Estudio sobre la protohistoria de Valdepeñas y su comarca", *Cuadernos de Estudios Manchegos* 22, 11-37.
- PERICOT Y GARCÍA, L., 1954: "Prólogo" en I. Ballester *et alii*: *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de San Miguel, Liria*. Madrid.
- PERICOT Y GARCÍA, L., 1979: *La cerámica ibérica*, Barcelona.
- PICAZO, M., 1977: *La cerámica ática de Ullastret*, Barcelona.
- PONCE HERRERO, G., 1989: *El Corredor de Aluansa. Estudio geográfico*, I.E.A., Albacete.

- PONSICH, M., 1961: *Les lampes romaines en terre cuite de la Maurétania Tingitane*. Publications du Service des Antiquités du Maroc 15, Rabat.
- POVEDA NAVARO, A. M., 1999: "Las producciones de *Terra Sigillata Hispánica* y su comercialización en el sureste de Hispania", en M. Roca y M. A. Fernández (Coords.): *Terra Sigillata Hispánica. Centros de fabricación y producciones altoimperiales*. Jaén-Málaga, 209-230.
- POYATO, M. C., 1975: *Los kalathos de la necrópolis ibérica de El Cabecico del Tesoro (Murcia)*. Memoria de Licenciatura, U.A.M.
- PRADALES CIPRÉS, D., 1986-9: "El comercio de terra sigillata en el País Valenciano. Nuevos datos", *Hispania Antiqua. Revista de Historia Antigua* XIII, 71-96.
- PRADOS TORREIRA, L., 1992: *Exvotos ibéricos de bronce del Museo Arqueológico Nacional*. Madrid.
- PRADOS TORREIRA, L., 1994: "Los santuarios ibéricos. Apuntes para el desarrollo de una arqueología de culto", *T.P.* 51, 127-140.
- PRADOS TORREIRA, L., 1999: "Las excavaciones de J. Cabré en el santuario ibérico de Despeñaperros. Un exponente de la arqueología española del primer tercio del s.XX", en J. Blánquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Las colecciones madrileñas*, Madrid, 103-110.
- PUERTAS TRICAS, R., 1982: *Excavaciones arqueológicas en Lacipo (Casares, Málaga). Campañas de 1975 y 1976*. E.A.E. 125.
- PY, M., 1993a: "Amphores gréco-italiques", *Dictionnaire des Céramiques Antiques en Méditerranée nord-occidentale*, *Lattara* 6, 46-8.
- PY, M., 1993b: "Amphores italiques", *Dictionnaire des Céramiques Antiques en Méditerranée nord-occidentale*, *Lattara* 6, 53-5.
- QUESADA SANZ, F., 1989: "La utilización del arco y las flechas en la cultura ibérica", *T.P.* 46, 161-201.
- QUESADA SANZ, F., 1992: *Arma y símbolo: la Falcata Ibérica*, Alicante.
- QUESADA SANZ, F., 1993a: "Soliferrera de la Edad del Hierro en la Península Ibérica", *T.P.* 50, 159-183.
- QUESADA SANZ, F., 1993b: "Notas sobre el uso del arco y las flechas en la Cultura Ibérica", *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía I (1988)*, Córdoba, 235-248.
- QUESADA SANZ, F., 1995: "Las armas en la sociedad ibérica: diez preguntas fundamentales", en J. Blánquez (Ed.): *El Mundo Ibérico. Una nueva visión en los albores del año 2000*, 159-169.
- QUESADA SANZ, F., 1997: *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la cultura ibérica (s. VI-I)*, Monographies Instrumentum 3, 2 vols. Montagnac.
- RADA Y DELGADO, J. D. DE LA, 1875a: *Antigüedades del Cerro de los Santos, en el término de Montealegre*. Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, Madrid.
- RADA Y DELGADO, J. D. DE LA, 1875b: "Antigüedades del Cerro de los Santos en término de Montealegre, conocidas vulgarmente bajo la denominación de Antigüedades de Yecla", *M.E.A.* VI, Madrid, 249-290.
- RADA Y DELGADO, J. D. DE LA, 1876: "Esculturas procedentes del Cerro de los Santos, en término de Montealegre, nuevamente adquiridas por el M.A.N.", *M.E.A.* VII, Madrid, 595-599.

- RADA Y DELGADO, J. D. DE LA. 1883: *Catálogo del Museo Arqueológico Nacional, Sección 1ª*. I. Madrid.
- RAYNAUD, C., 1993: "Amphores romaines", *Dictionnaire des Céramiques Antiques en Méditerranée nord-occidentale*. Lattara 6. 83-4.
- RAMALLO ASENSIO, S., 1991: "Un santuario de época tardorrepública en la Encarnación, Caravaca, Murcia". *Templos romanos en Hispania. Cuadernos de Arquitectura Romana*, vol. 1. 39-65.
- RAMALLO ASENSIO, S., 1993: "Terracotas arquitectónicas del santuario de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)". *A.Esp.A.* 64. 71-98.
- RAMALLO ASENSIO, S., 1997: "Templos y santuarios en la Hispania Republicana". en J. Arce; S. Ensoli y E. La Roca (Eds.): *Hispania Romana. Desde tierra de conquista a provincia del Imperio*. Madrid. 253-266.
- RAMALLO ASENSIO, S. 1999: "Terracotas arquitectónicas de inspiración itálica en la Península Ibérica". en M. Bendala *et alii*: *El ladrillo y sus derivados en la época romana*. Monografías de Arquitectura Romana 4. Madrid. 159-178.
- RAMALLO ASENSIO, S. Y JORDÁN MONTES, J. F., 1985: *La villa romana de Hellín. Albacete*. Hellín.
- RAMALLO ASENSIO, S. Y BROTONS YAGÜE, F., 1997: "El Santuario ibérico de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)". *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico. Q.P.A.C.* 18. 257-268.
- RAMALLO ASENSIO, S.; NOGUERA CELDRÁN, J. M. Y BROTONS YAGÜE, F., 1998: "El Cerro de los Santos y la monumentalización de los Santuarios Ibéricos tardíos". *REIb* 3. 11-70.
- RAMALLO ASENSIO, S. Y BROTONS YAGÜE, F., 1999: "El Santuario ibérico del Cerro de los Santos" en J. Blánquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un Homenaje a la memoria*. Madrid. 169-175.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R., 1975: *La ciudad romana de Illici*. Instituto de Estudios Alicantinos. Alicante.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R., 1983: "Estratigrafía del sector 5-F de la Alcudia de Elche". *Lucentum* II, p.147ss.
- RAMOS FOLQUÉS, R., 1955: *Sobre escultura y cerámicas ilicitanas*. Estudios ibéricos 3. Instituto de Estudios ibéricos y etnología valenciana. Valencia.
- RAMOS FOLQUÉS, A., 1970: *Excavaciones en la Alcudia*. T.V.S.I.P. 39. Valencia.
- RAMOS FOLQUÉS, R., 1990: *Cerámica ibérica de la Alcudia (Elche, Alicante)*. Alicante.
- RENFREW, C., 1985: *The Archaeology of Cult: The Sanctuary at Phylakopi*. British School of Archaeology at Athens. Oxford.
- RENTERO VILLOTA, A., 1871a: "El Cerro de los Santos. Monumento arqueológico". *El Liceo*. Albacete. 23 y 30-VII.
- RENTERO VILLOTA, A., 1871b: "El Cerro de los Santos. Cuatro palabras en contestación al Sr. Laxalde". *El Liceo*. Albacete. 27-VIII.
- RIBERA LACOMBA, A., 1982: *Las ánforas prerromanas valencianas (fenicias, ibéricas y púnicas)*. Valencia.
- RICCI, M., 1974: "Per una cronologia delle lucerne tardo-repubblicane". *R.S.L.* XXXIX. 2-4. 168-234.
- RICHTER, G. M. A. Y MILNE, M., 1935: *Shapes and Names of Athenian Vases*. Nueva York.
- ROCA ROUMENS, M., 1976: *Sigillata Hispánica producida en Andújar*. Jaén.

- ROCA ROUMENS, M., 1998: "Historia de las investigaciones de la *Terra Sigillata* Hispánica", en M. A. Fernández (Ed.): *Terra Sigillata Hispánica. Estado actual de la investigación*. Jaén.
- ROCA ROUMENS, M. Y FERNÁNDEZ GARCÍA, M. A. (Coords.), 1999: *Terra Sigillata Hispánica. Centros de fabricación y producciones altoimperiales*. Jaén-Málaga.
- RODERO, A., 1995: *Las ánforas prerromanas en Andalucía*. Bologna.
- ROLDÁN GÓMEZ, L., 1986-7: "La necrópolis de Mahora (Albacete)", *CuPAUAM* 13-14, 245-259.
- ROLDÁN GÓMEZ, L., 1987: "Aproximación metodológica al estudio de la técnica edilicia romana en Hispania, en particular el *opus testaceum*", *Lucentum* VI, 101-122.
- ROLDÁN GÓMEZ, L., 1988a: "El *opus testaceum* en Itálica. Edificios privados" *A.Exp.A.* 61, 119-140.
- ROLDÁN GÓMEZ, L., 1988b: "La romanización de la provincia de Albacete. Una aproximación a su estudio" *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (1985)*, Ciudad Real, vol. IV, 89-96.
- ROLDÁN GÓMEZ, L., 1992: *Técnicas constructivas romanas en Carteia (San Roque, Cádiz)*. Monografías de Arquitectura Romana 1, U.A.M., Madrid.
- ROLDÁN GÓMEZ, L., 1993: *Técnicas constructivas romanas en Itálica (Santiponce, Sevilla)*. Monografías de Arquitectura Romana 2, U.A.M., Madrid.
- ROLDÁN GÓMEZ, L., 1998 (e.p.): "Elementos artísticos y culturales en la etapa final de la cultura ibérica", *REIb* 3.
- ROLDÁN GÓMEZ, L., 1999: "Arquitectura pública en las ciudades de la Bética. El uso del *opus testaceum*", en M. Bendala et alii: *El ladrillo y sus derivados en la época romana*. Monografías de Arquitectura Romana 4, Madrid, 179-204.
- ROOS, A. M., 1982: "Acerca de la antigua cerámica gris a torno en la Península Ibérica", *Ampurias* 44, 43-70.
- ROUILLARD, P., 1991: *Les grecs et la Peninsule Ibérique du VIIIe au IVe siècle avant Jésus-Christ*. Paris.
- ROUILLARD, P., 1994: "L'usage des vases grecs chez les ibères", en P. Cabrera, R. Olmos y E. Sanmartí (Coords.): *Simposio Internacional Iberos y Griegos: lecturas desde la diversidad. (Ampurias, 1991)*. Huelva Arqueológica XIII, 1, 263-274.
- ROUILLARD, P., 1997: "Una Dama en París", en R. Olmos y T. Tortosa (Eds.): *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*, Madrid, 93-99.
- ROUILLARD, P., 1999: "Arthur Engel, Pierre Paris y los primeros pasos en los estudios ibéricos", en J. Blánquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un Homenaje a la memoria*, Madrid, 25-32.
- RUANO RUIZ, E., 1984: "Esculturas sedentes en el mundo ibérico", *B.A.E.A.A.* 19, 23-31.
- RUANO RUIZ, E., 1987: *La escultura humana en piedra en el mundo ibérico*. Madrid.
- RUANO RUIZ, E., 1988: "El Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete): una nueva interpretación del Santuario", *CuPAUAM* 15, 253-273.
- RUANO RUIZ, E., 1989: "Conjunto de pesas de telar del Cerro de Pedro Marín (Ubeda la Vieja, Jaén). *B.A.E.A.A.* 26, 25-33.
- RUANO RUIZ, E., 1996: *Las cuentas de vidrio prerromanas del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera*. Ibiza.
- RUBIO GOMIS, 1986: *La necrópolis ibérica de la Albufereta de Alicante (Valencia, España)*. Serie Arqueológica II, Valencia.

- RUIZ BREMÓN, M., 1984: "Piezas inéditas del Cerro de los Santos en la Casa de la Cultura de Yecla". *Al-Basit*, 15, 99, 15ss.
- RUIZ BREMÓN, M., 1987a: *El Santuario Ibérico del Cerro de los Santos*. Tesis doctoral. U.C.M. (ejemplar en microfichas).
- RUIZ BREMÓN, M., 1987b: "Cómo y porqué de un santuario ibérico: el Cerro de los Santos". *R.A.*, 75, 38-47.
- RUIZ BREMÓN, M., 1987c: "Escultura votiva ibérica en piedra". *La Escultura Ibérica, Número especial de R.A.*, 68-81.
- RUIZ BREMÓN, M., 1988a: "Retratos y categorías sociales en el Cerro de los Santos". *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, vol. II, Santiago de Compostela, 119-133.
- RUIZ BREMÓN, M., 1988b: "Aproximación al estudio del santuario ibérico de la Luz". *A.Esp.A.* 61, 230-244.
- RUIZ BREMÓN, M., 1988c: "El Santuario del Cerro de los Santos y su interpretación religiosa". *I Congreso de Historia de Castilla- La Mancha (1985)*, Ciudad Real, vol. III, 385-393.
- RUIZ BREMÓN, M., 1988d: "Últimas aportaciones a la cronología del Cerro de los Santos". *I Congreso de Historia de Castilla- La Mancha (1985)*, Ciudad Real, vol. III, 395-402.
- RUIZ BREMÓN, M., 1989a: "Las falsificaciones del Cerro de los Santos. Cuestión de actualización". *Homenaje al Profesor Antonio Blanco Freijeiro*, U. C. M., 131-161.
- RUIZ BREMÓN, M., 1989b: *Los exvotos del Santuario ibérico del Cerro de los Santos*, I.E.A., Albacete.
- RUIZ DELGADO, M.M., 1989: *Fibulas protohistóricas en el sur de la Península Ibérica*. Publicaciones de la Universidad de Sevilla 112, Sevilla.
- RUIZ MOLINA, L. Y MUÑOZ LÓPEZ, F., 1988: "La vías de comunicación romanas en la comarca de Yecla". en A. González (Coord.): *Vías romanas del Sureste. Actas del symposium celebrado en Murcia del 23 al 24 de octubre de 1986*, Murcia, 67-74.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. Y NOCETE CALVO, F., 1981: "Un modelo sincrónico para el análisis de la producción cerámica ibérica estampillada del Alto Guadalquivir". *C.P.U.G.* 6, 355-383.
- RUIZ, A. Y MOLINOS, M., 1993: *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona.
- SÁENZ PRECIADO, M. P. Y SÁENZ PRECIADO, C., 1999: "Estado de la cuestión de los alfareros riojanos: la *Terra Sigillata* Hispánica altoimperial". en M. Roca y M. A. Fernández (Coords.): *Terra Sigillata Hispánica. Centros de fabricación y producciones altoimperiales*, Jaén-Málaga, 61-136.
- SÁEZ DEL CAÑO, T., 1871: "Las antigüedades del Cerro de los Santos". *R.A.B.M.* I, n.º 20, 317-319.
- SALA SELLÉS, F., 1992: *La "tienda del alfarero" del yacimiento ibérico de la Alcudia*, Alicante.
- SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C., 1992a: *El comercio de productos griegos en Andalucía Oriental en los s. V y IV : estudio tipológico e iconográfico de la cerámica*, Madrid.

- SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C., 1992b: "Las copas tipo Cástulo en la Península Ibérica", *T.P.* 49, 327-333.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, M. L., 1999a: "El Cerro de los Santos y su eco en la prensa (1871-1963)", en J. Blánquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un Homenaje a la memoria*, Madrid, 251-261.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, M. L., 1999b: "El Cerro de los Santos en el siglo XIX: las excavaciones de Saviron (1871) y las adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional (1871-1885)", en J. Blánquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Las colecciones madrileñas*, Madrid, 93-102.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J., 1942: "Exvoto de bronce ibérico del Cerro de los Santos", *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, XVI, 197-202.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J. L. Y QUESADA SANZ, F., 1992: "La necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)" en J. Blánquez y V. Antona (Eds.): *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Serie Varía I, Madrid, 349-396.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, J., 1982: *Geografía de Albacete. Factores del desarrollo económico de la provincia y su evolución más reciente*, 2 vol., I.E.A., Albacete.
- SANMARTI GREGO, E., 1978: *La cerámica campaniense de Emporion y Rhode*, 2 vols., Barcelona.
- SANMARTI GREGO, E., 1981: "Las cerámicas de barniz negro y su función delimitadora de los horizontes ibéricos tardíos (s.III-I)", *La Baja Época de la Cultura Ibérica (Actas de la Mesa Redonda celebrada en conmemoración del X aniversario de la A.E.A.A.)* Madrid, 1979), Madrid, 163-179.
- SANMARTI GREGO, E., 1988: "Una carta en lengua ibérica escrita sobre plomo procedente de Emporion", *Revue Archéologique de Narbonne* XXI, 95-113.
- SANPERE I MIQUEL, S., 1881: "Los Kamennyia baby y las antigüedades del Cerro de los Santos", *Revista de Ciencias Históricas*, tomo II, 182-189.
- SANTOS VELASCO, J. A., 1994a: *Cambios sociales y culturales en época ibérica: el caso del sureste*, Madrid.
- SANTOS VELASCO, J. A., 1994b: "Importaciones de barniz negro en la cuenca media del Segura" en P. Cabrera; R. Olmos y E. Sanmartí (Coords.): *Símpo-sio Internacional Iberos y Griegos: lecturas desde la diversidad*, (Ampurias, 1991), *Huelva Arqueológica* XIII, 1, 241-261.
- SANZ GAMO, R., 1982: "Lucernas romanas del Museo de Albacete", *Anales del Centro de Albacete. Universidad Nacional de Educación a Distancia*, IV, 201-242.
- SANZ GAMO, R., 1992: "Sobre la cronología de la sepultura 0 de la Hoya de Santa Ana (Chinchilla, Albacete)", *Pátina* 6, 20-28.
- SANZ GAMO, R., 1993: "El Museo y la Arqueología de Albacete", *Arqueología en Albacete. Jornadas de Arqueología Albacetense en la U.A.M.*, Madrid, 179-196.
- SANZ GAMO, R., 1997: *Cultura ibérica y romanización en tierras de Albacete: los siglos de transición*, I.E.A., Albacete.
- SANZ GAMO, R., 1999: "Los primeros pasos de la arqueología ibérica en el ámbito albacetense", en J. Blánquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un Homenaje a la memoria*, Madrid, 65-68.
- SANZ GAMO, R. ; LÓPEZ PRECIOSO, J. Y SORIA COMBADIERA, L., 1992: *Las fibulas de la provincia de Albacete*, I.E.A., Albacete.

- SAVIRÓN Y ESTEBAN, P., 1873: "Estatua de piedra procedente del Cerro de los Santos, en la provincia de Albacete", *R.A.B.M.* III, n.º 12, 177-180.
- SAVIRÓN Y ESTEBAN, P., 1875: "Noticia de varias excavaciones del Cerro de los Santos, en el término de Montealegre", *R.A.B.M.* V, n.º 8, 125-129; n.º 10, 161-164; n.º 12, 193-197; n.º 14, 229-234 y n.º 15, 245-248.
- SERRANO VÁREZ, D. Y FERNÁNDEZ PALMEIRO, J., 1991: "Materiales arqueológicos de Montealegre del Castillo (Albacete)", *Al-Basit* 28, 259-271.
- SHEFTON, B. B., 1971: "Persian Gold and Attic Glaze Achaemenid Influences on Attic Pottery of the 5th and 4th Centuries B.C.", *Annales Archéologiques Arabes Syriennes. Revue d'Archéologie et d'Histoire. IXème Congrès International d'Archéologie Classique*, 109-111.
- SHEFTON, B. B., 1982: "Discusión" en M. Pellicer: "Las cerámicas del mundo fenicio en el bajo Guadalquivir", *Phönizier im Westen. Madrider Beiträge* 8, 403-405.
- SILLIÈRES, P., 1976: "Pales y la déesse du Cerro de los Santos", *VIII Simposio de Prehistoria Peninsular*, Córdoba.
- SILLIÈRES, P., 1977: "Le 'Camino de Anibal'. Itineraire des gobetets de Vicarello, de Cástulo à Saetabis", *M.C.V.* 13, 31-83.
- SILLIÈRES, P., 1990a: "La búsqueda de las calzadas romanas: desde la foto-interpretación hasta el sondeo", *Simposio de la red Viaria en la Hispania Romana*, Zaragoza.
- SILLIÈRES, P., 1990b: *Les voies de communication de l'Hispanie méridionale*, París.
- SOLANILLA, V., 1977: "El vestido de las sacerdotisas iberas, a través de la escultura en piedra", *XIV C.N.A. (Vitoria, 1975)*, Zaragoza, 713-720.
- SOLER GARCÍA, J. M., 1992: "El poblado ibérico del Puntal de Salinas (Alicante)", *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a Enrique Plá Ballester*, T.V.S.I.P. 89, 51-72.
- SORIA COMBADIERA, L., 1997: *El horizonte ibérico de El Castellón (Hellín y Albatana, Albacete)*, I.E.A., Albacete.
- SOTOMAYOR MURO, M., 1972: "Andújar, centro de producción y exportación de *sigillata* a Mauritania", *N.A.H. Arqueología* 1, 263-289.
- SOTOMAYOR MURO, M., 1973: "Centro de producción de *sigillata* de Andújar (Jaén)", *XII C.N.A. (Jaén, 1971)*, Zaragoza, 689-698.
- SOTOMAYOR MURO, M.; ROCA ROUMENS, M. Y FERNÁNDEZ GARCÍA, M. I., 1999: "Centro de producción de los Villares, Andújar (Jaén)", en M. Roca y M. A. Fernández (Coords.): *Terra Sigillata Hispánica. Centros de fabricación y producciones altoimperiales*, Jaén-Málaga, 19-60.
- SPARKES, S. Y TALCOTT, L., 1970: *Black and Plain Pottery of the 6th, 5th and 4th centuries B. C.*, The Athenian Agora, XII, Princeton-New Jersey.
- STRAZZULA, M. J., 1972: *Il santuario sannitico di Pietrabbondante*, Roma.
- TARACENA AGUIRRE, B. Y FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1945: *Memoria sobre las excavaciones en el castro de Navárniz (Vizcaya)*, Junta de Cultura de Vizcaya, Madrid.
- TARRADELL, M., 1973: "Cuevas sagradas o cuevas santuario: un aspecto poco valorado de la religión ibérica", *Memoria del Instituto de Arqueología y Prehistoria, Universidad de Barcelona*, 25-40.
- TARRADELL, M. Y SANMARTÍ, E., 1980: "L'état actuel des études sur la céramique ibérique", *Céramiques hellénistiques et romaines. Annales littéraires de l'Université de Besançon* 242, 303-330.

- TRÍAS DE ARRIBAS, G., 1967: *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*, 2 vols. Valencia.
- TORTOSA ROCAMORA, T., 1996a: "Imagen y símbolo en la cerámica ibérica del sureste" en R. Olmos (Ed.): *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, Madrid, 145-162.
- TORTOSA ROCAMORA, T., 1996b: "Los signos vegetales en la cerámica ibérica de la zona alicantina", en R. Olmos y J. A. Santos (Eds.): *Iconografía ibérica. Iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*. Serie Varia 3, Madrid, 177-191.
- TORTOSA ROCAMORA, T., 1999: *Los estilos pictóricos figurados en la cerámica ibérica del sureste peninsular*. Tesis Doctoral. Universidad de Alicante.
- TRUSZKOWSKI, E., 2001: *Étude stylistique de la sculpture votive du sanctuaire ibérique du Cerro de los Santos (Albacete)*, Tesis Doctoral inédita. Universidad de la Sorbona.
- VALENCIANO PRIETO, C., 1999: "D. Joaquín Sánchez Jiménez", en J. Blánquez y L. Roldán (Eds.): *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un Homenaje a la memoria*, Madrid, 95-99.
- VALENCIANO PRIETO, M., 2000: *El Llano de la Consolación. (Montealegre del Castillo, Albacete). Revisión crítica de una necrópolis ibérica del sureste de la Meseta*, I.E.A., Albacete.
- VALL DE PLÀ, M. A. Y PLÀ BALLESTER, E., 1969: "Cerámicas policromas en los poblados ibéricos valencianos", *X C.N.A. (Mahón, 1967)*, Zaragoza, 288-305.
- VALLEJO SÁNCHEZ, J. I., 1998: "Sobre el origen y extensión de la cerámica gris y las producciones occidentales", en J. L. Cunchillos; J. M. Galán; J. A. Zamora y S. Villanueva de Azcona (Eds.): *Actas del Congreso "El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente"*, Sapanu. *Publicaciones en Internet II*.
- VAQUERIZO GIL, D., 1985: "La cueva de la Murcielaguina en Priego de Córdoba, una posible cueva santuario ibérica", *Lucentum IV*, 115-124.
- VAQUERIZO GIL, D., 1997: "Testimonios de religiosidad ibérica en territorio de la actual provincia de Córdoba", *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico. Q.P.A.C.* 18, 297-327.
- VEGA, J., 1987: "Contribució catalana a l'inventari de les probables coves santuari ibèriques", *Fonaments* 6, 171-190.
- VEGAS, M., 1973: *Cerámica común romana del Mediterráneo occidental*, Instituto de Arqueología y Prehistoria, Publicaciones Eventuales n.º 22. Barcelona.
- VÉLEZ RIVAS, J. Y PÉREZ AVILÉS, J. J., 1999: "Oretanos en la Meseta sur. El yacimiento ibérico del Cerro de las Cabezas", *R.A.* 213, 46-55.
- VILÀ PÉREZ, C., 1994: "Una propuesta metodológica para el estudio del concepto "templo" en el marco de la concepción religiosa ibérica", *Pyrenae* 25, 123-139.
- VILÀ PÉREZ, C., 1997: "Arquitectura templar ibérica" *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico. Q.P.A.C.* 18, 537-566.
- VV.AA., 1873: *Exposition Universelle à Vienne 1873. Catalogue Général de la Section Espagnole, publié par le Commissariat d'Espagne*. Viena.
- VV.AA., 1878a: *Exposición Universal de París de 1878. Catálogo de la Sección española, publicado por la Comisión General de España*, Madrid.
- VV.AA., 1878b: *Exposición Universal de París en 1878. España. Catálogo de las Secciones de Ciencias Antropológicas y de Arte Retrospectivo*, Madrid.
- VV.AA., 1983: "T.S.H. Terra Sigillata Hispánica", *Boletín M.A.N.* 1, n.º 2, 113-175.

- VV.AA., 1987: *Grecs et ibères au IVe siècle avant Jésus-Christ. Revue des Études Anciennes* LXXIX, 3-4.
- VV.AA., 1990: *Los bronceos romanos en España*. Catálogo de la Exposición. Madrid.
- VV.AA., 1992-95: "Augusto Fernández de Avilés", *Gran Enciclopedia de la Región de Murcia*, vol. IV (1994). Murcia. 209-210.
- VV.AA., 1993: *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia*. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.
- WILL, E. L., 1982: "Greco-italic amphoras", *Hesperia* 51, 338-356.
- ZUAZO PALACIOS, J., 1915: *La Villa de Montealegre y su Cerro de los Santos*. Madrid.
- ZUAZO PALACIOS, J., 1916: *Meca (contribución al estudio de las ciudades ibéricas) y noticias de algunos descubrimientos arqueológicos en Montealegre (Albacete)*. Madrid.
- ZUAZO PALACIOS, J., 1917: "Trabajos arqueológicos en Montealegre del Castillo (Albacete)", *Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Congresos de Sevilla*. Madrid.
- ZUAZO PALACIOS, J., 1919: *Bibliografía ibérica. Sureste de España. Castellar de Meca. Cerro de los Santos*. Madrid.

VII. PARTE GRÁFICA: LÁMINAS

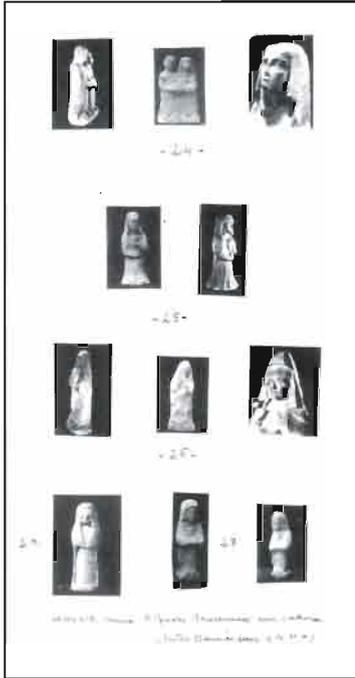


Lámina 1. Escultura de El Cerro de los Santos. Original de la Tesis de Fernández de Avilés.
© Legado Fernández de Avilés, U.A.M.

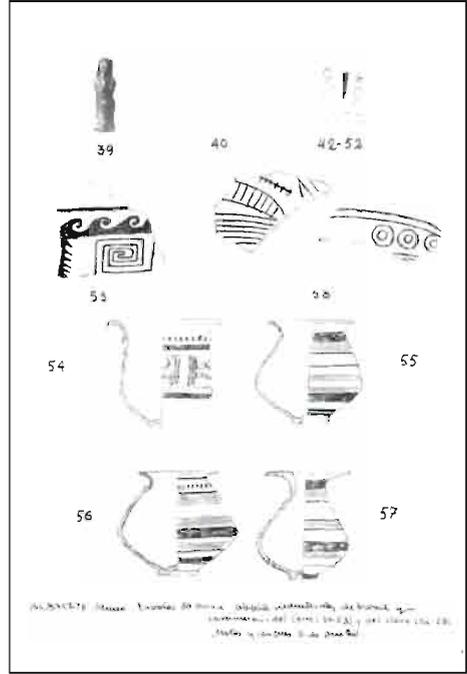


Lámina 2. Piezas cerámicas de El Cerro de los Santos y el Llano de la Consolación. Original de la Tesis de Fernández de Avilés.
© Legado Fernández de Avilés, U.A.M.

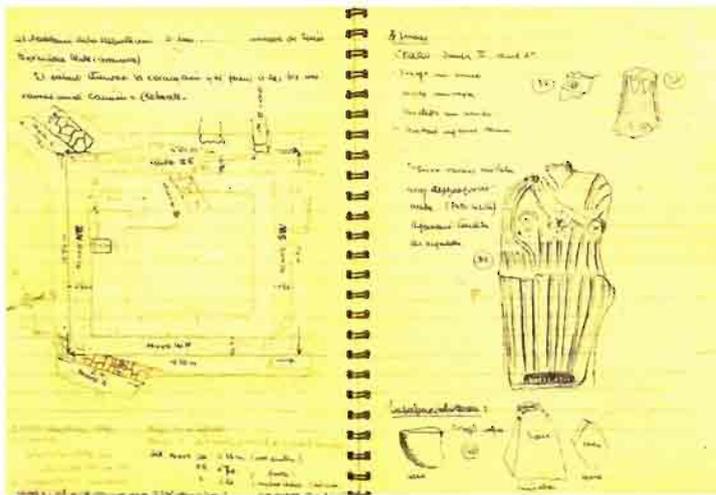


Lámina 3. Diario de Excavaciones de El Cerro de los Santos (1963)
© Legado Fernández de Avilés, U.A.M

Lámina 4. Vista general de El Cerro de los Santos. A sus pies, la Cañada de Yecla



Lámina 5. La Cañada de Yecla, a su paso bajo El Cerro de los Santos, anegada tras las intensas lluvias de otoño (1962).
© Legado Fernández de Avilés, U.A.M



Lámina 6. Estancia cuadrangular de mampostería hallada en la Cañada de Yecla (1963).
© Legado Fernández de Avilés, U.A.M



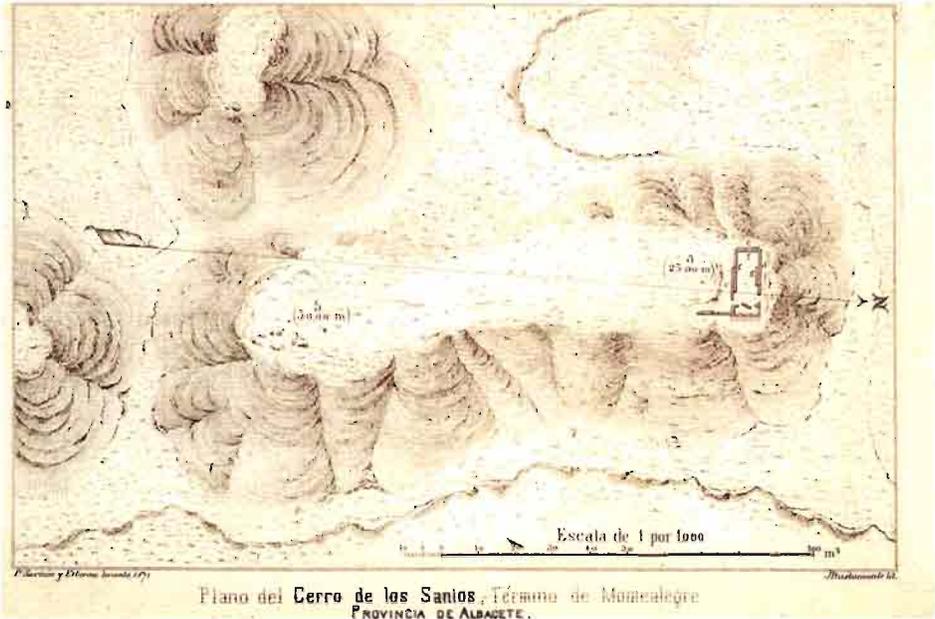


Lámina 7. Planimetría de El Cerro de los Santos realizada por Savirón en 1871. Publicada en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos (1875).

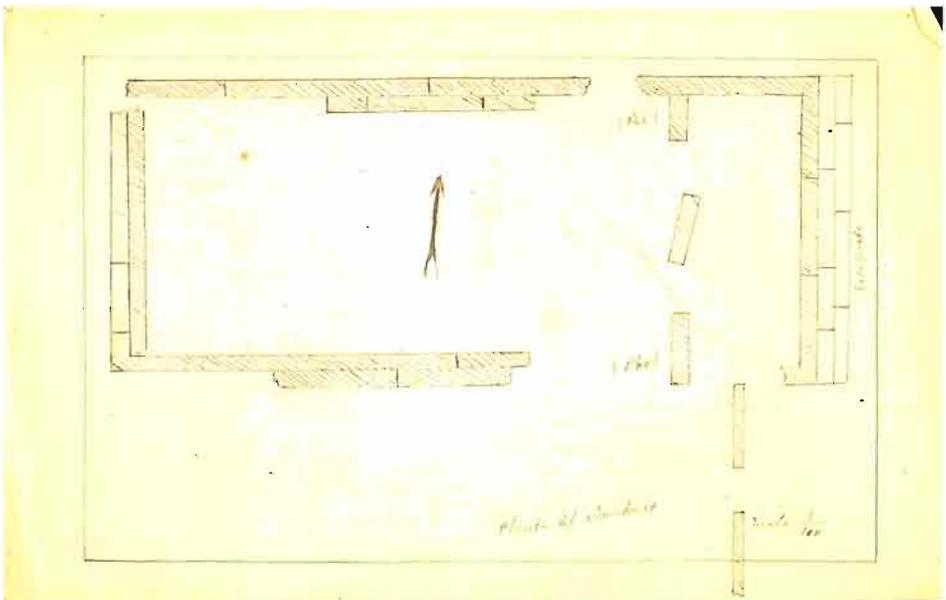


Lámina 8. Planta del templo de El Cerro de los Santos. Copia del Padre Lasalde del dibujo original, realizado por Savirón, en la que se observan valoraciones manuscritas del escolapio. Archivo Provincial de las Escuelas Pías, Madrid.



Lámina 9. D. Augusto Fernández de Avilés (1908-1968) durante su etapa como director del Museo de Murcia (1934).



*Lámina 10. Descubrimiento de una escultura en la Ladera norte de El Cerro de los Santos (1963).
© Legado Fernández de Avilés, U.A.M.*



Lámina 11. Extracción de una escultura en El Cerro de los Santos (1962).
© Legado Fernández de Avilés,
U.A.M



Lámina 12. Zanja practicada en la Ladera norte de El Cerro de los Santos (1963).
© Legado Fernández de Avilés,
U.A.M.

Lámina 13. Montaje de las esculturas recuperadas por Fernández de Avilés en El Cerro de los Santos. Museo de Albacete.



Lámina 14. Platillos de barro realizados a mano. Descubiertos durante los trabajos de Fernández de Avilés. Museo de Albacete.



Lámina 15. Fragmento de plato cerámico con representación pintada de un pez. Recuperado en 1963. Museo de Albacete.





Lámina 16. Vasitos caliciformes. Campañas de excavación del s. XIX. Museo de Albacete (depósito del M.A.N.).



Lámina 17. Embudo. Campañas de excavación del s. XIX. Museo de Albacete (depósito del M.A.N.).

Lámina 18. Idealización del posible pavimento del templo de El Cerro de los Santos. Ladrillos romboidales recuperados por Fernández de Avilés. Museo de Albacete.



Lámina 19. Pondera y fusayolas de El Cerro de los Santos. Campañas de excavación de Fernández de Avilés y Chapa. Museo de Albacete.



Lámina 20. Fíbulas de El Cerro de los Santos. Excavaciones de Fernández de Avilés y Chapa. Museo de Albacete.





DIPUTACIÓN DE ALBACETE